

Dorothy Dunnett

VENENO EN LA CORTE

La jugada de las reinas I



Lectulandia

María de Guisa, Reina regente de Escocia, prepara su viaje a Francia para reunirse con su hija, la pequeña María Estuardo, Reina de Escocia y prometida del Delfín, que lleva ya unos años viviendo en la Corte francesa. Rodeada de intrigas, la Reina regente necesita un espía que no esté controlado ni por escoceses ni por franceses que la mantenga informada y proteja a su hija, y pide a Francis Crawford de Lymond, en su día proscrito y perseguido a todo lo largo y ancho de Escocia, que se haga cargo de la misión.

Y es en Francia dónde Lymond, de incógnito, tendrá que desenmascarar a los traidores que quieren acabar con la pequeña María y sumir al Reino de Escocia en un caos. Para ello habrá de echar mano tanto de su espada como de su ingenio, e introducirse en la más magnífica y corrupta de todas las cortes europeas. Así Lymond, cínico y seductor, hace que esta caiga rendida a sus pies, convirtiéndose él mismo en objetivo de los asesinos.

Para los críticos Dorothy Dunnett era probablemente la mejor escritora viva de novela histórica hasta su fallecimiento en 2001, comparándola con Mary Renault y Patrick O'Brian. Para sus lectores de todo el mundo no es más que una adicción...

Lectulandia

Dorothy Dunnett

Veneno en la corte

La jugada de las reinas I

ePub r1.0
redde 17.12.13

Título original: *Queens' Play*
Dorothy Dunnett, 1997
Traducción: Paloma Delgado-Echagüe
Ilustración de la cubierta: Alejandro Colucci
Diseño de la cubierta: Javier Perca

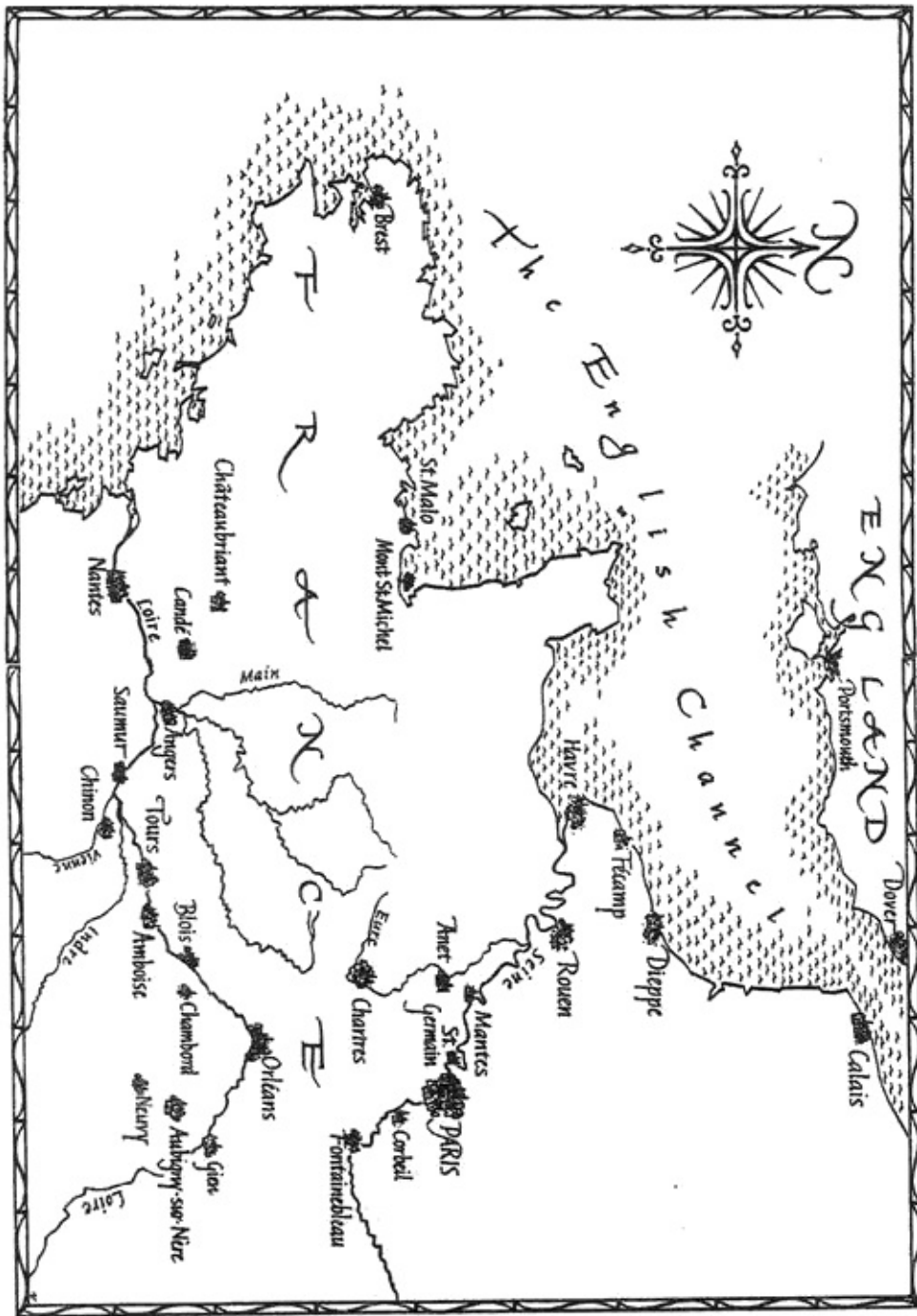
Editor digital: redde
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Dedicado a los Dunnetts, esperando que lo disfruten ya que van a tener que
leérselo de cualquier manera.

GEORGE SINCLAIR DUNNETT
ALASTAIR MACTAVISH DUNNETT
DORIS MACNICOL DUNNETT PATERSON

El editor quiere dar las gracias a Liz Cochrane por su inestimable ayuda a la
hora de entender la obra de Dorothy Dunnett.



Personajes

Estos, por nacimiento o por matrimonio, son algunos de los escoceses que tienen un papel en nuestra historia:

MARÍA DE GUIZA, reina madre de Escocia y viuda del rey Jaime V.

MARÍA REINA DE ESCOCIA, su hija de siete años.

FRANCIS CRAWFORD DE LYMOND, señor de Culter.

RICHARD CRAWFORD, tercer barón de Culter, su hermano.

THOMAS ERSKINE, señor de Erskine, consejero mayor de la Reina y embajador especial.

MARGARET ERSKINE, Fleming de nacimiento, su esposa.

JENNY, LADY FLEMING, madre de Margaret Erskine e hija ilegítima del rey Jaime IV de Escocia. Institutriz de la pequeña reina María.

LORD FLEMING, hijo de Jenny y hermano de Margaret Erskine.

MARY y AGNES FLEMING, sus hermanas, damas de honor de la pequeña reina María.

ARTHUR ERSKINE, uno de los hermanos de Tom Erskine.

SIR GEORGE DOUGLAS, hermano del conde de Angus y tío de lady Lennox.

SIR JAMES DOUGLAS DE DRUMLANRIG, su cuñado.

MICHEL HÉRISSON, un escultor escocés residente en Ruán.

BRICE HARISSON, su hermano, residente en Londres al servicio de Somerset, lord Protector de Inglaterra.

Estos son los irlandeses y sus partidarios:

PHELIM O'LIAMROE, príncipe de Barrow, señor feudal de Slieve Bloom.

THADY BOY BALLAGH, su bardo.

PIEDAR DOOLY, su sirviente.

THERESA BOYLE, una viuda irlandesa residente en Neuvy.

OONAGH O'DWYER, su sobrina.

CORMAC O'CONNOR, heredero de Brian Faly O'Connor, capitán Offaly.

GEORGE PARIS, un agente.

Estos, por nacimiento, trabajo o adopción, son los franceses:

ENRIQUE II, rey de Francia.

CATALINA DE MÉDICIS, su Reina.

DIANA DE POITIERS, duquesa de Valentinois, su amante.

FRANCISCO, Delfín de Francia, su heredero, prometido de María reina de Escocia.

ELISABETH y CLAUDE, sus hijas pequeñas.

MARGARITA DE FRANCIA, su hermana.

ANNE DE MONTMORENCY, mariscal, gran maestro y condestable de Francia.

FRANÇOIS DE GUISA, segundo duque de Guisa, hermano de la reina madre de Escocia.

CHARLES DE GUISA, segundo Cardenal de Lorraine, su hermano.

CLAUDE DE GUISA, duque de Aumale, su hermano.

DUQUE DE LONGUEVILLE, el hijo del primer matrimonio de María de Guisa, nacido en Francia.

JOHN STEWART, lord d'Aubigny, antiguo capitán de la Guardia Real de los Arqueros escoceses en Francia y hermano del conde de Lennox.

ROBIN STEWART, miembro de la Guardia Real de Arqueros escoceses.

LAURENS DE GENSTAN, Ídem.

Cortesanos:

JACQUES D'ALBON, mariscal de St, André.

LOUIS DE BORBÓN, primer príncipe de Condé.

JEAN DE BORBÓN, señor d'Enghien, su hermano.

FRANÇOISE DE VENDÔME, vidame de Chartres.

Empleados de la Real Casa de fieras de Francia:

ARCHEMBAULT ABERNACI.

PIERRE DESTAIZ.

FLORIMUND PELLAQUIN.

Otros personajes:

THOMAS OUSCHART, un funambulista.

MAESE GEORGES CAULTIER, un usurero de Blois.

LA DAMA DOUBTANCE, astróloga, residente en Blois.

RAOUL DE CHÉMAULT, embajador francés en Londres.

JEHANNE DE CHÉMAULT, su mujer.

Y estos, por nacimiento, matrimonio o adopción, son los ingleses:

JOHN DUDLEY, conde de Warwick, conde mariscal de Inglaterra.

MATTHEW STEWART, conde de Lennox, hermano de lord d'Aubigny.

MARGARET LENNOX, Douglas de nacimiento, su esposa, y sobrina del difunto

Enrique VIII y de sir George Douglas.

WILLIAM PARR DE KENDALL, marqués de Northampton, gran chambelán de Inglaterra y jefe de la embajada inglesa en Francia.

THOMAS BUTLER, conde de Ormond, un irlandés residente en Inglaterra integrante de la anterior embajada.

SIR GILBERT DETHICK, caballero de la Orden de la Jarretera.

SIR JOHN PERROT, hijo ilegítimo del difunto rey Enrique VIII.

SIR JAMES MASON, embajador inglés de Francia, retirado.

PRIMERA PARTE

La vulgar lima

Hijo mío, deberíais saber cuándo la cabeza de un rey está por encima de la del plebeyo y cuándo la del plebeyo está por encima de la del rey.

El tenedor esta seleccionado

El puchero se retira del fuego cuando la comida está preparada. La persona que espera su turno debe avisar a los demás de que va a introducir su tenedor en el puchero. Es así como avisa: «Tened cuidado. Meto el tenedor en el puchero».

Quería a Crawford de Lymond. Por desatinado que al consejero mayor pudiera parecerle, estaba claro que la Reina ya había tomado su decisión.

La Reina madre, y regente, de Escocia había dirigido la audiencia de aquel día con su eficacia francesa habitual: majestuosa, sin pizca de humor, enérgica y prosaica; también la había concluido de forma apresurada, como solía. Era una mujer corpulenta y aquel día llevaba puesto un vestido de tela acolchada, a pesar del tiempo que hacía. La perspectiva de su próxima visita a Francia tenía exhausto a Tom Erskine.

La Reina madre se disponía a embarcar hacia el reino más extravagante, culto y disoluto de Europa y se llevaba a sus barones, sus obispos y su caballería con ella. Ahora, por lo visto, quería además a cierta persona.

Era también una mujer sutil. No era escocesa. Los densos óleos de la política corrían por las venas de María de Guisa, por lo que raramente expresaba a las claras sus intenciones. Así pues, durante la audiencia habló de salvoconductos y emisarios, de programas, de antecedentes, de regalos y de personas con las que se vería y otras a las que convendría evitar. Luego, por fin, añadió:

—Quiero disponer de información de primera mano sobre los asuntos franceses. Así que será mejor que coloquemos allí una especie de observador.

Nunca hasta entonces su consejero mayor la había considerado estúpida. Antes bien, del duque de Guisa en adelante, los vástagos de aquella privilegiada familia francesa que adornaba su escudo con ocho cuarteles de casas soberanas y disponía de sus propios cardenales y abadesas y una envidiable posición en la corte francesa, podían ser elocuentes, encantadores y, qué duda cabe, unos jugadores empedernidos, pero difícilmente podría tachárselos de estúpidos.

Por Dios, ¿dónde pensaba encontrar la Reina mejor información que entre su propia familia? Ciertamente, habían transcurrido ya doce años desde que aquella joven viuda francesa llegara a Escocia en calidad de prometida del rey Jaime V y ocho desde que este muriera dejándole en herencia una guerra, una infanta y un hatajo de nobles levantiscos. También era cierto que se encontraba sometida al escrutinio permanente, no sólo de sus adustos barones escoceses, sino también, en Francia, de los enemigos de sus hermanos. Pero en todo caso, lo que sería un desastre seguro es que el rey de Francia, con el que estaba en buenos términos, descubriera

que María de Guisa había puesto un informador en su corte.

—Majestad —dijo el consejero Erskine en voz alta—, se supone que sólo vais allí para reuniros con vuestra hija, nada más...

—Quiero algo así como un informante —repitió la Reina, impertérrita—, alguien como Crawford de Lymond.

La rubia cabeza de Lymond, su discurso ágil, afilado y cortante cual espada, le vinieron a Tom Erskine a la mente.

—Crawford de Lymond ha dejado demasiados recuerdos en el reino de Francia —repuso en tono tajante Tom Erskine—. Me juego el alma a que rechazará semejante misión.

De sobras era sabido que las diversas facciones del reino habían intentado comprar los servicios de Lymond en un momento u otro. Las ofertas no sólo habían venido de Escocia o de los hombres de Estado o personas del sexo masculino.

Lymond no tendría el menor problema para encontrar trabajo en Europa, o diversión, que era lo que probablemente buscaba, conociendo al personaje.

—¿No estará ya cansado de haraganear por casa? —preguntó la Reina en tono inocente.

—Puede, pero no le creo tan incauto como para comprometerse en semejante misión.

—¿Pero vendría a Francia?

—¡Oh, Dios! Puede que para divertirse —dijo Tom Erskine—, pero para nada más.

La Reina Madre sonrió y él se dio cuenta de que, una vez más, la había juzgado mal. La mente de la Soberana discurría por terrenos que no acertaba a atisbar.

—Me daré por satisfecha si está en Francia durante el transcurso de mi visita —dijo—. Podéis comunicárselo así.

Tom Erskine deseó por un momento caer enfermo, o no poder cabalgar, o quedarse sordo...

—Será un placer, Majestad —dijo.

I Silencio en el barco

Si se encontraran un equipo bueno, un equipo mediano y un equipo de remeros, el equipo más hábil conseguirá el hundimiento, el mediano se dedicará al remo y serán espectadores los que se queden en silencio en el barco.

El último jueves de septiembre, decimocuarto día desde que zarparan de Irlanda, el viento cayó totalmente y la galera *La Sauvée* tuvo que navegar hasta Dieppe a golpe de remo en medio de una calma chicha.

Las mejores naves, las tripulaciones más capaces y los capitanes más experimentados habían sido puestos al servicio de la reina regente de Escocia para llevarla a Francia junto con su séquito. *La Sauvée*, en cambio, construida en el pretérito año de mil quinientos veinte, había sido fletada en aquella ocasión para transportar a unos pocos invitados irlandeses a la corte de Francia. El capitán al mando de la nave destacaba más por sus talentos cortesanos que por los conocimientos del arte de navegar y así los marineros, sometidos a una disciplina de lo más laxa, estaban completamente borrachos mientras el contramaestre seguía sin desprender de sus labios la pipa de hachís que llevaba fumando y recargando meses ha. Como resultado de lo anterior, cuando faltaban sus buenas dos horas para alcanzar Dieppe, los pabellones y serpentinas adornaban, prematuramente quizá, el puente de la nave. Los remeros habían puesto a cubierto sus cabezas afeitadas, dedicados a descansar y a reorganizar los turnos de remo a su antojo. El timonel, embobado en la visión de las banderas, se encontraba demasiado ocupado para prestarle atención al viento.

Robin Stewart, perdido en hondo cavilar, había encontrado acomodo en la popa junto a un irlandés gordinflón y con tendencia pronunciada a la narcolepsia. Tres pasajeros irlandeses iban en la nave y la misión que se le había encomendado a Stewart, en su calidad de arquero de la Guardia Real escocesa, consistía en acompañarlos a la corte de Francia. Durante siglo y medio, los arqueros escoceses habían protegido al rey de Francia día y noche, le habían coronado, luchado con él, le habían enterrado y eran considerados, tanto por los demás como por ellos mismos, como la élite de los hombres de armas que servían a la Corona francesa. Robin Stewart estaba acostumbrado a realizar todo tipo de trabajos esporádicos; escoltar a aquellos invitados del Rey tan poco sofisticados era uno de ellos.

Sentado junto al gordinflón durmiente, el arquero meditaba sobre su misión: en el muelle de Dieppe les aguardaría la comitiva de bienvenida y el correspondiente discurso, después una comida en la mejor posada de la ciudad, una noche de descanso en una cama mullida y, por fin, el viaje hacia el interior, donde dejaría a buen recaudo

a sus visitantes. Nada de esto le suponía un problema a Stewart, pero tampoco le iba a proporcionar mucho dinero o fama que digamos. Robin Stewart, cuya sola herencia consistía en una armadura y un puesto en la Guardia, siempre se había sentido impelido hacia la gloria y las riquezas terrenales. Durante algún tiempo estuvo convencido de que en el mundo de las armas, la destreza y el trabajo duro podrían suplir un pasado dudoso y acabar encumbrándolo.

Pero últimamente le había quedado claro que el éxito en los dominios de Marte no acarrearía siempre el triunfo en el mundo de la intriga; que por más que se esforzara, había muchos que parecían bastante más hábiles en esos menesteres que él.

Era duro de aceptar. Robin exprimía al máximo su analítica mente para descubrir cómo se las arreglaban los demás para ofrecer semejante apariencia de magnificencia. El arquero repartía su tiempo compaginando su trabajo de soldado, razonablemente bien remunerado, con las intrigas palaciegas o financieras. Sin embargo, no podía permitirse descuidar su puesto en la Guardia, por engorroso que pudiera parecerle a veces.

El arquero miró a su alrededor, observando el panorama. A su lado, el secretario del Príncipe seguía durmiendo, embotado en los efluvios del vino, su oscura cabeza bamboleándose a la sombra de las jarcias. Ya fuera por el pavor que pudiera producirle el mar o por costumbre, Thady Boy Ballagh, que era así como se llamaba el gordinflón, se había dedicado a dormir o había permanecido estupefacto por efecto del licor durante las dos semanas que llevaban embarcados.

El paje del Príncipe, Piedad Dooly, estaba algo más allá y se distinguía apenas, encajado en un hueco de la nave cual extraño vegetal. Por último, algo más alejado, se encontraba el propio Príncipe, señor de los anteriores y el huésped más ilustre de aquella nave.

Phelim O'LiamRoe, príncipe de Barrow, hijo de los Milesian, descendiente de Carbery Cabezadegato, Art el Solitario, Tuathal el Legítimo y Fergus del Dientenegro, primo de Maccon, aquel que había engendrado dos vástagos tan blancos como la nieve recién caída, era un hombre delgado, de estatura media, con un rostro afable y ovoide de grandes mostachos enmarcado por un cabello rubio.

Stewart reparó en que el Príncipe de marras se hallaba inclinado en medio del puente, enfrascado en una estéril conversación con un remero tunecino negro como el carbón, estorbando el paso de los marineros, remeros, timoneles, soldados, vigías, contra maestres y del propio capitán.

El sudoroso moro, agarrado a un remo de sólida madera de haya de quince metros de longitud, bogaba sin soltar palabra en su banco de cinco plazas, moviéndose adelante y atrás como un pistón, a razón de veinticuatro golpes de remo por minuto, mientras la voz de O'LiamRoe, Señor de los mil nombres, príncipe de Barrow y lord feudal de Slieve Bloom en tierras irlandesas, calurosamente cordial, parecía

empeñado en nublarle a aquel galeote las entendederas con un discurso interminable y apasionado.

—... Desde luego sería raro que no estuviéramos de acuerdo, siendo como es el apalancamiento una de las mayores maravillas del mundo, como bien decía mi padre, pues resultó de lo más práctico con mi abuelo, como se lo referiré y demostraré a continuación: mandó lavar y preparar al abuelo, tras lo cual apoyaron un extremo de la tapa de la tumba sobre un montón de turba y el otro sobre la cama del abuelo. Luego colocaron al difunto encima. Habían enseñado a una vaquilla a saltar sobre el otro extremo. Cuando por fin la tumba estuvo cerrada, mi abuela respiró aliviada; aliviada y llena de moratones, la pobre, pues el abuelo le aterrizó casi encima...

Robin Stewart hizo una mueca. Llevaban así dos semanas. Fue en Dalkey, Irlanda, donde conoció a ese hombre tan principal, a O'LiamRoe, quien tras subir por la escalerilla, embargado por un entusiasmo incomprensible, había sentado sus reales en la cabina de *La Sauvée*, paseándose con desenfado, enfundado en una espantosa túnica y calzas color azafrán cual delirante salvaje. Su séquito al completo, para el que había despejado uno de los camarotes, estaba compuesto únicamente por dos personas: el pequeño y salvaje paje al que apodaban Dooly y el comatoso señor Ballagh.

Robin Stewart se había sentido mortificado no sólo por el aspecto de O'LiamRoe, por su atuendo y por su absurda pasión por los conocimientos inútiles, sino porque además de padecer una auténtica incontinencia verbal, se dedicaba a contestar las propias preguntas que él mismo planteaba. Como buen estudioso de la naturaleza humana, Stewart disfrutaba, él también, realizando largos y sesudos análisis. Le gustaba pensar que poseía el don de la palabra. Si alguien tocaba su tema favorito, el arte del tiro con arco, acababa encontrándose con que, por razones sólo por Stewart conocidas, este arte conectaba directamente con Dios, con su paga y con sus dudosos años de aprendizaje. Sin que le hubiera sido posible meter baza en la conversación, el arquero había sido informado aquel día por O'LiamRoe de que Su Alteza irlandesa tenía treinta años, era soltero y residía en un enorme y burdo castillo irlandés. También se enteró de que su madre era viuda, que tenía una retahíla de sirvientes y cinco *tuaths* llenos de hombres del clan y el mínimo imprescindible para sobrevivir sin dinero en absoluto. Llegó a la conclusión de que, por el número de súbditos de sus tierras, O'LiamRoe era posiblemente uno de los jefes más poderosos en la Irlanda ocupada por Inglaterra, sólo que nunca había sentido la necesidad de guiarlos en una empresa, por nimia que fuera.

Mientras observaba al señor de Slieve Bloom enderezarse y seguir su camino alegremente, esgrimiendo un viejo banderín con una imagen de una salamandra, el arquero escocés sintió una irritación casi maternal.

—Y además, ¿qué es un *tuath*, por Dios?

Había pensado en voz alta. Alguien le replicó al oído.

—Treinta *ballys*, querido mío. Y si queréis saber qué hay en un *bally*, la respuesta es que hay cuatro manadas de vacas sin una sola vaca, desesperadamente solitarias que están las pobres, una tras otra.

Quien acababa de proferir semejante acertijo era el gordinflón irlandés. Este se rascó la morena cabeza y cruzó las manos sobre su redonda tripa, en cómoda actitud.

—Ha sido O’LiamRoe quien os lo ha contado, ¿verdad? A la menor cosita que saca uno a colación se encuentra con un abrumador comentario al respecto.

El arquero no había dedicado hasta el momento mucha atención al señor Ballagh ya que este se hallaba siempre ora en brazos de Morfeo ora en los de Baco. En el moreno semblante del irlandés creyó ver desilusión, inteligencia, quizás algún atisbo de altas aspiraciones que, ya marchitas y desmoronadas, habían dado paso a una actitud servil y cínica. Preguntó con ligereza:

—¿Lleváis mucho tiempo con el Príncipe?

La respuesta del señor Ballagh fue breve.

—Tres semanas.

—Tres semanas demasiado largas, ¿verdad? Deberíais haber hecho averiguaciones sobre él antes de ponerlos a su servicio.

—En efecto, debí hacerlas, pero ¿quién me habría podido contar algo? Ese hombre vive en un agujero y no le conoce ni Dios en todo el país. Supe de él a través del amigo del primo de un primo —dijo el señor Ballagh dejándose arrastrar por una avalancha de confidencias alcohólicas—, pero el hombre buscaba desesperadamente a un *ollave*^[1] de excelente formación que pudiera hacer las veces de trujimán en Francia y, ¡voilà! Aquí me tenéis.

O’LiamRoe no sabía francés. Que supiera expresarse en inglés sorprendía no poco a sus interlocutores, habida cuenta de las pintas del personaje. Francia, por motivos evidentes, tenía una larga tradición en acoger a los poderosos jefes de aquel oprimido país, sudando tinta para entender sus conspiraciones y contraconspiraciones en gaélico y en latín.

—¿Qué es un ollave? —preguntó el señor Stewart.

La respuesta del señor Ballagh no se hizo esperar.

—Un ollave es un instrumento bien templado. Contratar a un ollave es un símbolo, dicen, de que el señor de la casa es poderoso, acaudalado, y que venera la lectura por encima de todo. Un ollave de primera categoría es maestro, cantante y poeta a la vez. Sus canciones y relatos versan sobre batallas y viajes, sobre tragedias y aventuras, sobre robos de ganado y sobre plegarias, sobre incursiones, recepciones, galanteos y fugas, palizas y destrucción, asedios y fiestas y masacres; y os aseguro que preferiríais oír el suplicio de un cerdo que escuchar la mitad de sus historias. Yo —dijo el señor Ballagh amargamente— soy un ollave de primera categoría.

—Pues desde luego estáis malgastando vuestro tiempo aquí —señaló Robin Stewart—. Deberíais estar recibiendo grandes dineros por vuestro saber en otra parte. Pero decidme, ¿qué os impulsó a dedicaros a la poesía, por amor de Dios?

—Pues por lo bien pagado que está. Además, ¿no estamos todos obligados ahora por ley a aprender inglés? —dijo en tono despreciativo el señor Ballagh. Prosiguió—: El señor O’Coffey, que dirigía la escuela bárdica cerca de mi casa, tenía un equipo de *hurley*^[2] que os dejaría atónito y verde de envidia. Yo pertenecía al equipo, era el decimoquinto jugador y el más rápido. En todo caso, ¿cómo iba a oponerme a lo que mi padre y el señor O’Coffey habían dispuesto para mí? Era el decimoquinto, y el más rápido...

El maestro Thady Boy Ballagh alisó su jubón de raído color negro, sacudió los grises volantes de sus puños y se envolvió las rodillas con los sucios pliegues de su capa.

—Pasadme esa botella, ¿queréis?

Entonces ocurrió. Una fuerte ráfaga de viento barrió la superficie de las olas y sobre ellas, abalanzándose a todo trapo, apareció el *Gouden Roos*, un galeón de tres mástiles. Durante un momento todavía, *La Sauvée* siguió deslizándose pacíficamente como si nada. El clarete bajó por el gznate de maese Ballagh. Stewart, de brazos cruzados, divisó la cabeza de O’LiamRoe sobre cubierta mientras el sol quedaba oculto por las cincuenta espadas de velamen del galeón, que volvieron a desaparecer en el cristalino verdor de las aguas.

Pero la nave apareció de nuevo y esta vez, la sombra permaneció. La galera al completo quedó sumida en la oscuridad, varada en las azules aguas del Canal de La Mancha, mientras mil toneladas de galeón se ponían a su costado.

Portaba pabellón flamenco y se había situado de manera infame, haciendo que su velamen, a sotavento, cogiera toda la racha que soplaba del oeste, provocando que la nave girara como una peonza escorada por el vendaval, forzando velas, mástiles y timón. Luego el viento alcanzó también a *La Sauvée*. La botella cayó de la mano de maese Ballagh; los asientos de popa se deslizaron por la cubierta mientras la galera comenzaba a elevarse, el casco inmovilizado por los remos y las velas aullando, flameando y destrozándose sueltas. La sombra del galeón se agrandó y el capitán de *La Sauvée* saltó a la pasarela gritando. Los remeros de la borda de estribor se habían puesto de pie. La espuma siseó y después inundó con estrépito sus bancos vacíos, y durante breves instantes la estentórea voz de O’LiamRoe, que caía resbalando junto a otros veinte remeros en medio de un caos de lonas y aparejos, se elevó sobre todos ellos y bramó:

—¡La llave! ¡La llave de los grilletes de las piernas, hatajo de lombrices ineptas!

Stewart, aferrado al pasamanos, lo oyó y vio cómo el galeón finalmente, cazando a tope las velas, conseguía con un golpe de timón aproarse al viento. En el castillo de

proa los marineros estaban lívidos. El galeón flamenco era un barco inmenso y estaba pésimamente gobernado. Balanceándose, había girado hacia la galera y se había colocado de cara al viento, las velas flameando, pero seguía moviéndose demasiado rápido a estribor. La encrespada franja de mar entre ambos barcos disminuyó hasta desaparecer; se produjo una sacudida y los cascos chocaron, madera contra madera, en estruendoso crujido.

Veinte enormes remos de estribor quedaron reducidos a astillas en el impacto y, mientras la parte superior del francobordo de *La Sauvée* desaparecía, también lo hacían las veinte piernas de los galeotes, uniendo sangre y músculo de ladrones cristianos y piratas paganos en postrera comunión junto al haya pulida y al metal de remos y grilletes. El mundo se detuvo durante un instante. Las dos naves permanecieron enganchadas lo que pareció una eternidad y después, el *Gouden Roos*, fiel a su timonel, se separó con una sacudida mientras el mar se colaba en el agujero del casco de *La Sauvée*.

El horror, el pánico y la ignorancia habían mantenido a Stewart anclado donde estaba. Se dio cuenta de que la tripulación, estupefacta, diezmada y sin dirección alguna, no tenía ni idea de qué hacer. El contraemaestre se había esfumado. El capitán, empapado, agarrado al palo mayor, increpaba desgañitándose al infausto galeón. No se veía ni rastro de los irlandeses. Robin Stewart emprendió una peligrosa excursión por la inestable y resbaladiza cubierta, distinguió por fin a O'LiamRoe, que desaparecía de nuevo de su campo de visión, bajando por la escalerilla de popa seguido por dos morenas cabezas celtas que iban trasteando por la pasarela cerrando escotillas y despejando la cubierta de la colorida maraña de destrozos.

La Sauvée comenzó a estabilizarse. La borda de babor permanecía todavía seca e intacta, pero el balanceo a estribor hacía que el agua verdosa del mar entrara por el boquete del costado. El galeón, con las cuadernas relucientes y astilladas, seguía cabeceando a su lado. Aunque el piloto había situado al *Gouden Roos* hacia el viento, con el impacto la embarcación había perdido el rumbo. Navegaba torpemente a su lado, incapaz de desviarse del desventurado derrotero que había tomado la galera, mientras el travieso viento de septiembre volvía a impulsarla fatalmente hacia el flanco de la descalabrada galera.

O'LiamRoe, palanca en mano, apareció por un instante y volvió a desaparecer en la cubierta inferior, en dirección a los galeotes heridos. Al arquero aquello le pareció un gesto solidario pero inútil. Avergonzado ante tal pensamiento, Stewart bajó de un salto tras el Príncipe y se encontró en pleno maremágnum. Los hombres libres, enmudecidos de terror, se disputaban el único bote disponible seguidos de cerca por los primeros galeotes que habían conseguido soltarse. Arrastrado y zarandeado por la multitud, vio cómo las olas rompían y se colaban por el casco agujereado, provocando una despavorida desbandada general acompañada de alaridos. Una vez

más, el galeón apareció a su lado: una enorme y siniestra mole.

En aquel preciso instante sonó un silbido. Volvió a sonar una segunda vez y después, una voz clara y tranquila dio la orden en francés:

—¡Tranquilizaos! Todo va a salir bien. ¡Calzad el trinquete! ¡Timonel, orzad!

Por suerte, quedaban suficientes hombres en buen estado para obedecer las directrices; Robin Stewart era uno de ellos. Con enérgica decisión se abalanzaron sobre los aparejos sueltos que se agitaban por encima de sus cabezas. Manos solícitas sujetaron los cabos; los hombres, expectantes y aterrados, elevaron una muda súplica al vengativo Poseidón y esperaron en silencio el chasquido definitivo con el que la vela debería liberarse del mástil y permitiría al viento acudir en su rescate. El cáñamo caracoleó y sonó con estrépito mientras lo tensaban, pero la vela permaneció fuertemente sujeta a la verga.

Stewart miró ansioso el mástil y tiró junto a los demás de los cabos dos, tres veces. Era inútil, la vela no se movía. El galeón dio un bandazo acortando la distancia. A estribor, sobre la cubierta del barco flamenco, aparecieron de pronto un racimo de cabezas; luego más. *La Sauvée*, liberada del balanceo de estribor, se escoró malamente hasta volcar. El golpe contra el agua resonó por encima de aullido del viento. El crujido de la madera y los alaridos de los heridos se hicieron ensordecedores a medida que las naves se aproximaban. Stewart, con el corazón en un puño, pálido y con las palmas de las manos desolladas, siguió tirando del cabo junto con los demás, pero fue en vano.

Una figura redonda, compacta y reluciente de sal, les arrancó de los maltrechos dedos el cabo suelto del mástil. El maestro Thady Boy Ballagh, ollave, poeta, profesor, el decimoquinto del equipo y el más rápido jugador, se enrolló con manos mugrientas el aparejo batido por el viento alrededor del pecho y trepó, decidido, su revuelto y oscuro cabello agitándose al viento, a la verga del trinquete hasta alcanzar la punta y, a veinte metros sobre la escorada cubierta, cuchillo en mano, comenzó a soltar el enmarañado aparejo con cuidado y precisión; después, deslizándose de vuelta rápidamente hasta el mástil, dio una señal. Los demás tiraron del cabo.

Con un sonido siseante, los cuatrocientos metros de lona de la vela se deslizaron por fin, se hincharon y tensaron, *La Sauvée* se estremeció con una fuerte sacudida que lanzó al suelo a todo el que quedaba en pie. Tras otra sacudida, la nave volvió a estabilizarse. Después, impulsada suavemente por el viento, la galera se enderezó sacando del mar su costado herido. Ganando cada vez más velocidad, rodeó la rechoncha popa del galeón, sobrepasándolo. Tras ella, el *Gouden Roos* comenzó a rescatar hombres del mar.

Robin Stewart, a punto de desmayarse y abrazándose las axilas, buscó entre la multitud. Acababa justo de distinguir a Piedad Dooly dedicado a machacar los grilletes de los galeotes, cuando una rubia cabeza, levantada hacia el rojizo cielo del

ocaso, apareció por entre los bancos.

—¡*Liam aboo!* —gritó Phelim O'LiamRoe, príncipe de Barrow y señor de Slieve Bloom en agradecida y principesca plegaria a sus ancestros.

—¡*Liam aboo!* —respondió concisamente su ollave desde la verga. Después, cual sucio goterón de lluvia, se deslizó hasta la cubierta.

II Dieppe. La trampa y el ciervo

En lo que se refiere a las trampas y al cazador furtivo, tanto el ciervo que el cazador espanta como el que no espanta, ambos caen en la trampa.

Dieppe, la ciudad de las limas, dormía. Sobre sus murallas, sobre el puente, en sus amplios puertos, los centinelas vigilaban atentos. Los barcos de pesca habían salido a faenar. En el río, pequeños farolillos parpadeaban delatando la presencia de las galeras que semejaban ballenas apreadas al muelle. En tierra firme, las calles olían a arenques y a la pintura todavía fresca con que se habían remozado las casas en honor a la visita de la reina de Escocia; aquí y allá ondeaba alguna banderola olvidada con el emblema de la casa de Guisa.

La Reina ya había partido hacia el interior con sus dignatarios. Al día siguiente, los invitados irlandeses del rey de Francia los seguirían, pero, aquella noche, tras los rigores de la travesía marítima, descansaban sobre los mullidos colchones de la fonda El Puercoespín cuyas ventanas ya se encontraban a oscuras.

Tampoco había luz en La Pensée, la preciosa mansión de Jean Ango, último alcaide del castillo. Sin embargo, al menos uno de sus residentes permanecía despierto. Inmóvil junto a las tranquilas fuentes de la terraza, Tom Erskine miraba a través de los emparrados hacia el río iluminado por la luna y esperaba a su visitante con encomiable paciencia, rodeado de los trémulos huesos de mármol de los dioses áticos de Jean Ango.

La frágil paz que se había instalado en Europa en fecha reciente había tenido como consecuencia un duro viaje y negociaciones más arduas, si cabe, entre los hombres de Estado escoceses. Erskine se encontraba allí de camino a Flandes; realizaba aquel viaje no sólo por su cargo como consejero mayor de la Reina, sino porque su sentido común había hecho de él la aguja y el hilo con los que María de Guisa tejía sus tramas políticas.

No había sido el sentido común, sin embargo, lo que le había llevado a subir a la terraza, sino la curiosidad por descubrir por qué camino llegaría su visitante. Permaneció relajado, esperando en la tibia noche de septiembre, confiado, de buen humor. El hombre que esperaba, como el silencioso artista que era, llegó cuando menos se lo esperaba. Le pareció oír una tenue risa y sintió una especie de remolino de brisa fresca. Una voz agradable y conocida llegó de entre las sombras.

—¡Qué encantador, querido! ¿Jugamos al escondite?

—¿Estáis ahí? —Tom Erskine se volvió rápidamente, buscando en la oscuridad—. ¿Dónde estáis? —repitió.

—Pues parece que sentado sobre la rueda de Cloto^[3] poniendo a buen recaudo las tijeras. Una de las pocas ventajas de la educación clásica. —En efecto, sobre una de las estatuas se movió una sombra, saltó y aterrizó ligera sobre el suelo. Una mano tocó su brazo con delicadeza.

—Llega el astuto zorro, el enemigo de las viudas. Entremos —dijo Crawford de Lymond.

Lymond iba enmascarado. Su esbelta silueta vestida de negra seda, con el brillante cabello oculto en una capucha, encajaba a la perfección entre la colección de esculturas de Jean Ango. Se quitó la máscara y Erskine quedó cautivo una vez más de aquella intensa mirada azul; vio de nuevo la boca impía, la delicada y pálida piel del hermoso rostro del joven Francis.

No había creído por un instante que Lymond fuera aceptar la petición de la Reina madre. Tampoco creyó posible, al llevar de vuelta la respuesta de Lymond, que la Reina madre acatará sus condiciones. Y sin embargo aquella absurda relación, distinta de la de Soberana y súbdito o de aliado y socio, se había establecido entre ellos contra todo pronóstico. Tenía ante él a Crawford de Lymond, agente independiente, cuya presencia en Francia se habría de prolongar durante el invierno que tenía previsto durar la visita de la Reina a dicho país. La información que el joven debería facilitar a la Reina sobre el mundo de intrigas, maquinaciones y secretos en el que había aceptado infiltrarse, dependería exclusivamente de su propio criterio. Por otro lado, la Reina regente no le debería nada, ni siquiera protección o apoyo en caso de ser descubierto. Por lo que parecía, el pacto al que habían llegado satisfacía a ambos.

Lymond y Tom Erskine tenían poco en común, por lo que su charla sobre asuntos personales duró lo que tardaron en escanciar dos copas de vino del rey de Francia. Al poco de sentarse, Tom, levantándose de nuevo, exclamó ceremoniosamente:

—¡Bienvenido a Francia!

—Gracias. Imagino que Su Excelencia la Reina madre ha llegado bien.

—Así es. Llegó la semana pasada. El rey de Francia se encuentra en las afueras de Ruán, esperando para hacer una de sus malditas entradas solemnes. Ella está yendo a su encuentro y la van a instalar en Ruán durante las celebraciones. Después la corte al completo se trasladará al sur para pasar el invierno.

—Mientras vos os dirigís a Bruselas. Qué injusticia. —Se hizo un breve silencio. El enviado especial Tom Erskine se preguntó, presa de una cierta desesperación bastante habitual ante aquel personaje, qué más sabía Lymond. Tom se encontraba camino de Bruselas y Augsburgo para concluir un tratado de paz con el emperador Carlos o, en su ausencia, con su hermana la reina de Hungría. El tratado de paz no era especialmente deseado en Escocia, donde los avezados marineros escoceses disfrutaban abordando tranquilamente a los galeones flamencos. Pero el canciller

escocés, sometido a la presión de Francia, había acabado por acceder; en su momento, sin duda, la reina regente de Escocia recibiría su debida compensación por parte de Francia.

Era un tratado de paz sobre el que el Emperador en Augsburgo tenía sus dudas, que se acrecentarían aún más si supiera que Tom Erskine acababa de llegar de Londres, donde había comenzado a negociar un tratado de paz con Inglaterra, acérrima enemiga del Emperador en la actualidad. La paz entre Escocia y su vecina Inglaterra todavía no se había firmado formalmente, pero se había acordado una tregua. Erskine, con la mano en el corazón, podría jurar en Bruselas que todo contacto o intercambio entre Inglaterra y Escocia seguía haciéndose mediante salvoconducto; que la visita de la Reina regente a Francia no tenía otro objetivo que el de satisfacer el natural deseo de una madre de ver a su hija, la Reina, y que su propio viaje al país galo tras su embajada en Bruselas obedecía a su obligación de cerciorarse del buen estado de Su Majestad y de la pequeña reina María de Escocia.

Pedía a Dios que Lymond lo creyera también aunque, por la expresión maliciosa que emanaba de este, albergaba serias dudas. El propio Lymond, no obstante, se limitó a preguntar:

—¿Y María la reina de Escocia, nuestra ilustre Princesa?

—Con su madre. —Erskine dudó en continuar, desconfiando del tono del otro. Durante la estirada y protocolaria recepción de bienvenida en Dieppe se había producido un momento pintoresco al reencontrarse la Reina regente con su hija de siete años. La niña llevaba en Francia dos años. La reina María y la Reina madre habían roto a llorar. Tras aquella visita de la Regente, la Reina madre se marcharía de nuevo y María permanecería en Francia para casarse con el Delfín en seis o siete años. Aunque María fuera la Reina de los Escoceses había olvidado a la mayoría de sus súbditos.

Lymond dijo:

—Y ahora contadme, ¿cuales de vuestros encantadores compañeros han venido con la Reina madre desde Escocia? Erskine mostró alivio.

—Vive Dios que esta vez ha venido con un séquito de auténticas comadreas, Francis... el Consejo Privado prácticamente al completo. Todos los granujas a los que no puede dejar en casa, pues no se fía de ellos. Más os vale ir con cuidado.

Había una pequeña espineta de marquetería en un rincón. Lymond dejó su copa sobre la mesa; levantándose, caminó hasta el instrumento y se sentó frente él.

—No me reconocerán. ¿Quiénes son?

Erskine los enumeró. El conde de Huntly estaba entre ellos; y lord Maxwell, y lord James Hamilton, heredero del canciller de Escocia. Después añadió, mirando a Lymond:

—Y dos de los Douglas. James Douglas de Drumlanrig y sir George.

Francis Crawford y la familia Douglas eran antiguos oponentes, pero su mención pareció complacerle.

—¡Qué prometedor! ¿Alguien más?

—Un montón de Erskines. —Tom sonreía ahora. Su familia, desde el padre hasta el hijo, habían sido siempre incondicionales de la Corona. Su propia mujer, Margaret, había viajado en calidad de dama de honor de la Reina madre; Jenny, lady Fleming, su suegra, era la institutriz de la pequeña Reina y los hermanos pequeños de su esposa, sus compañeros de juego. Hasta sus dos hermanos se hallaban en el séquito, y su padre, actualmente inválido y ausente, había sido el tutor de la pequeña María desde que vino a vivir a Francia.

Tras relatarle la extensa lista de familiares que acompañaban a la Reina, Lymond preguntó:

—Y con esa cantidad de Erskines, ¿qué hago yo aquí?

—Tocar la espineta —dijo el enviado especial—. Y demasiado bien, ¡condenado! El hermoso y agradable caudal de notas continuó sonando.

—Amortigua nuestras voces. Vuestros amigos quedarán asombrados de vuestro talento musical.

—Prácticamente todos mis amigos saben que no sé tocar ese chisme. ¿Qué más necesitáis saber? No creo que tenga que explicaros cómo es la corte de Francia. Es la más...

—Es un nido de víboras —dijo Francis Crawford—. Podría contaros mucho más de lo que desearíais saber sobre ella. —Mientras deslizaba sus dedos sobre las cuerdas, dijo sin rencor—: Las universidades, las prisiones, los salones y los burdeles, los palacios, el arte, los recitales, los banquetes, los amoríos, el pan y la sal de las relaciones más heréticas imaginables. Conozco bien su lenguaje seductor y también el de los navajazos, el de los latigazos. Si hay peligro, daré con él. Ahora debo partir.

Erskine, levantándose a su vez, dominó el impulso de protestar. Lymond se había comprometido únicamente a notificar su presencia en Francia, pero a nada más; y había cumplido acudiendo puntualmente a su cita. Tom le preguntó:

—¿Habéis tenido que esperar mucho aquí en Dieppe?

Lymond arqueó las cejas en una indescifrable expresión pero su respuesta fue perfectamente ortodoxa.

—Cinco horas. Nada más.

La verdad, como un rayo en el agua, se abrió paso en la mente de Tom Erskine.

—Dios santo... no habréis llegado hoy en ese barco con el agujero...

—¿Que si he llegado...? —Durante un momento la expresión de Francis delató sus verdaderos sentimientos—. Prácticamente he tenido que venir remando con ese condenado cascarón entre los dientes. Tuvimos una colisión catastrófica durante la

travesía. Volcamos. Diecinueve muertos y veinticinco heridos; hemos hecho la travesía con un capitán inútil y una tripulación con la misma práctica en navegación que en aporrear un yunque.

Erskine, muy nervioso, paseaba de un lado a otro por la habitación.

—Os vi llegar. Una galera totalmente escorada con los cañones dirigidos a puerto, desaparejada y casi desarbolada, ¡dios! Chocasteis contra un galeón, ¿verdad? Dicen que la causa ha sido en un noventa por ciento lo mal tripulada que iba y el resto culpa de la pésima suerte.

—Desde luego el *Gouden Roos* sí que ha debido pensar que ha sido mala suerte, o eso creo —dijo Lymond divertido—. Después de todo lo que le habrán pagado para hundirnos.

Erskine se sentó.

—¿Estáis seguro?

—Sí.

—¿Lo piensa alguien más?

—Lo dudo. Ya habéis oído la versión que se ha difundido sobre la colisión.

La conclusión de Tom Erskine fue tajante.

—La coartada irlandesa que os habéis buscado es una locura. ¿Cómo pretendéis trabajar si os atacan antes siquiera de haber empezado? Imagino que estáis empleando el nombre de un personaje real.

—Sí, por supuesto. Pero es una persona que pocos conocen de vista. Concedednos un poco de inteligencia.

Erskine imaginó que Mariotta, la cuñada irlandesa de Lymond, le habría ayudado.

—Así que os dirigís a la corte de Francia para que la Corona francesa os adoctrine sobre la necesidad de echar a los ingleses de Irlanda —repuso Erskine. Siempre había opinado que era un plan idiota y arrogante, pero no expresó sus pensamientos en voz alta. Fue recompensado con una inesperada explicación.

—En efecto —dijo Lymond—. Es un medio sencillo de aproximarme al círculo del Rey sin ser identificado. Mi apuesta se basa en la esperanza de que el rey Enrique proporcione a O'LiamRoe una larga y lujosa estancia en la que pueda saborear las delicias que le proporcionaría la posible alianza con Francia. En ello confío.

La voz de Erskine sonó aún más mordaz de lo que él mismo esperaba.

—¿Y qué hay del ataque que habéis sufrido? No podéis solicitar la protección de Francia y esperar tener un guardaespaldas pegado a los talones todo el tiempo. ¿Quién está detrás?

La voz de Lymond estaba impregnada de malicia.

—¿No sería estupendo descubrirlo? ¿Por quién pensáis que teme más la Reina, por sus aliados o por su vida? —Levantándose, abrió los pestillos de las ventanas—. Está convencida de que sin las tropas y el dinero de Francia, Escocia no podrá

liberarse nunca de la amenaza inglesa.

Por otro lado, he oído decir que en Francia existe una facción que desaprueba que la familia de los de Guisa envíen al extranjero su buen dinero francés. Espero —dijo Lymond abriendo la ventana— que no ocurra nada serio. Mis intenciones son básicamente frívolas.

De pie, a su lado, Erskine preguntó bruscamente:

—¿Por qué habéis venido? Desde luego no porque la Reina madre os lo pidiera.

—La Reina madre —dijo Lymond—, como bien sabéis tanto vos como ella, ha montado toda esta trama para obtener mi compromiso con su causa, pero me temo que va a quedar decepcionada. Dispone ya de todos los informantes que pueda desear.

—Y todos y cada uno están bien vigilados —dijo Tom Erskine secamente—, incluida mi esposa.

—Soy consciente —dijo Lymond— de que se espera de mí que pinche al diablo con su propio tridente y luego haga desaparecer a los niños tocando la flauta; pero entremedias estoy decidido a dedicar mi tiempo libre a solazarme con mis amistades.

Hubo una pausa más larga quizás de lo que ninguno de los hombres pretendía. Entonces, Lymond apoyó su mano desprovista de joyas sobre los anchos hombros del consejero.

—Dedicaos a Flandes y a vuestros tratados y dejadme a mí las orgías. —Y tras mirar por la ventana, saltó hacia afuera apoyándose sobre el alféizar.

—Dulce Cloto, ¿dónde os halláis?

La noche estaba oscura. Tom Erskine, asomándose, distinguió a la sombría diosa envuelta en un flamante abrazo; después la sombra se movió y las afrentadas parcas se quedaron solas.

Más tarde, aquella misma noche, al pasar un centinela ante la fonda El Puercoespín, vio un resplandor rojizo en una de las ventanas. Aporreó la puerta; los mozos de las cocinas despertaron a la casa y cocineros, posadero y pajes se abalanzaron hacia la habitación de O'LiamRoe.

La cama con dosel estaba envuelta en una cortina de fuego y algunas llamas habían prendido ya los paneles de madera de la pared. Provistos de escobas, alfombras y cubos, se dirigieron a la cama, con el acre humo cegándolos y consiguieron apagar el fuego.

El lecho se encontraba vacío, salvo por un chamuscado y abandonado camisón.

El propio dueño de la posada, junto con Robin Stewart, lideró la angustiada búsqueda, que duró hasta que se extinguieron las llamas. Encontraron a maese Ballagh en su cama empotrada, profundamente dormido rezumando aqua vital y le dejaron dormir. Por fin, en el granero, encontraron a O'LiamRoe roncando plácidamente sobre la paja junto a Dooly. Con asombro, miró los rostros que le rodeaban, iluminados por las lámparas de aceite y cuando fue puesto al corriente de

lo sucedido, le prodigó sus graciosas condolencias al posadero. Había sentido, explicó, un cierto frío entre las sábanas, lo que le había impulsado a reunirse con Dooly en su cálido nido, donde, Dios sea loado, se habían dormido los dos en un periquete, tan a gusto como dos huevos recién puestos. Dicho esto, se levantó y, envolviéndose en su manto tieso de salitre, se dirigió a explorar los daños.

Las preguntas cruzadas, las acusaciones, los interrogatorios más o menos benignos entre los sirvientes, el posadero, el centinela y O'LiamRoe, duraron más de una hora, hasta que finalmente Stewart dio el asunto por terminado y mandó a todos a la cama. Dos cosas habían quedado claras: el personal de la posada era probablemente inocente y estaba convencido de que el fuego se debía seguramente a alguna salvaje práctica irlandesa, y O'LiamRoe no tenía ni idea de quien podía haber iniciado el fuego y se lo estaba pasando demasiado bien como para preocuparse por ello.

Cuando la multitud salió por fin de su habitación dejándolo sólo con una cama nueva y con Thady Boy, que por fin se había despertado, para que la compartiera con él, Phelim O'LiamRoe echó hacia atrás su rubia cabeza, bostezó y, dejando caer su tieso manto, se metió en la cama. El moreno rostro del bardo le miró atónito.

—¡Por todos los santos! ¿Era ese el único camisón que habíais traído con vos a tierras francesas?

—Estáis en lo cierto. ¿Verdad que ha sido una suerte que no lo llevara puesto? ¿Creéis que esto ha sido un accidente? —dijo O'LiamRoe desde su almohada.

—No lo creo.

—Así que no lo creéis. Y —dijo el príncipe de Barrow, con un apacible ojo azul inesperadamente abierto—, ¿creéis que el naufragio de esta tarde fue un accidente?

El dueño de aquel magnífico tímpano no se molestó siquiera en mirarle a la cara.

—Lo dudo —dijo, y quitándose su capa cuidadosamente la enrolló en un ovillo—. Vuestros asuntos no me conciernen, pero me atrevería a decir que hay por ahí más de uno que está empeñado en que no lleguéis vivo hasta el rey de Francia.

El Príncipe se estiró, doblando sus brazos sobre su obtusa cabeza.

—Eso mismo he pensado yo —dijo—. Pero no se me ocurre de ningún slieveño que pudiera intentar algo así contra mi persona. Que intentaran hacerme picadillo con un puñal en una noche oscura, pudiera ser; pero los más peligrosos son también mortalmente vagos y se suelen quedar en Slieve Bloom.

—¿Y los ingleses? —sugirió Thady Boy.

—Estáis en lo cierto. Tienen fama de ser de lo más descortés en el mar. Pero creo —dijo O'LiamRoe sonriendo tranquilamente sobre la almohada— que los ingleses prefieren conservarme vivo y de su parte a que acabe con los dientes clavados en un pecio. ¿Qué os parecería si pasáramos también un tiempo invitados en Inglaterra? — Cuando el bardo se encogió de hombros, Phelim añadió—: Venid aquí, muchacho.

Thady Boy se aproximó despacio a la cama. O'LiamRoe se apoyó sobre el respaldo y, por un momento, sus azules ojos estudiaron el oscuro y contenido rostro de su secretario. Después dijo:

—¿Estáis arrepentido de haber aceptado este puesto, verdad?

—Todavía no.

—Estaríais mucho más a gusto con un atildado y tierno príncipe señor de las ovejas muertas y amante de la paz y la tranquilidad, ¿no es cierto?

El bardo no se movió.

—¿Me estáis despidiendo?

—¡Dios me ampare, no! —dijo O'LiamRoe con amabilidad—. ¿Creéis que sobreviviría sólo con esta boquita? No es ningún secreto que no hablo ni palabra de francés y que mi inglés cojea bastante cuando me acaloro. Estaré encantado si deseáis quedaros.

La tensa cara del bardo se relajó. Se dio la vuelta y, tras colocar su jubón con esmero sobre una silla, continuó desvistiéndose.

—Si Piedad Dooly ha sobrevivido durante veinte años, seguro que yo podré apañarme por unos meses —dijo.

—Piedad Dooly es un mentiroso empedernido. Nunca esperéis una sola palabra de verdad de un hombre que tenga sus paletas torcidas. Los dientes torcidos son siempre un mal presagio, pues se ponen de esa guisa de la vergüenza que pasan por todas las historias que cuenta su dueño. ¿Habéis oído la última?

—¿Merecía la pena?

—Sí que la merecía. Cuando empezó el fuego, nuestro Piedad oyó a alguien abriendo una ventana y salió afuera para seguirle. ¿Os habéis fijado en ese decorado de mar postizo que están levantando en la plaza del mercado?

—Sí, me he fijado.

—Pues nuestro pirómano no, porque con las prisas se cayó encima y lo llenó todo de huellas de barro hasta que Dooly lo perdió de vista.

—Pues si lo perdió, parece que no merecía la pena su historia.

—Estáis en lo cierto, salvo por un detalle: las huellas eran de un hombre que no apoyaba el tacón derecho.

—¿Quizás le dolía el pie?

—Si hubierais prendido fuego a las cortinas de la cama de uno de los invitados del rey del Francia y estuvierais huyendo, aunque tuvierais el talón herido lo apoyaríais en el suelo; pero él no lo hizo. Lo que no entiendo es por qué no me apuñaló directamente en la cama.

—¿Porque no estabais allí? —sugirió el bardo, mordaz.

—Estoy casi convencido —continuó O'LiamRoe tranquilamente— de que lo que pretendían era sólo darme un buen susto. —Dicho esto, dándose la vuelta cerró los

ojos.

Se hizo el silencio. Thady Boy meditó con melancolía durante unos instantes. Después se rascó sus rizos polvorientos y se pasó una mano tiznada por la barbilla. Consideró seriamente la posibilidad de darse un baño pero lo pensó mejor; rebuscó en el bolsillo de su chaleco y sacó una botella de aguardiente. Echó un vistazo al otro lado de la habitación y miró a O'LiamRoe. Este se había quedado profundamente dormido.

—Pues que el diablo me lleve si estáis asustado en lo más mínimo, pedazo de lunático —dijo—. Y que conste que para ser irlandés, tenéis el sentido común de una lombriz. Vaya que sí.

Y sopló las velas.

Al día siguiente, durante el desayuno, llegaron buenas noticias. Aquella misma mañana, un dignatario de la corte llegaría para escoltarlos junto con Stewart. La noticia interesó y agradó a O'LiamRoe, que ya había alabado la posada, la comida y al arquero quien, ataviado con sus hombreras color azul y plata, su cuello impoluto y sus botas de montar de fina piel, componía una figura que distaba de ser precisamente robusta.

Por otro lado, era evidente que la nublada mente de O'LiamRoe no se había cuestionado ni por un instante su propio atuendo. Tras rebuscar a fondo en su bolsa de viaje, habían aparecido unos nuevos ropajes; aunque estaban limpios y en buen estado, conferían al príncipe de Barrow un aspecto tan estrafalario como antes. También el señor Ballagh continuaba vestido de negro raído, aderezado ahora con algún churretón del desayuno. Tan sólo Robin Stewart parecía considerar que el aspecto y modales de los irlandeses constituía una auténtico desaguizado y supuso que la visita de lord d'Aubigny tenía el propósito de hacer algo al respecto.

Mientras aguardaban su llegada, O'LiamRoe no había cesado de hacer preguntas con incansable entusiasmo.

—¿Y hablará Su Excelencia, por ejemplo, inglés?

—Sí. Es de origen escocés —había contestado Stewart, harto—. Tiene el mismo apellido que yo.

Se preguntó por un momento, si sería apropiado contar más cosas sobre John Stewart d'Aubigny, un culto gentilhomme que había sido en otro tiempo el capitán de la guardia de Corps del Rey, con cien escoceses armados bajo su mando. Ahora era un caballero adscrito a la cámara del Rey al mando de sesenta lanceros.

John Stewart había sido de hecho su capitán. Seguía siendo, en cierto modo, su superior. Mientras estaba de servicio, el arquero debía realizar bastantes encargos por cuenta de los caballeros del Rey, así que podría haber contado lo indecible sobre este Stewart de apellido real, cuyos antepasados habían sido reyes de Escocia. Una rama de la familia había permanecido en Escocia como señores de Lennox, ostentando

gran poder e influencia en su país. La otra rama se había establecido en Francia, desposándose con lo más granado de la nación; tanto, que John Stewart ostentaba el honor de ser pariente, aunque lejano, tanto de la reina de Francia como de la querida del Rey, Diana. Habían servido a Francia brillantemente en la guerra, capitaneando la guardia personal del Rey y proporcionando al país galo un oficial tan famoso como Bayard, cuyos servicios habían sido recompensados con dinero, tierras y posición.

Todo lo anterior había constituido la herencia del gran lord John, actual lord d'Aubigny, pero le había sido de tanta utilidad como a Robin Stewart su vieja armadura. El hermano de d'Aubigny, el conde de Lennox, había intentado en el pasado desposarse con la Reina regente para obtener el poder que ansiaba en Escocia. Tras fracasar en el intento, se había aliado con el enemigo de su país, Inglaterra, apropiándose además de diez mil coronas francesas y perdido, por mor de su traición, todas sus posesiones escocesas. Después de aquello, el conde de Lennox tuvo el acierto de casarse con la sobrina de Enrique VIII, lo que le había proporcionado grandes riquezas, así como la protección y el asilo de Inglaterra, junto con la promesa de que algún día se convertiría en el rey de Escocia con el apoyo de Enrique.

Pero el rey de Francia, país en el que el joven Lennox había crecido, no se había mostrado en absoluto caritativo, especialmente respecto del dinero robado; ya que no había podido echarle el guante a Lennox, había castigado a su hermano John Stewart de Aubigny en su lugar, encerrándolo en prisión y privándolo de su posición y cargo. Al subir al trono el actual Rey, había sido puesto por fin en libertad. Pero la excarcelación, desde el punto de vista de Stewart, no le había sido demasiado beneficiosa a su antiguo capitán.

—¡Un escocés! —estaba diciendo O'LiamRoe—. ¡Desempolvad vuestro latín muchacho! ¡Airead vuestra astronomía! ¡No podemos permitirnos decepcionar a los grandes señores del viejo país, tan elegantes, con sus jubones de plateados botones como ruedas de molino!

Poco después llegó lord d'Aubigny, respetablemente ataviado en morado integral, con la barba rizada, algún diamante que otro y un pequeño y bonito bonete con perlas sobre la cabeza. Le acompañaban dos jóvenes nobles y un cura.

Stewart reconoció su perfume antes de que entraran y supo de qué jóvenes se trataba. Se habían esmerado vistiendo sus mejores galas a la moda cortesana, con sus abanicos y todo; mientras se hacían las presentaciones observó cómo O'LiamRoe levantaba las cejas. El cura, profesor de la escuela hidrográfica, empezó una respetuosa reverencia y se frenó en seco; los jóvenes nobles, en graciosa sincronía, hicieron tres reverencias cada uno, rodilla derecha a tierra, con el bonete en la mano izquierda y los guantes en la derecha, pegada al estómago.

O'LiamRoe respondió con una ancha sonrisa. Lord d'Aubigny hizo una breve reverencia, avanzó decidido y besó al príncipe de Barrow en ambas mejillas.

—¡Señor mío, qué bien oléis! —exclamó O'LiamRoe apreciativamente mientras se sentaban—. Ahora lo entiendo. O'Donnell, Dios le guarde, volvió de Francia igualito que vuestas mercedes, lleno de borlas como un cojín y con un olor muy especial. Perdonadme —dijo agarrando a su secretario y arrastrándolo hasta donde estaban—. Este es mi ollave viajero. Tendréis que ser benevolente con él, ha perdido sus modales en el naufragio y además hoy está desesperadamente sobrio por mi causa. Si se le destila puede hablar griego a la perfección; le pedí que cantara mientras ordeñaban y todas y cada una de las vacas del establo dieron alcohol en lugar de leche.

Lord d'Aubigny no era especialmente agudo. Durante un instante se quedó atónito, incapaz de pronunciar palabra, su grande y hermoso rostro cada vez más rojo bajo las perlas. Tras él los dos galanes estaban de color escarlata; fue el cura quien intervino finalmente, con ojos centelleantes.

—Estamos encantados de conoceros, y lamentamos profundamente las noticias de vuestra espantosa arribada a puerto.

—¡Espantosa! Un galeón flamenco. No se puede uno fiar de ellos. Una tripulación criminalmente inepta. Ya hemos enviado un informe —dijo lord d'Aubigny, en un intento de contrarrestar la frivolidad que percibía a sus espaldas y sospechaba ante él—. El Rey en persona tomará cartas en el asunto.

—Ah, pero no os disculpéis —dijo O'LiamRoe, su rostro ovoide de suaves y frondosas patillas iluminado de pecas y buen humor—. Tendríais que haber visto a Thady Boy salvando al barco: en tres patadas y un salto estaba con sus olorosos pies y sus fuertes pantorrillas sobre la verga...

Maese Ballagh podía aguantar muchas cosas, pero decidió cortar la parrafada.

—O'LiamRoe es consciente desde luego, señor mío —dijo ácidamente—, del honor que le ha hecho Su Majestad el Rey al invitarle a Francia. Irlanda no es un país precisamente rico. Nuestras cosechas son escasas y nuestras carreteras malas, así que...

—¡Maldita sea, pero qué decís hombre! —protestó O'LiamRoe—. En el mismo Slieve Bloom hay un camino en el que cabrían perfectamente dos vacas, colocadas una a lo largo y otra de través.

—Pero el príncipe de Barrow es una persona cuya educación y consecuencia difícilmente podríais encontrar en ciudad alguna. Y no lo digo precisamente —añadió resignadamente Thady— por la paga que me da, que por cierto no seríais capaz de encontrar aunque se os escurriera de entre el pulgar y el índice sobre una sábana blanca en pleno mediodía.

Se produjo un conato de risas malamente disimuladas entre los jóvenes, pero lord d'Aubigny prosiguió inexorable:

—Imagino que tanto vos como vuestro señor sabréis algo de la actual corte de

Francia, ¿verdad? En breve seréis presentados al rey Enrique y a la Reina que es, por supuesto, italiana de nacimiento. Tienen cinco hijos de corta edad...

Describió de la forma más aséptica que pudo la política de la Corona sin mencionar en ningún momento que la esposa del Rey y la amante de este se llevaban como el perro y el gato; que el condestable, amigo del Rey, apoyaba a la Reina y que prácticamente todo el mundo desconfiaba de los de Guisa, quienes disfrutaban del favor del Rey y entre los que este había distribuido los más altos cargos y cuyo consejo era tenido en cuenta antes que ningún otro, fuera en materia religiosa, militar o en la mesa del Consejo.

—Son en conjunto —dijo d'Aubigny— unas personas que os dejarán impresionados. Una floreciente cultura con un gusto extraordinario por la belleza y el boato. Consecuencia de ello, la solemnidad, la formalidad, una inclinación a una cierta cortesía...

—No se nos permite —sonó aburrida una voz tras él— batirnos en duelo.

—Y llevar el rostro cubierto de pelo por todas partes —añadió su vecino suavemente— no es aceptable en absoluto.

Sin mirar en derredor, Su Excelencia continuó.

—Las modas cambian, por supuesto, pero es el propio Rey quien decide el estilo y el color con que deben vestirse sus caballeros y es habitual que los cortesanos se atengan a sus directrices. Por favor, no dudéis en pedirme consejo si necesitáis un sastre.

La alusión a las inclinaciones estéticas de O'LiamRoe cayeron en saco roto.

—¡Válgame Dios! ¿Es uno de esos? —dijo el Príncipe, apenado—. El difunto rey Enrique VIII de Inglaterra pensaba igual: hasta el último de nosotros tenía que vestirse, hablar y rezar como un inglés y afeitarse los pelos de la cara también. Y era cosa muy admirable que mi padre criara pelos como un oso; por más que se afeitara los mostachos cada noche, allí estaban de nuevo, más gloriosos que nunca, por la mañana.

Un breve silencio se hizo honrando semejante aseveración. O'LiamRoe, impertérrito, miró alrededor.

—¿No queréis comentar nada al respecto, Thady? —Después continuó, dirigiéndose al cura—: Se le está oxidando la lengua de la falta de ejercicio. Seguro que nada le gustaría más que pronunciar unas palabras sobre hidrografía.

La morena cara del bardo se volvió, visiblemente afrentada.

—¿Así que hidrografía, no? La hidrografía nos hubiera venido de perlas anoche, Dios nos libre, con todo aquel humo saliendo de vuestro camisón como el rabo inquieto de una vaca vieja y reseca. Tengo los nervios totalmente exhaustos con vuestros incendios y vuestros naufragios y vuestro «decid esto, decid lo otro» todo el día.

—¿Acaso os he ofendido? —preguntó O'LiamRoe mirando fijamente a su bardo.

—¡Incendios! —exclamó d'Aubigny.

—En efecto.

—Seguro que un traguito de vino resucitaría vuestros miembros y os activaría la circulación sanguínea, ¿verdad Thady?

—Probablemente —dijo el bardo, enfurruñado.

—¿Incendios? ¿A qué se refieren, Stewart?

Así pues, para desgracia del arquero, las noticias del desafortunado incidente de la pasada noche fueron prematuramente desveladas, mientras el hermoso y cada vez más colorado rostro de d'Aubigny evidenciaba un creciente enojo. El gordo tontorrón y el flaco tontorrón, con sus atuendos de espantapájaros, eran unos auténticos cabezas de chorlito. Era evidente que el accidente no había causado grandes estragos; los huéspedes del rey de Francia no habían sufrido un percance de gravedad. El lord lanzó una mirada reprobadora al arquero Stewart, murmuró unas disculpas insulsas y se puso en marcha. La comitiva ya estaba lista, el equipaje recogido, las facturas pagadas y los caballos enjaezados para llevarlos a Ruán cuando d'Aubigny se acordó de madame Baule.

Se paró en seco.

—Antes de irnos, O'LiamRoe, hay algo que debo deciros. Hay una paisana vuestra alojada aquí, una dama encantadora que se dirige también a Ruán para la recepción real. Esperaba poder veros antes de que partierais.

—¿Oh? —dijo O'LiamRoe.

—Su nombre es madame Baule. Se casó con un francés, que ya falleció, hace años y vive en una casa de lo más singular en Touraine. Es una persona deliciosa y original; os aseguro que se la recibe y aprecia enormemente en todas las casas de abolengo. Pero, por supuesto, vos ya la conocéis —dijo d'Aubigny guiando a los dos irlandeses decididamente por un pasillo lateral.

—¿Que la conozco? —preguntó O'LiamRoe débilmente.

—Por lo que me comentó la dama, lo he asumido. Aquí es, creo. Desde luego ella lo sabía todo sobre vos. Entrad. —Llamó a la puerta. Esta se abrió y d'Aubigny empujó dentro al príncipe de Barrow.

—Aquí lo tenéis: O'LiamRoe, señor de Slieve Bloom y su secretario. Madame Baule, antes de Limerick. Pero estoy seguro de que ya os conocéis.

Sin saberlo, d'Aubigny estaba siendo ampliamente vengado por el mal rato que había pasado momentos antes.

La florida y estrafalaria figura del Príncipe fue sometida a un escrupuloso escrutinio por dos pálidos y redondos ojos que miraban desde un rostro estragado por la vida al aire libre, atestado de dientes y cercado por un impresionante montón de cabello apilado y trenzado que recordaba vagamente a una oruga, lleno de adornos.

Todo el conjunto descansaba sobre un rotando cuello, rebosante de lazos y joyas. Una mano ancha agarró la plateada manga de su señoría.

—¡Boyle! —chirrió en tono agudísimo una débil voz, animada y alegre—. ¡Boyle! Mi querido John. Podéis haceros llamar todo lo d'Aubigny que queráis, pero mantened vuestra expatriada boca adulatora alejada de los magníficos nombres irlandeses... ¡O'LiamRoe!

—Madame —dijo O'LiamRoe educadamente y algo cohibido.

La voz aguda y discordante continuó.

—¡Vaya patillas y bigotes más impresionantes lleváis señor mío!

—Pues no habéis visto lo peor —dijo O'LiamRoe en tono de disculpa palpándose la parte posterior de la cabeza—. Hace por lo menos seis largos días que no me lo han podado.

—¡Hum! No olvidaré jamás esos mostachos —dijo la señora Boyle dando un gritito—. Son de los que pueden provocar auténticas pesadillas. O'LiamRoe, no nos habíamos conocido hasta ahora, pero tomad mi mano. Podéis besarla.

Sonó un suspiro. De haber estado allí presente Robin Stewart, sin duda se hubiera temido que la dama permaneciera así plantada para siempre, con las clavículas desmadejadas, hasta que por fin, la señora Boyle, recobrando la compostura, dijo con voz arrobada:

—Ufff... no hay duda de que la sangre irlandesa corre por esas venas vuestras... Nos estábamos quedando escuálidas por estas tierras añorando un poco de ese fuego... *o'n aicrd tuait tic in chabair*, como dice el refranero. Pero decidme, ¿quién es el *cailleach-chear* que viene con vos?

—Ah, es un bardo de Banachadee. Mi pequeño y queridito ollave, señora Boyle.

—¡Que me caiga muerta aquí mismo! ¿Cómo os llamáis, hombre? —gritó a Thady Boy.

El secretario retrocedió.

—Ballagh, señora.

—De una de las tribus gitanas, seguramente. ¿No os ofende que os llamen *cailleach-chear*?

—Buda —contestó inesperadamente Thady Boy— nació de un huevo. Un hecho bastante extraordinario, un *a mhuire*, para provenir de una gallina. Los reyes y reinas de aquel país son, sin duda, las gallinas.

—Pero aquel país, *a mhic*, no era Irlanda.

—En efecto, porque ¿cómo podría nacer en Irlanda un dios de tal procedencia? —dijo Thady educadamente—. Las gallinas de allí son demasiado parlanchinas y sus dueños suelen tener un ojo puesto en el ave y el otro en el agua de la cazuela para cocinarla.

La dama maulló como un gatito.

—¡Oh! ¡Oh! Vaya lengua afilada que habéis traído con vos, O'LiamRoe, que Dios os asista; precisamente lo que más veneran estos pobres franceses es el ingenio agudo y la respuesta rápida; los cielos y los infiernos saben que tengo el cerebro derretido de tanta verborrea ingeniosa. Pero sentaos y habládme de vuestro hogar. ¿Cómo está vuestra madre?

Como quien no quiere la cosa, O'LiamRoe se vio sometido a un exhaustivo interrogatorio sobre la historia social de Limerick y de Leix. Stewart d'Aubigny, escuchando sólo a medias, pensó que entre los dos parecían saber de genealogía y de ginecología más de lo que ningún escocés admitiría jamás. Conocía a la señora Boyle desde hacía años; así que ni soñó con intentar detenerla cuando se lanzó a preguntar a O'LiamRoe sobre su cosecha de cereal, su pesca y su ganado. Las respuestas del Príncipe parecían bastante animadas, incluso cuando la dama se permitía ponerlas en duda.

—¡Por los clavos de Cristo! Exclamó la señora Boyle, dándose al fin por satisfecha y recostándose en su butaca. —Pues ya veréis, la mariposa más enorme y hermosa la vais a conocer ahora en la corte, rodeada de un enjambre de silenciosas y atareadas abejas.

—No tan silenciosas —repuso lord d'Aubigny—. La antecámara del Rey está ahora atiborrada de escoceses que discuten endiabladamente. La mitad de ellos frecuentan a Mason.

—¿Mason?

—Sir James Mason, el embajador inglés. Nuestra pequeña Reina tendrá mucha suerte si el Trono de Escocia aguarda a su mayoría de edad. Más de uno de los nobles de su madre preferiría a buen seguro tener una buena posición bajo dominio inglés que una incierta y mezquina bajo dominio escocés. ¿Os pasa algo O'LiamRoe?

—No, no —dijo el Príncipe enderezándose rápidamente—. Es sólo que siento que una especie de resplandor me ha herido directamente en los ojos.

Proveniente de sus aposentos, una mujer había entrado en la habitación. Durante toda su vida aquella mujer, joven todavía, se había acostumbrado a que los hombres quedaran embobados en su presencia. Despacio, sin asomo de timidez, se colocó al lado de la ventana y fue evidente que era tan irlandesa como una *murrúghach*, una sirena, aunque no era una del tipo rubio milesiano de hombros anchos, sino morena, de huesos finos y delicados hombros sobre los que se erguían un esbelto cuello y un rostro ovalado de acentuados pómulos y ojos claros, el oscuro cabello aureolando de negros rizos su orgullosa frente y cayéndole por la espalda. Llevaba un vestido azul oscuro y no llevaba joya alguna; cuando vio que todos se levantaban, dirigió una reverencia a la señora Boyle y a d'Aubigny y se quedó esperando.

John Stewart d'Aubigny, juntando las yemas de los dedos, apreció a la beldad con experta mirada. Thady Boy, boquiabierto, le dedicó una mirada desquiciada desde su

macilento y mal afeitado rostro. En cuanto a O'LiamRoe, se incorporó como si un súbito e involuntario instinto de cortesía se adueñara de él, sus azules ojos de largas pestañas dilatados y una expresión intensa en la mirada.

—¡Por todos los diablos! ¡Aquí está mi sobrina! —chilló la señora Boyle abalanzándose sobre la recién llegada con una expresión de júbilo acompañada de un revoloteo de lazos y faldas—. ¡No les prestéis atención alguna, Oonagh! ¡Son un hatajo de irlandeses que han venido a la corte, de la misma estirpe que los tontos gallitos que dejasteis en Donegal. No debéis mirarlos dos veces! ¡Caballeros! Mi querida Oonagh ha venido aquí para hacerle compañía a su vieja tía y, si de mí depende, desposarse con una gentil flor de la corte de Francia. Oonagh, hija, este es O'LiamRoe, príncipe de Nosécuantos. Pero no os acerquéis tanto para hacerle la reverencia que le vais a pisar los bigotes... Y ese es el señor Ballagh, su secretario. Tendrías que oírle: es capaz de aturdir hasta la muerte a las ratas con sus rimas, igual que el mismísimo Senchan Torpest.

Con un suave ronroneo de lana azul, la muchacha tomó asiento y posó su tranquila mirada sobre aquellos irlandeses. Se dirigió a ellos, indistintamente y en gaélico.

—Los bosques andaban escasos de bardos, últimamente. Pero parece que ha vuelto la temporada, ¿no?

Las ganas de cháchara quedaron cercenadas por el cambio de idioma. En aquel breve silencio, maese Ballagh tosió y, mientras O'LiamRoe le miraba de reojo, se dejó caer encajando sus relucientes calzas en una silla.

—El ratio, ahora que lo pienso —respondió educadamente en inglés el ollave—, debe ser de un bardo por palmo de terreno habitado y abonado con estiércol. Si los habéis echado en falta será porque no se daban los otros condicionantes.

Los luminosos ojos de la mujer se dirigieron entonces a O'LiamRoe.

—Tenía entendido que el príncipe de Barrow tenía como bardo a un tal Patrick O'Hooley.

—Es cosa cierta —afirmó cumplidamente O'LiamRoe—. Pero traerle habría sido para él como echarle el *Birach-derc*^[4]. Poned a Patrick O'Hooley sobre un barco y aunque se encomiende al mismísimo san Pedro, no serán suficientes cuatro hombretones pertrechados con ganchos para conseguir que levante los párpados.

La muchacha repuso, con un mohín de desprecio:

—Se marea en barco.

—Cierto es, igual que también es cierto que aprendió solo el arte de los bardos, sin otra ayuda que la de su propio intelecto. En cambio, maese Ballagh aquí, es un exquisito profesante del canon, un caudal de amables alabanzas fluye de él a la vez que le llega otro de riquezas. Provocadle y exudará epigramas por sus poros como si estuviera recién salido de la sauna de Inishmurray.

La conversación se estaba adentrando por estos resbaladizos derroteros cuando Robin Stewart entró por la puerta solicitando el permiso para tomar prestados o comprar algunos repuestos para la montura de O'LiamRoe. Como remate de aquella jornada de absurdos y negligencias, el viento marino y salado había arreciado acabando de arruinarla y haciendo imposible viajar a Ruán.

Por suerte, lord d'Aubigny se marchó llevándose con él a O'LiamRoe, su acento irlandés retumbando por el pasillo con interminables explicaciones sobre la fantástica vida del arnés de su caballo. La señora Boyle tiró de Robin Stewart y cerró la puerta tras él.

—Entrad, por el amor de Dios y haced el favor de explicarme lo que sepáis sobre ese campeón de Slieve Bloom que vale lo que dos viejas alfombras peludas. Había oído decir que era raro, pero no esperaba semejante excéntrico.

Les había servido vino, con lo que Thady Boy, empleándose a fondo, casi había recuperado su condición habitual. Más relajado, comentó:

—Ya le habéis visto. ¿Qué más puedo decir? La desgracia de O'LiamRoe ha sido haber nacido príncipe con un puñado de súbditos a sus órdenes, en lugar de ser un profesor chiflado con su pensión y su mujercita y con un círculo de alumnos-filósofos con los que pasar todo el día debatiendo dale que te pego. Yo le conocí en su castillo, un pedazo de roca húmeda y llena de ratas. Puedo aseguraros que tiene la capacidad de dejaros exhausto y superaros en cualquier tema que saquéis. Lo sabe todo. Y por otro lado, es la persona más desmañada que os podáis imaginar. Su mano derecha no sabe nunca lo que está haciendo la izquierda.

Stewart sonrió. Thady Boy levantó su copa en mudo homenaje a la joven, cuya mirada no se había despegado ni un segundo de su rostro; la bajó de golpe sobre el brazo de la silla cuando la señora Boyle dijo:

—Tenemos entendido que, sin embargo, vos si que sois de lo más rápido, además de tremendamente ágil escalando cuerdas. ¿Os enseñan ese tipo de cosas en vuestro adiestramiento como bardo? —Se estremeció de risa.

La joven no sonrió.

—También nos enseñan a correr veloces como el viento; lo cual es fundamental —dijo amargamente Thady Boy—. Y en este caso, estando al servicio de un personaje como el príncipe de Barrow, me habría resultado de gran ayuda a la par que cómodo ser además, invisible.

Oonagh O'Dwyer se levantó. Silenciosa como un gato, se acercó a Thady Boy y le quitó la copa de su laxa mano.

—¿Por qué habéis venido a Francia con él? —preguntó—. ¿Para recitar vuestros epigramas a cambio de bebida gratis?

—¿Gratis, decís? —contestó Thady—. Yo pensaba que me estaba saliendo más bien cara.

—Yo creo que este hombre lo que busca es llevar un poco de vida distinguida —dijo la señora Boyle amablemente.

—¡Vida distinguida! ¿Con O'LiamRoe pegado a mí como una lapa y sus mandíbulas desatadas en incontinente verborrea?

—Pues yo creo que Ballagh ha venido aquí para refugiarse —dijo Robin Stewart sonriendo—. Él dirá que está aquí por el dinero, pero seguro que es por algún asunto de faldas, ¿eh Thady?

—¿Y O'LiamRoe, anda metido también en algún asunto de faldas? —preguntó Oonagh O'Dwyer a Thady.

Aquello acabó por exasperar al señor Ballagh.

—¿Es que se supone que tengo que ser adivino? He pasado una semana en su castillo y allí no había más mujer que su madre y las cocineras; y las dos semanas de travesía las ha pasado de cuclillas por el barco, agobiando a los desgraciados remeros, empalmando cabos y frases como el viento sobre los campos de cebada. No me fijé en si le guiñaba el ojo al mascarón de proa.

La señora Boyle se sentó en la silla, riendo entre dientes; pero Oonagh O'Dwyer, con su aspecto de diosa antigua de negros cabellos, dijo:

—¿Acaso no le molesta que se rían de él?

—No, si él se ríe primero.

—Bueno, ¡qué diantres! —dijo Robin Stewart, molesto—. Ha sido invitado a venir para discutir sobre las formas y maneras de echar a los ingleses de Irlanda. ¿Es que acaso eso es un chiste?

—Oh, desde luego que cerebro no le falta. Discutirá sobre todo lo que queráis —dijo el bardo sumamente airado—. Y puede que el Rey le saque algunas ideas buenas, si es que consigue soportarlo. Pero antes y después y durante su estancia, O'LiamRoe tiene la intención de echarles un buen vistazo y disfrutar de la vida de los ricos... a gastos pagados.

La señora Boyle se estremeció de risa y Robin Stewart se mostró encantado con la idea. Pero la joven de cabello oscuro se dio media vuelta y salió de la habitación.

III Ruán: semilla sin fruto

No obligaréis a pagar... a quien no tiene ganancia. No exigiréis pagar con una parcela a aquel que es vagabundo. No pediréis vestido al que no tiene ropa. Exigir semejante pago equivale a pedirle fruto a una semilla sin fruto.

Sintiéndose vulnerable cual caracol sin concha, O'LiamRoe, apacible, sucio y peludo, arribó a las espléndidas posaderas de Ruán. Su llegada, acompañado de Thady Boy Ballagh y Piedad Dooly, por capricho de los antiguos y traviosos dioses, pasó aquel día inadvertida a los habitantes de la ciudad. Cuatro días más tarde, su Sagrada Majestad el Cristianísimo Rey de Francia, el magnánimo, poderoso y victorioso rey Enrique, segundo del mismo nombre, entraría en la capital normanda de su reino por primera vez desde que, hacía tres años ya, había accedido al trono. Los preparativos para tan feliz acontecimiento habían vuelto majaras a los ruaneses.

Por suerte para los recién llegados, la corte, que había bloqueado la carretera de Ruán durante toda aquella mañana, ya había despejado el camino, asentándose al otro lado del río sobre el priorato de Bonne-Nouvelle, a la espera de que el Rey hiciera su gloriosa entrada. Lord d'Aubigny, que había escoltado a la comitiva irlandesa desde Dieppe y la había depositado sana y salva la noche anterior en una posada común y corriente para que descansara, partió llevándose con él a sus acompañantes para reunirse con los caballeros del Rey. Dejó a la pequeña comitiva a cargo de Robin Sewart, quien debería ocuparse de alojar a O'LiamRoe en la ciudad en lugar seguro.

Apenas habían llegado a los arrabales de la llanura de Grandmont cuando salió de una casa un carromato empujado por cuatro hombres transportando una ballena de escayola y cruzó la calle. Todos los caballos de la comitiva de Robin Stewart se encabritaron desmontando a sus jinetes y la yegua de O'LiamRoe retrocedió asustada. Pero el Príncipe tenía un impresionante dominio sobre su montura. Consiguió tranquilizarla y, tras colocar en su sitio las gualdrapas, que se le habían venido encima, centró toda su entusiasta atención en la escena.

—¡*Dhia!* No cabe duda de que tenéis pasión por lo que le arrebatáis al mar, para ponerle patas de madera a semejantes pescaditos. ¿Habéis visto Thady?

Maese Ballagh se inclinó para mirar. A sus pies, la ballena, con sus costados de escayola sudando al sol, abrió de pronto sus mandíbulas soltando un chorro de agua del Sena. Los caballos, totalmente aterrados, brincaron y danzaron al compás de los juramentos de los escoceses y O'LiamRoe, esta vez, cayó de su montara limpiamente.

Era una escena indescriptiblemente extravagante. Ante ellos se alzaban las murallas de Ruán, ocultas por un maremágnun de lona, el atestado puente y las inquietas y amarillentas aguas; la ciudad se hallaba totalmente invadida por un mar de

tela blanca procedente de innumerables tiendas y carpas que se asentaban como barcos varados en la tierra firme de la cercana orilla. Un pabellón a medio terminar cubierto de medias lunas y flores de lis se levantaba en la cuneta lleno de carpinteros encaramados a él y detrás, en un cercado, varios hombres se afanaban secando una recua de seis mulas que se habían mojado. Alguien había abandonado en el barro un carro lleno de panceta con un rastrillo trabando una de las ruedas; dentro de una de las carpas podía verse a uno de los arqueros que vigilaban la ciudad enfrascado en algún cotilleo mientras a su lado se alineaban una docena de tiendas recién pintadas de verde.

El arenoso fango de las orillas bullía de hombres empapados y pequeñas barcas; las islas quedaban ocultas por el aluvión de mástiles erectos; en alguna parte, un desafinado coro practicaba con denuedo. Continuos gritos, golpes de martillo y voces discutiendo, surcaban el aire como pájaros y en la entrada del puente, una mujer, subida a medias sobre una escalera con un arco bajo el brazo, increpaba entre alaridos al pintor que, sobre ella, decoraba un nicho. Los cuatro hombres de la ballena, orgullosos sin duda de su exuberante carga, desaparecieron camino del agua. Abandonando su caballo despreocupadamente, O'LiamRoe los siguió.

Robin Stewart, arquero escocés de la Guardia Real del Rey, exhaló un profundo suspiro y se volvió para compartir su desesperación con sus compañeros de armas. Pero en lugar de aquellos, fue el ceñudo rostro del ollave el que captó su mirada.

—*France, mère des arts, des armes et des lois*—observó Thady Boy sin que se le alterase un músculo—. ¿Tenéis la intención de entrar en Ruán? Pues intentad captar la atención de O'LiamRoe inmediatamente, porque me temo que va a seguir a esa ballena cual cachalote enamorado.

Robin Stewart abrió la boca para contestar.

Pero algo le distrajo. Dos mujeres llegaban cabalgando por el puente que tenían ante ellos, sedas y pieles al viento; los sirvientes que las seguían llevaban una librea que Stewart reconoció al instante, al igual que conocía el rostro de la pelirroja que los precedía y a la que servían. Era Jenny Fleming.

Janet, Lady Fleming, era bonita, escocesa y viuda. Era la hija natural del rey Jaime IV de Escocia. También era la real tía y la institutriz de María, la reina de los escoceses, a la que había acompañado a Francia dos años antes cuando esta era una pequeña de tan sólo cinco años, ejerciendo como su mentora desde entonces.

El término «institutriz» aplicado a Jenny Fleming no podía ser más inadecuado. María disponía de un profesor para cada materia de arte o ciencia y su fiel Jenny Sinclair era su niñera. Jenny incapaz de imponer disciplina a nadie y menos a ella misma, era su compañera de travesuras. Con un rey por padre, un conde por abuelo y un acaudalado y poderoso barón escocés por difunto marido, su vida había transcurrido entre algodones, sedas y bienestar. A pesar de haber tenido siete hijos, la

dama conservaba, a sus treinta y pocos años, una juventud y lozanía que rezumaban viveza, autoridad y refinamiento.

En aquel momento había dejado atrás a su séquito y bajado por un terraplén hasta la orilla, seguida por su compañera. Saludó a Robin Stewart al pasar, quien, ruborizado, le devolvió la cortesía mientras se preguntaba quien sería la regordeta y apacible joven que la acompañaba. Todavía no conocía a Margaret Erskine.

—¡Una ballena! ¿Puede nadar? ¿Echa chorros de agua? ¿Puedo acercarme a verla? —preguntó la dama.

La enorme criatura flotaba sobre las aguas poco profundas. Mientras sus sirvientes reían y charlaban, la enorme mandíbula del animal se abrió y los mostachos de O'LiamRoe emergieron de sus profundidades cual renacuajo saliendo del Leviatán. Hizo una reverencia y sonrió de oreja a oreja.

—Es aún mejor en el interior, es la octava maravilla del mundo, sin duda, pero está un poco demasiado húmedo para una auténtica rosa de Jericó como vos.

La risa acentuó los hoyuelos del luminoso y terso rostro de la mujer.

—¡Sois el irlandés!

—Uno de ellos. El otro está a vuestra espalda. Ella se dio la vuelta. La desaseada figura de Thady Boy Ballagh esperaba de pie con una expresión de pesimismo en su cara.

—Parece enfadado. ¿Por qué está enfadado? —dijo.

—Porque quiere llegar a Ruán lo antes posible para darle a la botella. Pero como habréis podido observar, aquí se había producido una situación de importancia que merecía ser estudiada... Sin duda sois escocesa. ¿Os alojáis aquí?

Jenny se sentía juguetona, presa de una jovial excitación que la recorría desde la punta de su cabello de fuego hasta la suela de corcho de sus zapatos. Iba a contestar cuando la tranquila voz de Margaret Erskine se le adelantó.

—Estamos en la corte. Espero que tengamos el placer de veros allí. Madre, debemos irnos.

—Sí, pero primero debemos presentarnos. Vos sois O'LiamRoe, eso ya lo sé, pero ¿quién es este? ¿No erais tres?

—La tierra más fértil —dijo la voz cortante del señor Ballagh desde atrás— es la que se abona con tres semillas. Es un antiguo refrán irlandés. Debéis excusarnos. Estamos esperando a que el Rey nos conceda audiencia.

Margaret Erskine, casada por segunda vez a los veinte años y madre de un hijo, era la única que poseía control sobre su madre desde que su padre había fallecido. Era una joven corpulenta, de voz pausada y ojos castaños en un rostro sencillo, de campesina. Como ya había hecho en anteriores ocasiones, rescató a Jenny de aquella peligrosa diversión sin revelar en ningún momento que conocía la identidad de aquellos hombres. Las damas se marcharon.

O'LiamRoe prestó poca atención a su partida. Frotándose las manos se encaró con Thady Boy.

—¿No os sentís como en la gran feria de Carman, a la que asistieron los cuarenta y siete reyes?

—¿Y a vos no se os ha ocurrido quizás que los reyes también debían comer de vez en cuando? —dijo el bardo—. Ahí tenéis al señor Stewart, esperándoos como Job, y a Piedad Dooly, con una mirada de lo más famélica. Además, ¿qué pasa si el Rey os manda llamar y no os habéis puesto todavía vuestro otro, ejem, impresionante y frisado atuendo?

—La verdad —empezó a decir O'LiamRoe y se cortó, ligeramente molesto—, no entiendo esta permanente y exagerada preocupación por mis vestimentas.

—La fe me asista —dijo pacientemente Thady Boy—. Su Majestad espera encontrarse con un príncipe, y no con un surtidor, hombre de Dios.

Dicho esto se encaminaron juntos hacia los caballos abandonando la ballena y a sus cuatro hombres, a uno de los cuales, como habría notado un ojo perspicaz, le faltaba un talón.

Se daba por supuesto que la comitiva irlandesa iba a quedar impresionada ante la magnificencia del rey de Francia, así como por la riqueza y la lealtad de sus súbditos, y que su presencia allí constituiría un botón de muestra de las posteriores entrevistas y audiencias que pudieran celebrarse. Así pues, se habían puesto a su disposición un dormitorio y un comfortable salón en la Croix d'Or, una posada nueva y grande situada en la plaza del mercado. Semejante lujo, había apuntado Robin Stewart, compensaba casi las idas y venidas a Notre Dame que habría de realizar en aquel mes y obedecía, sin duda, a la inminente llegada de Su Majestad.

Tras dejarlos instalados, Stewart se dirigió a Bonne-Nouvelle, al otro lado del puente. Pasarían tres días en Ruán hasta que comenzaran las celebraciones. El arquero había decidido dejar de preocuparse por el aspecto y maneras de los irlandeses. Le habían encargado visitarlos cada día para comprobar que se encontraban bien, enseñarles la ciudad y satisfacer sus deseos, dentro de lo razonable. Una vez terminaran la celebraciones en la ciudad, se trasladarían junto con la corte a sus cuarteles de invierno y allí daría comienzo la parte realmente seria de aquella visita.

Robin Stewart, obsesionado como estaba por el éxito, no se sentía precisamente entusiasmado por tener que hacerse cargo de los irlandeses. Tras presentarlos al dueño de la posada, dejó a Piedad Dooly en las cocinas y se marchó. Cuando salía de la plaza se cruzó con un caballero que portaba un mensaje para Phelim O'LiamRoe, príncipe de Barrow, de parte de su Cristianísima Majestad el rey de Francia. Su Majestad le daba su más calurosa bienvenida a las hospitalarias costas francesas e

invitaba a O'LiamRoe a visitarlo aquella misma mañana en el priorato de Bonne Nouvelle, vestido apropiadamente para un juego de pelota...

—¡Dios bendito! —dijo Thady Boy Ballagh cuando el mensajero real hubo partido, dejando caer su redondo cuerpo sobre la cama.

Acababan de tener una desagradable discusión sobre qué hacer respecto del hombre cojo: O'LiamRoe estaba de acuerdo en que sin pruebas no les sería posible acusarlo, así que habían decidido finalmente que Piedad Dooly quedaría encargado de echarle un ojo de vez en cuando al mutilado Jonás y a su ballena.

—¡Dios bendito! —repitió Thady Ballagh—. Difícilmente podréis acudir a la cita con ese aspecto de azafrán sudado y esos pelos de cerdo que lleváis. ¿No pretenderéis salir por ahí con una raqueta y las pelotillas sudadas embutidas en vuestras calzas, verdad?

El sol otoñal, todavía brillante, iluminó la cabeza de O'LiamRoe que, acodado en la ventana de su salón, miraba hacia afuera. Abajo, multitud de cabezas tocadas con sombrero o al descubierto pasaban y repasaban por la calle. La pluma escarlata del bonete de un viandante se agitó engarzada en la seda de su sombrero; luego fue la gasa blanca y el terciopelo azul de la capucha y la capa de una mujer que iba escoltada por su paje. Retumbó un carromato cargado de barriles de cerveza y a su lado, procedente de la fuente, una doncella ataviada con una falda larga y negra con la cola mojada cargaba con un cubo de agua. Un hombre se acercó paseando a la casa de enfrente y permaneció apoyado sobre el quicio de la puerta mesándose la barba.

—¡Bah! Sois un derrotista, Thady Boy. Si puedo matar una mosca de un tortazo en el establo también seré capaz de dar un buen capirotazo con semejante juguete. Pero esto del juego de pelota me parece una forma bastante poco ortodoxa de recibir a un invitado, ¿no creéis?

—El Rey os está obsequiando con el privilegio de un encuentro amistoso en lugar de con una audiencia, que resulta mucho más formal —dijo pacientemente su secretario—. Poneos el mejor atuendo que tengáis y, por vuestro propio bien y el de todos nosotros, haced el favor de manteneros alejado como de la peste de los corrillos de aduladores que le rodearán.

—Fijaos —dijo O'LiamRoe en lugar de contestar. Afuera, el hombre de la barba había cambiado de posición. Se había quitado su sencillo sombrero negro de ala ancha y se rascaba el moreno y tupido cabello mientras examinaba indolente los tejados de alrededor. La luz del sol iluminó a medias su rostro, descubriendo una piel pálida y opaca, una nariz recta y unas cejas espesas y negras. Llevaba una casaca de sencilla factura, corta y de color blanco, que dejaba al descubierto las mangas de una camisa oscura de basto tejido que llevaba debajo; la silueta, de amplios y fuertes hombros, resultaba vagamente familiar. Por todas partes se veían bocetos de mala calidad de aquel rostro y las monedas que ambos portaban tenían su efigie grabada.

—¡Es el Rey! —exclamó Thady Boy—. No, no puede ser.

—Entonces es su doble —dijo O'LiamRoe. Se hizo un silencio. Después, tras chasquear la lengua, Thady Boy exclamó.

—¡Pues claro! Eso es. Aquella terrible representación que ensayaban en la calle para el próximo miércoles estaba llena de ellos. ¿No visteis un carro lleno de dobles del Rey y su familia en el desfile?

Tenía razón. Observado con detenimiento, se notaba que el parecido había sido acentuado adrede con un corte de pelo y barba exactos a los del monarca; el hombre, no obstante, tenía un parecido innegable. O'LiamRoe se mostraba inexplicablemente alterado.

—Resultaría francamente peligroso tener dos reyes en vez de uno en un país de atolondrados como este.

El hombre de la barba apoyado en la puerta había abandonado rápidamente cualquier pretensión de realeza, si es que en algún momento la tuvo. Una pequeña de unos siete años había llegado berreando y se había abalanzado sobre su padre. No podían oír lo que se decían, pero vieron como el hombre moreno, tras ponerse de nuevo el sombrero, se inclinó apresuradamente hacia la niña y la zarandeó; como los berridos continuaran, acabó por agarrarla de un brazo y llevársela con la típica expresión del padre que se siente importunado en público por un menor. La regia figura que los había confundido momentos antes dobló la esquina y desapareció.

—Thady Boy, tenéis razón —dijo O'LiamRoe—. Hasta creo que ha merecido la pena contrataros después de todo, a pesar de todos los gastos que me suponéis. Bajad a tomaros una sopa con Piedad mientras yo busco algún trapo que ponerme para echar la partida con esos parásitos empingorotados, el diablo los confunda. ¿Es bueno?

—¿Quién?

—El rey Enrique. ¿Se le da bien el *jeu de paume*?

—Medianamente bien. Es el mejor atleta del reino, o casi —dijo Thady Boy cruelmente, y salió.

El Príncipe se puso manos a la obra. Desde su partida de Slieve Bloom, O'LiamRoe nunca había tenido mejor aspecto. Tras despojarse de la túnica azafrán, se había hecho traer por intermediación de Thady unas calzas nuevas, una camisa holandesa y un jubón entallado de audaces colores. Para no dilapidar el dinero en calzado se puso de nuevo sus botas de media caña bien limpias y remató el atuendo con un pequeño gorro cuya pluma reposaba sobre su peinado y rubio cabello. Tan sólo la barba, que flotaba hirsuta, delataba al rebelde vestido con calzas de seda.

Llamaron a la puerta y pensó que era Ballagh. Reprimiendo un juramento fue a abrir, el gorro en la mano y la capa sobre el brazo. Se le había hecho muy tarde y el mensajero del Rey que había venido a recogerle llevaba esperándolo abajo un buen

rato.

Tras la puerta se hallaba Oonagh O'Dwyer.

O'LiamRoe, picaporte en mano, se quedó de pie en silencio. Fue su visitante quien no pudo ocultar su sorpresa, pues un inesperado rubor invadió su morena piel contrastando aún más con sus claros y límpidos ojos.

—Hoy tenéis un aspecto verdaderamente magnífico —dijo la joven secamente—. ¿Pensáis dejarme aquí plantada ante vos como una prostituta, o vais a hacerme pasar? Estaba sola; algo inaudito en una dama de su alcurnia. O'LiamRoe cerró la puerta y se mantuvo en silencio mientras ella entraba y se daba media vuelta para mirarle.

—No tengo por costumbre hacer esto —dijo ella.

—No es tan mala costumbre, una vez que habéis empezado —dijo él—. Siempre y cuando os dediquéis sólo a la misma persona.

No podía haber proferido palabras más desafortunadas; se dio cuenta al instante. Los labios de la joven perdieron la sonrisa y se puso tensa; por un momento el Príncipe esperó que le respondiera con una bofetada. El tortazo no llegó, pero cuando habló, él reparó en que su actitud amistosa había cambiado radicalmente. La joven se dirigió a él en tono frío:

—Vengo de Bonne Nouvelle. Mi tía se ha quedado allí con una amiga que pertenece al séquito de la Reina. Os traigo un recado de su parte.

—¿Un recado? —dijo sin ofrecerle tomar asiento.

Salvo en la estatura, ofrecían un contraste radical: los abundantes cabellos de la joven bajo su capucha eran negros como el ébano, mientras que los de él eran de color dorado rojizo. La joven le miró directamente a los ojos y su pequeña y carnosa boca se curvó en una mueca.

—Esas frívolas urracas están deseosas de despellejar a una nueva víctima.

Él pareció comprenderla. Algo más relajado, se recostó contra la pared recubierta de paneles pintados, sus azules ojos fijos en los de ella.

—Dejad que se rían hasta que la nuez de Adán se columpie en sus gargantas como un proyectil de cerbatana, querida mía. Eso no va a hacerme daño.

Ella mantuvo la expresión impertérrita.

—Sin embargo, por lo que veo, parece que hoy habéis gastado algún dinero en mejorar vuestro aspecto, ¿no es cierto?

—Así es —dijo con calma O'LiamRoe—. Y ha sido un error. Creo que debería volver a ponerme de azafrán. ¿Conocéis alguna avestruz que pudiera necesitar otra pluma en la cola?

Ella ignoró el adorno del sombrero que le tendía.

—No es a mí a quien afecta todo esto, O'LiamRoe. He venido a avisaros de que la Casa Real pretende burlarse de vos. Recibiréis una citación falsa del Rey.

Una media sonrisa se abrió paso entre los algodonosos mostachos.

—¿Una cita para encontrarme con un doble?

—¿Cómo lo sabéis?

Desviando la vista de sus sorprendidos ojos, señaló hacia la calle.

—Le vi ahí fuera. Estuvo un buen rato mirando en esta dirección. Un hombre moreno con barba. Oonagh O'Dwyer dijo secamente:

—Sí, seguramente sería él. Algunos de los efebos de la corte han contratado al hombre que va a hacer de rey en el desfile del miércoles. Vuestra fama os ha precedido desde Dieppe. Tienen la intención de confrontaros con el falso rey y haceros quedar en ridículo.

—Un juego peligroso sin duda —dijo simplemente O'LiamRoe sin alterarse lo más mínimo—, comportarse de forma tan descortés con un invitado del Rey, ¿no creéis?

—¿Tendríais el valor de quejaros al Rey? —dijo ella, impaciente—. Quizás vos lo tengáis, pero ellos no lo creen. Piensan que desde que se ha firmado la paz con Inglaterra y las relaciones con el Emperador han mejorado, Francia no tiene ya tanta urgencia por conseguir el apoyo de Irlanda y que no tendría gran importancia si un señor irlandés de poca monta se volviera a casa ofendido en la primera galera disponible.

—Tentado estoy —dijo O'LiamRoe.

Durante un largo instante ella lo estudió con atención; después, con unas manos ágiles, como de muchacho, se cubrió la cabeza con la capucha verde.

—Pues ya está. Había prometido contároslo. Espero —dijo mordaz— que aguantéis la tensión con la misma filosofía con la que habláis.

—No os preocupéis —dijo el príncipe de Barrow mientras el sol proyectaba su esbelta sombra ante los pies de ella—. Si se acercan tanto como para hacerme cosquillas, no podrán quejarse después de las pulgas. ¿Está Thady Boy también incluido en el jueguito?

—No, él habla francés. Sólo van a mofarse de vos. Lo siento —dijo Oonagh O'Dwyer inesperadamente, levantando hacia él sus pálidos ojos grises y mirándole con franqueza—. Sé que no son noticias agradables y menos si son transmitidas por una mujer.

—No —dijo despacio O'LiamRoe—. No lo son. Todavía debe de quedarme algo de vanidad en alguna parte. Pero tampoco ha debido ser fácil para vos darme semejante recado. Os doy las gracias, a vos y a la señora Boyle.

Le abrió la puerta con una expresión benevolente en su bigotudo rostro.

—Que Dios me ayude pues —dijo O'LiamRoe—, porque me parece a mí que los deportes que me enseñaron allá en Slieve Bloom van a resultar un tanto inadecuados.

Una hora más tarde, vestido de rutilante azafrán, con sus calzas y su capa de lana

frisada, Phelim O'LiamRoe, príncipe de Barrow, peludo como un puerro, entraba en la residencia real del priorato de Bonne Nouvelle para zambullirse en la flor y nata de la *espièglerie*^[5] francesa.

Aquella era una corte joven, vivaz, todavía con savia en sus venas. Enrique, señor absoluto de diecinueve millones de franceses, tenía treinta y un años; de los diez miembros de la casa de Guisa en cuyas manos recaía el poder de dirigir Francia, la de más edad, la Reina madre de Escocia, tan solo tenía treinta y cinco. Por consiguiente, también los seguidores de la corte eran en su mayoría jóvenes. Los que pertenecían a la generación anterior habían nacido en la época del predecesor de Enrique, Francisco I, el Batallador galante, el César, el Girasol, quien no gustaba de niños soñadores, mohínos o dormilones; aquel que no había dudado en canjear su libertad a costa de la de sus dos hijos, que fueron llevados a la prisión de Pedraza en su lugar cuando, en la batalla de Pavía, perdiera, además de la guerra con Italia, su propia libertad.

Enrique volvió de España hecho un joven inculto de once años de edad, incapaz de hablar su lengua materna. Al comienzo era conocido en aquella alegre corte como «el príncipe de Orleáns, el de la cara grande y redonda que no hace más que repartir tortazos y de quien es imposible hacer un hombre de provecho». Más tarde, cuando llegó a rey, mantuvo una corte de amor y lujo, pero también conservó en su interior un gusto por el conocimiento puro, por lo esotérico, que le impulsó a rodearse de poetas y profesores, a fomentar las artes y a disfrutar de la buena conversación con un talante y afán permanente de superación personal.

Así pues aquel niño mohíno y dormilón había acabado por conquistar sus metas personales con no poco esfuerzo; el rey de Francia era el corredor más veloz, el mejor jinete del reino, el que mejor tocaba el laúd; había finalizado con éxito las guerras con Inglaterra, recuperado Boulogne, la última ciudad francesa todavía en manos de los ingleses. Ejercería el control sobre Escocia cuando casara a su hijo con la pequeña reina de Escocia y estaba a un paso de atemorizar al Emperador con su liga de príncipes alemanes. No obstante y a pesar de todo lo anterior, Enrique de Francia había conservado con él a dos personas de la época de su padre, como un niño incapaz de renunciar a su viejo osito de peluche: su adorado Montmorency, un viejo y retorcido guerrero, a quien Francisco había exiliado de la corte, y Diana de Poitiers, su amante desde hacía catorce años.

Demasiado rico, demasiado poderoso, demasiado franco para el gusto de Francisco I, el duque de Montmorency había sido, a pesar de ello, uno de los baluartes del reino; no fue hasta los últimos años del reinado de Francisco, siendo Montmorency el tutor del joven heredero, cuando se produjo el enfrentamiento definitivo que acabó con el exilio del que el rey Enrique lo había rescatado.

Diana, viuda del gran senescal de Normandía y asidua de la corte, se había incorporado a esta a la edad de treinta y seis años proveniente directamente, según

algunos, de la cama del difunto rey Francisco. Con su aguda inteligencia, con su saber estar y con una bondad natural absolutamente encantadora, se había dedicado a preparar al entonces futuro rey Enrique II, a la sazón de diecisiete años, para el papel de príncipe y amante. Desafortunadamente, antes de que su padre muriera, Enrique se había encariñado demasiado con Diana, la que fuera amante de su padre, y Montmorency se había vuelto demasiado servicial para con su futuro señor. Esto, unido al prematuro e imprudente discurso del Príncipe sobre las disposiciones que realizaría y los destierros que cancelaría a la muerte de su padre, vendiendo la piel, como decían en la corte, antes de matar al oso, no había agradado en absoluto a Francisco. Finalmente, el viejo Rey había muerto y las cosas ocurrieron como Enrique había planeado.

O'LiamRoe, bien informado como estaba por sus propias fuentes, no necesitaba en realidad ningún consejo por parte de los caballeros de la camarilla del Rey, que habían esperado con admirable paciencia durante dos horas para llevarle a presencia del Soberano. No obstante, recibió una impresionante cantidad de recomendaciones sobre etiqueta, sobre reverencias, sobre títulos, o sobre los caballeros que podría llegar a conocer ya que, al celebrarse el encuentro en las pistas de juego de pelota, era bastante poco probable que se encontraran con dama alguna. Escuchó con actitud pensativa y tolerante, mientras era introducido, cruzando los puestos de guardia, en el priorato engalanado con flores de lis y bullicioso como una plaza de mercado en domingo. Arqueros, camareros, caballeros, pajes, fueron a su encuentro en oleadas y escoltaron a O'LiamRoe y a sus acompañantes evitando los pasillos principales, hasta una estancia lateral a través de la cual, saliendo por una puerta también lateral, accedieron a un jardín con césped sobre el que alguien había colocado apresuradamente una red. El caballero de la camarilla real que le había recogido en la posada estaba algo congestionado y sudaba ligeramente bajo su camisa de satén; agarrando a O'LiamRoe suavemente de la manga le dijo:

—Ya hemos llegado. Esperad. AHÍ está el Rey.

El recinto, rodeado de ventanales cerrados, tenía aspecto de ser poco frecuentado. Sobre un extremo pavimentado, alrededor de la zona de césped, se habían improvisado unos tableros cubiertos de hermosas telas con comida y bebida. Había también unos cuantos taburetes y alguna silla sobre las que habían dejado algunos jubones y raquetas. La gran altura del edificio ocultaba el sol. En el extremo más alejado del recinto había cuatro o cinco hombres en mangas de camisa. En el centro del grupo, con los brazos sobre los hombros de los dos jugadores que lo flanqueaban, un hombre grande, de anchos hombros y negra barba, escuchaba de pie. Vestía totalmente de blanco.

—El Rey —repitió el guía de O'LiamRoe y lo señaló.

El ovoide rostro de O'LiamRoe se estiró hacia delante.

—¿Me estáis diciendo —dijo O'LiamRoe fascinado— que se encuentra entre aquellos escrofulosos?

Dos de los hombres que formaban el pequeño grupo eran los que habían estado en Dieppe con d'Aubigny; su perfume era claramente reconocible y la brisa lo llevó hasta él.

El caballero de la camarilla que le había guiado, cuyo inglés distaba de ser perfecto abrió la boca, lo pensó mejor y acabó diciendo:

—Nos ha visto. Venid conmigo, mi señor Príncipe, y os presentaré.

—¡Por mi fe! ¡Si no está calvo! —fue el siguiente comentario de O'LiamRoe mientras se acercaban al grupo—. Y es moreno como un cuervo. Había oído que había encanecido prematuramente. ¿Se tiñe el pelo, entonces? Mi madre conoce una fórmula excelente que se hace mezclando dos potes de alquitrán con uno de pez griega. Desde el momento en que empezamos a marcar las ovejas con su pócima no se nos volvió a perder ninguna. ¿Así que esta es su Graciosa Majestad?

Los dos grupos se encontraron. El cortesano que había hecho de guía hizo las presentaciones en voz alta; a medida que los títulos resonaban, pintorescos, e iban quedando como suspendidos en el cálido aire —señor de Auleammeaux, Príncipe de Barrault y señor de Monts Salif Blum—, O'LiamRoe, erguido cual risueño espantapájaros, escuchaba mientras el despiadado sol de mediodía caía sobre el indescriptible tejido de su capa frisada y su espantosa túnica azafrán; parecía como si una asamblea se hubiera reunido en torno al rey de los mendigos, disfrazado para el evento con los mejores harapos encontrados entre la basura. El Príncipe permaneció tranquilo, de pie y sin hacer el menor ademán de inclinarse en una reverencia. Cuando de Genstan, de la Guardia Real de los arqueros escoceses, inclinándose hacia él le susurró:

—Señor, es costumbre hacer una reverencia.

O'LiamRoe contestó, ensanchando aún más su encantadora sonrisa:

—Eso parece. Y yo aquí plantado, como un diablo con patas de cabra. ¿Qué está cotorreando, el pobre hombre?

El señor de Genstan, haciendo una pequeña señal a sus compañeros, asumió el papel de intérprete.

—Su Majestad os da la bienvenida a Francia, señor. Le hubiera gustado presentaros también a sus Gracias el duque y el cardenal de Guisa y al condestable de Montmorency, pero estaban ocupados en asuntos de gran premura.

—¡El diablo me lleve! Y yo que estaba convencido de que el pequeño ese de ahí era el cardenal —dijo O'LiamRoe amablemente—. ¿Podéis decirle a su Graciosa Majestad que seguramente debe ser un hombre feliz pudiendo corretear tras una pelota mientras el reino se dirige solo? ¿Qué está diciendo?

Hablar mediante un intérprete impone normalmente una serie de pausas y resulta

algo estresante; la conversación que estaba teniendo lugar comenzaba, en cualquier caso y con asombrosa claridad, a tomar un derrotero inesperado. El señor de Genstan, con el rostro congestionado, intentaba por todos los medios prolongar la entrevista a base de censurar sus traducciones. El hombre de blanco, consciente, como mínimo, de la ausencia de buena parte de la cortesía más elemental, se encontraba un poco perdido. Con una voz lenta y arrastrada se dirigió a su intérprete. El señor de Genstan dijo a O'LiamRoe:

—Su Majestad os pide que os sentéis y compartáis con él una copa de vino.

—¡Ajá! —dijo tranquilamente O'LiamRoe—. Dadle las gracias a su Gracia, pero decidle que prefiero mil veces verle acabar su magnífico partido de pelota. Es evidente que está más ágil que un guisante rebotando sobre un tambor; la última vez que vi a alguien parecido fue a un cura borracho columpiándose en un botafumeiro.

El Rey, cortado, replicó con una pregunta.

—¿Jugaréis con él?

Los azules ojos centellearon.

—¿Así vestido? Dios nos asista, acabaría recocado en mi propio sudor como un ciervo en salsa. En mi tierra, tenemos un único traje válido para todas las ocasiones, nada más.

El de la barba negra replicó con cautela a través del señor de Genstan:

—¿No tenéis este deporte en Irlanda?

Totalmente a sus anchas, O'LiamRoe se sentó. Un suspiro recorrió como un vendaval a los presentes congregados en el césped. Alegremente consciente de ello, el Príncipe continuó.

—¿Deporte, decís? Pelota-palmada no tenemos, no. Pero deporte claro que tenemos y más de un buen hombre ha perdido la vida en el campo, dejando su honor bien alto y resplandeciente. Resplandeciente como el sol. El hurley, se llama. ¿Lo conocéis?

No lo conocían.

—Pues se juega con un palo. Y el atuendo que lleva uno no tiene absolutamente ninguna importancia; lo único que tiene que preocuparte cuando entras, es salir vivo del campo de juego. Además, da igual lo que te hayas puesto, al final del juego no te suele quedar prácticamente nada encima. Es un buen modo de pasar el rato mientras no hay guerra. Yo no suelo jugar, pues soy un hombre apacible. Pero adelante, seguid. Dejadme veros jugar —dijo O'LiamRoe con sincero interés—. Nunca viene mal ver lo que hacen otras gentes.

Fuera porque estaban desconcertados, porque todavía no acabaran de entender la situación, o porque finalmente, cualquier cosa parecía mejor que continuar con aquella conversación, el caso es que atendieron su sugerencia. Mientras O'LiamRoe se recostaba cómodamente apoyando los codos sobre una mesa cubierta con

terciopelo situada a su lado, con los enmudecidos cortesanos a su espalda, el barbado soberano escogió sin la menor ceremonia un compañero de juego y se lanzó a la pista a darle duro.

Eran ambos excelentes jugadores; al ser tan buenos, ambos se arriesgaban y el juego resultaba entretenido. No hubo bola fuera de red, ni raquetazo fallido, ni raqueta caída, ni postura que se librara del pertinaz comentario *sottovoce* de O'LiamRoe mientras las bolas aterrizaban limpiamente a sus pies. Insoportable, imperdonable, fluido, imprudente, con inigualable ironía, destacó cada golpe de muñeca, cada servicio fallado, el sudor, el saque reventado y un único resbalón con trasero al césped que acompañó con un largo silbido. Comentó el cabello desrizado, el acelerado salto a la red; observaba y glosaba, serena e implacablemente, hasta que de Genstan, que escuchaba y traducía sus palabras soltó una carcajada en voz alta que se contagió al resto acabando con la compostura tan arduamente mantenida. Se sucedió un rugido de risas. Molestos por el permanente y subterráneo ronroneo a dos voces que se había mantenido todo el tiempo, los jugadores se giraron con la indignación pintada en sus rostros; la pelota, con un ruido seco, chocó contra una ventana y la hizo añicos.

La suave voz irlandesa había cesado por fin, pero las risas continuaban en impotentes hipidos cuando el hombre de blanco, arrojando al suelo su raqueta, agarró a su compañero del brazo y se alejó a grandes zancadas. Las risas cesaron. O'LiamRoe, levantando sus rubias cejas, dirigió una mirada interrogante al señor de Genstan que, del rojo, había pasado repentinamente al blanco.

—Y ahora —dijo tranquilamente—, ¿qué os parecería traeros al tipo para acá para que charlemos?

Los caballeros que habían celebrado sus comentarios tan risueñamente, intentaron arreglar la situación congraciándose de nuevo con el moreno rey. Sus carcajadas parecían haberlos puesto a favor del hombre equivocado. Los dos jugadores estaban claramente furiosos y, desde la distancia, podía distinguirse al señor de Genstan, que acudió presto a hablar con ellos, inventando explicaciones y excusas bastante más creíbles que las que O'LiamRoe hubiera ofrecido, de haber tenido la remota intención de presentarlas. El Príncipe esperó. Finalmente el hombre de la barba, todavía sonrojado, abandonó al grupo de caballeros y se acercó a él.

—Aceptaré ese vino ahora, si me lo ofrecéis —dijo levantándose alegremente un risueño O'LiamRoe—, y os contaré de paso algún cotilleo para acompañarlo. Desde luego los franceses, que Dios nos asista, sois de lo más estrecho de miras que hay; ya va siendo hora de que aprendáis un par de cosillas de algunos de vuestros vecinos más ilustrados, como por ejemplo los irlandeses. Y esta vez de Genstan, muchacho, traducidlo todo; nada de tres palabras por cada trescientas, *divina proportio* y un guiño y un encogimiento de hombros para las demás.

Alguien escanci6 vino sobre unas copas adornadas con el blas6n real.

—Su Majestad dice —dijo el int6rprete abrumado desde detr6s de la silla del hombre de la barba— que desear6a que las diferencias entre Francia e Irlanda desaparecieran.

—Ah, los ingleses no importan —dijo O'LiamRoe—. Hemos pasado estos trescientos a1os dominados por ellos y no nos ha quedado m6s remedio que apechar, como tuvisteis que hacer vos, aunque cierto es que aquellos que proced6an de Normand6a estaban locos como demonios por cobrar impuestos, al igual que vuestas mercedes.

—Su Majestad pregunta —dijo de Genstan— si est6is comparando por casualidad su gobierno con el de los ingleses.

—¡Por mi fe! ¿Har6a yo algo as6? —dijo O'LiamRoe con una sonrisa en su pecoso rostro—. El vuestro es francamente superior. Adem6s ahora est6 el Concordato. ¿Por qu6 habr6ais de mataros por aparentar ser la cabeza mundial de la iglesia cuando vuestro Concordato os permite intervenir a vuestro antojo en las abad6as y elegir a placer a los obispos y a los arzobispos? As6 todos salen ganando en amigos y en dinero, ¿no cre6is?

Hubo una pausa.

—El Rey dice —tradujo el se1or de Genstan— que estos temas no son objeto de discusi6n en este encuentro, cuya finalidad es tan s6lo...

O'LiamRoe sonri6 con malicia.

—¡Que no son objeto de discusi6n! Mi querido muchacho, en Irlanda son las comadronas quienes con una mano sujetan en la pila el bracito del beb6 que m6s se agita y con la otra, le agarran de la mand6bula para que no proteste. —Baj6 su copa y, tras levantarse, coloc6 una conmisericordiosa mano sobre el hombro de De Genstan—. Dejaos de tanta algalia y tanto alm6bar y la pr6xima vez elegid un Rey que sepa discutir y que tenga arrestos como un aut6ntico hombre. Seguro que si a este le afeitarais la cabeza como al H6rcules de Bandinello encontrar6ais un cr6neo tan peque1o que no le cabe un cerebro.

Se produjo un silencio mortal. El hombre barbado, levant6ndose tambi6n, mir6 por turnos a O'LiamRoe y al int6rprete, que hab6a palidecido a6n m6s. De Genstan apelando desesperado a los inexpresivos rostros de sus compa1eros, murmur6 algo ininteligible.

El hombre de blanco inspir6 profundamente, cerr6 el pu1o y golpe6 con 6l sobre la mesa lanzando las copas por el mantel. Un riachuelo rojo se extendi6 sobre el terciopelo.

—¡*Traduisez!* —exclam6. Y el joven, tartamudeando, comenz6 a traducir.

Mientras escuchaba, Barbanegra chasque6 los dedos. Los pajes se apresuraron a su lado. Una capa de dorados botones le fue puesta sobre los hombros. Una gruesa

cadena fue colocada sobre su cuello. Unas zapatillas bordadas sustituyeron sus sencillos zapatos de tenis y en sus manos, unos guantes blancos de piel y un gorro con plumas.

Mientras las entrelazadas medias lunas de su monograma subían y bajaban al compás de su agitada y furibunda respiración, Enrique II, por la gracia de Dios su Cristianísima Majestad de Francia y de sus habitantes, terminó de escuchar la traducción de las palabras de O'LiamRoe:

—Si se le afeitara la cabeza, se vería que su cráneo es tan pequeño que no le cabe cerebro alguno —acabó el señor de Genstan y miró a cualquier sitio menos a O'LiamRoe.

Durante un largo momento el Rey meditó poniendo en la balanza unas cuantas cosas, entre ellas la vida de O'LiamRoe. Pero Enrique aún no estaba del todo comprometido en una alianza con Inglaterra; pudiera ser que se volviera a ver en la necesidad de recurrir a Irlanda. La dignidad real, a la larga, era más importante que la vanidad real. Se preparó para hablar.

El rostro de O'LiamRoe al comprender la situación se había tornado prácticamente inexpresivo. Con calma, se recompuso. Su pálida piel había adquirido un tono rojo ardiente, los azules ojos estaban fijos en algún punto invisible. Haciendo un evidente esfuerzo de voluntad, la indiferencia, el cinismo, e incluso un leve asomo de diversión volvieron a su expresión mientras las palabras del Rey, lentas, solemnes, medidas, sonaban empañadas por la traducción del apresurado inglés del señor de Genstan.

—Proclamáis vuestra cultura. Habláis de comunes ancestros. Afirmáis ser hijo de un rey. Pero os mofáis de nuestras costumbres y os burláis de nuestra persona.

—Ha sido un error —dijo O'LiamRoe. El Rey tenía las manos juntas a la espalda; su voz prosiguió inalterada:

—Somos conscientes de vuestra pobreza. Somos conscientes de vuestro derecho a aprender. Sabemos de las diferencias raciales de vuestro pueblo. Pero habíamos esperado una cierta cortesía por parte de vuestra persona y en vuestro lenguaje. Estábamos dispuestos a recibirlos en nuestra corte como a un igual, sin soñar siquiera en ofenderlos con el insulto de nuestra compasión. Habríais hecho mejor príncipe de Barrow —dijo el Rey apretando en sus manos los blancos guantes como si fueran un trapo—, habríais hecho mejor en pensarlo bien antes de lanzarnos semejante insulto.

O'LiamRoe miró en derredor. Conmocionados e inquietos, los cortesanos evitaban mirarle. El pálido rostro del Príncipe se endureció. Frotándose la nariz con un dedo, dirigió una apacible mirada a la furiosa y controlada figura que tenía delante.

—Vaya, vaya —dijo O'LiamRoe preocupado, contrito y con una pequeña e irreductible chispa de diversión en el fondo de su mirada—, vaya, vaya. He cometido

un pequeño error al juzgaros. Veréis, pensé que el Rey que tenía delante era un actor de teatro.

Se produjo otro silencio. Entonces, con una exclamación de disgusto, Enrique se separó, caminando a grandes zancadas de un lado a otro por el recinto. En ese momento, de Genstan agarró a O'LiamRoe por el brazo.

—Marchaos ahora, rápido —dijo.

Con inesperada entereza, el otro se resistió.

—De ninguna manera. No debemos perder la cabeza.

—Dios mío —dijo de Genstan, que había perdido la suya hacía rato—, os aseguro que mañana a estas horas estaréis sobre la mesa real en un plato con una manzana en la boca.

—En absoluto. Esperad. Aquí está Su Majestad —dijo O'LiamRoe al pararse en seco el Rey frente a él.

—¡Ah, que fatalidad! Este francés es una lengua malditamente pagana. ¿Qué dice su Alteza?

De Genstan tradujo.

—Dado que vuestra ignorancia en estas materias ha quedado notoriamente probada, puede que deseéis observar a la Monarquía francesa y a sus gentes durante el gran momento que se avecina. Su Gracia desea que sigáis en Ruán como invitado suyo hasta la celebración de su Feliz Entrada del miércoles. El jueves, vos y vuestro séquito seréis escoltados hasta Dieppe, donde os esperará una galera para devolveros a Irlanda con el primer viento propicio. Desde ahora y hasta el miércoles, Su Gracia desea no volver a mantener comunicación alguna con vos.

O'LiamRoe había vuelto a ruborizarse. Aparte de eso, su rostro no mostraba signo de enfado o disgusto alguno.

—Decidle que estoy de acuerdo. ¿Cómo podría no estarlo? Se dice que el Emperador es el rey de reyes, el Rey Católico el rey de los hombres y el Rey de Francia el rey de las bestias, «por ello sus órdenes son inmediatamente acatadas». ¿Quién soy yo, un simple noble, para desobedecerle?

Esperó, había que reconocérselo, hasta que sus palabras fueron traducidas. Después, tras hacer tres reverencias ante la puerta desenroscándose cual primitiva alfombra, salió.

Así acabó la audiencia con el rey de Francia de Phelim O'LiamRoe, señor de Nosécuantos, príncipe de Barrow y señor de Slieve Bloom: el orgullo intacto a pesar del apabullante caos provocado y una deportación pendiente.

O'LiamRoe no tenía especial prisa en relatarle a sus hombres el evento. Pero tampoco fue necesario. Aprovechando la ausencia de su jefe, Thady Boy había visitado todas las tabernas de Ruán y tras oír los rumores, había vuelto para conocer

los detalles tambaleándose ligeramente.

Los acogió con más filosofía que Piedad Dooly, que estaba emocionado con su reciente papel de sabueso e impaciente, según O'LiamRoe, por ver si volvían a intentar asesinarlo de nuevo.

—Me temo que el pobre Dooly no va a tener suerte —añadió el Príncipe—, porque no creo que nadie se moleste en intentar nada contra mí ahora que me marchó. *Ochone, ochone* —dijo el príncipe de Barrow, que se había servido él también una generosa copa—, que aburrimiento, ¿verdad? Esperando en esta ciudad hasta el jueves sin nada que hacer, ni nadie que intente matarnos, pobres de nosotros.

IV Ruán: un trabajo científico bien hecho, y sin avisar

En el caso de que se realizaran trabajos de índole científica y de calidad sin que fueren visibles o audibles, la ley requiere que se aplique la norma de prevenir y evacuar: los adultos sensatos habrán de ser prevenidos, los animales y las personas no sensatas deberán ser evacuadas; los que duermen deberán ser despertados; aquellas personas que fueren ciegas y sordas deberán ser evacuadas.

A pesar de que se suponía que ninguno de los caballeros del círculo del Rey debería divulgar lo acaecido en la corte, el caso es que la ciudad de Ruán en pleno conocía en menos de una hora el real episodio que había tenido lugar en el recinto de tenis. O'LiamRoe haciendo gala de un filosófico estoicismo, comparaba su situación con la de León X, que habría llegado al poder como un zorro, reinado como un león y muerto como un perro. Aunque su persona no fuera en realidad comparable con tan augusto personaje, el ascenso y defenestramiento de Irlanda en el corazón del Padre de Francia no dejaba de ser algo notorio.

Aquella tarde, a primera hora, un flujo constante de chiquillos comenzó a llegar ante la puerta de la posada de O'LiamRoe y se dedicó a comentar la historia a los que por allí pasaban. Un hombre llamado Augrédé cuyo hermano había muerto en la revuelta de los impuestos de la sal, quiso ponerse en contacto con el Príncipe para felicitarlo y tuvo que ser sacado de la posada intempestivamente. Un escocés le abordó por la calle cuando, negándose a quedarse encerrado como un malhechor, O'LiamRoe insistió en darse una vuelta y otro, un joven que hablaba bien el francés, había acosado a Thady Boy en la taberna hasta que, tras una larga charla llena de veladas alusiones, le había sugerido claramente que podía conseguirle a O'LiamRoe una entrevista con sir James Mason, el embajador inglés. Los niños los seguían a todas partes y uno o dos hombres sonrieron discretamente al verlos pasar, pero ningún compatriota irlandés se personó ante su puerta.

Después de meditarlo, O'LiamRoe decidió enviar una carta a la señora Boyle haciéndole un desenfadado resumen de lo ocurrido, anticipándole su visita y sus excusas y notificándole cortésmente su marcha. Ellas, después de todo, vivían en el país y Oonagh además tenía intención de casarse con un francés.

La reina regente de Escocia mandó llamar a Tom Erskine. Aquella tarde no sonaron risitas frívolas en el palacio Prudhomme, donde la Reina se alojaba desde su llegada a la espera, al igual que la comitiva irlandesa pero con un estatus considerablemente mayor, de que el Rey hiciera su augusta entrada el miércoles.

Hacía tan sólo una semana que María de Guisa, la reina madre de Escocia, había regresado a su nativa Francia por primera vez en doce años, pero ya había perdido

peso; las largas mangas le colgaban holgadas sobre sus hundidos y huesudos hombros. Era la Reina madre del reino hermano al que Francia acababa de ayudar a rescatar de las garras inglesas. Ella era el miembro de más edad de los de Guisa, la familia más poderosa de Francia y la más mimada por el Rey. Pero también era una mujer que había enviudado dos veces y que en el transcurso de un solo día se había reunido con el hijo de su primer matrimonio, el pálido duque de Longueville, a quien no veía desde hacía una década, y con María, la joven reina de Escocia de siete años de edad, única hija de su segundo matrimonio, a quien el rey Enrique había traído a Francia hacía ya dos años en calidad de prometida de su hijo el Delfín.

Para una mujer maternal, cosa que la Reina no era, el encuentro habría supuesto una alegría, aunque no exenta de angustia. Para la mujer de Estado que era, había supuesto fundamentalmente una agonía extra que complicaba los ya terriblemente confusos términos de su visita. Para empezar, no se hallaba en buenas relaciones con los súbditos de su último marido. La guerra con Inglaterra había terminado, pero aquel país seguía acogiendo a los escoceses descontentos con su política y fomentando en los demás la reclamación de antiguas promesas, pensiones y aspiraciones a la Corona. El conde de Arran, que gobernaba Escocia en nombre de la pequeña Reina, era un hombre débil. Cortejado a medias por Inglaterra y la religión reformada que dicho país defendía, era presa fácil para las poderosas familias deseosas de echarle para controlar la Regencia a su antojo. Y Francia, tras haber ayudado a Escocia a ganar la pasada guerra con hombres, armas y dinero, parecía enfrascada en segar una cosecha de orgullo herido y resentimiento creciente como recompensa por el anterior apoyo. Para rematar la faena, la mitad escocesa de la vieja alianza, harta de los franceses que, frívolos, fanfarrones y pendencieros, atiborraban sus fuertes y castillos, se pavoneaban por sus calles y ocupaban sus camas, amenazaba con explotar y terminar tirando por la ventana tanto a los extranjeros como a su vieja religión.

Había pensado sobre todo ello. Para contrarrestar la situación, se había traído con ella a los elementos más peligrosos de su corte. Pero aún así, antes incluso de llegar a Dieppe, los hombres de su séquito, violentos y poderosos, estaban ya a la gresca entre ellos, pinchándose, dándose coces y tensando los lazos que los mantenían unidos.

Frente a toda esta situación, ella debía mantener la compostura, mostrarse altiva y espléndida durante la excesiva y atroz ceremonia que le habían preparado. Tenía que comportarse ante el Rey y su corte, ante su propia familia y ante sus rivales y ante los embajadores de cada nación europea que habían acudido a rendirle pleitesía como si hubiera venido simplemente a visitar a su hija, como si no tuviera ganas, si pudiera hacerlo, de aplastar de un tortazo la dorada burbuja de bailes y risas y obligar a todos aquellos perezosos, prepotentes, ricos y atildados hombres a sentarse con ella alrededor de la mesa de conferencias a debatir, con todo su poder e influencia sobre el

tablero, sobre la futura política entre Francia y Escocia.

Se encontraba inquieta tras una mañana de recepciones de estado en el palacio de Prudhomme, acompañada por lady Erskine y Margaret Fleming; —Madame Erskine, deseo hablar con vuestro marido— dijo bruscamente.

El paje lo encontró haciendo los últimos preparativos de su viaje a Flandes de aquel próximo viernes. El consejero mayor también había oído los rumores. Mientras se apresuraba camino del palacio de Prudhomme, Tom Erskine sabía perfectamente que le iban a preguntar por Lymond.

La pregunta le fue arrojada según atravesaba el umbral de la puerta.

—He oído que han mandado a casa a los irlandeses. ¿Qué significa esto?

No había vuelto a saber de él desde Dieppe. Deseaba no haberle revelado a la Reina la identidad de Lymond. Ahora, en presencia de su esposa y de la madre de su esposa, intentaría razonar con ella. Dios sabía que con tantos otros problemas acosándolos, la Reina no podía permitirse continuar indefinidamente con aquel curioso capricho, ni permitir que sus errores la distrajeran. La visita de Lymond no era de vital importancia; él no era su agente. Su presencia o su ausencia no iba a cambiar nada.

Pero la paciencia de la Reina madre se había agotado.

—¿Para quién está trabajando?

—¿Él? Para nadie.

—¿Y para quién estará trabajando dentro de un año? Se hizo un silencio.

—No quiere comprometerse. Me lo dijo él mismo —dijo Erskine.

María de Guisa contuvo su malhumor, esperó y después habló en tono mesurado:

—Vos decís que sois su amigo. Poneos en su lugar entonces. Ahora tiene una reputación, propiedades, riquezas. Sin embargo, en su hogar su futuro es incierto. Es a su hermano mayor, lord Culter, a quien corresponde la baronía, y si el hijo que espera lady Culter es un varón, privará a nuestro amigo Lymond de su herencia, e incluso de su título... Así que está libre; no tiene ataduras, ni cargas familiares, ni partidarios; puede dedicarse, mi querido consejero, a quién quiera. Dentro de un año —dijo la Reina regente taxativamente—, quiero que sea conmigo con quien esté aliado. Lo necesito. Más aún, la Reina lo necesitará. Este es el momento más crítico de su vida, pero también lo es de la nuestra. Si no consigo atraérmelo ahora, nunca lo tendremos de nuestro lado. Y es justo ahora el momento; porque pretendo ganarme a este hombre ahora, en sus horas bajas, señor Erskine, ahora que ha fracasado y no cuando se encuentre triunfante.

Mientras hablaba, la puerta se abrió con un chirrido y un paje, tras hacer una doble reverencia, entró en la estancia.

—Hacedle pasar —dijo la Reina regente volviendo su fría mirada hacia Tom Erskine y las dos mujeres—. Sospechaba que sólo había un modo de saber la verdad,

así que mandé buscarle —dijo—. El señor Crawford de Lymond está aquí.

El paje se escabulló; la puerta se cerró. El hombre enmascarado vestido de negro que Tom Erskine había visto por última vez en Dieppe, en el jardín iluminado por la luna de Jean Ango, avanzó decididamente de entre las sombras. Parecía estar conteniendo un fuerte impulso de reír.

—Debo pedirte disculpas por acudir enmascarado —dijo Francis Crawford de Lymond—. Tengo la impresión de que Tom, aquí, nunca sabe si debe llamar al obispo para exorcizarme o empezar a aplaudir. —Y quitándose la máscara dejó al descubierto el inteligente, sardónico rostro de Thady Boy Ballagh.

Era ya tarde cuando Lymond regresó a la posada caminando silenciosamente bajo la oscilante maraña de lámparas que colgaban sobre las tortuosas callejuelas. Atrás quedaba una entrevista memorable por su cortesía, su serenidad y, desde el punto de vista de la Regente, su absoluta falta de éxito.

Tom Erskine le habría advertido, si ella le hubiera dado la oportunidad, de que era un error aludir a los defectos de O'LiamRoe. Personalmente, él compartía sus dudas sobre el compañero de viaje que Lymond se había buscado. Hubiera sido o no el intento de hundir *La Sauvée* un atentado contra la vida de O'LiamRoe, el reciente comportamiento de este había supuesto para ambos el despido de Francia. Tom estaba totalmente convencido de que el príncipe de Barrow había sido la víctima en todo aquel asunto: Lymond no sólo había estudiado al Príncipe en aquella semana que había pasado en Slieve Bloom antes de embarcarse para Francia; también había realizado una exhaustiva investigación sobre el carácter de O'LiamRoe antes de contactarlo directamente.

Y Lymond había tenido razón. O'LiamRoe había resultado ser uno de los escasísimos hombres que podían encontrar divertido e incluso entusiasmarse ante la perspectiva de engañar a sus reales anfitriones haciendo pasar a un extranjero por su secretario irlandés, bardo, además. Desgraciadamente, había sido esa misma irresponsabilidad la que había puesto fin a todo el plan.

La Reina regente sólo había podido llegar a la mitad de su argumento cuando Lymond la había detenido. Después había aludido al futuro y a la perspectiva de una cooperación más estrecha con el señor de Culter. El señor de Culter se había limitado a recordarle, con irreprochable deferencia, que según el acuerdo al que habían llegado, lo que él hiciera en Francia, o fuera de ella, era asunto exclusivamente suyo y de nadie más. Porque Lymond, que podía estallar como azufre en llamas cuando quería, podía ser igualmente formidable en el dominio de la etiqueta; de hecho se las había arreglado para darle a Jenny Fleming una pequeña reprimenda por su actuación en el puente de aquella mañana sin que ni Tom ni la Regente se hubieran percatado.

Había sido en ese punto cuando la Reina madre, sorprendiendo incluso a su

consejero mayor, había planteado la espinosa cuestión.

—¿Y qué pasaría —había preguntado— si la seguridad de mi hija, la Reina, estuviera en peligro?

Tras el consiguiente silencio, Lymond había preguntado:

—¿Lo está, Majestad?

Ella intentó recoger velas casi inmediatamente.

—Por supuesto, no es que sepamos nada. ¿Dónde podría estar mejor la niña que entre nuestros queridos amigos franceses? Pero si su vida se encontrara amenazada por alguna dama, pongamos por caso...

—Entonces poned doble vigilancia, Majestad —había replicado tranquilamente Lymond—. Puede que no sean de vuestra confianza, pero están a vuestro servicio.

Después de aquello le dejaron marcharse, con un sentimiento parecido al alivio; después de que hubo partido, Margaret Erskine se había quedado muy callada, repasando en su mente las frecuentes enfermedades y los inexplicables accidentes que le habían ocurrido a María, la reina de Escocia, durante su estancia en Francia. Sus temores coincidieron con el de su marido. Tom comenzó una única y confusa pregunta.

—¿Sospecha acaso Su Gracia que...? —pero fue recompensado por su preocupación con un rotundo desaire. Su Gracia lamentaba visiblemente haber sacado siquiera el tema.

Para Lymond, posiblemente aquella entrevista no había supuesto nada más que una molestia sin importancia. Menguantes y curiosas, las oscilantes luces iluminaron su rostro impasible.

Las calles no estaban vacías a aquella tardía hora. La luz brillaba en la mayoría de las casas, filtrándose por los resquicios de los postigos tras los que se pintaban escudos, se pulían espadas y se bordaban vestidos en medio de la arrolladora fiebre de la Gran Entrada. Una partida de soldados de la Casa de Guisa atravesó rápidamente la calle con los pendones arrimados entre la cadera y la muñeca; las lámparas oscilaron y se mecieron al tiempo que las águilas de Lorena, los cuarteles de lises de Anjou y Sicilia, las barras carmesí de Hungría y la doble corona de Jerusalén las rozaban.

Una muchacha salió de un portal donde había buscado resguardo y se echó a reír. Francis Crawford la esquivó gentilmente y prosiguió su camino. Las mujeres de Ruán tenían más fama que las de Lyon, Aviñon o París. Una voz burlona le llegó a los oídos y, por un instante, detrás de la careta se dibujó una sonrisa.

Al poco, Francis se escabulló en una esquina. Cuando volvió hacia el centro de la calle empedrada, había recobrado la apariencia gruesa y barriguda, alcohólica y desenmascarada del secretario de O'LiamRoe.

Robin Stewart lo vio recorrer la Rue Saint Lo, cruzar el Palacio de Justicia y detenerse ante la recién terminada Torre de Saint André. La luz destilada por la linterna de la iglesia iluminó la nuez del bardo: este, con la mandíbula poblada de barba incipiente, miraba hacia arriba. Stewart también se puso a mirar hacia la Torre. Se acercó y posó la mano en el hombro de Thady Boy.

Quería, en cierta y confusa manera, darle ánimo. Empero, el que lo necesitaba era él. Thady Boy se giró lentamente y dijo:

—Aquel día, señor Stewart, las islas Oreadas flotaron sobre la sangre derramada de los Sajones, la fría Tule se templó con la sangre de los Pictos y la helada Erin lloró por los montones de cadáveres escoceses apilados sobre ella. Tenemos que embarcar en el próximo barco que nos llevará de vuelta a casa, según habréis oído.

—Si de mí sólo dependiera, esos pisaverdes jovencitos y atolondrados de la corte acabarían colgados como candelillas de un sauce. Es obvio para cualquiera que la insolencia no fue intencionada.

—Con todo, ¿sabéis?, mucho me temo que O'LiamRoe barruntó, aunque fuera ínfimamente, una ligera sospecha, un amago de corazonada le indicó que tal vez fuese después de todo al Rey a quien se estaba dirigiendo —dijo Thady Boy en tono plácido—. Sabía que a lo mejor no estaba siendo todo lo cortés que debiera, pero también sabía que quizás pudiera sacar tajada de su grosería. Por cierto, ¿a dónde os dirigís?

Robin Stewart recordó de pronto que aquel hombre ya le había sorprendido en otra ocasión.

—Voy aquí al lado, en esta misma calle, a charlar y a tomar un trago con un amigo, en su casa. ¿Os apetece acompañarme? —Sonrió con repentina franqueza—. Deberíais aprovechar al máximo los días que os quedan en Francia.

Lo cual coincidía exactamente con la opinión de Francis Crawford de Lymond, que aceptó la propuesta.

La casa a la que había sido tan impulsivamente invitado no estaba lejos; era una hermosa mansión abuhardillada, rodeada de una valla alta, cuya puerta de entrada había sido ampliada recientemente. Afuera, Robin Stewart frenó en seco su paso como de marioneta patiocorta para preguntarle a maese Ballagh sobre sus preferencias religiosas.

—¿No tendréis por casualidad una opinión inflexible acerca del luteranismo y toda esa basura, verdad?

Los ojos de Thady Boy le miraron como dos pozos de virginales y recatadas aguas azules.

—No tengo opiniones inflexibles sobre nada, *a mhic*, a excepción de lo tocante a las mujeres y a la bebida, y puede que sobre el dinero. Tanto me da estar calzado,

como descalzo y sin sombrero, hacer Cuaresma que Ramadán, así que ya veis cual ínfimas son mis convicciones religiosas.

—Ah, bien. El tipo que vamos a visitar es un escultor. Un escultor retirado. También es inventor. Inventa máquinas, ¿entendéis?

—Como Leonardo.

—Como Leonardo —afirmó Robin Stewart rápidamente, y golpeó en la verja.

No les abrieron directamente. Tras un intercambio de palabras en voz baja tuvieron que esperar un rato. Al poco apareció un hombre con una antorcha y los guio a través del patio interior hasta la casa hablándoles en un ameno inglés mientras caminaban. Siguiendo sus directrices, subieron por unas estrechas escaleras de madera hasta alcanzar una trampilla por cuya puerta abierta se colaba, deslumbrante, la luz de múltiples velas. Dos brazos poderosos los auparon al interior y una vibrante y modulada voz de barítono en la que se mezclaban los acentos de los bajos fondos de París y de Perth, exclamó:

—¡Robin! Mi dulce conciencia, mi grandísimo ciervo de pelo aterciopelado, venid aquí. Estoy en plena acción, hinchado como una dedalera en pleno ataque de gota y endiabladamente contento de veros. ¡Que entre vuestro amigo, quienquiera que sea, y sentaos!

Michel Hérisson era un hombre corpulento; su cabello blanco suelto brillaba iluminado por la luz de multitud de velas colocadas tras él. Tenía unas manos poderosas, rozadas y callosas por años de manejar sus herramientas de trabajo. El metal y la madera de su oficio le rodeaban, dispuestos en monumentos prematuramente quebrados del propio material. Parloteando alegremente, los acomodó en una agradable estancia en la que multitud de sillas se hallaban dispuestas por doquier, con una chimenea en un extremo a cuyo calor se hallaban reunidos tres o cuatro escoceses y franceses que se levantaron dándoles la bienvenida.

La habitación parecía lo que era, un club clandestino en el que hombres de mentalidad similar y procedencia diversa podían reunirse a gusto, lejos del barullo de las tabernas de la calle. Tras los saludos, Stewart se llevó aparte a Thady Boy y se sentó.

—Hérisson es un buen tipo y fue un gran artista en su día, antes de que la gota le aquejara. Su hermano, en Londres, fue uno de los mejores amigos que he tenido nunca —cogió dos picheles de una fresquera a su lado y se levantó—. Aquí se sirve uno mismo. Haced lo propio, maese Ballagh. El vino de Michel Hérisson es estupendo y no suelta la lengua.

Dicho esto se alejó, seguido por la inteligente y analítica mirada de Lymond que, durante varios minutos, se dedicó a observar el panorama.

Uno de los hombres que se hallaban junto a la chimenea era un miembro de menor rango del séquito de la Reina regente; estaba hablando en francés, con gran

soltura, sobre la actual embajada de Tom Erskine. Parecía, por el gran número de picheles usados, que el grupo había sido mucho mayor hasta hacía bien poco; sin embargo el fuego parecía reciente, pues no se había formado todavía el característico lecho de rescoldos. Además, a pesar de la risa y la cháchara, del entrechocar de metal y madera de los taburetes, se percibía una especie de rítmico golpeteo que más que ruido semejaba un retumbar de suelas de zapatos. Al poco de iniciarse, el rumor volvió a detenerse y Robin Stewart regresó al lado de Thady Boy.

—Gracias a Dios que O’LiamRoe tiene que marcharse. La verdad es que no soporto a ese hombre, maese Ballagh —dijo abruptamente Robin Stewart tras apurar su primera cerveza.

—Lo sé, es bastante desesperante —dijo Thady Boy— que haga virtud de aquellas cosas por las que uno precisamente le tiene lástima.

Stewart prosiguió, en el mismo tono agraviado:

—Es un auténtico desastre, se mire por donde se mire, hablando sin parar de las Siete Maravillas, como si se las hubiera cortado de las uñas de los pies y haciendo gala permanentemente de su pobreza y necesidad. ¡Nadie en su sano juicio le puede tomar en serio! Y encima, todo el tiempo tiene uno la extraña sensación de que él piensa que el necio eres tú y el listo es él; como si fuera un tipo tolerante que se ríe para su capote.

—Cuando sois vos el tipo listo y tolerante —dijo Thady Boy quien, ignorando el repentino rubor del arquero, dibujó un anillo sobre la mesa con un dedo largo y fino mojado en vino—. ¿Por qué creéis, si tan listo y erudito es (¡y lo es, de eso podéis estar seguro!) que se ha traído consigo a Francia a un bardo?

—¡Oh! Seguramente para añadir más lustre a su séquito —repuso sarcásticamente Robin Stewart.

—¿Y se dedica a hacer gala de su falta de refinamiento y su pobreza? Querido mío, O’LiamRoe se ha traído consigo a un secretario, a pesar de ser él mismo bastante culto, porque le preocupaba no estar a la altura. Se trajo sus ropajes azafrán...

—Eso se lo respeto —dijo Stewart—. Puedo entenderlo. Es una cuestión de principios, porque los ingleses lo habían prohibido.

—Es cierto, los ingleses lo han prohibido, pero maldito si hay un hombre, mujer o niño en toda Irlanda al que le importe un comino. O’LiamRoe tiene en su guardarropa seis trajes de seda, pero lo que pasa es que ninguno es tan exquisito como los que llevan aquí los nobles franceses. La regla de oro de O’LiamRoe consiste en mantener una ironía altiva sobre el quehacer de este mundo y precisamente por eso da lástima, si es que os sentís inclinado a tenernos lástima por algo.

Robin Stewart se había calmado. Tuvo que reconocer que la calma se la había propiciado aquel hombre, que dominaba el arte de tratar a las personas, que conseguía

aplacar la envidia, la curiosidad y la agresividad de los leones suministrándoles cotilleos con los que acababa por adormecerlos. Dijo repentinamente, observando el oscuro rostro de aquel gordo:

—Sois un experto de la disección, por lo que veo. ¿Qué pensareis de alguien como yo, me pregunto?

—Ah, mi talento sólo vale para los irlandeses, seguramente vos no necesitareis la opinión de un extraño. Vos bien sabéis cómo sois, Robin Stewart.

—En efecto, me conozco —repuso el arquero y sus nudillos se pusieron blancos al agarrar con fuerza el pichel—. Pero no necesariamente me gusta lo que conozco. Aunque, voto a Dios, ¿acaso conocemos a los demás?

—¿Es acaso d'Aubigny quien os disgusta? No debéis tratarlo con asiduidad ¿cierto?

—El si que conoce el secreto de la buena vida.

—¿Y os lo ha enseñado?

—Puedo aprenderlo —dijo Stewart con la misma violencia contenida—. Carezco de títulos; carezco de dinero y formación; ni siquiera tengo un nombre con lustre, así que he de aprender; y os lo advierto: soy capaz de trabajar como un mulo para el hombre que esté dispuesto a enseñármelo.

—¿Enseñaros? ¿El qué? ¿El éxito?

—El éxito, o cómo vivir sin él —dijo amargamente Robin Stewart.

El bardo se recostó en su asiento. La luz de las velas iluminó el cabello oscuro, opaco, el sucio traje que colgaba lacio sobre su estómago. Su mano seguía posada en la mesa en ademán indolente. El trazo del vino sobre la madera parecía una trémula joya, iluminada por la luz de los cientos de velas encendidas.

—¿Y os parece que el mejor camino para alcanzar el éxito, o lo contrario, es una imprenta clandestina? —preguntó Thady.

Instintivamente, el arquero se llevó la mano a la espada y frunció el cejo. Pero luego su cara volvió a relajarse y la mano volvió a su costado. Aquel era un hombre de fiar, un compadre borracho que en tres días se habría marchado. Las imprentas no solían estar abiertas a esas horas; no sospechó que el señor Ballagh pudiera detectarlas, Pero ¡hombre! ¿Qué daño podría hacerle un hombre que tenía prohibido hasta echarle el aliento a las botas del Rey? Su semblante, empero, reflejaba cierta angustia. En vano intentó compensar la pausa, ya demasiado larga, que había hecho y preguntó:

—¿Cómo lo habéis adivinado?

—«Retumbante Eco que te ocultas en hueca caverna y respondes llorando siempre a medias...». ¿Está en el sótano, verdad? —dijo Thady Boy—. Ya he tenido ocasión anteriormente de oír el sonido de las imprentas nocturnas; en París. La lectura que compran los estudiantes de religión no es siempre la que viene

recomendada en la Facultad de Teología y un artista retirado con afición a la maquinaria supone, seguramente, un regalo caído del cielo para los teólogos. ¿Creéis que tendrán prejuicios contra un bardo de lo más pagano o aceptarán que este servidor eche un vistazo ahí abajo? —inquirió maese Ballagh.

Atestados, apestosos, congestionados por el tufo del sebo humeante de las velas, de los cuerpos sudorosos y del metal caliente, los sótanos de la casa de Hérisson eran lo más parecido a una marea muerta en un cementerio de plomo. Los músculos inacabados de monumentales dioses grises acunaban inestables torres de tipos de imprenta desde cuyas chapas de cobre se elevaban volutas de vapor de los disolventes que se enroscaban alrededor de los párpados de un oráculo sin brazos; una diosa musculosa con la mano extendida sostenía un cubo con cola recién preparada y, por todas partes, como banderines de tinta, colgaban todavía húmedas las páginas recién impresas. Supervisadas por Michel Hérisson, las prensas repicaban y chasqueaban mientras él, ignorando su pie gotoso, pasaba con una mano las páginas de la proscrita teología a la vez que discutía sobre sus oscuros argumentos disfrutando de la conversación con auténtico deleite. Brujuleando, riendo, bebiendo, discutiendo en torno suyo, apiñados y con los pies hundidos en los desechos de las prensas, se encontraba el animado grupo que había ocupado pocos momentos antes el piso superior.

Robin Stewart bajó rápidamente los peldaños de piedra para reunirse con ellos. Tras él, la oronda figura de Thady Boy hizo una pausa sobre el rellano, estudiando al grupo con su intensa mirada azul. Ninguno pertenecía a la corte, evidentemente. Había varios mercaderes adinerados, uno o dos que sin duda eran abogados y un buen montón de estudiantes. Se oía hablar alemán y también escocés. Distinguió a Kirkcaldy de Grange, cuyo nombre conocía perfectamente y que había intentado aquella tarde catequizarle de manera tan torpe en la taberna. También vio a algunos residentes franco escoceses, a otro arquero y a sir George Douglas y a su cuñado Drumlanrig.

Con el denso humo haciéndose cada vez más espeso, Lymond caviló durante unos instantes. La casa de los Douglas, espléndida, ambiciosa, antaño la más grandiosa cercana al Rey, se había recuperado finalmente del largo exilio que padeció en los años veinte, cuando George Douglas y su hermano, el conde de Angus, habían tenido que renunciar a su conspiración y huir a Francia, país este en el que se sentían como en casa. Ciento treinta años antes, Archibald, conde de Douglas, había sido nombrado duque de Touraine por haber ayudado a echar a los ingleses de Francia y más de un miembro de su casa le había acompañado y echado raíces, junto con otros veteranos escoceses, en el país galo.

Pero largo era el tiempo transcurrido desde entonces y más aún desde aquel día en

que el rey Robert the Bruce había encomendado al buen señor James Douglas la misión de llevar su corazón hasta Tierra Santa. Las cruzadas emprendidas por los siguientes Douglas más tenían que ver con el cuidado de niños. Angus, el cabeza de familia, aprovechó la oportunidad que se le ofrecía después de la batalla de Flodden casándose con María de Tudor, viuda del rey de Escocia Jacobo IV y hermana de Enrique VIII de Inglaterra. El matrimonio resultó escasamente idílico, a todas luces, y la hija habida del matrimonio se marchó a Inglaterra para casarse con el conde de Lennox, lo cual creó problemas, no sólo porque la niña podía aspirar a varios tronos sino sobre todo porque adquirió la desagradable fama de exigirle a su padre que prestara juramento a Inglaterra, justo cuándo este se veía compelido a dar muestras de su lealtad a señores muy distintos de aquel.

El conde de Angus y su hermano sir George se esforzaron en vigilar la niñez del rey Jacobo V y de la de su hija, la reina María. Sin embargo, a pesar de los sobornos y emolumentos cobrados de los ingleses, no habían culminado con éxito su tarea. Ahora, Angus era un anciano y sólo seguía activo sir George, zalamero, astuto, con mucha labia, cuyos negocios menguaban pero con un hijo cuya herencia custodiaba y para quien intentaba cosechar todos los honores posibles. Pero también había algo más. En la prolífica jungla de la traición y el engaño, George Douglas y Lymond habían medido sus fuerzas más de una vez. De todos los escoceses que integraban la corte, a excepción de Erskine, George Douglas era quien mejor conocía a Francis Crawford de Lymond.

Todavía estaba a tiempo de retroceder. Robin Stewart, al pie de la escalera se volvió a mirarlo, esperándolo. Una extraña sonrisa iluminó el moreno rostro del bardo: resuelto, bajó las escaleras para reunirse con él.

Abajo reinaba un ambiente erudito, caballeroso y ligeramente ebrio. Michel Hérisson, cerveza en mano, los agarró a ambos cuando intentaban abrirse paso entre el gentío; la blanca camisa de seda de Stewart estaba teñida de escarlata del clarete y Thady Boy, con su traje decorado de grasientos y variopintos lamparones, mientras pasaba junto a un hombre vociferante, exclamó encantado:

—¡Dios bendito! ¡O'LiamRoe se sentiría aquí en su salsa! Pero mejor que no esté, igual nos lo encontrábamos, tal como nació, dedos de los pies incluidos, impreso en la próxima edición de la obra de Miguel Servet, en formato in-cuarto —dijo en tono jocoso ante la mirada espantada de Robin Stewart.

Michel Hérisson miró con complicidad al arquero.

—¿Qué tal esa cultura, maese ollave? ¿Se os da bien el latín?

—¿Se lo estáis preguntando a un irlandés? ¿Acaso no respiramos? —dijo Thady Boy, inclinándose sobre las galeradas—. ¡Ah, *dhia!* Menudo desdichado era este, destilaba palabras como el barro que se sacude un perro...

Los usos posteriores y más prosaicos que pudieran darse a los alegres e

irreverentes textos publicados en su imprenta no revestían interés para Michel Hérisson; pero el ataque directo a uno de sus autores despertaba en él un auténtico Nirvana. El bardo y él se enzarzaron, con las lenguas desatadas, mientras Robin Stewart se quedaba aparte, herido el orgullo y preso de una negra envidia. Finalmente, intervino:

—Tenéis el sótano hasta arriba esta noche, amigo. ¿Cómo diablos os las apañáis para trabajar en medio de este gentío?

—Han venido a divertirse. El texto está a punto de salir impreso.

Aquella era la clase de imprudencia que Robin Stewart no soportaba. Enarcó la ceja con expresión reprobadora.

—Os estáis volviendo un poco atrevido de más, ¿no creéis? ¿Vais a sacar un pasquín esta noche, con el Rey a las puertas y la ciudad entera bullendo como un hormiguero?

—¿Y por qué no? Seguro que pensarán que es otro cargamento más para el Arco de Pegaso.

Probablemente tenía razón. Su fábrica de papel se encontraba a veinte millas de distancia y sus entregas estaban siempre perfectamente planeadas: el carro llegaría a Ruán transportando su cargamento de mármol o de arcilla o un horno nuevo o combustible, llevando en un doble fondo resmas de papel, embaladas de tal manera que podían ser introducidas fácilmente por las rejillas de los respiraderos de su sótano, mientras el carro, inocentemente aparcado en el patio, era descargado de su mercancía oficial. En el sótano había cajoneras con papeles por doquier: dentro de la peana de una escultura de gran tamaño, inacabada y con el armazón aún visible; bajo el suelo; en el fondo de las cubetas de enyesar. Stewart pensó que ya era hora de llevarse a casa a Thady Boy.

Thady Boy no estaba a su lado. En su lugar había un hombre alto, elegantemente vestido de azul.

—Hola Stewart. ¿Quién era vuestro corpulento amigo? —Era sir George Douglas; Stewart reaccionó típicamente.

—Yo no lo llamaría exactamente amigo. Es Ballagh, uno de los irlandeses de los que tengo que hacer de niñera hasta este jueves.

—No deberíais perderlo de vista. Está por ahí con Abernaci. ¿Habla inglés?

—Ya lo creo, e irlandés y francés y latín bastante bien, si es que no está roncando borracho, claro. Pero hay que decir en su favor que no se hace ninguna ilusión respecto del jefe que le ha tocado en gracia, o más bien en desgracia. Se marchan el jueves.

Al parecer el otro no lo sabía.

—¿Entonces se marchan? —dijo sir George, e inmediatamente perdió todo el

interés que aparentemente había motivado su interrogatorio. Siguió su camino y Stewart se dirigió apresuradamente hacia el lugar donde sabía que el hombre del turbante con rasgos de bulldog solía sentarse acucillado.

Abernaci se encontraba en su sitio preferido con Thady Boy sentado ante él bien cargadito de bebida. Las calzas de Thady estaban manchadas de bermellón y su perezosa mirada enfocaba a Abernaci, sentado en el suelo de piernas cruzadas, oculto su oscuro rostro y con sus largos y morenos dedos sujetando una navaja. Llevaba puesta una túnica, impecable y bellamente estampada y un turbante enjorado sobre la cabeza. Del tarugo de peral que sujetaba con su mano izquierda iban cayendo tiernas y rizadas virutas que la luz iluminaba.

—Es un relieve. Está absorto haciendo grabados —dijo Stewart con ironía, asomándose sobre el hombro derecho de Thady Boy—. Hérisson le vio un día trabajando y le ofreció hacerlo para la imprenta. Os sorprenderían las cosas que estos nativos pueden hacer a veces. Si os lo encontrarais en una noche oscura, temeríais que os rebanase el cuello para robaros los botones de la capa; pero esperad a ver su cara. ¡Abernaci!

El tallista levantó la vista. Bajo el hermoso turbante, el moreno rostro era pequeño y semejaba una nuez. Años a la intemperie bajo el sol de la India habían resecaído la piel de aquel hombre, posiblemente de mediana edad, hasta convertirla en algo parecido a un viejo pellejo de serpiente. Tenía la nariz rota e informe y una cicatriz que le recorría la cara, desde la ceja hasta la mejilla, hacía que su ceja pareciera permanente y antinaturalmente levantada. Miró a los dos hombres y volvió a concentrarse en su talla sin decir palabra.

—¡Miradnos, hombre! —dijo Robin Stewart, que no estaba en mucho mejor estado que su invitado—. Este no desdeña tampoco un pichel.

»¡Abernaci! —Se inclinó hacia la silenciosa figura—. ¿Beber? ¿Bueno? ¿Sí? —Hizo un gesto de llevarse una copa a la boca—. ¿Más?

Los gruesos labios se movieron entre la negra barba.

—Más —dijo Abernaci con voz gutural. Robin Stewart, riéndose dio media vuelta y se marchó.

El bardo permaneció de cuclillas observándolos, informe, desaliñado y sucio.

El tallista levantó la mirada. La navaja, afiladísima, permanecía inmóvil en su mano; pero su forma de sujetarla había cambiado. En la pared de enfrente, colgando sobre una mesa, había un pellejo de tinta, y sobre la mesa yacía la blanca chaqueta de piel de Robin Stewart. Con un siseo, la navaja salió disparada y rajó limpiamente el pellejo de tinta. Un chorro fino y negro comenzó a caer y derramarse sobre la mesa. Con las morenas manos apretadas en sendos puños, Abernaci estaba de nuevo inmóvil, sus oscuros ojos sobre Thady.

En las manos de Thady había aparecido, no se sabe cómo, un cuchillo. Se giró,

moviéndolo pensativamente, esperando a pasar inadvertido y después lo lanzó. Era un blanco más complicado que el de Abernaci. El cuchillo voló como un rayo y cortó el cordón que sujetaba el pellejo de tinta, haciendo que este cayera derramando inofensivamente su oscuro contenido sobre el suelo. Los negros ojos midieron especulativamente a los azules, y Lymond, en voz baja, preguntó:

—¿Más?

En ese momento comenzó el griterío.

El mayordomo de Hérisson dio la voz de alarma; sonó un portazo y su voz atronó de pronto en el atestado sótano. El carromato con el papel había llegado ya a la Puerta Cochoise y estaba entrando en la ciudad. Stewart, que intentaba volver para recoger a Thady, se quedó observando durante dos minutos mientras la escena se transformaba en un auténtico pandemónium, con Hérisson en medio intentando organizar la recogida de su entrega ilegal a grito pelado. Al poco, se llevó a Thady apresuradamente afuera.

Fue el bardo, animado con tanta bebida, quien, alejándose inmediatamente de Stewart, se encaramó a medias en el vecino andamio. Y fue también Thady Boy quien, tambaleándose ligeramente, subido en lo alto, ignorando los enfurecidos silbidos del arquero desde abajo, divisó el destello de los gorjales, el centelleo de los arcabuces y las erizadas sombras de las picas bajo los soportales de la Rue aux Juifs.

Dieron la alarma en la casa de Hérisson mientras el carromato llegaba desde el norte. Se abrió la rejilla, se desmontó el falso fondo y las resmas de papel fueron introducidas en el sótano mientras la guardia de la ciudad estaba a sólo dos calles. Thady Boy corrió al sótano a toda velocidad; cuando Stewart llegó tras él sorteando obstáculos, lo encontró dando con voz de borracho y encomiable celo las directrices pertinentes para defenderse del inminente registro.

En años venideros, en el círculo de Hérisson se comentaría la historia de aquella noche. Cómo, tras acordonar toda la casa, el alguacil y sus soldados, irrumpieron en los sótanos y se encontraron con el ensayo, escandaloso y difamatorio de la Gran Entrada que acontecería al día siguiente: una farsa seguida de monólogo y sátira siguiendo a la farsa bajo la dirección de un barrigudo y moreno irlandés que representaba al Espíritu de Francia, suspendido en suave balanceo sobre la atiborrada audiencia y sujeto por unas poleas a las vigas del techo.

Cuando finalmente la guardia de la ciudad se retiró a regañadientes, el espectáculo no había hecho más que comenzar, pues el Espíritu de Francia, a quien habían olvidado bajar del techo, reacio a ser ignorado, bramando a voz en cuello sus declamaciones, se dedicó a rociar todas las cabezas que tenía debajo con pintura

negra.

Fue el propio Michel Hérisson quien, medio desnudo, cubierto apenas por una sábana y muerto de risa, saltó y atrapó el cable que operaba la polea y, tirando de este, propulsó a Thady Boy por el aire sobre el estrado formado por las prensas portátiles y las resmas de papel y le hizo aterrizar directamente dentro de una artesa de engrudo. Una masa de pegamento rebosó del batacazo y cayó en una marea de pegajosas gotas sobre la compañía.

Fue como una señal divina. La audiencia actuó al unísono. En medio de aquella indescriptible y asfixiante marea que había sustituido al aire voló una bola de arcilla; después otra y, al cabo, una bola con plomo dentro que dejó aturdido a un espectador, lo que provocó que los combatientes levantaran bancos a modo de parapetos. El Oráculo de Delfos, alcanzado por un proyectil, hundió con divina indiferencia su nariz en el cobre mientras un improvisado percusionista marcaba un ritmo ayudándose de un codo de piedra. Ropas empapadas de engrudo fueron lanzadas y en el glorioso y ebrio remolino de violencia, en la maraña de brazos agitados y gargantas desgañitándose con desatada hilaridad, sangre y tinta acabaron mezclándose.

A las tres de la mañana, un Thady Boy empapado, limpio y cantarín fue depositado en la Croix d'Or.

No fueron pocos los que le oyeron llegar. Tras innumerables despedidas, una puerta se cerró de un portazo y un canto irregular y satisfecho ascendió por la escalera interrumpido por repetidos golpes y tropezones:

Vacas, cerdos, caballos, cabras y osos.

Perros, gatos, gallinas, gansos y dioses ruidosos.

O'LiamRoe lo oyó. Despertó de la cabezada que se había echado junto al fuego en su salón y dirigió una mirada especulativa hacia la puerta.

... Dioses ruidosos.

Abejitas que van de flor en flor.

Son ellas las diez bestias del mundo de los hombres.

La razón por la que quiero a Derry...

—Por mis muertos que el mundo se cuele por los libros agrietados —dijo O'LiamRoe.

La razón por la que quiero a Derry...

La solemne voz había llegado hasta la puerta del salón. Sonó un portentoso golpe, un arañar rebuscando la manilla y la puerta se abrió violentamente.

—La razón por la que quiero a Derry es por su paz, por su pureza y por su coro de blancos ángeles. ¿Estáis todavía levantado? —Thady Boy Ballagh entró, echó el cierre a la puerta, arrojó su sucia capa sobre una silla y sacó la lengua ante el espejo—. Dios, estoy hasta arriba de vino agrio, harto de sobresaltos y con la ropa interior hecha un auténtico desastre. —Su voz sonaba complacida, sin acento alguno y clara como el cristal.

O'LiamRoe, aunque se había tomado con filosofía su metedura de pata, no dejaba de ser consciente de lo que significaba. Le preocupaba que Lymond hubiera comparecido ante la Reina madre. Cuando se dirigió a su pródigo bardo había un deje de crispación en su voz.

—Parece que la reina madre de Escocia tiene un modo bastante peculiar de divertirse, ¿no?

—¡Qué va! He pasado la noche en cierto sitio. Jugando con papel escrito. En compañía de vuestro admirador, Robin Stewart.

—En Irlanda —dijo secamente O'LiamRoe—, a ese hombre le pondrían unas enaguas y le mandarían a ordeñar a las cabras. Es una vergüenza para los de su sexo... ¿Así que la audiencia con la Reina fue breve? Fallida la cosecha de grano, vacíos de peces los ríos, secas las ubres de su ganado, magro el fruto de sus árboles, tan sólo le quedaba una bellota y tampoco germinó...

Lymond comenzó a desvestirse con rapidez. Bajo su empapada camisa, su falsa barriga estaba casi descolgada sobre sus calzas de cuero. La desenrolló sin inmutarse y la examinó antes de ponerla ante el fuego.

—Otras son las cuitas de la Reina madre. No tenéis por qué inquietaros.

—¿Qué os dijo? —preguntó O'LiamRoe intentando que fuera más explícito.

Lymond hizo una pausa. Su oscuro cabello comenzaba a rizarse por la humedad y mostraba un matiz dorado en las raíces; gracias al tinte incrustado en su piel, los pelos de la barba incipiente aún no habían recuperado su natural color dorado. Bajo sus perezosos párpados, sus ojos, soñadores, parecían revivir algo gracioso y vital. O'LiamRoe sintió de pronto una oscura sensación en las entrañas. De haber podido, habría retirado la pregunta.

—¿Que qué me dijo? «Estáis ante un precipicio. ¿Vais a saltar? Punto» —repuso Lymond. O'LiamRoe se levantó.

—Por mi vida que lo que necesitáis es un señor distinto. ¿No podríamos encontrar otro irlandés rebelde, inteligente y papista que se prestara a ayudaros? Está el joven Gerald de Kildare, aunque creo que se encuentra ahora mismo en Roma y por otro lado quizás no cuadre mucho que contrate a un ollave. También tenemos a Cormac O'Connor. Su padre está encerrado en la Torre de Londres y Cormac está loco por

echar a los ingleses de Irlanda; el rey Enrique vería con buenos ojos que viniera a la corte con su bardo, seguro que lo acogía encantado. Tan sólo necesitaríais otro nombre y teñiros de pelirrojo, quizás.

Lymond le miró y cogió una toalla.

—¿Qué os apostáis a que puedo entrar en el círculo del Rey como Thady Boy Ballagh?

—¿Antes del miércoles? —O'LiamRoe habló en tono sarcástico, abandonando su habitual parsimonia.

—O del jueves. —Bajo la clavícula, la piel de Lymond estaba sorprendentemente morena y su cuerpo era musculoso y bien formado, a pesar de las cicatrices que lo cruzaban—. Si consiguiera hacerme un hueco en la corte, ¿qué haríais vos, os quedaríais? —añadió mirándolo mientras se secaba.

El pecoso rostro de O'LiamRoe pareció iluminarse con la idea.

—¿Cómo vuestro bardo? No os atreváis a tentarme.

Lymond se puso una sábana alrededor de los hombros y, abrazándose las rodillas, se quedó mirando al fuego, pensativo.

—Como O'LiamRoe. Toda esta absurda situación acabará por aclararse. Y después del placer que ha supuesto burlarse de Su Majestad el Rey, puede ser agradable pasar el invierno a su costa.

—Así que habéis convencido a esos vejestorios poderosos, ¿no es eso? —dijo O'LiamRoe—. ¿Creéis que todo este absurdo lío puede superarse? Y claro, Francis Crawford de Lymond necesitará un apoyo si el incómodo patán irlandés no cesa en sus orgullosas pretensiones, ¿verdad?

Lymond no estaba borracho. Pero aunque no se encontraba ni la décima parte de afectado de lo que había aparentado, tampoco se sentía con fuerzas para lidiar con el retorcido humor de O'LiamRoe y lo sabía. Finalmente, dijo:

—Tendríais que jugar al juego de pelota con ellas en Tir-nan-óg antes de tacharlas de viejas a los treinta y cinco, querido. La Reina madre no va a mover un dedo en este asunto; y yo tampoco estoy muy seguro de querer enredarme en los suyos. Sólo os he sugerido una apuesta en tono deportivo. Pero si estáis cansado de Francia o de mí mismo, no dudéis en embarcaros el jueves.

O'LiamRoe ladeó la cabeza. Sentía ganas de ponerse difícil. Era el otro el que estaba en deuda con él. Había traído a aquel tipo a Francia en calidad de secretario para complacer a su prima Mariotta, que era también la cuñada de Lymond. Sabía que Lymond era escocés y no irlandés, y sabía que había venido para cumplir una misión. En realidad él se había ofrecido tomar parte en aquella farsa movido por una especie de entusiasmo infantil. Pensando en todo ello, sonrió, se estiró y tras un enorme bostezo dijo:

—¿Qué si me quedaría si alguien me ofreciera amablemente una oportunidad? Tal

vez... Preguntádmelo después de que hayáis tenido la charla con el Rey sobre el asunto... Lo cual me recuerda una cosa. Piedad Dooly tiene un montón de noticias. ¿Recordáis a nuestro amigo del pie mutilado en la ballena?

—¿El que prácticamente arruinó vuestro único camisón? Sí, me acuerdo.

—Pues bien, al parecer se llama Pierre Destaiz, y lo de las ballenas de escayola es sólo un pasatiempo puntual. Está en la nómina del Rey, en St. Germain. Es un especialista en elefantes.

Los ojos de Lymond se achicaron. Su mirada, repentinamente impersonal, se detuvo, pensativa, sobre el blando rostro de O'LiamRoe, que mostraba su habitual expresión indolente. Después, enterrando la cara entre las sábanas, comenzó a reírse silenciosamente. Su voz, amortiguada por la tela, llegó hasta Phelim.

—Y ha venido a Ruán para el desfile del *collier à toutes bêtes*^[6]. Proseguid.

—Le han enviado de la Real Casa de Fieras porque es oriundo de Ruán...

—Y los elefantes van a participar en el desfile. Con los enemigos de Francia pintados en la planta de sus patas. Junto con un manatí, un escarabajo sagrado y un escuadrón entero de caballos al mando de tres pachas. Y las abejitas que van de flor en flor —dijo Lymond riéndose cada vez más—. Ah, mi floridísima, corrupta, fértil, lisiada y adoradamente absurda Francia. Mañana —dijo—, mañana iremos, como los palmípedos pueblerinos que somos, a ver los elefantes.

—Mañana —dijo O'LiamRoe plácidamente— nos quedaremos en esta habitación. Y el lunes. Y el martes. Por orden tajante de las autoridades. El rey Enrique, ungido por Dios, está harto de visitantes foráneos que no saben usar el pañuelo y van dejando marcas por las paredes, así que estamos confinados en esta posada de ahora en adelante. Pero ¿qué era aquello que decíais? ¿Haceros un hueco en la corte, introduciros en el círculo del Rey? —añadió en tono alegre el príncipe de Barrow, enarcando la ceja sobre un límpido ojo azul—. Bien, bien. Me parece que después de todo voy a aceptar esa apuesta.

Debían permanecer confinados durante tres días, hasta la Entrada del miércoles. Los pasaron bebiendo, discutiendo y recibiendo una nutrida sucesión de visitas.

La primera, el domingo por la mañana no demasiado temprano, correspondió a Robin Stewart. Aunque lord d'Aubigny era oficialmente el perro guardián de los irlandeses, Su Excelencia, que encontraba aquel cometido francamente desagradable, delegó aquella tarea en Stewart, que fue encargado de no perder de vista a los huéspedes de la Croix d'Or hasta el miércoles. Ese día, los dos Stewart los escoltarían, bajo estricta vigilancia, a presenciar la Gran Entrada, tras lo cual serían enviados por correo marítimo urgente de vuelta a Irlanda.

Stewart había aceptado la tarea con entusiasmo. Resacoso y fotofóbico, arrastró

sus molidas articulaciones hasta la chimenea de la Croix d'Or y se dedicó a analizar la reciente actuación de Thady Boy. Sin embargo, por mucho que le diera vueltas, seguía sin entender por qué al señor Ballagh la inspiración le llegaba tan fácilmente y a Robin Stewart no le llegaba en absoluto.

Luego apareció Michel Hérisson. El escultor llevaba la capa embadurnada de arcilla y torcida sobre sus anchos hombros y el blanco cabello aplastado y empapado de un líquido sospechoso. Se abalanzó sobre Thady extendiendo una mano áspera y agrietada como la piedra pómez y le arreó un amistoso porrazo en el hombro.

—Querido muchacho, no me lo hubiera perdido aunque me hubiera costado cerrar la imprenta en lugar de salvarla...

O'LiamRoe y el escultor congeniaron al instante. Si el irlandés se sintió extrañado de las hazañas de su secretario, no lo demostró. La emprendió con un largo y detallado discurso sobre una aventura similar que hizo desternillarse al hombre mayor, con lo que Stewart pudo dedicar de nuevo su atención a Thady Boy.

El resto de las visitas de aquel día estuvo compuesto básicamente por los asistentes al jolgorio de la noche anterior. Llegaron con animados cotilleos sobre personajes de la corte, como el de la transformación del conde de Huntly en caballero de la Orden de St. Michael y su estrambótico desfile por Ruán acompañado de otros treinta miembros de la Orden ataviados con lo que Thady Boy había descrito irreverentemente como el *collier à toutes bêtes*, es decir, con las tintineantes cadenas que aludían a las pasadas hazañas de la Orden.

Aquel lunes se formó un pequeño grupo alrededor de los irlandeses compuesto por miembros liberales y nada ortodoxos dispuestos a arriesgarse a la desaprobación del Rey. Stewart los toleraba a condición de que fueran discretos. O'LiamRoe, totalmente en su salsa, extravagante y escandaloso, estaba disfrutando como nunca. Thady Boy, cediendo el protagonismo de su prolífica imaginación a su señor, se dedicaba a hacer *sotto voce* algún comentario cáustico, celebrado siempre con gran entusiasmo por los recién llegados. El día siguiente, martes por la tarde, habría reunidos alrededor de media docena, Stewart incluido. El arquero estaba sentado a lo moro en un rincón y se afanaba en limpiarse las uñas cuando se abrió la puerta. La señora Boyle y su morena y singular sobrina, Oonagh, entraron en la habitación con un nuevo grupito de visitantes.

O'LiamRoe las saludó. El placer que irradiaba su pecoso rostro parecía apenas enturbiado por la sombra de una leve preocupación. La señora Boyle irrumpió en la habitación. Llevaba el tocado ladeado, la capa sujeta con tres broches distintos y unos pendientes largos y estrambóticos que se agitaban al ritmo de sus histéricos ademanes.

—¡Miradle! No bien acaba de poner pie en el país y se atreve a tratar a Su sagrada Majestad peor que a una vaca...

Echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada. Luego se quedó mirándolo con expresión seria.

—O'LiamRoe —dijo, abandonando su actitud frívola—, he estado preocupada hasta la obsesión por lo que ocurrió. Si no os hubiera hecho llegar mi recado os habríais comportado como una inocente paloma y ahora estaríais sentado en la corte, mimado por las damas y honrado con respeto y deferencia, agasajado con excelentes comidas y algún que otro besuqueo de los que le mantienen a uno bien calentito durante el invierno.

—Una lástima. Me había traído un sayón azafrán acolchado, ideal para el frío —dijo O'LiamRoe educadamente mientras procedía a las presentaciones—. Pero qué vamos a hacerle. Entre Thady Boy, que parece haberse estrenado en el mundo de la clandestinidad, y yo mismo creo que vamos a dejarle un recuerdo imborrable a estos franceses. Por otro lado, he de reconocer que lo hemos pasado bastante bien.

—Habéis metido vuestra dulce mano en el cántaro de la miel, cielo mío —dijo la señora Boyle, sentándose—. Pero no me consideraré perdonada hasta que me contéis la historia al detalle. Quiero saber todo lo que os dijo el Rey. Cuentan que nuestro precioso de Genstan aún no se ha recuperado del miedo que pasó haciendo de intérprete para vos.

Había sido francamente divertido, según la narración de O'LiamRoe. Mientras su tía aullaba de risa, Oonagh se retiró hacia donde estaba sentado Robin Stewart, que sonreía mirando a Thady Boy. El bardo se hallaba enfrascado en una solitaria partida de cartas con expresión ceñuda.

—¿La historia del Príncipe no tiene bastante nivel para un ollave de primera categoría? —le preguntó la joven ácidamente con su voz grave.

Thady sacó un naipe y lo colocó sobre el tablero, pensativo.

—Yo diría que la novedad se agota con demasiada rapidez, por lo que no hay que explotarla demasiado. Pero la primera vez que escuché su historia, os aseguro que los ojos se me salieron de las órbitas y giraron como aspas de molino. Pasé verdadero miedo.

Ella reaccionó con frialdad.

—¿Por qué? Vos no teníais nada que perder.

—Un hombre con un casco defectuoso no está obligado a pagar multa —dijo Thady Boy con calma mientras seguía barajando.

—Un hombre que ayuda a ocultar una imprenta clandestina puede que tenga que pagar más multa de lo que piensa —dijo Oonagh—. Os creéis muy listo, mi gracioso y engreído amigo.

El bardo se quedó en silencio durante un momento. Levantó la cabeza. Oonagh O'Dwyer tenía una expresión fría y dura. Parecía atormentada y carcomida por la soberbia. La taladró con la mirada. Fue correspondido con otra mirada intensa y

cálida que sostuvo la suya el tiempo que él consideró necesario. Una expresión traviesa y jocosa asomó al moreno rostro de Thady Boy.

—No. La lista sois vos, ¿no creéis? —dijo riendo y volvió plácidamente a su juego.

La joven apretó los puños. Tenía la respiración entrecortada y el pulso desbocado. Miró la cabeza del hombre, inclinada sobre los naipes y dijo en gaélico:

—*Thady Boy Ballagh* no es un nombre muy apropiado para un hombre rubio hecho y derecho, ¿no creéis?

O'LiamRoe la oyó. Echó una rápida ojeada a su bardo, pero estaba seguro de que el gaélico de Lymond era lo suficientemente bueno; además, aquella mañana se había vuelto a teñir el cabello de negro. Thady respondió en inglés:

—Me contaron que salí del cascarón amarillo como el azafrán y que por eso me bautizaron como mi padre. Lo único que llegaron a saber de su nombre es que le llamaban *Boy*. Como sonaba bien, no tuvieron motivo para cambiarlo al gaélico. ¡Oh, pero dejemos eso! —levantó la mirada mientras recogía las cartas—. Vuestros dulces ojos aturden con su simpatía... no es que tenga nada en contra, pero es que me distraen del juego —añadió Thady.

Ella respondió tranquila:

—Las mujeres crecen en Francia como tulipanes silvestres en el campo. ¿Acaso no os interesan?

Thady Boy sonrió barajando los naipes con sus dedos largos y finos.

—Mis naturales inclinaciones se han visto un poco restringidas con el toque de queda.

Ella se quedó mirando aquellos dedos.

—La *Veuve de Dieppe* debe de tener el corazón destrozado. ¿No la echaréis de menos por aquí, en el *Loira*?

Los naipes siguieron moviéndose, imperturbables. Tras ellos, entre el parloteo y las risas, O'LiamRoe se había quedado en silencio. Thady Boy se tomó su tiempo. Se repartió una mano a sí mismo, descubrió una carta y robó otra del mazo antes de hablar.

—No. Parece un alma cándida y dulce como las fresas con nata, pero es dura, de la cofradía del puño cerrado —dijo, y volvió a concentrarse en su partida, dando por terminado el asunto. Ella dio media vuelta y se alejó.

Transcurrió mucho tiempo todavía hasta que ella y su tía se marcharan, y aún más hasta que los demás visitantes las imitaran. Finalmente, los dos irlandeses se quedaron solos con su guardián, el arquero.

Por una vez, O'LiamRoe, sentado junto al fuego, permanecía en silencio con la mirada extraviada sobre el oscuro y esquivo rostro de Francis Crawford. Todavía seguían allí cuando las campanas anunciaron las doce de la noche y el comienzo de la

madrugada del miércoles, primero de octubre de mil quinientos cincuenta, día de la Gran Entrada del rey Enrique II en su querida ciudad de Ruán y el último de la estancia de Francis en Francia.

V Rúan: una rápida ofensiva con la intención de matar

Las que siguen son prácticas rápidas e ilegales a la hora de matar: los animales pueden ser conducidos al mar, a un charco, al barro... Hacerlo con malas intenciones y de forma negligente causará la pérdida de algunos de ellos...

Herir a un animal es como herir a un ser humano, desde la muerte al tajo más profundo.

Aquella mañana, dos pelirrojas perfumadas y bien vestidas observaban a la multitud desde la ventana, mejilla con mejilla, como dos peonías de la misma guirnalda.

María, la pequeña reina de Escocia, sujeto el rostro entre sus cálidas palmas, dijo con voz soñadora en inglés:

—Siento haber mordido a vuestro tití.

A pesar de sus palabras, el límpido rostro de la niña no denotaba arrepentimiento alguno. Uno de sus dedos tenía un pequeño vendaje.

—No os disculpéis —dijo Jenny Fleming levantando su bonita y firme mano del hombro de la pequeña—. Estamos un poco nerviosas, y además el muy bruto ha sido el que ha tenido la última palabra, en todo caso. Dios mío, como encima de que nos escapemos os cojáis la rabia, seguro que me despellejan viva como le hizo la viuda a aquel juez.

La Reina miró a su tía favorita durante un largo momento.

—¡Tenéis miedo! ¡Tenéis miedo de que nos descubran! —dijo con voz penetrante.

Aunque algunos pudieran haberla acusado de ello en algún momento de desesperación, lo cierto es que Jenny Fleming no había sentido temor en su vida. Tenía el alma habitada de hermosos pavos reales y otras encantadoras fantasías y sentía un anhelo infantil de experimentar emociones fuertes. Quizás fuera por ello que los niños la adoraban. María, futura novia del Delfín y tesoro de la guardería real, era su pupila más especial; pero también el propio novio, de seis años, Louis, era su aliado y las pequeñas princesas francesas Elizabeth y Claude, sus más rendidas admiradoras.

Treinta y siete niños vivían y eran criados junto con los Hijos de Francia, a los que servían, con los que jugaban y a los que hacían compañía. A causa de aquello, las travesuras y el sarampión irrumpían con idéntica facilidad en las guarderías reales. Aquel mes, uno de los príncipes de menor edad estaba enfermo —en realidad estaba muriéndose, aunque no lo supieran todavía—, por lo que la enorme guardería de bebés, con sus ciento cincuenta cuidadores y sus cincuenta y siete cocineros, se había

trasladado a Mantes. Así pues, en lugar de la abrumadora marejada de mozos, pajes y damas de honor que solían acompañarla, la reina María estaba actualmente en la corte sólo con su madre, con su tía y con los cuatro retoños Fleming para vigilarla.

Y, aquel día, ni siquiera estaban todos ellos. James, lord Fleming, un jovencito rubio y solemne de quince años, cabalgaría al lado del Rey durante la Entrada. Margaret Erskine, con su marido, vería el desfile desde el pabellón real junto con el séquito de la Reina madre. Y allí, desde aquel magnífico ventanal del Faubourg St. Sever, María, la reina de Escocia, podría disfrutar del espectáculo junto con su tía Jenny Fleming y sus dos primitos Fleming, sin nodriza, mozo o paje que las custodiara, a excepción de los dos arqueros de la Guardia Real apostados tras la puerta. Una situación sumamente atractiva para Jenny Fleming, sobre la que llevaba varios días haciendo planes.

En aquel momento, media hora antes del comienzo del desfile, miró el reloj, dio un respingo y comenzó a repartir capas.

—¡Venga! ¡Dios mío, espero que no lleguemos tarde! —corrió hacia la puerta cogiendo de las manos a los tres niños que revoloteaban a su alrededor.

Afuera, ambos arqueros se pusieron firmes ante las abrigadas figuras, y uno de ellos respondió al guiño de la inconfundible y esbelta silueta de la mayor de las Fleming. La augusta tía de la Reina podía hacer estupendos tratos cuando se lo proponía y aquel día, como siempre, sus deseos eran ley. La histórica Entrada del *muy magnánimo, poderoso y victorioso rey de Francia, Enrique, segundo del mismo nombre*^[7] en la leal ciudad de Ruán, iba a ser Realmente acompañada. Nadie, con uniforme o sin él, habría de disuadir a la pareja de irresponsables pelirrojas de su férreo capricho.

La madrugada de aquel mismo día O'LiamRoe y su secretario, sin Piedad Dooly, abandonaron la Croix d'Or fuertemente escoltados para cruzar ciudad y puente y colocarse en buena posición para presenciar la Entrada. Lord d'Aubigny, vestido con incomparable magnificencia, los había recogido y Robin Stewart, también con sus mejores galas, los seguía con un puñado de hombres.

Las calles estaban ya prácticamente intransitables. Media Normandía iba a tomar parte en el desfile en honor al rey Enrique y la otra media había acudido para presenciarlo.

Las calles estaban atestadas desde la medianoche y la ruta que iba a seguir la procesión, la rue Grand Pont, la Cross, la rue St.-Ouen, St.-Maclou, el puente Robec y la catedral, habían sido tapizadas de alfombras y de flores mientras en las engalanadas ventanas que orillaban el recorrido se agolpaba el gentío.

El sonido de una trompeta se alzó sobre el ruido de la turba y la multitud aceleró

el paso. La trompeta volvió a sonar.

—Por Dios, vamos a llegar tarde —dijo Robin Stewart. Lord d'Aubigny soltó un juramento al oírlo. La culpa de la tardanza había sido suya, pero, al contrario que los otros, él tenía asignado un puesto público y prominente en la procesión.

—Allí hay un carromato —dijo O'LiamRoe tranquilamente.

Con las prisas, los huéspedes del rey de Francia no habían tenido ocasión de cruzar ni dos palabras, pero hasta el momento parecían más divertidos que impresionados por el acontecimiento, aunque O'LiamRoe, empeñado en ver algo, había trepado afanosamente a un poste en dos ocasiones y había tenido que ser rescatado, agarrándolo por los sobacos, para impedir que cayera al suelo y le aplastara la multitud.

El carromato que había señalado transportaba al último cortejo: un grupo de ninfas ataviadas con guirnaldas y cestillos de flores; unos cuantos hombres portando castillos de cartón sobre unas parihuelas; dos jóvenes disfrazados de tristes cautivos con las muñecas encadenadas y tres personajes vestidos con traje de romano, con las rodillas al aire y llevando cada uno un borrego que no paraba de debatirse, inquieto, entre los brazos.

—Vamos —dijo O'LiamRoe subiéndose decidido al vehículo. Thady Boy se acomodó a su lado y Robin Stewart, seguido de sus hombres, hizo lo propio.

Lord d'Aubigny dudó. No le parecía una buena idea, pero tampoco se le ocurría otra alternativa. En todo caso, él no tenía ninguna intención de montarse en el carromato. Tras una breve y amigable conversación con el apuesto joven a caballo más cercano que vio, fue invitado a compartir montura y desapareció.

El carromato con su heterodoxa carga comenzó a rodar. O'LiamRoe, que se había hecho con una trompeta, como un Laoconte protestón se dedicó a criticar en voz alta los desfiles y las procesiones conmemorativas de victorias, que eran, según decía, burda copia de los de los Tolomeos. Su enardecido discurso no hizo sino provocar las risas de una ninfa que iba sentada al lado de un arquero. El sol comenzó a brillar dibujando sombras que danzaban frescas y juguetonas sobre la multitud; los dorados y los barnices comenzaron a relucir, iluminados por el astro, que poco a poco iba calentando y relajando los rostros fríos, neuróticos y malhumorados. Se oían carcajadas y vítores por doquier. El carromato, en medio de una marea de ruido, alcanzó por fin las puertas de la ciudad y comenzó a cruzar el puente, saludado por la fresca brisa del río.

El Sena aparecía cubierto de barcos. A su derecha, los grandes mercantes estaban atestados hasta las vergas y a la izquierda cabeceaban ondulantes las embarcaciones más pequeñas, recién pintadas y adornadas con todo tipo de banderolas. En la lejana orilla, sobre el Arco de triunfo, Orfeo esperaba enfrascado en animada charla con Hércules. A su lado en la playa, Neptuno, cubierta su túnica azul con una capa, yacía

acurrucado junto a una hidra de siete cabezas que devoraba una salchicha tumbada apaciblemente. Junto a ella, tres hombres aguardaban sentados junto a una ballena de escayola.

El ruido de los barcos, el griterío, el continuo agitarse de las banderas multicolores sobre la procesión, preparada para desfilar, disfrazada y cubierta de reverberante bisutería cual ejército privado reclutado por los dioses, fue demasiado para los borregos del carromato. Los animales, aterrados, consiguieron liberarse de las manos que los sujetaban. Uno saltó por un lateral del carromato. Otro se debatía acorralado por la trompeta de O'LiamRoe y el tercero fue silenciado poniéndole una olla en la cabeza. En medio de las carcajadas, los gritos, los balidos y una sarta de trompetazos, O'LiamRoe llegó al pabellón de los espectadores cual Dionisos en su carro, acompañado de Pan, de ménades y sátiros, pero sin Thady Boy Ballagh, quien, para disgusto del descorazonado Robin Stewart, se había esfumado.

No hubo tiempo para buscarle. La fanfarria empezó a sonar. Corriendo, alcanzaron el pabellón mientras los tambores repicaban y la voz de *Georges d'Amboise* declaraba desde el otro lado del río que Su Majestad el Rey había tomado asiento en su sitial.

O'LiamRoe y Stewart encontraron los oscuros bancos que tenían asignados y se sentaron. Entre agitados murmullos y el frufrú de las sedas, deslumbrantes como pajarillos preciosos y exóticos, la corte de Francia y sus invitados ocuparon sus puestos alrededor. Sobrevino un silencio en el que comenzó a sonar, trémulo, el *Exaudiat te Dominus* de la primera procesión.

Aturdido por los perfumes y cegado por el oro de los vestidos, O'LiamRoe observó, con el resto de los asistentes, la larga fila de clérigos con negras capuchas que portaban enormes y temblorosas cruces y emprendían su lento caminar. La triunfante y feliz Entrada había comenzado.

En el medio de todo aquello, situado tras los cancilleres y las corporaciones, los parlamentarios y otras dos carrozas profusamente decoradas, destacaba el carro de la Alegre Fortuna. Tirado por unicornios y rodeado de ninfas, lanceros y alabarderos, representaba al rey Enrique entronizado con cuatro de sus hijos a sus pies. Una figura alada, esbelta y elegante, le ofrecía con altiva gracia una corona de papel.

El hermoso carro tuvo una gran acogida. Tras el desfile de espléndidos personajes que le precedían, los unicornios de la Alegre Fortuna, montados por jinetes disfrazados, soportaban bastante bien los cuernos postizos. Sobre el carro, que había sido decorado con versos que glosaban alabanzas a Su Majestad, el figurado Rey, con cetro y armiño, además de estar realmente imponente, se parecía mucho al auténtico. El pequeño que hacía de Delfín era, obviamente, hijo suyo. Como también era evidente que el esbelto ángel y los otros tres niños, recatadamente sentados sobre

cojines adornados con borlas, estaban emparentados entre sí. Aquellas tres cabezas pelirrojas le hicieron recordar algo a la Reina madre.

—Tengo que decirle a vuestra madre que se deshaga del tití —dijo distraídamente María de Guisa a Margaret Erskine—. María juega con él y el animalito muere.

Su mirada, posada perezosamente en la carroza, enfocó de pronto una figura familiar y se detuvo en una manita con un pequeño vendaje. La reina madre de Escocia, estremecida, se aferró con dedos de hierro a la suave muñeca de Margaret Erskine.

—¡No es posible!

La hija de Jenny Fleming, apretando los labios con fuerza, cruzó la mirada con su esposo. Aquel no era momento para montar en cólera. Ya hablarían cuando se encontraran en privado. La mano de la Reina madre había empezado a relajarse.

—Sí, lo es —dijo Margaret Erskine—. Fijaos en quién es el ángel.

El carro de la Alegre Fortuna llegó ante el pabellón y se detuvo; el rey se inclinó ante el Rey y la multitud estalló en vítores, lanzando flores al aire. Al poco, los unicornios retomaron la marcha llevándose con ellos en el carro, ante la ignorante mirada de la mayoría de la audiencia, a lady Fleming, María Fleming, Agnes Fleming y a Su pequeña Majestad, la reina de Escocia.

O'LiamRoe estaba francamente admirado también y comentaba con su vecino más próximo que el carro haría un espléndido papel en Irlanda en un día de mercado y dejaría con toda seguridad bizcas a las gallinas, que quedarían maravilladas ante las hermosas pinturas que adornaban la carroza. El Príncipe quedó aún más fascinado si cabe por las tres parejas de elefantes que seguían al carro, precedidas cada una por un cuidador tocado con turbante. Los imponentes animales iban adornados con borlas, medias lunas y hermosos jaeces.

Paseaban dócilmente sus grandes corpachones moviendo los rabos ligeramente, balanceando rítmicamente sobre sus macizas espaldas réplicas de barcos, fuertes y castillos conquistados. En la cabecera iba la pareja de animales más impresionante, dos enormes moles de noble testa cuyos ojos color avellana, brillantes y curiosos, denotaban al animal joven, en la flor de la vida. El elefante macho del grupo, en la cabecera, portaba sobre su lomo cuatro pebeteros de bronce, humeantes de aceite perfumado. Su amplia frente parecía transmitir serenidad y sus pequeños ojos observaban el entorno con una expresión vivaz y quizás divertida.

Después de los elefantes llegó el cortejo de a pie, seguido por los Infantes de honor montados a caballo. Cuando el final de la procesión estaba a la vista, el Rey se puso en pie, junto con los príncipes y pares de su séquito, y se dispuso a montar para, siguiendo a sus ciudadanos, entrar en su querida ciudad de Ruán.

La cabeza de la procesión alcanzó el puente y comenzó a cruzarlo. En medio del

silencio, cascos y zapatos retumbaron con estruendo sobre el puente de madera. Austera y espléndida, la campana de la catedral repicó en el aire de octubre. Las campanadas rasgaban el aire mientras la corte, resplandeciente en blanco y plata, seguía la larga y laboriosa estela del desfile. La aguda y dulce voz de *Marie d'Estouteville* se unió a la de *Georges d'Amboise* y juntos entonaron un solemne himno de homenaje mientras, iglesia tras iglesia y campanario tras campanario, despertaban a su voz. Le siguieron otras canciones. Estaban sonando *Wouvely Cache-Ribaud* cuando el estampido de las salvas anunció que el Rey estaba aproximándose al puente.

La música inundó el aire y fluyó por entre la multitud. Un cañonazo anunció desde el río el comienzo del espectáculo acuático. Amortiguado por los vítores y ovaciones, un petardo estalló con gran estrépito bajo las tripas de los unicornios en el momento en que el carro de la Alegre Fortuna llegaba al puente de madera. Después estalló otro. El sudoroso caballo que iba en la cabecera, espantado, sacudió la cabeza con el cuerno torcido y, de un tirón, se liberó de la brida que lo sujetaba y dio media vuelta. Los arreos tintinearón, las ruedas chirriaron y patinaron y el jinete, tras perder el control, se adelantó gritando justo cuando el resto de los caballos unicornio, atascados en la vía, frenaban en una maraña de bridas y correas. El carro, oscilando tras ellos, chocó contra la carroza que tenía delante, se soltó y quedó atravesado sobre el puente con cuatro asustados niños desparramados dentro y un rey postrado sosteniendo a un ángel caído entre sus brazos. Los seis elefantes que venían a continuación vacilaron un momento. A la altura del gran macho que iba en cabeza, un hombre con atuendo oriental les increpó con aspereza. Hubo una pausa. En aquel instante, inadvertida por la multitud, una ballena de escayola empezó a moverse rápidamente y en silencio desde un extremo del puente, deslizándose sobre sus ruedas. Pálida, espantosa y veloz, enfiló hacia la última pareja de elefantes. Cuando estos, con los ojos en blanco, se arrimaron entre sí, asustados, el cetáceo de yeso abrió sus fauces y escupió, balando, ensangrentado y medio ciego, al borrego extraviado. Cual flor marchita en medio de un bosque de grises y petrificados miembros, el cordero, enloquecido, se metió entre los elefantes.

Estos, alteradísimos, siguieron la única dirección posible, es decir, adelante, hacia el puente. El hombre, la mujer y los niños del carro caído, la expectante multitud y la atónita masa que formaba la procesión, abarrotados en el puente, los vieron venir aterrorizados. Los hombres de los turbantes comenzaron a correr; las enormes bestias aumentaron la velocidad. Quedarían quizás diez metros de camino llenos de espectadores entre el elefante macho de la cabecera y el puente, cuando el cuidador jefe, moviéndose ágilmente, consiguió alcanzarlo con un gancho de hierro.

El gancho hizo sobre el paquidermo el mismo efecto que si le hubiera dado con un matamoscas. El elefante siguió su camino haciendo retumbar el suelo con sus

enormes patas mientras las construcciones oscilaban a su paso; sonó un estrépito cuando una de las patas traseras de la bestia aplastó de una patada uno de los costados de la ballena, reduciéndolo a polvo. El cuidador liberó el inútil gancho y, aferrándose a las correas de la grupa, intentó trepar sobre el lomo del animal. Pero este, de una sacudida, se libró de él, dejándolo con las manos ensangrentadas antes de tener la oportunidad de apoyar los pies.

Sobre el puente, la carroza atrapada se balanceó y crujió cuando los caballos que la llevaban, frenéticos, embistieron contra la baranda del puente, haciéndola astillas. Pesados y torpes, los elefantes continuaron su carrera directos hacia la entrada del puente, guiados por el macho, los ojos en blanco, los colmillos al sol y los pebeteros con el aceite hirviendo balanceándose caídos sobre su grupa.

Se produjo un movimiento sobre la arcada del puente. Un hombre rechoncho vestido de negro se descolgó, ágil y ligero como una pluma, desde el frontón del arco, aferrándose con fuerza a los humeantes pebeteros que colgaban de la grupa del elefante. Acto seguido, tras agarrar la pica del arnés con una mano, la clavó hasta la empuñadura sobre el flanco derecho del animal.

El macho irguió el cuerpo, que rezumaba aceite hirviendo, bramó y frenó en seco como si hubiera recibido un codazo en plena carrera. Con una tremenda sacudida, su harén chocó contra él. La manada se lanzó bramando hacia el borde del puente; el hombre sobre el elefante macho usó la pica de nuevo, rápidamente, gritando, y el cuidador, tras trepar sobre otro animal, sumó su extraño galimatías al estruendo imperante. Frenético, enfurecido, ciego de terror, escaldado y chamuscado por el aceite, el elefante macho, como una montaña herida, enfiló hacia el río.

Thady Boy Ballagh, sucio, magullado y oliendo como una mofeta escaldada, se deslizó al suelo desde el lomo del elefante cuando este entró en el agua. Una figura con turbante, flaca como una anguila y con una ceja levantada por efecto de una vieja cicatriz, pasó corriendo a su lado y se subió sobre el animal antes de que acabara de sumergirse. El elefante cabeceó y el cuidador, con una destreza fruto de la larga práctica, se envolvió las correas del arnés en los puños y, de pie sobre el paquidermo, se preparó para darse un baño. Los otros cinco los siguieron. Pasando rápidamente del pánico al más puro disfrute, con los ojillos brillantes de regocijo, las bestias comenzaron a sacudir sus imponentes corpachones y a rociarse de agua. A las sirenas y a los monstruos, a las pequeñas embarcaciones y al mismísimo Neptuno, les tocó entonces el turno de encomendarse a Dios ante la presencia en el Sena de los juguetones elefantes.

Thady Boy los observó durante unos instantes; después volvió a la orilla con el paso algo envarado, rezumando agua y perfume quemado.

Estaba todavía en el agua cuando la multitud proveniente del camino lo alcanzó

vitoreando, palmeándole la espalda, parloteando y comentando lo sucedido. Desde la playa lo fueron empujando hasta dejarlo plantado frente a un hombre de barba gris de unos cincuenta años que aguardaba montado a caballo y empuñando una espada de ceremonia en las manos.

—¡Vos, señor! —le llamó el jinete.

La procesión comenzaba a retomar el camino nerviosamente tras ellos. Los escombros estaban siendo retirados y los asustados actores del carro de la Fortuna implicados en el desastre habían desaparecido. Thady Boy estaba algo pálido, pero su voz sonó alegre:

—Para serviros.

—Vuestra valiente actuación no le ha pasado desapercibida a Su Majestad el Rey. Desea daros las gracias.

—No ha sido nada —dijo Thady Boy modestamente—. Un poco de imaginación para acabar rebozado con agua y barro.

La comitiva real estaba aproximándose. El condestable Montmorency condujo su caballo hacia el borde del camino, seguido por Thady Boy.

—Su Gracia desea honrar vuestro valor. He sido encargado de preguntaros vuestro nombre y ocupación y de invitaros a cenar esta noche en compañía del Rey y sus amistades en St. Ouen.

—Es verdaderamente generoso por su parte —dijo Thady Boy—. Me sentiría avergonzado de rechazarlo si no fuera porque ha sido el propio Rey quien ha decidido que abandone la ciudad esta misma noche. Thady Boy Ballagh es mi nombre, y soy el secretario al servicio de O'LiamRoe, príncipe de Barrow, aquel con quien Su Gracia tuvo el desgraciado incidente del otro día.

Se produjo un breve silencio. El condestable se aclaró la garganta.

—Estoy seguro de que vuestra partida puede ser pospuesta, al menos por un día. Seréis avisado. También debo comunicaros que se os mandarán nuevas ropas para sustituir a las vuestras, que han quedado destrozadas.

—¡Ah, *dhia*! La dulce generosidad brota del corazón de Su Majestad y circula por sus venas —dijo Thady Boy—. Y también el tierno perdón. Fue entonces cuando sir Gawain y el rey Arturo se echaron a llorar y se desmayaron de emoción. Esta situación sería digna del buen Malory^[8].

—No tengo autorización —dijo el primer barón de la Cristiandad, gran mariscal y condestable de Francia, caballero de la Orden del Rey y de la Orden de la Jarretera, gentilhombre de la cámara real y gobernador del Languedoc— para invitar al príncipe de Barrow.

—Lo cual no deja de ser una buena noticia después de todo —dijo Thady Boy con calma—, pues haría falta un elefante, como mínimo, para persuadirle de que asistiera.

La procesión avanzaba ahora a buen paso y la Guardia Suiza había llegado prácticamente adonde estaban. Montmorency, arrellanándose en su silla de montar, recogió las riendas y se quedó mirando al bardo con unos astutos ojillos insertados en un rostro de rechoncha nariz y áspera barba.

—Pero vos, amigo mío, ¿no tenéis objeción alguna, cierto?

—Que me parta un rayo aquí mismo si miento. Nada podría disuadirme de acudir —dijo Thady Boy Ballagh.

Largo tiempo después de que la corte se hubiera retirado, la multitud seguía abarrotando las calles y el acceso a la ciudad se mantuvo bloqueado durante una hora. El suceso del puente, percibido apenas como un distante alboroto por O'LiamRoe y Robin Stewart, les había sido relatado al menos diez veces. Mientras el irlandés parecía divertido a medias, Robin Stewart, con el rostro congestionado y algo inquieto, estaba impaciente por ver a Thady Boy y oír de sus labios cada detalle. Intentaron retroceder para buscarlo, abriéndose paso entre el gentío, que merendaba acampado por doquier, pero aunque muchos decían haberlo visto, Thady Boy, con su dignidad temporalmente recobrada, fue imposible de encontrar.

En las llanuras de Grandmont, entre los desperdicios y la hierba pisoteada, lejos de los festejos de la procesión, los seis elefantes, encadenados entre sí por las patas delanteras, se hallaban solos en el interior de la enorme carpa de treinta y seis pies que se había levantado ex profeso para ellos pocos días antes. Serpenteando pacíficamente, las seis trompas iban sacando manojos de heno del pesebre; y sus bocas expelían nubéculas de vapor. Su cálida respiración se mezclaba con el aire seco, recalentado por el sol. La piel de sus amplios y tranquilos corpachones, suavizada, limpia y lustrosa por el agua, semejaba la corteza lunar. Tan sólo el gran elefante macho, al fondo, se removía inquieto, su enorme grupa vendada y los sabios ojillos con la mirada algo borrosa.

Lymond, que llevaba algún tiempo en silencio, de pie en la entrada, se movió al fin; el mozo de cuadra, al verlo, sacó el rastrillo de un cubo con heno y musitó algo en urdu.

—¿El señor Abernaci? —preguntó Francis Crawford.

El muchacho parecía asustado. Retrocedió unos pasos en silencio y, de pronto, echó a correr y desapareció. En el fondo de la carpa, ante la puerta de la tienda del cuidador, había aparecido una silenciosa figura tocada con un turbante. Marcado por la cicatriz, escuálido y barbudo, el siniestro genio de la imprenta clandestina, Archimboldo Abernaci, cuidador jefe de los elefantes del rey de Francia, esbozó una sonrisa poblada de escasos dientes, negros y rotos y, levantando una mano, le llamó.

Lymond pasó delante de los elefantes y entró en la tienda.

En el interior, el espacio era agradable y cómodo, con un banco y varios taburetes, un pequeño baúl y un colchón en un rincón. El suelo estaba cubierto de un áspero tejido que hacía las veces de alfombra y, en un lado, sobre una cocina, estaba un plato con una comida sin terminar. Pegado a la lona de la tienda, había una estantería llena de armas: un garfio, una lanza, una espada, unos cuantos cuchillos y un puño de mahout, con sus cinco colas de plomo colgando flácidas.

Abernaci se situó de pie junto a su pequeño arsenal; vestía una bata de brocado, de cuello alto, inmaculada, y su rostro, bajo los brillantes pliegues del turbante, se parecía a uno de los enjogados cocodrilos de Arsinoe. Los negros ojos escrutaron a Lymond, impassibles.

Este, desarmado, con la ropa hecha jirones y empapada, le devolvió la mirada ladeando ligeramente la cabeza. Después, todavía en silencio, introdujo la mano en el bolsillo de su andrajosa vestimenta y sacó un tarugo de madera de peral. Era la madera que Abernaci había estado tallando cuatro días antes.

Por un momento en el rostro del hombre pudo verse un atisbo de sorpresa. Tras una breve pausa, rompió por fin el silencio exclamando algo suavemente en urdu.

—Espero —dijo Lymond amablemente— que vuestras palabras hayan sido corteses. Imagino que ya habréis adivinado la identidad del que lo ha recogido. Abernaci cogió el mahout.

Una sonrisa de diversión, irreprimible, curvó la amplia boca de Francis Crawford.

—Dios nos libre de las armas y juguetitos de Oriente. No es necesario —dijo— que seáis tan precavido, amigo mío. Yo también soy de Escocia.

La cicatriz se elevó más, si cabe, los ojos se estrecharon y los temibles dientes asomaron por entre la rizada y negra barba.

—¡Cristo! ¡Entonces sois vos, señor Crawford! —dijo Archimboldo Abernaci, cuidador y guardián de la casa de fieras del rey de Francia con el más puro acento de Partick, en Glasgow, Escocia—. Sois vos, y yo sin decir ni mú, por miedo a equivocarme, ¡hay que ver! —El mahout fue devuelto a su sitio en la estantería chirriando como una gallina resfriada—. ¡Vaya, vaya! Parece que hoy los Grandes de Francia se han librado de una buena gracias a estos dos tipos listos del Clyde.

Lymond soltó una carcajada y, lanzando al aire el tarugo de madera, lo ensartó en la punta de la afilada lanza con la cara grabada hacia arriba. Las armas de la Casa de los Culter, talladas burdamente en la madera por Abernaci, ante los ojos del propio Lymond, en la penumbra del gran sótano del escultor, parecieron mirarlos a ambos. Abernaci se quedó observando la talla con cariño.

—Lo dejasteis donde Hérisson para que lo cogiera. ¿Cómo adivinasteis quién era yo? —preguntó Lymond.

—Hemos luchado juntos, vos y yo —contestó Abernaci sonriendo y se quitó el

turbante de seda dejando a la vista su cabeza, calva salvo por un flequillo cuidadosamente recortado. Debajo, como por arte de magia, apareció un rostro absoluta y puramente escocés—. Alguna que otra vez, entre un trabajo y otro. Vos no lo recordareis. Pero a mi hermano lo conocíais bien. En su día fue un gran guerrero, y estuvo con vos y vuestros hombres durante bastante tiempo. Oí decir que murió, pero si le mató la bebida o el inglés, es algo que no he podido saber nunca.

La voz de Lymond se tornó áspera.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Abernethy, Archie Abernethy —dijo el mahout del rey de Francia palideciendo.

—Así que Turkey Mat era vuestro hermano... —dijo Lymond y continuó, tras una pausa casi imperceptible—. En efecto, murió, y lo hizo estando a mi servicio. Puedo contaros cómo sucedió si lo deseáis. Después me iré. No quiero que morir a mi lado se convierta en una costumbre familiar.

El flaco personaje dio un respingo.

—¡Por Cristo, no hay nada que desee más que oír lo sucedido! De todas formas, él escogió su destino y, ¿existe acaso mejor forma de morir?... Me formé mi propia opinión de Crawford de Lymond, os lo digo abiertamente, cuando trabajé a vuestro servicio. Y Turkey tenía la misma que yo. De hecho, fue en lo único en lo que coincidimos en toda nuestra vida. Vos ya lucíais alguna que otra cicatriz entonces, por ello estuve casi seguro de reconocerlos el otro día. Lo suficientemente seguro como para dejaros una señal que os indicara que teníais un amigo a mano, por si os hacía falta... ¡Pero rayos! —dijo Archie Abernethy con voz enojada—. Soy un auténtico cabeza de chorlito. Sentaos, por favor. Estoy tan contento de veros, que me olvidé del estado en el que os encontráis. Me he pasado una buena media hora con ese pedazo de elefante de ahí dentro, os lo juro. Difícilmente podrías encontrar un animalito más amable y leal, podéis estar seguro. ¡Bárbaros! ¡Extranjeros! Pienso dar con los malditos que han provocado esto... —iba de aquí para allá brincando, parloteando y cogiendo trapos hasta que, por fin, se detuvo a su lado—. Sentaos, hombre. Vais a ver qué pronto se os pasa. En un minuto os dejo como nuevo. Animal o bestia, el tratamiento es el mismo. Estoy impaciente por escucharos —dijo Archie Abernethy levantando con cuidado la desgarrada tela de los hombros de Francis Crawford—. Estoy que reviento por enterarme de cómo supisteis que hablo escocés.

Lymond levantó la vista. El dolor largamente aguantado o ignorado, aunque soportable, había tornado turbia su mirada, pero sus ojos chispearon con diversión.

—Pero por Dios, hombre —dijo—, en el río os desgañitabais increpando al maldito elefante con un nombre que sólo usaría un escocés: Hughie.

Tras la cura, encremado y vendado, Lymond se durmió como un leño sobre el

jergón de Archie Abernethy. Cuando se despertó algo más tarde, se sintió fresco y descansado, recuperado su habitual discurso mordaz y sarcástico. El cuidador no se inmutó.

—Lo necesitabais. Forma parte del tratamiento. Ya sabéis lo que dicen, «sana, sana, culito de elefante...».

—«Si no duermes hoy no sanarás en adelante». Está bien —dijo Lymond—, pero yo no soy un elefante, ni puedo pasarme la vida moviendo el rabo todo el maldito día como vuestro Hughie. De hecho, me queda poco tiempo.

El cuidador se había desabrochado la bata bordada dejando a la vista una preciosa camisa de seda y unas calzas. Con las manos sobre las rodillas, estudió a su compadre escocés mientras esbozaba una desdentada sonrisa.

—He oído que estabais con el príncipe irlandés, ese que está de la chaveta —dijo—. Y que os han tenido bajo vigilancia estos tres últimos días. Me pregunto cómo es que andáis tan falto de sueño. ¿Os habéis dedicado a forzar las cerraduras por la noche, quizás?

Sentado sobre el angosto jergón, Lymond cogió la hermosa cimitarra de Abernaci y dio un mandoble en el aire.

—No hizo falta. El guardián era Robin Stewart.

El apergaminado rostro se iluminó con regocijo.

—Nuestro querido arquero. Todo palabras y nada de sentido común. Ese dejaría salir a un ratón de la ratonera si llevara pantalones y una careta. El menor imprevisto lo deja totalmente desconcertado. Le habréis dado esquinazo sin problemas, imagino. Le dejaron entrar en lo de Michel Hérisson, ya sabéis, y echaron apuestas sobre qué haría luego.

—¿Vais allí a menudo?

Archie Abernethy se levantó. Esgrimió la cimitarra con destreza por la empuñadura y la colgó junto con las demás armas en la estantería.

—Disfruto tallando. Y entretanto, escucho hablar escocés, que siempre es agradable; van muchos exiliados por allí, y también van ingleses.

—Ya me di cuenta. El embajador inglés dice que es un criadero de intrigas.

—Ajá; son un grupo de granujas irreverentes. Van por libre. ¿Así que habéis estado hablando a escondidas con sir James Mason? ¿Siendo los invitados del rey de Francia?

—Unos invitados apestados. Nos pusimos tan en contra a nuestro anfitrión que, al día siguiente del encuentro de O'LiamRoe con el Rey, uno de los hombres de Mason tuvo la audacia de intentar contactarme. Claro que nuestros amigos ingleses a quien están interesados en atraerse es al excéntrico de O'LiamRoe quien, por supuesto, no tiene ningún interés en el tema. Así que yo estuve parlamentando en representación suya. Quería averiguar, y rápido, si era a mí a quien intentaban matar o al Príncipe.

Los oscuros ojos del cuidador le miraban fascinados.

—¿Por qué iba a desear alguien mataros?

Lymond dijo pensativamente:

—Eso mismo me he estado preguntando yo, hasta hoy. Tengo el ambiguo encargo de la Reina madre de estar a mano por si me necesita durante su visita en Francia. Por eso voy con esta pinta. Pero por Dios que ahora entiendo por qué me quiere cerca. ¿Visteis la carroza en el puente?

Archie Abernethy asintió con su calva cabeza.

—María, la reina de Escocia, estaba en esa carroza, mi querido mahout —dijo Lymond serio—. Y también su tía y dos de sus primos. Alguien que no debía se enteró de esa travesura, seguramente secreta. Y ese alguien ha intentado hoy asesinar a la niña, seguramente la misma persona que intentó matarnos a O'LiamRoe o a mí. ¿Sabéis para quién trabaja un tal Pierre Destaiz?

Bien pasado su cénit, el sol de octubre teñía de rojo la lona de la tienda dibujando curiosas figuras sobre las paredes. Afuera, en la carpa, podía oírse a los elefantes rumiando el heno seco y crujiente de los pesebres.

Los hombres se habían quedado en silencio.

—Para mí —dijo Archie Abernethy finalmente—, cuando viene por aquí solicitándolo.

—¿Quién es? ¿Qué más sabéis sobre ese hombre?

—Sé que es de Ruán. Estaba en la casa de fieras de St. Germain cuando vine en el cuarenta y ocho, junto con otros dos. Cada uno tenía un animal a su cargo. ¿Podéis creerlo? —dijo el cuidador enseñando las desprovistas encías—. En los tiempos del viejo Rey había animales a cientos: leones, avestruces, osos, pájaros. Peter Giles se pasaba el día viajando para aumentar la colección. Luego, se muere el Rey y, ¿qué es lo que queda? Un león, un oso y un dromedario. Sólo eso. Os lo digo —dijo el mahout—, era realmente penoso.

—¿Qué os trajo aquí? —preguntó Lymond.

El cuidador se encogió de hombros.

—Me hago viejo. Después de Constantinopla y Tarnassery, no me veía metido en la conejera de alguna dama, cuidándole los pavos reales, algún viejo león acabado o algo por el estilo. Giles me contó que el rey Enrique estaba renovando la casa de fieras aquí, en St. Germain, y adquiriendo también más animales, así que me vine y me quedé a cargo de los elefantes. Tengo mucha experiencia y eso se nota. En seis meses estaba a cargo de todos los animales, los pájaros y los gatos de caza incluidos. A vuestro Destaiz no le hizo nada de gracia.

—¿Sabe él que sois escocés?

Abernethy escupió.

—¿Creéis que me iban a contratar, que iba a trabajar con elefantes en algún sitio

si se supiese que soy escocés? Soy Abernaci, de St. Germain, jefe de la casa de fieras del Rey y mahout de Hughie; en toda Francia, los únicos que saben la verdad son un par de viajeros del mundo del espectáculo, un prestamista y una mujer que reside en una casa llamada *Doubtance* que, además de conocer mi nombre, conoce mi alma, si es que tengo una. Y ahora, también vos. —Sus ojos, sagaces, miraron con intensidad al otro—. Yo sé que puedo confiar en vos, pero vos sólo tenéis mi palabra. Habéis sido muy confiado, para ser quien sois, Crawford de Lymond.

—Al igual que vos —dijo Lymond—, yo también sé cuando puedo fiarme. Me identificasteis en casa de Hérisson y me lo hicisteis saber. Hoy os habéis jugado el tipo con esos elefantes de ahí fuera. Y sois igualito que Turkey Mat cuando os quitáis esa especie de ensaimada de la cabeza. Además, tengo más recuerdos de los que me gustaría de cierta rata de Partick, feroz y sanguinaria, pero digna de confianza. Pero ahora os ruego que me contéis todo lo que sepáis sobre Pierre Destaiz. En menos de una semana, ese hombre ha perpetrado un incendio y ha intentado cometer un asesinato en masa.

—Creo que os he hecho también un favor que todavía ignoráis —dijo el cuidador en tono complacido—. Le dije a sir George Douglas que os conocí en Irlanda hace cinco años. Os estaba echando una mirada de lo más rara en aquel sótano. Entre el hachís y mi inglés, se lo dije de tal modo que se partió de risa y se olvidó de vos. En cuanto a Destaiz... sabía que andaba metido en problemas. Nunca me ha inspirado confianza. Estaba conmigo en la procesión, esta mañana, pero sé que ha estado varios días ayudando a unos amigos suyos con esa maldita ballena de escayola y llevaba desaparecido por lo menos veinticuatro horas. Sin embargo, no he oído que estuviera trabajando para ningún otro.

—Pues lo está —afirmó Lymond—. Pero sabe que le han estado siguiendo. Las preguntas que ha estado haciendo Piedad Dooly le han debido poner sobre aviso. ¿Fue Destaiz quien pegó los pebeteros de aceite al lomo de Hughie?

—Sí, fue él. Y el tal Piedad Dooly, ¿no será un tipo arisco y renegrido como una cabra que se pasó todo el domingo siguiéndonos y molestando a los elefantes?

—Tiene toda la pinta. Es el paje de O'LiamRoe —dijo Lymond con seriedad—. Ambos conocen mi identidad.

—Pues vaya elemento —dijo Archie Abernethy—. Por poco no acabó con una patada en el trasero. Yo sospechaba que Destaiz estaba tramando algo, pero después de aquello se volvió más quisquilloso que un perro con su primera pulga. ¿Estáis intentando encontrarle?

—Llevo los últimos diez minutos —dijo Lymond— intentando deciros exactamente eso.

—Bien. Bueno. Es que hay un problemilla —dijo Archie Abernethy. Y poniéndose de pie, comenzó a abrocharse la preciosa bata de seda—. Hay un pequeño

problema. Es que está muerto.

—Me sorprendéis —dijo Lymond secamente—. ¿Cómo es eso?

—Se ha ahogado. Fue arrastrado con los elefantes esta mañana y el pobre hombre no sabía nadar. De hecho tuvimos que buscarlo en el río ayudándonos de uno de los elefantes.

—¿Puedo verlo? —preguntó Lymond.

El cuidador dudó. Después pareció tomar una decisión.

—Está bien, venid conmigo. Está aquí al lado. —Se recolocó el turbante con dedos hábiles y le guio por entre los elefantes hasta un oscuro rincón. Agachándose, retiró una tela de arpillera descubriendo el indecoroso y empapado cadáver de un hombre al que le faltaba medio pie.

—Este es Pierre —dijo Abernaci.

Probablemente había muerto ahogado, como le había dicho, pero desde luego lo habían apuñalado antes. Hughie, el amable y leal elefante, había sido vengado con rapidez, no cabía duda. Crawford de Lymond permaneció en silencio, mirando; Abernaci volvió a tapar al hombre con cuidado, sin pronunciar tampoco palabra alguna. Salieron juntos afuera y se quedaron mirándose a la cara.

—Pues sí, es una pena que se haya ahogado —dijo Archie Abernethy adoptando una expresión de sincero disgusto—, porque me imagino que si quieren acabar con la pequeña Reina, pondrán a otro en su lugar.

—No si descubrimos antes quiénes son.

—¿Descubrimos?

—He pensado que vuestra benevolente a la par que perspicaz ayuda podría quizás serme útil. Y la de Hughie. ¿Guardáis con mucho celo el secreto de vuestra identidad? Si os envío algún amigo, ¿tendrá que hablaros en urdu?

—Si son escoceses y vos confiáis en ellos, me arriesgaré —dijo Abernaci—. Podéis decirles lo que queráis. Y vos podéis contar conmigo si me necesitáis. Por otra parte, siempre he sostenido que los irlandeses están hechos de otra pasta que nosotros... Pero estoy dispuesto a hacer una excepción con vuestro Dooly y sus amigos, siempre y cuando sean discretos. Pero de todas formas, ¿vos no partíais de Francia mañana?

—Mi querido Archie, decidme, ¿no ha sido acaso gracias a vos, a mí y a Hughie que la triunfante Entrada del Rey de hoy no se ha transformado en una trágica calamidad?

—Aún así...

—Y, ¿no me ha invitado el Rey a aparecer en su cena esta noche en St. Ouen?

—Es lo mínimo que podía hacer. Pero aún así...

—Mis supuestos antepasados tienen un dicho. Si realizas uno o dos milagros y no tienes fe para hacer un tercero, es que no merecías ninguno de los tres. Esta noche

cenaré en la corte de Francia y, en el transcurso de la velada, obtendré el permiso real para que O'LiamRoe y yo mismo podamos quedarnos en este país cuanto queramos. Porque, si he de seros sincero —dijo Lymond en tono jovialmente reflexivo—, estoy impaciente por hincarle el diente a esta corte, que es la más espléndida, culta y disoluta de toda Europa. Esta corte, que le ha sido arrebatada tan fácilmente al pobre O'LiamRoe ante sus mismos bigotes.

VI Ruán: lo difícil y lo imposible

La diferencia entre lo difícil y lo imposible estriba en que lo difícil cuesta conseguirlo pero, a pesar de ello, es posible hacerlo. Por el contrario, lo imposible es aquello que una persona no podrá conseguir porque no está en la naturaleza de nadie conseguirlo.

Uno de los placeres que más apreciaba lord d'Aubigny, que contaba ya con una edad importante, eran las cenas en la corte, magníficamente vestidas, atendidas y servidas. Rodeado de diamantes, música y especias, agradable conversación y buen gusto, acompañado de personajes sin duda de rango superior al suyo, lord d'Aubigny sentía que su vida merecía la pena; que las grandes hazañas de sus antepasados y los honores cosechados por su hermano Lennox quedaban superados por el esplendor de sus días. Que el alado Comus era su compañero de lecho.

La prometida presencia del rechoncho secretario de un principillo irlandés de poca monta en todo aquel esplendor le parecía una afrenta atroz. En la corte, su opinión era mayoritariamente compartida. Y así, cuando tras la misa, la corte se reagrupó en la abadía de St. Ouen, en el fragor de las conversaciones, mientras se analizaban los sucesos del día con ironía, ridiculizándolos, parodiándolos con despiadadas burlas, era precisamente la inminente consecuencia del elefantino compromiso del Rey la que más agudas y crueles bromas despertaba.

Entretanto el bardo, por supuesto, todavía no había aparecido. Debía de ser una de las contadas ocasiones en las que un Lymond dormido estaba produciendo en el personal mayor agitación que un Lymond despierto y parlante. Lord d'Aubigny, sin embargo, se sintió básicamente aliviado. Por su parte O'LiamRoe, tan impertérrito como siempre, consiguió persuadir al irritado Robin Stewart de que le acompañara a visitar a unos amigos aprovechando la relajada atmósfera imperante.

Tom Erskine había sido aquella mañana un incómodo testigo del ataque de ira de la Reina regente, cuyas consecuencias lucía el hinchado rostro de la pequeña María, que aún lloraba lágrimas de rabia. Tampoco Jenny Fleming, descompuesta y postrada en la cama, se encontraba mucho mejor que la niña. El consejero fue finalmente el encargado de atender la inexorable determinación de la Reina, quien había decidido que nada en el mundo habría de impedir que Thady Boy Ballagh hiciera aquella noche, en la corte de Francia, el debut más brillante del siglo.

Así pues, en el mayor de los sigilos y por mediación de Erskine, se le hizo llegar a su alojamiento un cofre con jabones, perfumes y joyas, una espada con su funda, un pagaré de hasta ciento cincuenta coronas para hacerse con un caballo y un conjunto de prendas cargadas de doradas hebillas y repletas de hermoso brocado. Durante toda

la tarde el cofre permaneció en la habitación, cerrado, junto a otro similar, algo más sobrio, que contenía una selección de vestimentas realizada por el sastre del Rey de Francia. Cuando O'LiamRoe regresó a las cinco de la tarde de su exitosa ronda de visitas, que había comenzado con Michel Hérisson y finalizado con la señora Boyle, encontró ambos cofres cerrados e intactos en el vacío dormitorio de la Croix d'Or y, al lado, un montón de negros y destrozados harapos.

Thady Boy Ballagh había vuelto, se había enfundado el traje negro manchado de sal que tenía de repuesto y, abjurando hasta de las mínimas condiciones de gracia e higiene impuestas por O'LiamRoe, se había dirigido a pie hacia la abadía de St. Ouen con el aspecto, según palabras de Piedad Dooly, de un deshollinador en traje de faena.

Si el humor de O'LiamRoe era ya particularmente especial, el de Francis Crawford de Lymond rayaba la genialidad.

En un nido de gasa y delicado hilo, de seda y tafetán, envueltos en plata y satén, en terciopelo y blancas pieles cuajadas de diamantes, con la cara maquillada, las cejas depiladas y los cabellos ocultos bajo pelucas confeccionadas en seda rústica, como caramelos en un cesto, lo más granado de Francia se hallaba sentado a la mesa, rodeado de flores e iluminados por la luz de las velas. Último en la última de las mesas, como un chorizo revenido junto a delicados pasteles de azúcar, se hallaba Thady Boy Ballagh.

Erskine, llegado con el séquito de la Reina madre, lo había distinguido a la primera y, por la mueca que endureció su desconcertado rostro, María de Guisa también. Tom Erskine se sentó, evitando cuidadosamente mirar a su esposa y a Jenny Fleming, esta última con la cara meticulosamente recompuesta. Se conocía aquellos eventos hasta la saciedad y le hastiaban, más que otra cosa. Prefería con mucho una comida simple y ligera y soñaba con usar un atuendo sencillo, lo cual era impensable; bajo su sólido rostro, fresco como el de un camarón, el terciopelo más exquisito tenía un aspecto desaliñado. Se levantó cuando el Rey hizo su entrada y volvió a sentarse; observó la elaborada reverencia de lord d'Aubigny y al oficial de la trompeta, que parecía algo bebido. Un segundo toque de trompeta anunció el comienzo de la cena. Sin poder evitarlo, la mirada de Erskine se dirigió de nuevo al final de las mesas.

Como un cardo entre flores en un bonito jardín, Thady Boy había sido colocado, despiadada y deliberadamente, al lado de Louis, príncipe de Condé, un joven criado en Chipre, todo rizos, anillos y pendientes en un rostro maquilladísimo. Hermano menor del duque Antoine de Borbón, Condé era un Borbón de sangre real y debía de tener poco más de veinte años. Enjuto y cetrino, extraordinariamente ágil a pesar de tener un hombro deforme que, simplemente, ignoraba, el príncipe de Condé era un hermano pequeño con los gustos de un rey. Su rostro, bajo el maquillaje, comenzaba ya a mostrar la fuerte personalidad que haría de él un hombre digno de tener en

cuenta; de hecho era uno de los cuatro hombres del círculo más íntimo del Rey y con frecuencia solían circular sobre él escandalosos cotilleos.

El segundo en tanpreciado círculo era otro de sus hermanos mayores, Jean de Bourbon, señor d'Enghien, recién llegado de Londres con uno de los jóvenes de Guisa. Se hallaba también en la mesa, con su hermoso rostro de tez aceitunada sobre el que resplandecía una rizada peluca teñida de rosa. Sin ser más rico que Condé, d'Enghien era también aficionado a llevar una vida de excesos, aunque gustaba de rodearse de un ambiente aún más excéntrico que el hermano. Era difícil no apreciarlo, por lo que pocos lo intentaban.

El tercer galán, François de Vendôme, representante laico del obispo de Chartres, se había quedado en Londres. Favorito de la reina madre de Escocia, Vendôme combinaba el agudo ingenio y el encanto personal con la mente sutil de un diplomático: era el hombre idóneo para firmar un tratado con una reina entrada en años. En aquel momento, en Londres, se dedicaba a conquistar a las damas inglesas en fiestas costosísimas a las que hasta el caballero más estirado de la corte se esforzaba por acudir. Sacado de una de las sonadas fiestas de Vendôme, d'Enghien se había traído a Francia, vestido de monja, a un ingenioso imitador del Duque de Suffolk. Vendôme era, en resumidas cuentas, un personaje vivaz, supersticioso y bromista cuya presencia solía ser siempre bienvenida.

El cuarto personaje y más cercano al Rey de todos ellos era Jaques d'Albon, señor de St. André y mariscal de Francia. Soldado, cortesano, hijo del gobernador de Lyon, tenía veinte años más que los otros tres jóvenes y era un hombre rico y aventurero que se encontraba en la cumbre de su carrera.

Catorce años antes, cuando Enrique fue nombrado heredero del trono de Francia, St. André había sido el encargado de hacer de él un rey de cortesanos y comandante de los ejércitos, mientras que Diana había sido encargada de instruirle en las artes más dulces y delicadas. Como había ocurrido con Diana, la creciente pasión del Delfín por su tutor había hecho caer en desgracia a este, como a tantos otros, a los ojos del viejo rey Francisco. A la muerte de este último, el nuevo rey, Enrique, se había apresurado a nombrar a St. André miembro del Consejo y mariscal de Francia, caballero de la Orden de St. Michael y primer caballero de la Cámara real. Algo más tarde, también le concedió el puesto que había ostentado su padre de gobernador de Lyon. St. André era un hombre astuto, valiente, íntimo amigo del Rey. Compartía con los tres jóvenes, con los de Guisa de menor edad y con otros tantos personajes de la corte, ingeniosos, cultos y felizmente inmorales, un talante libertino y un gusto por el lujo y el derroche que no tenían parangón en toda Europa.

De los cuatro cortesanos, tres habían perdido en su momento el favor del viejo Rey. Como consecuencia, hombres como Condé o Vendôme habían padecido una situación cercana a la pobreza, sobreviviendo con una asignación de unas mil

doscientas coronas al año haciendo de simples chambelanes para el rey Francisco. Habían conseguido medrar gracias a su agudo ingenio: Vendôme, congraciándose con la Reina al rechazar contraer matrimonio con la hija de la amante real, Diana, y el príncipe de Condé, cultivando convenientes amistades con damas casadas e influyentes de la corte. Aquella noche, por ejemplo, Condé evitaba sabiamente las miradas de la señora del mariscal de St. André y colmaba de atenciones a la hermosa y árida princesa de la Roche-sur-Yon, sentada a su derecha. Adivinando, con el instinto del experto cortesano que era, el dilema entre los deseos y obligaciones de su Soberano, el príncipe de Condé, despreocupadamente descortés, se esforzaba en ofrecer a Thady Boy Ballagh una visión permanente de su abultada y enjoyada espalda.

Thady Boy no le prestaba la menor atención. Sentado a la mesa cual cuervo en invierno, estaba dedicado a su comida con ambas manos.

Nueve platos decorados con lazos y plumas fueron servidos por apuestos pajes en plateado atuendo, anunciados por el interminable toque de la trompeta. Thady Boy, cuchillo en mano y con la nariz pegada al plato, murmuraba de vez en cuando:

—Maravilloso, sin duda. Un diente en el jamón, otro en los capones y casi sin darte cuenta acabas hincando el tercero sobre los pajes.

Tras un momento de vacilación, Louis de Condé pensó que se encontraba lo suficientemente alejado de la mesa real como para permitirse algún cotilleo reciente; los discursos filosóficos estaban bien con Margarita de Francia, pero en compañía de la Princesa la conversación podía discurrir más relajada. Habían estado comentando la venta de cinturones de castidad en la última feria de St. Germain, en la que los cerrajeros habían duplicado sus ganancias hasta que, acosados por la llegada de los galanes de la corte, los infelices vendedores habían tenido que salir corriendo. En aquel momento estaban inmersos en las consecuencias derivadas del triángulo amoroso que, desde hace varios años mantenían d'Estouteville, su amante y la joven viuda de un presidente del parlamento de Ruán.

Las risas, acentuadas por el trasiego del fuerte vino de Hungría, celebraron de forma algo desproporcionada una fórmula casera para mantener el cabello castaño. Entretanto, un grupo de instrumentos de viento y percusión anunciaron la entrada del instrumentista de laúd en la galería. Durante una fugaz pausa, se oyó la voz de la princesa de la Roche-sur-Yon preguntando en voz baja:

—¿Y qué sabéis de lo que cuentan sobre nuestro querido condestable y lady Fleming?

—Me temo que nada que pueda repetirse en la mesa —dijo el príncipe de Condé, ofreciéndole un trozo de mazapán—. Acordaos de nuestro amigo a mi izquierda.

La Princesa miró en dirección a Thady Boy; llevaba una peluca plateada adornada con joyas y un pequeño velo, y un largo canesú de bocací recubierto de satén y

piedras preciosas.

—¿El irlandés? ¿Pero creéis que está todavía vivo, querido?

El Príncipe no volvió la cabeza ni bajó la voz.

—*Vivit, et est vitae nescius ipse suae*^[9].

La Princesa, que tenía los suficientes conocimientos de latín como para reconocer lo despectivo de la frase, soltó una carcajada. La voz del ollave sonó entre la música, la cháchara y el crujir de las peladillas que sus dientes desmenuzaban incansablemente; Thady Boy dijo tranquilamente para sí:

—*De una mula que hace hin, y de un hijo que habla latín, ¡libéranos Domine!*... Decidme —dijo el bardo deglutiendo despacio cuando el príncipe de Condé se giró hacia él con rapidez—, ¿el tipo vestido de blanco y negro que está sentado a la cabecera de aquella mesa, es el bufón del Rey?

Se hizo un pequeño silencio. La mirada displicente del Príncipe se posó en el redondo Thady Boy, detallando desde sus manos mugrientas hasta sus botas salpicadas de barro.

—Sí. Es el señor Brusquet. Permitidme que le invite a reunirse con nosotros —dijo con suavidad y haciendo una seña a un paje. En sus ojos y en los de la Princesa había una mirada vacía e impersonal, ligeramente sorprendida. En la mesa, algo más allá, un comensal le tocó a otro con su abanico, sonriendo con intención.

El último plato estaba ya sobre la mesa. La cena estaba llegando a su fin. Entretanto, los músicos habían dado paso a los saltimbanquis. Llegaron corriendo y brincando hasta el centro de la alfombrada estancia y se colocaron, los acróbatas frente al estrado real y los malabaristas en el otro extremo. Brusquet, el bufón del Rey, abnegadamente servicial, abandonó la cabecera de la mesa y posó sus privilegiadas manos sobre los hombros de Condé y del irlandés.

—Os doy la bienvenida, maestro ollave, recién llegado de los castillos de la realeza irlandesa. Espero que esta pobre corte francesa nuestra pueda igualarlos en esplendor.

El irlandés meditó, mientras masticaba.

—Bueno, a decir verdad, en casa no son sólo los bufones los que dan conversación en la mesa.

Antes de que Brusquet pudiera replicar, Condé, congestionado su maquillado rostro, se volvió hacia él.

—¿Pretendéis enseñarnos vos cómo ser buenos cortesanos?

Thady Boy negó dócilmente.

—Eso se lo dejo a la señora Princesa.

Brusquet intervino con rapidez, haciendo patente su dominio del epigrama mientras la Princesa y Condé intercambiaban miradas enarcando las cejas.

—La tarea del cortesano, señor, como el ajo, es aderezar con su habilidad e

ingenio las veladas de su señor.

Thady Boy se chupó los dedos y los secó meticulosamente en las mangas de su traje.

—Esa es vuestra opinión. Yo diría que se parecen más a los cirujanos, señor Brusquet: unen lo que se ha separado, separan a los que están unidos de forma anormal y extirpan lo que es superfluo.

—¿Y qué es, señor —dijo el bufón, sibilino—, lo que encontráis superfluo en Irlanda?

—Ah, ¿es que he dicho que en Irlanda necesitamos cortesanos? —preguntó Thady Boy sorprendido.

Los ojos de Condé parecieron iluminarse por un momento, pero el bufón del Rey, colorado, se le volvió a adelantar. Su voz tuvo esta vez un tono ácido.

—Lo habíamos olvidado. Si podéis manejar a un elefante, seguro que podéis manejarlos a todos —dijo bajando la voz repentinamente. Un paje, venido de la mesa principal, solicitó silencio para los saltimbanquis. Las conversaciones y las risas se fueron convirtiendo en apagados murmullos.

Un hipido resonó en la estancia, cortando el silencio como un rayo en el agua.

Thady Boy se disculpó.

—A fe mía que tenéis modos bien extraños. En Irlanda, los príncipes no son conocidos como elefantes, y no van por ahí portando sus castillos a la espalda —dijo lanzando una educada y fugaz mirada hacia el soberbio traje de satén de Condé—. Pero tenemos un dicho: el tonto que vive entre sabios, tonto se queda, al igual que la cuchara la sopa no saborea. —Se atragantó y no pudo sofocar otro estruendoso hipido.

Condé dijo tranquilamente, adelantándose a Brusquet:

—La cuchara tiene otras compensaciones. Como por ejemplo lavarse tres veces al día.

Tenían ya una audiencia de media docena de comensales y los hipidos estaban haciendo volverse hacia ellos más cabezas.

—No en Irlanda —dijo Thady Boy con una inocente mirada en sus ojos azules, perfectamente a gusto con sus manos sucias y su arrugado atuendo—. No son personas educadas quienes se ponen a remojo, sino las judías, para que se ablanden... Perdonad que cambie de tema, ¿no había una manera de acabar con el hipo bebiendo sin respirar de una copa o algo así?

—¿Qué? —dijo el príncipe de Condé, momentáneamente perdido en el extraordinario tête-a-tête—. Un nuevo hipido escapó de la glotis del irlandés, haciendo volverse más cabezas. Algo alejado, junto al sitial del Rey, lord d'Aubigny se removió inquieto. Los acróbatas los miraron, resignados.

Con el rostro contraído y los brillantes reluciendo, Condé le señaló su copa de

plata al pobre sufridor. Thady Boy asintió con la cabeza, tuvo un ataque y se disculpó. El hipo sonó atronador. La Princesa exclamó:

—¡Dadle agua! —Se estaba divirtiendo. La estrafalaria situación había roto la habitual monotonía de las veladas palaciegas. Su risa resonó en la mesa y Condé se volvió para mirarla.

Un paje, confuso, les llevó un cuenco para lavarse las manos, con pétalos de rosa flotando en el agua y Thady Boy, entre hipidos, estaba acercándose a la boca cuando Condé se lo quitó. Después le trajeron un pichel de plata.

—¡No hombre, no! —dijo Thady Boy entre hipo e hipo—. Dos asas, la cosa tiene que tener dos asas... es absolutamente infalible. ¡Ah, pero esperad, ahí hay uno!

El bardo de O'LiamRoe, levantándose, sacó las rosas de su Majestad del alto jarrón y, llevándose a los labios, intentó beber de él por el borde más alejado de la boca. El agua turbia se le derramó por las orejas. Su chaleco se empapó y sobre la tela chorreante se escurrieron pétalos gelatinosos que acabaron sobre el impecable traje de satén de Condé. A su alrededor sonó un aplauso amortiguado y risas camufladas; Thady Boy lo agradeció con una inclinación de cabeza antes de sufrir un nuevo ataque.

—Infalible —se le oyó decir antes de volver a agarrar el jarrón con las dos manos.

Le quitaron entre varios el jarrón, mientras otros cuantos le iban dando consejos con ebria solicitud.

—Algo frío.

—Una llave.

—Una moneda.

—Madame de Valentinois —dijo alguien *sotto voce*.

El príncipe de Condé, que había comenzado a reírse, abrió su bolso sobre la mesa y se cortó en seco. Demasiado tarde. Los largos dedos de Thady Boy ya estaban dentro.

—¡Esta servirá! —exclamó Thady Boy.

Sacó una llave de plata delicadamente labrada con hojas y flores, con un escudo en un extremo. Condé intentó arrebatársela. La señora del mariscal de St. André no estaba mirando, profundamente enfrascada en una conversación en voz baja con de Lorges. Pero su marido, desde el otro lado de la alfombra, se había quedado mirando la llave con sus pensamientos escritos en el rostro. Las miradas de ambos hombres se encontraron. Los azules ojos de Thady Boy, tras observarlos detenidamente, se dedicaron a estudiar a su audiencia. Entonces, cerró un ojo, después el otro y, con gran aspaviento, se pasó la llave por la espalda al tiempo que simulaba un estremecimiento.

—Creo que estáis todos equivocados, *dhia*; esto era para cuando sangra la nariz,

así que...

La cristalina risa de Jean de Borbón estalló.

Los vecinos de mesa de Condé, con la naturalidad propia de una larga práctica en semejantes lides, suavizaron la tensión del momento charlando con él, haciéndole recomendaciones discretamente. Llamaron a los pajes para que secaran el agua y mientras, observaron sin perder detalle las reacciones de Condé, de St. André y de su mujer. En la mesa principal, el Rey pidió que le explicaran la razón del alboroto. Los detalles, murmurados en voz baja y censurados parcialmente, empezaron a circular por entre los perfumados manteles. Los vecinos del irlandés comenzaron a sentir una cierta tolerancia cercana a la simpatía. Condé estaba quizás algo silencioso, pero los demás, intercambiando puestos en las mesas, rivalizaban para quitarle el hipo a Thady Boy. El hermano de Condé, sonriente y sin perder detalle, había comenzado a abanicarse.

Fue justo entonces cuando los malabaristas intervinieron. Ignorando las risas, con los ojos chispeantes, se tiraban por el aire puñales de filo romo en un revoltijo de brazos y manos entremezclados con sus ropas multicolores y los plateados cuchillos. Thady Boy, con las manos llenas de variopintos remedios para el hipo, sufrió un nuevo ataque y, de pronto, un jarrón con dos asas salió propulsado hacia el remolino de malabaristas. Incrédulo, con los dedos crispados, el malabarista más cercano lo atrapó, recuperó el equilibrio y lo envió a su compañero junto a una lluvia de puñales. El siguiente grupo de puñales iba acompañado de una llave; después apareció una copa. El malabarista la cogió y la lanzó hacia un lado, donde Thady Boy, sin gran esfuerzo aparente, la recibió.

Veloz, oportuno, lanzado con perfecta maestría, uno de los pequeños puñales de los malabaristas salió de la misma zona; después otro; luego la copa. Por las manos de Thady Boy empezaron a pasar un remolino interminable de objetos que retornaban por vía aérea: platos y saleros se sumaron a los anteriores. Su objetivo parecía ser recuperar el jarrón de las asas, pero en su lugar le llegaban misteriosamente un flujo cada vez más abundante de puñales. Los malabaristas, con malicioso rencor, habían incorporado a Thady Boy en su juego. Además de los puñales, lanzaron por el aire su arsenal completo. De las dagas pasaron a las anillas, de las anillas a los huevos. El bardo lo devolvió todo con pericia.

A aquellas alturas, la estancia entera estaba observando. De los divertidos susurros se elevaron algunas ovaciones. Entonces, inclinado hacia delante, se vio sonreír al Rey, y las ovaciones fueron en aumento. Lord d'Aubigny, con su apuesto rostro encendido, se plantó en dos zancadas junto al bardo, pero retrocedió un paso cuando un huevo, mal lanzado, aterrizó, empapando su camisa. Otro, alcanzó a Brusquet de refilón, que, con voz ronca, intentaba hacerse entender en medio de lo que se estaba convirtiendo en una algarabía. Luego, los propios malabaristas

comenzaron a recibir impactos.

Para proteger sus trajes, que no eran precisamente baratos, y lo que quedaba de su maltrecho orgullo profesional, los malabaristas retrocedieron al unísono, poniéndose a cubierto al fondo de la habitación. Los objetos foráneos, la copa, la llave, el jarrón, aterrizaron en el suelo. Un último y estruendoso hipido sacudió a Thady. Con las ropas empapadas de agua y yema de huevo, el cabello tieso como el de una abubilla, se abalanzó y cayó sobre el jarrón en el mismo momento en que Condé saltaba hacia la llave. Se produjo una aparatosa colisión. Thady Boy se escurrió, retrocedió y, al caer sobre la alfombra, aferró el jarrón.

Al fondo, frente al estrado, la pirámide de acróbatas, en una deslumbrante espiral de sonrisas, esperaron el momento apropiado, hicieron una reverencia y saltaron por los aires.

El rey de Francia se rio. Y con ello, la aburrída e hiperrefinada flor y nata de Francia, esa culta y tintineante osamenta de algún antiguo sepulcro imperial en la noche de Todos los Santos, se sumió en un estruendoso júbilo.

Los saltimbanquis se marcharon. La estancia fue limpiada y ordenada. A la tenue luz de las velas que alumbraban el final de la cena, los diamantes, como estrellas reflejadas en el agua mansa, relucían en los atuendos de los comensales mientras reían y charlaban. El Rey mandó llamar a Thady Boy.

Mientras Lymond pasaba a su lado ignorándolo, Tom Erskine se permitió por fin alzar los ojos hacia la Reina madre con una expresión de triunfo en su mirada. En el rostro de Thady Boy, inocente como el de un niño, los grandes ojos azules ribeteados de largas pestañas miraron al Rey con una franqueza y una confianza que desarmaban por su candidez. Enrique de Francia se dirigió a él con su voz profunda y agradable.

—Habéis provocado el caos en mi cena y habéis dejado hecho un desastre mi comedor, señor. ¿Es así como se celebran las cenas en Irlanda?

—Combatimos la tristeza siempre que podemos. Forma parte de nuestra profesión.

—No creo haberos invitado —dijo el Rey— para que combatáis tristeza alguna.

—Tampoco creo haber sido invitado para combatir elefantes —dijo Thady Boy con serenidad—. Echamos una mano cuando es necesario.

Los reales ojos buscaron en los del bardo algún asomo de petulancia, pero no la encontraron. El regio rostro se relajó un poco.

—La verdad es que vuestras hazañas de hoy os han dejado bastante mojado.

—No puedo decir que el agua sea mi elemento preferido, pero no he tenido elección.

*A la fuente me gustaría
Ir a jugar con mi amada*^[10].

»Mi *amada* sería en este caso una elefanta llamada Annie —continuó Lymond.

—Así que recitáis poesía —dijo Enrique—, pero preferís las payasadas a la música.

—Depende de la música —dijo Thady Boy con amable solemnidad.

Junto al Rey, Catalina, reina de Francia, mujer de reputada cultura y mente ágil, había estado estudiándolo detenidamente, sopesando sus respuestas. En aquel momento intervino, diciendo en tono mesurado:

—¿Os disgusta acaso el músico de Su Majestad? —Durante la velada, el concierto, ella lo sabía, había sido absolutamente horrible.

—Me sentiría orgulloso de haberle enseñado yo.

La Reina se recostó en su asiento. En la mesa se sucedieron pequeños comentarios y alguna que otra risilla. El Rey sonrió.

—¿Podéis tocar tan bien como él?

—A ello me dedico.

—¿Tan bien como montar elefantes y hacer juegos malabares?

—Esos son sólo pasatiempos.

Sin volver la cabeza, el Rey chasqueó los dedos. Lord d'Aubigny acudió, solícito y reverente, con expresión impasible.

—Traedme a Alberto inmediatamente. —Después dijo con picardía a Thady Boy —: Hemos podido ver al bufón; mostradnos ahora al bardo, maese Ballagh. Tocad para nosotros, cantad, interpretad tan bien como lo hace el señor de Ripa, y mañana partiréis para Irlanda con la bolsa llena.

Thady Boy negó lentamente con su morena cabeza.

—El dinero, Majestad, no puede ser el precio de una canción. Lo que solicitaríamos a cambio, O'LiamRoe y yo mismo, sería poder disfrutar por un poco más de tiempo de las maravillas y delicias de vuestro país, y expiar el desgraciado error que, inocentemente, cometió el otro día el príncipe de Barrow. Se produjo un silencio.

—No puedo —dijo el Rey, por fin—, bajo ningún concepto puedo admitir en mi corte a vuestro señor.

—O'LiamRoe —dijo Thady Boy con delicadeza— no está acostumbrado a la vida cortesana. Su único deseo es permanecer aquí para conocer este gran país vuestro.

El Rey se quedó pensativo. Ripa, con aspecto un tanto sobresaltado, había entrado trayendo su laúd. Algo alejada en la mesa, la regente de Escocia charlaba en voz baja con su vecino de mesa, ignorando adrede la situación. Tras excusarse, el mariscal de

Francia se levantó y murmuró algo al oído del Rey.

Enrique volvió la cabeza hacia la Reina, que contestó con mudo asentimiento, tras lo cual se dirigió amablemente al irlandés.

—Si sólo vais a tocar bajo esas condiciones, no nos queda más remedio que aceptarlas. Pero debéis saber que nos proponemos pasar el invierno en Blois, y que sólo los mejores de cada profesión están invitados a acompañarnos. El laúd es además mi instrumento favorito. Su Gracia la Reina, aquí presente, mi señora hermana y mi querida hermana de Escocia, además del señor de Ripa y yo mismo, juzgaremos vuestra actuación. —Un atisbo de amabilidad subyacía en las palabras del Soberano—. Puede que en Irlanda el nivel de exigencia sea distinto al nuestro. No os sintáis decepcionado si así fuera. En cualquier caso, no partiréis más pobre, os lo aseguro —dijo Enrique de Francia.

Thady Boy Ballagh, ignorando su zarrapastroso aspecto, se irguió con altanería. Paseó la mirada desde el Rey hasta la Reina madre, pasando por Erskine, Margaret, Jenny Fleming y, tras ellos, lord d'Aubigny. Miró hacia las otras mesas y vio a Condé, a la Princesa, a D'Enghien y a St. André, sus rostros aburridos y escépticos, charlando entre ellos. Entonces, con una elaborada reverencia, aceptó el reto.

La noticia se corrió por la estancia tenuemente iluminada. El ruido cesó por completo. Hartos de vino y comida, el ambiente caldeado por las risas y cargado de las variadas expectativas que cada cual tuviera sobre la larga noche que se avecinaba, la depredadora e irresponsable flor y nata de Francia guardó silencio envuelta en sus atuendos de terciopelo; la Guardia real, ataviada en reluciente blanco, a sus espaldas, calló también.

Una silla baja fue traída para asiento del bardo y un taburete para que apoyara el pie. Thady Boy tomó de manos del italiano el exquisito laúd de satinada y pulida madera de peral y sonrió.

Durante un momento todavía, los oscuros ojos del músico le miraron con hostilidad, pero al cabo le devolvió la sonrisa. Thady Boy pareció sumergirse en el oscuro suelo; a la frágil luz de las velas, su barba incipiente y su obesidad quedaron camufladas en la oscuridad. Su mano derecha arrancó un gemido casi inaudible a las cuerdas, y después, su voz, aterciopelada y extraordinaria, comenzó a sonar en un francés con dejes de Irlanda.

—A las damas de Francia, que portan el derecho al amor y a la música desde la cuna. A las damas de Francia dedico esta historia de la hija del rey Kerry, que vivió en una cabaña cuyo tejado había sido confeccionado con alas de águila y por las noches dormía sobre una almohada rellena con las blancas plumas de sus pecheras.

Tantos años teniendo hombres a su cargo habían proporcionado a Lymond un control impresionante de su voz. Sabía cómo modular el tono para obtener el efecto

deseado. Pero también dominaba el instrumento con maestría. Sus dedos acariciaron la reluciente madera y desgranaron las notas que transformaron en un lamento la triste melodía. La voz de Thady cantó la trágica historia y en la habitación, silenciosa como las solitarias praderas del reino del rey Kerry, la música oprimió las gargantas. Hacia el final de la historia, la música había conquistado los palpitantes corazones de aquella audiencia mimada, egocéntrica, despiadada, neurótica y erudita y más de una dama tuvo que morderse los labios para evitar las lágrimas y el ridículo. La canción terminó. El silencio se prolongó todavía unos instantes. Poco a poco, un susurro de aprobación recorrió la audiencia. Margarita de Francia, sus joyas cubriéndola como un manto de luz, se levantó y fue a arrodillarse junto al bardo.

—Por favor, tocad para mí algo de Palestrina. Cantad aquella canción que decía...

—La dama se quedó observando sus manos sobre las plateadas cuerdas mientras la complicada pieza sonaba y el bardo recitaba la pieza solicitada.

*Si la noche se hace oscura
Y tan corto es el camino
Y ¿cómo no venís, amore?...
¿Cómo no venís, amore^[11]?*

La aprobación pintada en su embelesado rostro, la vivida atención en el de Enrique y la concentrada admiración del maestro de Ripa acabaron con las frágiles defensas que sustentaba el orgullo y una marea de emoción contenida desbordó a los oyentes. Alguien suspiró durante el poema. Hacia el final, la duquesa de Guisa sacó su pañuelo. Cuando terminó, una ola de emotivos aplausos abrumó al intérprete, que fue rodeado por más damas emocionadas. Él se quedó mirándolas, pensativo, y, esta vez, las cuerdas bailaron al compás de una alegre sátira. Era una canción desconocida que les encantó. Él volvió a cantar, deleitándolas con composiciones de Jannequin y Certon; interpretó *Il n'est soingt quant on a fain*, cantó de Belle Odette *Mout me desagree*, a la que siguieron otras aún más antiguas. Cantó también *siretach* en gaélico y esta vez las damas, dejándose llevar por la tristeza de la melancólica melodía, lloraron sintiéndose orgullosas de su emoción. Más tarde, el bardo interpretó poemas que eran picantes y a la vez románticos y, entre risas, las estrofas más conocidas fueron coreadas con animación.

Sin embargo, a pesar del éxito cosechado, Thady permanecía alerta.

Sabía que aquella audiencia tenía su destino en sus manos. Condé, prescindiendo de cualquier recato, se declaró su más ferviente admirador. Margarita de Saboya le dirigía amables comentarios entre canción y canción y el señor d'Enghien, Jean de Borbón, se abanicaba pensativo. Las dos de Guisa de mayor edad sonreían con benevolencia no exenta de cierta admiración. ¿Sabrían quien era en realidad Thady

Boy? Erskine lo dudaba. El riesgo de que lo descubrieran era, no obstante, cada vez más alto.

Dos personas de la sala habían reaccionado de forma diferente que la mayoría. Margaret Erskine permanecía sentada en silencio, su cándida mirada sin despegarse del bardo. Sólo cuando este cantaba, su rostro parecía expresar cierta emoción. Y Brusquet, agraviado, había optado por marcharse.

Hacia el final, cuando el círculo alrededor del cantante estaba más que concurrido y el personal se movía libremente a su lado, charlando, cantando y bebiendo vino, mientras Thady Boy, con la cabeza pegada al laúd, se hallaba concentrado en afinarlo, sir George Douglas se inclinó confidencialmente hacia él.

—Mi querido muchacho, qué gran suerte para vos que vuestro amigo Abernaci fuera el encargado de los elefantes, ¿verdad?

El comentario era intencionadamente malicioso. El Borbón que estaba a su lado levantó la vista.

—Esta vez estáis equivocado, mi Maquiavelo escocés. Abernaci no permitiría por nada del mundo que achicharraran a su querido Ué.

Condé, bostezando, intervino también.

—El olor debe de haber sido lo peor. El aceite abrasó la piel del pobre animal. Estáis olvidando ese pequeño detalle, querido.

La indirecta de sir George Douglas fue recogida, sin embargo, por una dama de avanzada edad. La duquesa de Valentinois y amante real, Diane de Poitiers, era una mujer que no se conmovía fácilmente; además, estaba francamente intrigada por el recién llegado. No tenía la menor intención de sumarse al círculo de los entusiastas admiradores del bardo. Tampoco sentía especial aprecio por Condé ni por el ausente Vendôme. Decidió con frialdad poner a prueba al nuevo favorito.

—Si el elefante se quemó —dijo madame de Valentinois—, ¿cómo es que el señor Ballagh no sufrió daño alguno?

Lymond se puso rígido y Erskine se dio cuenta inmediatamente de que la dama había dado en el clavo; la actitud de Lymond había perdido por completo el desenfado que había mostrado durante la velada. El estado físico y mental en que Lymond se encontrara le concernía exclusivamente a él. Además, conociéndole, Erskine sabía que, según su particular código de honor, Lymond preferiría mantener en secreto si había resultado herido, pues consideraría que ello sólo demostraba ineficacia por su parte. Erskine, cada vez más inquieto, observó como la insidiosa observación hacía mella en los admiradores de Thady; oyó cómo le preguntaban con empalagosa curiosidad y vio cómo St. André, bastante borracho, ponía las manos sobre la sucia camisa del bardo.

Lymond se puso en pie de un salto.

Lo va a tirar todo por la borda, pensó Erskine. Va a mandarlos a paseo y estropear

todo el trabajo de esta noche. Se va a encarar con ellos y los va a tratar como a unos malditos lacayos... ¡Cristo!

La intensa mirada azul de Lymond se había topado con el rostro de la Reina madre, rígido por la tensión. Tom Erskine deseó con toda su alma que la Regente se dominara. El menor gesto de amenaza, de autoridad, la mínima intención de forzarle, y echaría a perder la velada; y no sólo habría perdido a Thady Boy Ballagh, sino que perdería a Lymond para siempre.

Azules como el frío mar de invierno, la Reina madre dedicó a Lymond una mirada desenfocada y al poco, tras acariciarse de modo mecánico la nariz, se volvió hacia un vecino para preguntarle sobre alguna cuestión. El momento de peligro, no obstante, había pasado ya. Lymond, de pie, había mirado más allá de la Reina para encontrarse con la expresión iracunda de Margaret Erskine. El joven pareció dudar un momento. Después, volviéndose, permitió sin protestar que St. André le desabrochara el chaleco.

Bajo la camisa pringada de yema de huevo, sobre sus hombros y espalda, allí donde el aceite hirviendo había caído eran evidentes las quemaduras. Madame de Valentinois se levantó.

—Traedme aquí al señor Ballagh —dijo.

El Rey, en su sitial, hizo un comentario a lord d'Aubigny y este se dirigió también hacia el bardo. La actitud de John Stewart d'Aubigny había cambiado ligeramente. Resultaba que el supuesto bobo y amorfo bardo que había tenido que arrastrar de posada en posada era un culto poeta, un cantante excepcional que había cautivado a toda la corte. La situación, ciertamente, no tenía nada que ver.

Se acercó a maese Ballagh.

—El Rey me pide que os comunique que él, por supuesto, no tenía conocimiento de vuestro estado, de lo contrario nunca os hubiese puesto en semejante situación. Tengo el honor de comunicaros que seréis bienvenido en su corte durante su estancia invernal en el Loira y que, si lo desea, el príncipe de Barrow puede así mismo permanecer en Francia. Su Majestad os ofrece alojamiento en su residencia por esta noche. Tenéis su permiso para retiraros.

Había ganado.

La noche que pasó en la real residencia de la abadía de St. Ouen fue para Lymond de las que no se olvidan fácilmente. Rodeado de hermosas pinturas murales al temple, vendado bajo la supervisión de la propia madame de Valentinois e irreconocible con un lujoso camisón prestado, pudo por fin retirarse a una habitación para él sólo.

La llamada en su puerta a altas horas de la noche no le pilló dormido, precisamente. Su mirada excesivamente fija y su pulso poco firme, evidenciaban la ocupación a la que había dedicado las últimas horas desde que, por fin, el último paje

había abandonado su estancia. Envuelto en su magnífico camisón, había acometido con desnudo la botella. Tras él, la pequeña habitación presentaba un aspecto absolutamente pulcro, lo que suponía una innovación en los habituales usos y costumbres de Thady Boy. Sería difícil adivinar lo que Lymond esperaba cuando abrió la puerta de su dormitorio, pero lo que se encontró casi le quita de golpe la borrachera.

Ante su puerta se encontraba Margaret Erskine.

La hija de Jenny Fleming, bastante pálida, pulcra como una monja con el hábito recién lavado, adornada con una única joya prendida en el pecho, parecía mirarle bastante serena desde sus ojos castaños. Una visita al cuarto de sus traviesos hijos pequeños habría sido, sin duda, una ocupación más adecuada a aquellas horas de la noche.

El pálido rostro de Lymond se desencajó en una sonrisa venenosa.

—Entrad, cariño. Puedo compartir amablemente mi lecho.

Haciendo caso omiso del mordaz comentario, la joven entró sin ceremonias y cerró la puerta tras de sí.

—¿Por qué ahogáis en alcohol vuestra victoria? —preguntó—. Habéis tenido éxito, ¿no es así? Ya no tenéis que marcharos de Francia.

Lymond se pasó la mano por el revuelto cabello despejándose la frente y respondió imitando con pericia el acento franco escocés de la Reina madre:

—Pretendo ganarme a este hombre ahora, en sus horas bajas, señor Erskine, ahora que ha fracasado y no cuando se encuentre triunfante. —Negó con la cabeza, murmurando apesadumbrado—. Ya sé que he tenido éxito hoy. Pero también sé que, salvo que vaya con mucho cuidado, la Regente intentará tenerme atado y sumiso cual ferviente lacayo.

Margaret Erskine se sentó y levantó la vista hacia aquel sardónico rostro que la miraba con la frente perlada de sudor.

—Siento que oyeráis aquellas palabras.

—Al igual que O'LiamRoe —dijo Lymond con un gesto amplio y explícito—, yo también siento que merezco un poco de diversión a costa de los demás. Eso es todo. Me la he ganado. La he pagado con creces. Y pienso tenerla. ¿Desaprobáis acaso mi conducta? —dijo con voz burlona—. En el comedor me dio la impresión de que no queríais que me peleara con nuestros alegres y juguetones amigos.

—¿Creéis de veras que eso va a llenar vuestro tiempo satisfactoriamente los próximos meses? —preguntó sin alterar la voz—. ¿Pensáis burlaros de ellos a base de estúpidos juegucitos? Cuando os marchasteis, las mujeres ya se estaban echando a suertes vuestros favores.

—¿Y ganasteis vos? —Sus ojos la miraron con la misma hiriente ironía que destilaban sus palabras.

Ella se mordió los labios, delatando por primera vez su disgusto.

—He venido porque una visita de Tom podría ser peligrosa, mientras que la mía sólo podría parecer... comprometedora.

—¡Oh, Dios! ¡Qué patriótico! —exclamó Lymond—. Por supuesto, considerando quienes son vuestros parientes, nadie pensará que habéis venido a hablarme de política. ¡Maldita sea! —añadió con súbito interés—. ¿Sólo las damas?

—No —contestó ella con voz serena tras un profundo suspiro—. Si no tenéis intención de servir a la Regente, ¿por qué os molestáis en quedaros en la corte?

Lymond se había alejado apartando de una patada los faldones de su largo y ridículo camisón de terciopelo. Se volvió a mirarla, empeñado en mostrarse difícil.

—Porque en este dulce reino de Francia, querida mía, hay un animal, criminal y corrupto, dispuesto a hundir un barco con toda su tripulación a bordo y a hacer saltar por los aires una multitud de mujeres y niños sin importarle un ápice su muerte. Y yo voy a darle su merecido antes de marcharme.

Pálida, insistente, ella continuó, enfrentándose a su estudiada actitud de aburrimiento.

—Lo único que sé de *La Sauvée* es lo que me ha contado Tom; pero el accidente de esta mañana, todos; Tom, mi madre, la Regente, todos, están seguros de que ha sido un atentado para herir o matar a la pequeña Reina. La Reina madre, por fin, se ha decidido a contarnos lo que quizás vos adivinasteis aquel día al que habéis aludido antes. La pequeña María ha sufrido otros accidentes antes de este, y también hay más coincidencias sospechosas. Esa fue la verdadera razón por la que la Reina regente os pidió que vinierais a Francia. No se atrevía a exponer sus sospechas abiertamente por no cuestionar la buena fe de este país o la capacidad de su familia para cuidar y proteger a su hija... En su lugar, ella decidió confiar en vos.

Algo alejado, apoyado sobre la abierta ventana, Lymond dijo impulsivamente:

—¿Y para qué vamos a intervenir? Puede que el Delfín tenga ya planes para otro matrimonio.

Era un golpe bajo, un ataque directo a su propio matrimonio, realizado con premura tras la trágica muerte de la prometida de Tom Erskine, acaecida dos años atrás mientras trabajaba para Lymond. Ella era consciente de que sólo después de la desaparición de Christian Stewart, Tom Erskine se había fijado en la anodina viuda Margaret Fleming, quien durante años le había admirado en silencio. Aunque no se había esperado semejante invectiva, Margaret se mantuvo impertérrita.

—Me odiáis porque soy la sucesora de Christian en el corazón de Tom. Una sucesora inadecuada a vuestros ojos —dijo en voz baja, con calma—. Pero vos no la amabais. Lo sabéis perfectamente. Vos no os habéis enamorado nunca todavía, y debéis dar gracias a Dios por ello. Pero sed honesto, al menos. Yo no soy la causa de que os neguéis a ayudar a la Reina.

Esperó mientras Lymond permanecía de pie asomado sobre la ventana, mirando el silencioso patio adoquinado y los árboles iluminados con antorchas de la abadía de St. Ouen. Al poco, se separó de la ventana y, tras cerrarla con pestillo, se volvió hacia ella.

—Estoy cansado —dijo Lymond— de asistir a funerales. Proponedme cualquier proyecto, lo que sea, y os aseguro que antes de que pueda acabarlo, la mitad de mis amigos, o supuestos amigos, estarán sepultados bajo tierra junto con sus ilusiones y su reputación. Le ocurrió a Christian Stewart, no es necesario que volváis a nombrarla. Pero también a un hombre llamado Turkey Mat. Y a varios más. Me he negado a convertirme en informante de la Reina, querida, para evitar que mis amigos y socios tengan que pagar por ello. —Se produjo una incómoda pausa. Después, la fría mirada azul pareció suavizarse un poco—. No me siento con fuerzas para seguir hablando con vos —dijo—, creo que deberíais marcharos.

—Quiero deciros algo más —repuso Margaret Erskine en tono pausado—, pero me resultaría más fácil si os sentarais.

Tras dudarlo un momento Lymond, separando un escabel que había junto a la chimenea, se dejó caer sobre él y apoyó la cabeza sobre sus dos puños. Margaret escogió sus palabras cuidadosamente.

—Estaba segura de que diríais exactamente eso —dijo—. No es de mi incumbencia si vos decidís erigir un pobre monumento a la memoria de vuestros amigos. De estar vivos, puede que más de uno opinara que la vida de María bien merece vuestro esfuerzo. Pero en cualquier caso, vos parece que estáis ya comprometido con vuestro plan de encontrar al hombre que intentó cometer la masacre de esta mañana. Para lograrlo vais a necesitar amigos, colaboradores. ¿Cómo pretendéis protegerlos? Además, si ese hombre tiene intención de asesinar a la pequeña Reina, ¿no creéis que, si vos la protegéis, os será más fácil encontrarlo también a él? ¿O es que vais a usarla de cebo en vuestro filantrópico plan?

Él no se inmutó.

—Por supuesto que no. La Reina regente y yo tenemos el mismo objetivo. Pero no voy a realizar promesa alguna. Al menos esta vez, tengo una cierta libertad de actuación. Si considero necesario abandonar en algún momento lo que he empezado, lo haré.

—¿Y si yo —dijo con voz precavida Margaret Erskine— os ofreciera seguridad a cambio de vuestro compromiso? ¿Si yo os dijera que si prometéis proteger a la pequeña, yo intentaría con todos mis recursos que ninguna persona inocente relacionada con vos resultara perjudicada? ¿Aceptaríais de la Reina madre, a través de mi persona, el encargo de proteger a la reina María y confiaríais en mí para velar por vuestros amigos?... ¿O es que el haberme convertido en la mujer de Tom Erskine —dijo Margaret, pálido el redondo y anodino rostro— ha de condenarme para

siempre a ser ignorada por vos y me incapacita para ser digna de vuestra confianza?

A lo cual Lymond respondió con un juramento y, sin disculparse, dejó caer sus brazos clavándole una áspera mirada.

—Me hago cargo de la situación perfectamente, no hace falta que me machaquéis con vuestra retórica humildad. No ha sido mi intención reprocharos nada. Os pido disculpas. Mi exabrupto de antes se debe a lo inadecuado del momento y de la hora de vuestra visita. En cuanto a vuestra propuesta...

Margaret había recobrado su talante sereno.

—No me contestéis ahora. Pensadlo. Puede que más tarde cambiéis de opinión —dijo. Pero no deberíais dejar que la Regente os impulse a beber de ese modo. ¿La duquesa de Valentinois ha intentado alguna aproximación?

—Teniendo en cuenta —dijo Lymond, ligeramente cohibido— que tiene veinte años más que el propio Rey... No, no ha intentado nada del estilo. Aunque bien es cierto que no estaba sola; vino con un gran séquito. De hecho fue de lo más efectiva. Y muy amable. ¿Creéis que va a seguir interesándose por mí?

—Posiblemente. En el plano intelectual, claro. Se ocupa de todos los protegidos del Rey. También puede que lord d'Aubigny os adopte a partir de ahora. Probablemente os acompañará a visitar La Verrerie, a admirar Goujon y Limousin, a catar vinos con los profesores de la universidad, tomar clases de pintura con Primaticcio y asistir a recitales de Arkadelt. Se espera que disfrutéis de vuestra estancia en Chambord.

—Estoy dispuesto a disfrutar de lo que sea —dijo Lymond—, excepto de su excelencia d'Aubigny. Aunque he de reconocer que esta noche me prestó un cierto apoyo con esa cara suya de becerro melancólico. Por un momento pensé que me iban a echar. Y sin embargo, ahora...

—¿Ahora...? —No pudo evitar mirarle esperanzada.

La consideró, nervioso y agotado, totalmente sobrio ya, con una expresión sombría y divertida a la vez.

—Está bien. Habéis ganado. Estaba claro desde el comienzo que Su Alteza tenía ventaja en esta partida. Esperemos que, gracias a vuestro amparo, nadie más que yo sufra las consecuencias de proteger a esa niña de su hado.

La tensión desapareció por fin.

—No soy una persona notable —dijo secamente Margaret Erskine—. Mi puesto natural está junto al fuego del hogar. Pasaré desapercibida.

—Habrá más de un perjudicado, os lo aseguro —dijo Lymond. Y como Margaret, enrojeciendo, bajara la vista, cambió de tono—. Está bien, señora mía. Si vamos a proteger a la pequeña Reina, hay algunas preguntas a las que necesito me respondáis. Empezando por el rumor sobre Montmorency y vuestra propia madre. Decidme, ¿es Jenny la amante del condestable?

Margaret sentía hacia ese tipo de asuntos una tolerancia teñida de resignación, o bien, dependiendo de los caprichos de su madre, una exasperación a veces divertida. Los líos y las relaciones esporádicas eran materia frecuente entre la familia real y sus acólitos. A menudo obedecían a intereses económicos y, sólo ocasionalmente, a verdadero amor. La relación, temporal o permanente, solía ser públicamente reconocida cuando se establecía al más alto nivel. Sólo cuando se llevaba de forma clandestina y podía ocasionar perjuicio a los parientes legítimos incurría en la crítica de la sesgada moral de la sociedad cortesana.

De todas formas, semejantes consideraciones quedaban circunscritas al terreno propio. Como invitados por una Casa Real extranjera, el comportamiento del séquito escocés debía ser impecable.

La tranquila voz de Margaret Erskine estaba teñida de exasperación cuando replicó:

—¿Montmorency? Cielos, no. El condestable no es el compañero de cama de mi madre —dijo—. El amante de mi madre es el Rey.

Por primera vez en aquella agitada noche, Lymond se rio con auténticas ganas.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! Tendría que haberlo adivinado. ¡Oh, por el amor de Dios! El carro de la Alegre Fortuna... ¡Es genial! Que mujer increíble, desde luego no tendría precio como reina...

Por fin calmó su júbilo.

—Como Diana se entere de que tiene una real competidora... Como la Reina se entere de que él tiene dos amantes... —se cortó en seco—. ¿Quién más lo sabe?

Margaret le miraba ruborizada.

—El condestable. Uno de los caballeros del Rey. La doncella de mi madre. Y yo.

—Me imagino que aspira a ocupar el puesto de Diana, que ya tiene sus años, claro. ¿Estáis segura de que la reina Catalina no lo sabe? —preguntó Lymond ya más serio—. Porque, a menos de que estéis realmente segura, yo apostaría a que es obra suya lo de juntar a Jenny con su esposo. Pensadlo, sería una maniobra genial. De un solo golpe, se libraría de la amante titular, desacreditando a la vez a Jenny y a la reina Regente, disminuyendo la importancia de Escocia como país aliado y debilitando la posición de los influyentes de Guisa en Francia.

—Y además —dijo Margaret—, de paso cuestionaría la moral en la que se ha criado la pequeña María y la conveniencia de casarla con el Delfín... Siempre ocurre lo mismo. En cuanto mi madre comienza a revolotear, todo lo que está a su alrededor se transforma en un caos.

—Jenny tiene que acabar con esto, me temo. Decídselo. No, será mejor que se lo diga yo mismo. Pero necesitaré de vuestra ayuda. Estad atenta porque seguramente estaréis siendo vigilada por los hombres del Rey, además de por nuestro peligroso amigo, quien quiera que sea que planea hacerle daño a la pequeña Reina. Nada de lo

que hagamos debe parecer que esté motivado por una falta de confianza en las buenas intenciones o en las medidas de seguridad de Francia. —Súbitamente, añadió—: ¿De quién sospecha la Reina madre?

Margaret Erskine había acudido a él en busca de ayuda y se estaba dando cuenta, con un alivio no exento de cierta angustia, de que tenía delante a un profesional.

—Pues no... no lo sé —tartamudeó.

—De alguien de la corte, seguro. De lo contrario se hubiera confiado al Rey, o a su propia familia. Me pregunto quien será. Las posibilidades son de lo más interesantes. ¿La reina Catalina? Ella ciertamente odia a los de Guisa. ¿El condestable, quizás, o sus sobrinos? Se dice que tiene otras preferencias para el matrimonio del Delfín. Todos ellos estarían encantados de desairar a los de Guisa y se rumorea que tampoco les importaría un cambio en la religión imperante. ¿Qué otros íntimos del Rey pueden tener algún motivo para conspirar contra la pequeña Reina? Algunos nobles escoceses... los Douglas y su familia, por ejemplo; y algunos otros cuyas preferencias se inclinan hacia Inglaterra y los luteranos, en lugar de hacia Francia y el catolicismo. La Regente tendría sus dudas a la hora de confiarse a un francés con las cosas como están, por otro lado... ¿Qué más tenemos? ¿Qué damas de honor de la niña son escocesas? ¿Podemos confiar totalmente en alguna? ¿Hay manera de supervisar lo que come? ¿Y sus juegos? ¿Y sus lecciones? ¿Sus viajes...?

Continuó repasándolo todo exhaustivamente.

—¿Os habéis dado cuenta —dijo Lymond de pronto— de que todo lo que ha sucedido hasta ahora, exceptuando el episodio de los elefantes, ha estado dirigido contra O'LiamRoe? El incendio en la fonda El Puercoespín tuvo lugar en su dormitorio, no en el mío. El numerito de la cancha de pelota se montó para perjudicarlo a él igualmente. El capitán del *Gouden Roos*, un aventurero bastante conocido, que fue contratado para hundirnos cerca de Dieppe, recibió órdenes expresas de que O'LiamRoe no saliera vivo bajo ningún concepto.

—¿Cómo sabéis eso?

—Hice algunas averiguaciones. Siempre puede obtenerse información fidedigna a través de abogados, barberos o prostitutas. Mi informante no ha descubierto todavía quién pagó al capitán.

—Pero vuestra amiga lo descubrirá, sin duda, ¿verdad? —dijo Margaret con una expresión seria en el rostro.

—Eso espero —contestó él con igual gravedad, y continuó impertérrito—. Es posible que el objetivo de estos ataques sea directamente O'LiamRoe. También es posible que la razón de atemorizar a O'LiamRoe o de mandarle de vuelta a Irlanda sea deshacerse de mí con él. Pero es poco probable. Yo podría, al fin y al cabo, quedarme, aunque él se fuera. O podría cambiar de identidad. Hasta ahora, mi vida no ha sufrido ningún intento homicida y Dios sabe que les he dado infinidad de

oportunidades. Realmente, nadie que posea información sobre mis asuntos intentaría atentar contra mí en el mar. Lo que deja sólo una posibilidad.

—¿Cuál? —su agotado cerebro conseguía a duras penas seguirle.

—Que O'LiamRoe está siendo atacado por alguien que le ha confundido conmigo.

Se hizo un silencio. La actitud de Lymond no había perdido un ápice de serenidad. Margaret Erskine intentaba por todos los medios permanecer igualmente serena.

—Claro, eso tiene que ser. Pero... la estampida de los elefantes, ¿no fue un accidente, verdad? ¿Cómo explicáis eso?

—Fue algo organizado —dijo Lymond—. El hombre que lo planeó murió asesinado antes de que pudiera interrogarle. El hombre al que pagó para empujar la endiablada ballena sólo tenía esas órdenes y desconocía todo lo demás; en cualquier caso, ya no nos molestará más. Lo cual me recuerda algo. Como ya sabéis, tanto O'LiamRoe como Dooly conocen mi verdadera identidad. Pero, en caso de que vos o Tom, o Jenny, o alguno de los encargados de proteger a la pequeña Reina, deseen contactar conmigo y no lo consigan, además de los irlandeses, también podréis acudir a Abernaci, el encargado de la casa de fieras del Rey. Él os ayudará en lo que pueda. Bien, hasta ahora, entonces, lo que tenemos son tres intentos de asesinato pésimamente planificados; dos contra O'LiamRoe y el otro contra la reina María; y en los dos últimos participó el difunto Destaiz. La acción de las conspiraciones ha sido llevada a cabo siempre por segundas o terceras manos, y a un nivel ridículamente desatinado. Como si el conspirador o conspiradores no se hubieran tomado la molestia de buscar un auténtico profesional. Destaiz, desde luego, no lo era; ni tampoco el granuja del capitán. Es como si los atentados se hubieran planteado como una especie de ensayo; si tiene éxito el plan, estupendo, si no, no pasa nada; no hay prisa ninguna y sí mucho dinero para volver a intentarlo.

—Puede que no esté involucrada sólo una persona. Puede que sea una nación entera.

Lymond sonrió.

—Tiene toda la pinta, ¿verdad? Inglaterra podría estar detrás de los dos ataques contra Irlanda y Escocia; me he mantenido en contacto con Mason para ver cómo respira. Pero está demasiado interesado en atraerse a O'LiamRoe para haber tenido algo que ver en lo ocurrido. Es evidente que O'LiamRoe le resultaría más útil vivo que muerto. Lo cual nos deja de nuevo bastante confusos. Hay, en todo caso, dos circunstancias a tener en cuenta, una mala y la otra buena. Por un lado, va resultar difícil detectar el próximo ataque contra la reina María, porque no creo que se haga abiertamente; hasta ahora, siempre han intentado que parezca un accidente. Por otro lado, O'LiamRoe va a quedarse en Francia, y eso sí que puede resultar útil, ya que

pueden volver a intentar asesinarle.

Lo dijo muy serio, pero ella adivinó una chispa de humor en su mirada y se echó a reír. Al poco se tranquilizó.

—¿Estáis seguro de que O'LiamRoe querrá quedarse en Francia? ¿No creéis que lo encontrará demasiado humillante? Después de todo, vos os quedaréis en la corte y él tendrá que quedarse al margen.

—Se necesita poseer un mínimo de energía para sentirse humillado —repuso Lymond secamente—. Se quedará en Francia.

Margaret, agotada, se puso en pie y se dirigió a la puerta. Había conseguido su objetivo. Lymond se había comprometido a proteger a la pequeña Reina. Podría comunicárselo a Tom antes de que se marchara; y a la Regente, y a su madre, y a todo el círculo de íntimos en los que confiaba y con los que Lymond colaboraría de ahora en adelante. Francis también se había puesto en pie con el rostro marcado por el cansancio.

—Normalmente, no me dedico a repetir lo que dice Tom —dijo abruptamente Margaret Erskine—, aunque desde luego, sentido común no le falta precisamente. En este caso, opina que estáis loco al involucraros con O'LiamRoe. Puede que al Príncipe le gusten los embrollos y se preste a las bromas, pero es un vago, un estúpido y no se puede confiar en ninguna de sus iniciativas. Tom dice que es tan condenadamente inútil que acabará por mataros.

—Tonterías —dijo Lymond—. ¿Por qué habría yo de padecer este regio chantaje moral y O'LiamRoe irse de rositas? Es un hombre culto. Tiene una buena cabeza. Tendrá que aprender a usarla. Pienso hacer que se sienta borracho de poder —dijo Lymond con una seguridad arrolladora—, y ya se caerá del guindo.

SEGUNDA PARTE

Juegos malabares peligrosos

La persona que aumenta el número de dagas o pelotas malabares es libre de hacerlo. Si los juegos malabares por peligrosos causaren heridos, se les impondrá una multa. Se denominan «malabares peligrosos» todos los malabares en los que se emplean instrumentos de punta o con filo.

I de Rúan a St. Germain: El zángano inexpugnable

No es sencillo para las leyes de Brehon decidir sobre las abejas que han instalado su colmena en el árbol de un noble dignatario. Por lo tanto no es fácil decidir si talar el árbol.

Las noticias del inesperado éxito de Thady Boy le llegaron a O'LiamRoe por vía de Robin Stewart, quien había madrugado ex profeso para tener el honor de contárselas en persona. El Príncipe las oyó rascándose su rubio y alborotado cabello. El relato pareció complacerle.

—Ah, desde luego ese muchacho es increíble; un auténtico campeón. Al diablo con tanta perla, tanto atuendo empingorotado y tanto parloteo de cacatúa. Una mente despierta y una inteligencia decente es lo que realmente inspira respeto.

—Pues yo os digo que no podéis fiaros. Acordaos de lo exigentes que fueron con vos aquel día del tenis. Y ahora esperan que os quedéis aquí sentado mientras ese gordinflón se codea con duques y condesas —dijo Robin Stewart empleando el mismo tacto en su discurso que O'LiamRoe empleaba en vestirse apropiadamente.

El irlandés bostezó inflando los carrillos.

—Si Thady Boy quiere ir besuqueando princesas por ahí, no será O'LiamRoe quien le envidie.

—¿Vais a quedaros impertérrito mientras la corte os da con la puerta en las narices? Le van a llevar de cena en cena, se lo van a rifar por doquier. He visto otras veces cómo tratan a un nuevo favorito.

—Os creo. Seguro que acaba agotado y harto de que le lleven de la nariz antes de volver a Irlanda. ¿Y a mí qué? Yo también pienso divertirme.

Razonar con el príncipe de Barrow era como darse cabezazos contra la pared. Robin Stewart desistió.

Aquel fue un día agitado para O'LiamRoe. Su segunda visita fue d'Aubigny, que portaba una atenta invitación de Su Majestad para Thady Ballagh, el virtuoso bardo del príncipe de Barrow, en la cual se le hacía saber que su presencia en Blois seguía siendo bienvenida. No se hacía referencia alguna sobre la prevista partida de O'LiamRoe y además el texto implicaba, y así lo confirmó d'Aubigny, que él mismo quedaba a su disposición y que, desde aquel momento, el Príncipe no debería preocuparse por lo concerniente a hospedaje o manutención. O'LiamRoe estaba encantado.

—¡*Dhia!* Esto es como ser cornudo pero sin ser apaleado.

Lord d'Aubigny había venido acompañado de la bonita y menuda pelirroja que O'LiamRoe había visto por primera vez en Ruán, al otro lado de aquella gigantesca ballena. Jenny Fleming había aprovechado para venir a cotillear.

Aunque el interés de O'LiamRoe por los asuntos de Lymond era mínimo, se dio cuenta de que aquella dama sentía gran curiosidad tanto por Lymond como por él mismo. Ella y d'Aubigny parecían llevarse bien. Después de todo, él también era descendiente de los Stewart de sangre real; tenían los mismos antepasados. La viveza y gracia naturales de la dama se amoldaban con elegancia al comportamiento grandilocuente de su pariente. Las elaboradas maneras de d'Aubigny estaban destinadas a impresionarla. Lord d'Aubigny pronunció su pequeño discurso con voz melosa. Escuchándole, uno podía entender cómo había cautivado al torpe y desmañado muchachito que más tarde se había convertido en rey.

O'LiamRoe distrajo a Jenny con sus tonterías irlandesas, dejó que bromeara con él, y mientras ella hablaba, logró intervenir con algunas parrafadas en lo que empezaba a convertirse en una conversación formal, lo cual, probablemente, sorprendió a ambos hombres. De hecho, el rostro de d'Aubigny mostraba un creciente desconcierto. En un momento dado, cortó a lady Fleming de manera poco cortés.

Ella estaba hablando sobre su casa. Ante el tono abrupto, levantó su clara mirada hacia su excelencia.

—John —dijo—, si tantas ganas tenéis de marcharos, podéis esperarme abajo.

Malhumorado, Lord d'Aubigny se marchó, para asombro de O'LiamRoe. Cuando la puerta, con innecesaria contundencia, se cerró tras él, Jenny, triunfante, se volvió hacia el irlandés.

—¿Y ahora decidme, qué pensáis de nuestro querido amigo?

Había venido haciendo caso omiso de la expresa prohibición y saltándose toda norma para hablar sobre Lymond. O'LiamRoe, divertido, cogió la capa de piel de la dama y dijo:

—¿De Thady Boy? Que va a acabar exhausto de tanto ir y venir. Dentro de un año estará irreconocible. Pero lo cierto es que como irlandés es medianamente bueno.

—Pues entonces no quiero imaginarme cómo puede ser un mal irlandés. Esta mañana vino a mi habitación a leerme la cartilla... —tras decir esto, se calló. No tenía intención de estropear la encantadora imagen que se esforzaba en ofrecer.

O'LiamRoe no tenía el menor interés en escuchar las quejas de Jenny. Además, los asuntos relativos al estatus y a lo inapropiado del tratamiento empleado por Lymond le importaban un comino. Le colocó la capa sobre los hombros y le dio unas palmaditas, despachándola.

—Ciertamente es un tipo bastante peculiar; pero tiene una suerte sobrenatural con las mujeres.

Ella debió darse cuenta de que no pensaba hacerle ninguna confidencia. Simplemente no estaba interesado.

Ya en la puerta, se volvió hacia él.

—No le digáis que he venido. De lo contrario volverá a regañarme.

O'LiamRoe, que imaginó la reacción de Lymond pues le conocía bastante más de lo que ella sospechaba, pensó que, por su bien, lady Fleming debería ser consciente de sus actos.

—No necesitaré hacerlo —dijo—. Al atardecer estaréis en boca de toda la corte.

Tenía razón, por supuesto. Tom Erskine fue de los primeros en enterarse y la noticia empañó aún más la poca confianza que le inspiraba Thady Boy Ballagh. Estuvo dudando sobre qué hacer, pero tenía que partir para su embajada en Augsburgo. Hizo los últimos preparativos y se despidió de todos, oficial y personalmente. Por último, tras despistar a su escolta, se coló en las habitaciones en las que Thady Boy Ballagh había pasado su agitada e interrumpida noche.

Tras las sucesivas visitas del condestable, de una dama de compañía de madame de Valentinois y del paje de la Reina, Lymond, sentado junto a los restos de un almuerzo a medio empezar, estaba preparándose para regresar a la posada La Croix d'Or, en la que se alojaría, junto con O'LiamRoe, hasta que la corte partiera de la ciudad. Levantó la vista al abrirse la puerta.

—*¡Sacré chat d'Italie*^[12]! —exclamó Francis Crawford—. Primero la esposa, luego la madre de la esposa y ahora el marido. ¿Por qué no montamos una fiesta familiar en el dormitorio? Discreción, ¿cierto? Eso era lo que pretendíais, ¿no?

Erskine solía achantarse ante la superior inteligencia de Lymond, pero esta vez tuvo un arranque de mal humor.

—La visita de Jenny, tengo entendido, la realizasteis vos.

—Mi querido Thomas —dijo Lymond—, lady Fleming puede recibir la visita de cualquier hombre sin despertar el menor comentario. Desgraciadamente, los eventos de la pasada noche, o la falta de ellos, no fueron de su agrado, así que tengo entendido que decidió irle con sus quejas a O'LiamRoe. Vuestra venerada madre haría un papel estupendo como bacante.

Erskine respondió con aspereza:

—El Rey ha sido puntualmente informado. Además fue d'Aubigny quien llevó a Jenny a visitar a O'LiamRoe.

—¿Y por qué?

—Últimamente se llevan muy bien.

—Bien, pues apartadla de él. Decidle que es una relación incestuosa. Y también mantenedla lejos de O'LiamRoe. Ese hombre podrá parecer un pavo real, o un conejo

con lazos, pero estoy malditamente seguro de que es absolutamente incapaz de desvestir a una...

—Especialmente, sabiendo quien es Jenny. El irlandés, sin duda, admira vuestro control y moderación más que ella misma. ¡Basta de disparates! Habláis de ella como si se tratara de una mujer del Pont Truncat. No temáis, nos mantendremos apartados de vos todo lo que sea posible. Pero no olvidéis que también vos habéis adquirido un compromiso.

—Es cierto —dijo Lymond—. Margaret estuvo de lo más persuasiva esta pasada noche. Deberíais estar orgulloso de ella. Según parece, si nuestros difuntos amigos y amantes pudieran vernos, también estarían orgullosos de nosotros. Incluida Christian, según ella...

La expresión de Erskine le impidió continuar. Por un momento, los dos hombres se miraron fijamente; finalmente, Lymond le dio la espalda. En sus labios se asomaba una sonrisa.

—Está bien. Vos os marcháis a Bruselas y a Augsburgo y Margaret se queda aquí. ¿Cuándo volveréis?

—Después de Navidades. Luego regresaré a Escocia, vía Inglaterra. Entretanto, la pequeña María permanecerá con la Regente en lugar de con los niños de la Casa Real. Seguiremos todas vuestras recomendaciones. Se vigilarán su comida y sus movimientos. Será controlada día y noche. Haremos todo lo posible, pero no será fácil. Ante todo, deberemos pasar desapercibidos. No debe parecer que pensamos que corre peligro en Francia. Ese será nuestro cometido. El vuestro está en el exterior.

Lymond permaneció en silencio. Había acabado de recoger sus escasas pertenencias y estaba apoyado sobre la puerta, con aire indolente. Erskine se preguntó por un momento si sería consciente de lo que le esperaba.

—Dios sabe cuánto tiempo tardaréis en llegar a Blois —dijo Tom—. Seguramente iréis por el río la mayor parte del camino, parando en palacios y alojamientos del estilo; y en cada lugar, permaneceréis exactamente el tiempo que duren las monterías. En este lunático país no hay nada más importante que la caza. El padre de Enrique se desplazaba con más de mil quinientas personas, con sus correspondientes camas, vestidos y muebles. Firmaba decretos reales a lomos del caballo y tenía a los heraldos desesperados, porque se pasaban la vida corriendo tras él. A menos de que hubiera guerra, no se quedaban más de quince días en ningún sitio. Los embajadores de media Europa estaban hasta las narices de la caza. Seguro que más de uno llegó a aborrecerla de por vida.

Aquel era uno de sus temas favoritos, pero algo en la expresión de Lymond le hizo detenerse.

—Pero por supuesto, vos ya conocéis Francia.

—Tiempo atrás —dijo Lymond—, en una época en la que me sobraba el dinero,

invertí parte en este país. Sevigny me pertenece.

Nicholas Applegarth de Sevigny era amigo de Tom Erskine.

—Pero Nick... —empezó a decir Tom en tono precavido.

—Es feudatario mío —el tono era jocoso—. Pero decidme, ¿cómo va a prosperar el *coup d'état*^[13] de la Reina madre si os marcháis?

Tom Erskine se quedó atónito, petrificado, como si pisara terreno minado. Muchos eran los asuntos que habían traído a la Reina madre a Francia, pero sólo uno podía ser denominado *coup d'état*, y se suponía que era absolutamente secreto. Por otro lado, Dios sabía que era cada vez más evidente que a muchos de los señores escoceses les estaban lloviendo todo tipo de honores en forma de pensiones, caídas del cielo como granos de arroz en una boda, y mientras tanto, el heredero del canciller Arran, que ahora ostentaba el cargo de capitán de las tropas escocesas en Francia, sin saber ni media palabra de francés, estaba ganando la friolera de doce mil coronas al año.

Pero él sabía algo que todos ellos ignoraban. En la reunión que en breve tendría lugar entre la Reina madre y Enrique de Francia, ella pretendía aclarar de una vez por todas si Francia iba a comprometerse a ayudarla en su mayor ambición: sustituir al conde de Arran como canciller, tomando ella misma las riendas de Escocia hasta que su hija alcanzara la mayoría de edad.

La Reina madre quería la ayuda de Lymond, pero Lymond sospechaba la verdad. Era precisamente ahora, en aquella delicada situación, cuando ella necesitaba de su fidelidad incondicional. No obstante, lo que ella deseaba, y eso Erskine lo sabía a ciencia cierta, era la fuerza de su brazo, no de su mente. Lo último que aquella enrevesada Reina buscaba era un hombre de reconocida inteligencia, capaz de entrometerse en sus planes.

Así pues, sintiéndose atado de pies y manos, Tom Erskine dudaba en hablar. Finalmente, ganó su compromiso de fidelidad.

—Los asuntos de la Reina madre son cosa suya, vos lo sabéis tan bien como yo. Pienso que podemos confiar en que hará lo que sea más conveniente. En todo caso, no tenemos otra alternativa.

Crawford de Lymond arqueó sus delicadas cejas teñidas de negro.

—Así que va a pactar con Inglaterra —dijo. Lo había descubierto, tal parece.

—Es un suicidio —dijo Tom Erskine con voz rotunda.

—No mientras podáis seguir acudiendo a mí —replicó Lymond haciendo una irónica reverencia— para que os alegre la vida a cambio de unas monedillas.

No había nada que añadir.

Erskine sabía que no era necesario decirle que, de alguna manera, a un nivel demasiado sutil como para ser verbalizado, sentía que no había obrado con suficiente habilidad ante la Reina madre y, tal vez y en cierta manera, ante el propio Lymond.

En su fuero interno, sabía que si Lymond no hubiera hablado de forma tan brusca sobre Christian, su reacción hubiera sido diferente. No le alivió el adivinar que las palabras de Lymond al respecto no habían sido fruto de un arrebato.

Al poco de marcharse Erskine, Robin Stewart llegó para acompañar a Thady Boy a la posada. Miró al bardo con expresión socarrona.

—Parecéis de lo más alegre esta mañana.

—No os lo discuto.

—Tengo entendido que se os rifaban la pasada noche.

—Eso me han contado. Pero todavía no me he enterado de lo único que me interesa. ¿Quién ganó?

—Creo —contestó con frialdad el arquero—, que fue el señor d'Enghien. — Stewart miró con disgusto cómo Thady Boy se partía de risa—. En algunos círculos el vicio está bien visto —dijo Robin Stewart—. Hay gente dispuesta a hacer cualquier cosa para ser admitida en ciertos ambientes, aunque sean ambientes groseros y valgan menos que una caca de gato.

—No tengo mucha experiencia —dijo Thady Boy con una mirada de lo más inocente—. No me he visto en otra parecida antes.

El tono de censura se suavizó un poco.

—Hay gente —dijo Stewart— que se entusiasma cuando las damas parecen favorecerles y se piensan que su vida ya está resuelta, y se consideran en adelante alguien especial. Pero eso es porque no conocen a las damas francesas. Yo las he visto entregarse a alguien una noche y por la mañana desdeñar al señorito de turno. Deberíais entender que...

—Lo que entiendo —dijo Thady Boy cortándole— es que me duele la cabeza. Vámonos.

Lymond parecía decir la verdad. Stewart cayó de pronto en la cuenta de lo que podía ser hacer de perro guardián de Thady Boy durante cuatro meses seguidos.

—Vais a tener que cuidaros un poco, hombre. Tenéis que dejar de beber de esa manera. Ellos os van a incitar a seguir bebiendo, por pura crueldad, pero vos podéis acabar francamente mal... ¿Os habéis hecho mirar esas quemaduras?

—Sí. Tengo el rabo trenzado como un carnero de Berbería. ¿Queréis verlo? Virgen santa, ¡dejadlo ya!

En La Croix d'Or, tras librarse del solícito Stewart, Lymond consiguió llegar por fin a las habitaciones de O'LiamRoe. Entró en ellas sin hacer ruido, cerrando la puerta tras él. Los dos hombres se miraron en medio de un silencio cargado de amenazas. Finalmente, bajo los mostachos de O'LiamRoe, su boca se curvó en una

incipiente sonrisa y empezó a hablar con voz apacible.

—Mi inquieto muchacho, si no me equivoco, tenéis la madre de todos los dolores de cabeza, cosa que probablemente os merezcáis. Sentaos. Como probablemente lo habréis olvidado, será mejor que os recuerde que Phelim O’LiamRoe es una de esas extraordinarias personas que sabe como comportarse y que puede, incluso, mantener la boca cerrada en algunas ocasiones. He oído que sois el intérprete de laúd más virtuoso desde Heremon. Esperaré hasta mañana para que podáis hacerme una demostración.

—Gracias a Dios —dijo Lymond. Al pasar a su lado, apoyó la mano brevemente sobre su hombro en un gesto conciliador y después se dejó caer en una silla, agotado. A los cinco minutos, estaba dormido.

Durante los diez días que todavía permanecieron en Ruán, ambos hombres se dedicaron a estudiar los rudimentos de la vida cortesana, cuya rutina, quisieran o no, habría de afectarles los cuatro meses venideros. El Rey se levantaba al amanecer; después de vestirse con el correspondiente ceremonial, despachaba los asuntos del día con su consejero mayor, tras lo cual asistía a misa de diez. Acabada esta, comenzaba la ronda de visitas: secretarios, mensajeros, embajadores, heraldos, diplomáticos, soldados y clero presentaban sus respetos y traían noticias, regalos, peticiones y quejas.

Luego llegaban los partes diarios provenientes del maestro albañil sobre el estado de las obras del Rey o de madame Diana; la casa de fieras de St. Germain informaba sobre la enfermedad de algún exótico pájaro. Gracias a los buenos oficios del condestable, se recordaba a Su Majestad amablemente que a cierto personaje le había sido prometida una barrica de vino y que su mayordomo aguardaba para recogerla. Llegaban noticias de los Infantes y del retrato que se les estaba pintando; se informaba sobre el fallecimiento, acaecido en París, de un importante personaje: el atractivo puesto que había quedado vacante era probablemente pretendido por el portador de la noticia, quién habría seguramente pagado ya una cuantiosa suma al médico del finado para ser él quien llevara, cariacontecido y expectante, tan triste noticia a la corte, en el nutrido grupo de peticionarios que hacían cola para ser atendidos. Un embajador, llegado de Toulouse y deseoso de asegurarse futuros favores, portaba los rumores sobre el nuevo pleito que iba a entablarse por el puesto vacante y, durante la cena, podía adivinarse por la expresión ausente de su rostro, quién había sido finalmente el que había conseguido recaudar más dinero prestado para quedarse con la disputada plaza.

El almuerzo tenía lugar al mediodía. Una vez finalizado, el Rey quizás recibiera al cónsul general, aunque ya no con la premura con la que se encontraban en los tiempos en los que Francia tenía puestos los ojos sobre Italia, o cuando, tras vencer a

Inglaterra, planeaban juntos su estrategia sobre Boulogne. Aunque las perspectivas para el próximo año tampoco es que fueran especialmente tranquilizadoras, a pesar de la paz concertada con el joven rey de Inglaterra: el nuevo Papa y el emperador Carlos, enemigo acérrimo de Francia, habían hecho demasiadas buenas migas.

Al comienzo de su reinado, Enrique, estrenando su recién adquirida libertad, se había dedicado a complacer a sus favoritos. Como consecuencia de ello, Diana, el condestable, St. André, d'Aubigny y todos los demás, habían saqueado prácticamente las arcas del tesoro. El Rey, no obstante, ejerciendo su poder divino, seguía empeñado en fomentar toda sublevación posible en Alemania. Con el fin de derrotar al emperador Carlos, no dudaba en prestar su apoyo a paganos y protestantes, al Turco infiel y a los príncipes alemanes. Desgraciadamente, el dinero comenzaba a escasear. El cónsul general, dada la situación, le recomendaba que respondiera con evasivas a su querida hermana de Escocia; que dilatará los plazos, que se distanciara de sus impacientes amigos escoceses e hiciera algún gesto tranquilizador en dirección a Inglaterra, inmersa actualmente en una lucha interna entre los barones que se disputaban el poder durante la minoría de edad del pequeño Eduardo.

Enrique de Francia dominaba lo de dar evasivas. Asistía a las fiestas que la Reina celebraba por las tardes, organizaba fastuosas cenas, pasaba todo el tiempo que podía, que no era poco, con Diana y, en los escasos momentos en los que se quedaba solo, se le oía tocando el laúd. Durante los diez días que todavía permanecerían en Ruán, el tiempo que le quedara libre sería destinado a recibir las visitas protocolarias de rigor.

La capital de Normandía, cuya población era perfectamente capaz de ignorar la llegada de un gran senescal por hacerlo inoportunamente en un día de fiesta, era igualmente tenaz a la hora de aprovechar al máximo, una vez puesta a ello, la real ocasión de que disfrutaba actualmente. Especialmente si con ello, además, eclipsaba a la rival Lyon. Tras los fastos por la Entrada de Enrique, había tenido lugar la solemne Entrada de la reina Catalina, y la entrega, acompañada de los discursos de rigor, del salero y el jarrón y los demás artículos que componían el ceremonial de bienvenida. La engalanada cena que se ofreció a continuación estuvo amenizada por una lúgubre farsa que interpretó una de las dos compañías cómicas con sede en Ruán, que había tenido que mantener el tipo ante la concurrencia y sobreponerse a su aburrimiento.

Hubo también una solemne sesión en la cual el público pudo presenciar cómo el Rey impartía Justicia, tras la cual, Brusquet tuvo su única oportunidad de lucirse. Después de una mañana plagada de muy ensayadas alegaciones interpretadas por los abogados y el fiscal jefe del Rey, «*Levez vous, le roi l'entend*», así como del pronunciamiento, también ensayadísimo, del fallo, adornado con los clásicos y relamidos circunloquios, el bufón del Rey acometió una representación de aquella solemne audiencia en la sala ya vacía, para regocijo de las damas de la realeza.

Rieron, ciertamente, pero no lo suficiente. El Rey se cambió de ropa y se mostró

atento, paciente, encantador y, retirado ya a sus aposentos privados, se solazó escuchando a Thady Boy Ballagh cantar con voz melancólica versos de impecable factura. Thady Boy trabajaba a destajo y O'LiamRoe estaba disfrutando. Cuando llegaron a sus oídos los rumores de aquellos largos romances eruditos y artísticos, se le oyó manifestar, no sin orgullo, que tenía que ser, cómo no, un irlandés el que rasgara con tal arte las cuerdas del instrumento. Terminada aquella velada, el Rey partió para Dieppe, donde le esperaba otra solemne Entrada. Luego visitaría las ciudades de Le Havre y Fécamp, a orillas del Sena, desde donde volvería hacia el sur.

Cinco reyes habían pasado el invierno a orillas del Loira. El río fluía caudaloso entre bancos de arena y márgenes de blanca caliza en el tramo comprendido entre Orleáns y el Atlántico, con sus castillos y sus palacios, sus ciudades y sus aldeas, sus viñedos, sus molinos y sus casas de pescadores y cazadores. Durante más de mil doscientos años los peregrinos, desplazándose en barca o siguiendo a pie el curso del río, habían acudido a Tours, el mayor santuario de Europa después de Roma. Los galorromanos habían construido allí sus villas y los Plantagenet, tras un período en el que la pusieron bajo soberanía inglesa, habían sido derrotados y Francia, tras expulsarlos, los había sustituido por escoceses.

Pero había llovido mucho desde que un Douglas gobernara en la Touraine. Los reyes de Francia se habían enamorado de la zona y habían hecho de ella su centro neurálgico. Gobernaban desde Blois, desde Amboise y Plessis y regresaban allí de sus guerras para contar el botín y criar a sus hijos, y también para ensayar su nueva arquitectura. Cancilleres, tesoreros, almirantes y condestables también se hacían allí sus mansiones. Disponían de caza, de parques y jardines. Incluso cuando más tarde el padre de Enrique comenzó a frecuentar cada vez más París y Fontainebleau, aquel viaje seguía repitiéndose: Ruán, Mantes, St. Germain, Fontainebleau, Corbeil y Melun. Desde esta última, emprendían el viaje por vía terrestre hasta Gien, cual bandada de loros de Guinea, pertrechados de carromatos, mulas, caballos, literas y escoltados por sus sirvientes y sus nobles. Aquel cortejo interminable, acompañado de su escolta armada, congregaba a multitud de rameras que intuían con pasmosa exactitud los movimientos de la interminable comitiva. Desde Gien, volvían a embarcar de nuevo en gabarras y desde allí se dirigían a Chateauneuf, Orleáns, Amboise y Blois. En aquel valle del Loira, plácido, llano, saludable y habitado por numerosos ciervos de rojizo pelaje, más de una embajada había acabado con las rodillas destrozadas y los nudillos desollados, teniendo que volver cabizbajos sin haber alcanzado sus objetivos e incluso, a veces, sin haber sido siquiera recibidos. La corte de Francia se dirigía allí para pasar las Navidades.

La comitiva emprendió el camino, pero cual ameba antes de alcanzar su destino su célula unitaria se dividió en dos. Luis, el hijo del Rey, había muerto en Mantes, a los dos años de edad. Los miembros y oficiales de la Casa Real se quedaron en

Mantes o regresaron. Parte de la comitiva, entre la que se encontraban los elementos más jóvenes de la corte y el grupito irlandés, prosiguió hacia St. Germain-en-Laye. Robin Stewart, en ausencia de lord d'Aubigny, había quedado encargado de los hijos de Erin. Barruntó, con muy buen tino, que los favoritos del Rey querían jugarle una mala pasada a Thady Boy. Ignoraban al extranjero O'LiamRoe, por su rusticidad y porque había perdido todo crédito. Pero Condé, de Genstan, Saint André y d'Enghien, junto con sus amigos, habían constatado con desagrado que Thady Boy gozaba en demasía del favor del Monarca. Stewart, que conocía al bardo mejor que todos ellos, observaba con sorna cómo el joven d'Enghien, ingenioso, ambicioso y ligeramente desagradecido hasta con la caterva de amigos que le mantenían, había decidido tranquilamente darle un pequeño escarmiento a su presa. Se corrió el rumor de que a Thady Boy Ballagh le iban a hacer una buena jugarreta.

Querían hacerle participar en el juego del estafermo. Este popular torneo consistía en cargar a caballo con una lanza sobre un monigote de madera ataviado como un sarraceno que se fijaba a un poste. El participante disponía de tres intentos. El muñeco, colocado sobre un artilugio pivotante, giraba al ser embestido con la lanza. El jinete corría el riesgo de acabar con una oreja mutilada si no atinaba a esquivar el brazo del muñeco giratorio al pasar a su lado.

Stewart nunca supo cómo consiguieron convencer a Thady Boy para que participara, pero lo cierto es que en una agradable tarde de octubre el arquero y O'LiamRoe, acompañados de una multitud sofisticada y ociosa, se encontraron presenciando la justa desde las amplias terrazas con vistas al Sena del recién reformado castillo de St. Germain.

Las conversaciones de los espectadores que los rodeaban versaban en su mayoría, más que sobre el torneo en sí mismo, sobre las botas nuevas que llevaba tal o cual, o sobre los últimos episodios amorosos de algún participante. No obstante lo ligero de los comentarios, la atención estaba fijada en la competición, y la actuación de los jinetes sería valorada como si de soldados en una batalla se tratara. En aquella ocasión, el tradicional muñeco vestido de sarraceno del estafermo había sido sustituido por un barril de madera al que se le habían pintado toscamente unos ojos, una nariz y una boca. Una cuerda colocada a la mitad del barril marcaba la parte del mismo que debía ser lanceada. La mitad superior proporcionaba la mejor puntuación.

El barril se meció suavemente a causa de la ligera brisa provocando un momento de alarma entre los que habían tramado la broma, pues habían llenado el tonel hasta el borde con agua fría.

El primer jinete, elegido al azar, al que le había caído en suerte iniciar la competición, era, cómo no, Thady Boy Ballagh, que apareció montado sobre un enorme caballo y desprovisto de sombrero.

Habría unos cien pasos hasta el barril que se movía, oscilante, pintado con colores

chillones. El grupo de jueces y espectadores era sospechosamente nutrido. Thady Boy picó espuelas y se lanzó hacia el objetivo. Los tambores redoblaron. Al fondo, el poste y su abultada carga aguardaban.

La rechoncha figura vestida de negro, lanzada a pleno galope, levantó la lanza, apuntó y embistió. El asta alcanzó el barril por debajo de la cuerda y chocó contra la madera con un golpe seco. Rápido, Thady Boy la recuperó y volvió grupas para evitar ser golpeado por el oscilante tonel. Un clamor burlón se extendió por el aire cristalino de la llanura de St. Germain y Jean de Borbón, señor d'Enghien se ruborizó. Del tajo en la madera no había brotado la esperada ducha helada para empapar a Thady Boy. El barril estaba seco, inexplicablemente.

Por tres veces consecutivas Thady Boy embistió el barril, y los *mignons*^[14] aplaudieron encantados su falta de puntería animando a la vez, burlones y despiadados, a Condé y a su hermano a que tomaran parte en su fracasada broma. En vista de que no parecía haber ningún otro entretenimiento alternativo, el torneo continuó. El propio d'Enghien siguió a Thady Boy cuando este regresó de sus fallidos lanzazos.

Moreno, delgado, con sus hermosos ojos de largas pestañas y sus labios rojos como el vino de Borgoña, el señor d'Enghien era un experto en ese tipo de justas. La lanza, manejada con pericia, atravesó la nariz y se clavó hasta el fondo del barril. Sonó un golpe, un siseo y de pronto, un chorro de agua caliente brotó con fuerza del corte en la madera empapando al noble jinete.

D'Enghien fue obligado a repetir las tres veces de rigor antes de que el barril fuera descolgado para examinarlo. La parte inferior, hasta la altura de la cuerda, había sido rellena de cobre, y el resto, de agua. Thady Boy, ahora que lo pensaba, siempre había apuntado hacia la base del tonel.

La música que provenía del lugar donde estaban congregados sus amigos indicó ajean de Borbón dónde podría encontrar a su esquivada víctima. Se acercó con una torva expresión, la capa de piel chorreando y las botas rebosando agua. Pero pensándolo mejor, se inclinó hacia el bardo en una elegante reverencia.

—Esto, mi querido amigo, no quedará sin venganza.

Thady Boy levantó la vista. Sentado sobre la hierba con las piernas cruzadas, rodeado de jóvenes, le miró con expresión inocente y cantó sonriente:

—*¿Con qué lavaré, la tez de mi cara...?* ^[15]

—Eso dependerá de la justa que elijáis.

Permanecieron otros cinco días en St. Germain, de juerga en juerga, comportándose como una auténtica plaga. Del estafermo pasaron al polo, montando tal escándalo que una de las tardes tuvo que venir un paje a llamarles la atención pues se estaban recibiendo quejas por el ruido. Se retiraron a sus aposentos simulando arrepentimiento. Pero volvieron sigilosamente de madrugada, provistos de silbatos:

los pitidos que despertaron hasta a los muertos del cementerio fueron una de las ideas que inmortalizaron a Thady Boy.

Se dedicaron a hacer excursiones y vagabundear por los alrededores. Al llegar a París, hicieron parada en la fonda La Pifia, en la que obligaron a los primeros diez hombres que encontraron a comer cerdo con mostaza con los guantes puestos. De Genstan abandonó La Pina sobre parihuelas. Los demás tuvieron más suerte, pero se quedaron sin Thady Boy, a quien d'Aubigny había requisado para enseñarle la ciudad. Visitaron juntos St. Denis, Notre Dame y el interminable Louvre. Después Stewart lo reclamó para que hiciera una pequeña actuación en la posada El Borrego, pero antes de que lo convencieran para que cantara, su excelencia d'Aubigny regresó para llevárselo a Tournelles a presenciar unas carreras de saltos. Stewart se enfadó. Ya era bastante aguantar a Thady Boy y a los *mignons* todo el día. El mangoneo de d'Aubigny le parecía ya el colmo.

El último día que pasaron en St. Germain, Thady Boy le pidió a Stewart que le acompañara a la casa de fieras.

Junto con Thady fueron también Dooly y O'LiamRoe, quien le seguía a todas partes como un papagayo, salvo cuando iba a presencia del Rey. En los últimos tiempos el Príncipe, cuando estaban a solas, se había dedicado a contarle en gaélico una teoría desternillante en la que tramaba un posible e inverosímil encuentro con Su Majestad.

El día estaba húmedo y la bruma envolvía el tranquilo valle, perlado de diminutas gotitas las telarañas y ablandando las amarillas hojas que crujían bajo sus pies. Stewart iba en cabeza, con el almidonado cuello cayendo lacio sobre su cota de cuero y los tres irlandeses siguiéndole mientras atravesaban el parque del castillo hacia la Porte au Pecq. Las perreras del parque de Loges estaban vacías. La famosa reala de perros blanquinegros había partido hacia el sur. Las jaulas de los halcones también estaban vacías.

Los elefantes, sin embargo, todavía no se habían puesto en camino. Abernaci, que había recibido recado de Stewart, se reunió con ellos en la entrada de las grandes jaulas de los paquidermos, ataviado con su túnica de seda y el inevitable turbante. Les dedicó una mirada oscura, sin delatar por un instante el menor interés en O'LiamRoe ni en su bardo. Les hizo una reverencia, dándoles la bienvenida en su torpe y primitivo inglés mientras Stewart, impaciente, les guiaba hacia el interior.

El edificio, recientemente construido, estaba compuesto de una estancia cuadrada, diáfana, de dos pisos y con un patio en el centro. Las jaulas se encontraban en la planta baja, cada una de ellas dividida en dos compartimentos separados por una reja que se bajaba y subía desde arriba mediante unas cadenas. En el piso alto se encontraban los almacenes, las oficinas y los dormitorios, conectados por una galería que circundaba el patio. Los irlandeses, apostados en la galería, observaban el coso

donde solían soltar a los animales para que se ejercitaran y combatieran entre sí. A sus pies se hallaban las trampillas, a razón de una por jaula, por las que se echaba la comida a los animales peligrosos, leones, osos y tigres.

Robin Stewart había visitado el edificio aquella mañana. Mientras O'LiamRoe, con su habitual verborrea, hacía gala de sus inagotables conocimientos de zoología, Robin Stewart aguardaba crispado en la puerta junto a uno de los mozos de la casa de fieras. En un santiamén, O'LiamRoe calculó la cantidad de borregos que le harían falta al carnicero para alimentar a las bestias y preguntó al mozo si su sueldo de cuidador compensaba los peligros del trabajo. Le preguntó además si a su mujer le gustaba que ejerciera semejante oficio y si no le habían contagiado aquellos exóticos animales ninguna enfermedad o parásito o, peor aún, si no había sufrido alguna dentellada o zarpazo.

Cuando el hombre, reticente y abrumado, se disponía a desabrocharse la camisa, O'LiamRoe le interrumpió de nuevo. Justo debajo había una jaula vacía que quería imperativamente visitar. El mozo, aliviado, se escabulló, y Stewart se llevó al Príncipe abajo, en tanto que Thady Boy permanecía junto a Abernaci mientras este accionaba las cadenas.

En el momento en el que Stewart y O'LiamRoe entraron en la parte trasera de la jaula y Abernaci les cerraba desde arriba, el mecanismo, inexplicablemente (dirían después), se trabó. Durante un buen rato fue imposible abrirlo. Todos los hombres que se hallaban cerca se pusieron manos a la obra para intentar desbloquear las cadenas con palancas y sacar a los dos cautivos de la trampa. En ese ínterin, Thady Boy Ballagh y Abernaci observaban la operación desde arriba.

—¡Bien! —dijo Archy retirándose el turbante de la cabeza y rascándose la calva—. Ahí se quedan un rato. Vamos a un sitio más cómodo. He oído que os lo estáis pasando en grande en la corte.

Dicho esto, entró, cerró la puerta de su sanctasanctorum y lanzó un guiño cómplice al bardo.

El rostro de tez oscura de Lymond mostraba una expresión divertida.

—Me han cebado como un tordo, con higos y bolitas de harina. —Cogió una silla y se sentó cómodamente—. Tengo entendido que partís para Blois con los felinos y las mascotas de la pequeña María. ¿Quién os acompaña?

—Dos hombres de confianza. Y allí me aguardan algunos más. Los domadores de las fieras tienen que estar presentes cuando llegue la corte. Somos como una gran familia. Y de fiar. Los conozco a todos. Tosh estará también. ¿Conocéis a Tosh?

Lymond negó con su morena cabeza. La pequeña habitación estaba atiborrada. A uno de sus lados había un lavabo y al otro un armario de grandes dimensiones y una mesa plegable llena de cuencos, morteros, cucharas, balanzas y mejunjes. Estiró un brazo, cogió una vasija y tras destaparla olfateó su contenido cautelosamente.

—Por Cristo, Archie, podríais hacer saltar por los aires a todos los malditos *mignons* si quisierais, y establecer de paso la Corte de las Bestias. ¿Quién es Tosh?

—Su nombre es Thomas Ouschart. Le apodaron Tosh cuando de muchacho trabajaba de peón albañil en las obras de Aberdeen y es un buen amigo. Se puede recurrir a él. Su madre le parió subida a una escalera. Es capaz de birlarle los propios bigotes a cualquier galán sin que el otro se dé ni cuenta. Si lo necesitáis, os despejará el camino. —Abernaci se dejaba llevar por el cotilleo, emocionado—. Tuvo que salir de Escocia a toda prisa, eso sí, pero tendríais que verle ahora. Tiene un numerito genial sobre la cuerda floja con su burra. Cuando está en Blois va a que le lean el horóscopo a la casa de la mujer que vive en *Doubtance*, donde el prestamista; pero no suele contar mucho sobre lo que le vaticinan. —Dejó de hablar mientras seguía la mirada de Lymond y añadió con voz de entendido—: Ya vi cómo os fijabais en mis vasijas cuando estábamos en Ruán. Reconocéis el contenido, ¿verdad?

Lymond devolvió a su sitio otra de las vasijas con cuidado.

—Sí, Archie. Lo cierto es que me pareció más bien sorprendente que el día que me curasteis os transformarais en la mano diamantina de Sacra Deva. ¿Qué drogas tenéis?

En aquel marchito rostro, los penetrantes ojos le miraron serenos.

—Todas las que podáis imaginaros. Si estuvierais familiarizado con los elefantes, no os sorprendería.

—¿Y son...?

—Belladona y aceite para cuando tienen la tos. Los empleé con vos en Ruán. Jabón y sal y Aak ka jur Mudar... que es un narcótico. Bhang, ganja y kuchla para cuando tienen mal de vientre —el arrugado rostro se llenó de compasión—. Algunos lo pasan fatal cuando les duele la barriga.

—Ya me imagino —dijo Lymond—. ¿Qué más?

—Pues bien, agua de lima, que es lo que le puse en la espalda a Hughie. Opio, para calmarlos, como sedante. Cera de abejas y resina contra las picaduras de insectos; arsénico y nuez vómica para hacer tónicos... Y eso es prácticamente todo. Podéis verlas si queréis. Las tengo en grandes cantidades —dijo Abernaci en tono informativo— porque los elefantes son unas bestias enormes.

En la planta de abajo los golpes sonaban de manera intermitente. Lymond parecía pensativo.

—¿Quiénes conocen de la existencia de estos venenos?

—Yo diría que toda la corte —dijo Abernaci—. Al final tuvimos que guardar bajo llave el hachís y el opio porque todos estaban empeñados en probarlos. Hasta las peores farmacias los suministran. En Burdeos, en Bayona, en Pamplona... en todas ellas se venden libremente. Se compran en el puerto, cuando llegan los barcos de especias. Suelen venderlos los marineros y sus mujeres. No son difíciles de conseguir

si se tiene dinero.

—De todas formas, no volváis a guardar las drogas bajo llave —dijo Lymond—. No guardéis nada bajo llave. Queremos ponérselo fácil.

—Ya es fácil —dijo Abernaci con sencillez—. Desde que revisé el arsénico por última vez esta mañana, han desaparecido cien gramos.

Se quedaron en silencio. El ruido de los golpes sonaba cada vez con más fuerza. Entonces Lymond volvió a hablar:

—¿Quién ha podido entrar? ¿Los cuidadores? ¿Los carreteros, quizás?

Abernaci negó con la cabeza.

—Los cuidadores no. Los conozco bien. Me fío de ellos. Y los carreteros tampoco; no con los felinos a punto de viajar. Ya están bastante nerviosos como para que nadie se les acerque. Hemos tenido a los carpinteros revisando las jaulas; también vino el carnicero con su carro, y el aguador. Y se trajeron quince fanegas de semilla de cáñamo para los canarios; pero todos ellos se quedaron afuera, con uno de mis hombres supervisándolos. En cuanto a los que hemos dejado entrar... a vos y a los otros tres que os acompañan, también al príncipe de Condé, que quería ver un oso sobre el que pensaba apostar, y a los Infantes, la reina María, el Delfín y su tía lady Fleming con su hijo. Entraron con Pellaquin, uno de mis hombres que se ocupa de vigilar a los cachorros de la Reina.

—¿Por qué vinieron?

—Fue por lo del lebrato; una liebre recién parida que estaba enferma y necesitaba de una medicina. Se la dieron poquito a poquito. Pellaquin está loco por esos bichos, dice que luego, cuando crecen, no le rechazan. Os aseguro que se lo está pasando en grande con una loba adulta que... Oh, ahora que recuerdo, también vinieron con ella el mariscal de St. André y su esposa. El lebrato era regalo suyo. Nadie más... No, miento. También vino George Douglas durante el día a cotillearme que mi amigo el maestro Ballagh se había convertido en la sensación de Ruán. La comadrona que atendió a vuestra madre debió haberos cosido la boca con hormigas negras.

—Estáis citando las palabras de la mismísima Reina madre. ¡Vaya! ¡Qué lástima! Parece que ya han abierto la jaula. Creo que esos dulces juramentos provienen de Stewart. Entonces, ¿eso es todo? Está bastante bien, ¿no creéis? A menos de que alguien haya cogido el veneno para acabar con los ratones, parece que tenemos una lista de posibles culpables.

Abernaci sonrió. Ya en la puerta, dijo:

—Tened cuidado. No tiene sabor y no se conoce de momento ningún antídoto.

Lymond, irritado, se quedó callado un momento.

—Desde que salimos de Ruán la comida de la pequeña Reina está siendo probada antes; cada migaja de ella —dijo categórico.

Abernaci resopló.

—¿Y a quién tenéis probando la comida? ¿A su tía?

—A uno de vuestros animales. Si estáis harto de ella, puedo poner a ello a la famosa loba —dijo Lymond—. En las leyes de Brehon lo llaman ponerle el cebo al perro. Esperemos que intenten algo con ese arsénico. Porque entonces, querido mío, con un poco de suerte, podremos saber quiénes son.

Los tres irlandeses y Robin Stewart volvieron cruzando por el pequeño parque de los cachorros. Los cuidadores estaban metiendo a los monos en sus jaulas. La pequeña María estaba allí, ayudando. Esta vez tenía un pequeño vendaje en la otra mano, y el cabello pelirrojo le caía revuelto sobre la cara. La loba estaba todavía en su jaula y también quedaban un oso, un jabalí y la hembra del pequeño lebrato, que nevaba en el cuello un pequeño collar dorado con esmeraldas. Le habían puesto el nombre de Susana y tenía unas manchas poco comunes en su cuerpecillo. Los veintidós perritos falderos que pululaban inquietos por el castillo también llevaban al cuello, como les informó Robin Stewart, collares con las preciosas gemas verdes. El petrificado rostro del arquero pareció relajarse ligeramente cuando la pequeña se volvió hacia él. Intentó contestar a sus preguntas lo mejor que pudo, aunque con evidente azoramiento. Robin Stewart no estaba acostumbrado a tratar con niños.

—El dulce lenguaje del país de las risas —dijo O'LiamRoe a su secretario—. No me habíais contado que la pequeña era como una perla en una copa de cristalina aguamiel.

Su Gracia la reina de Escocia no pareció demasiado interesada por O'LiamRoe. No obstante, el Príncipe fue obsequiado con una sonrisa bien ensayada y le fue dada a besar una delicada y suave mano. Elle se dirigió acto seguido a Thady Boy:

—¿Sois vos el que lanzáis huevos al aire?

Las manos de Thady Boy seguían apoyadas sobre su pequeño y redondo estómago.

—Bien podéis creerlo, guardiana de la puerta. Soy un hechicero.

La pequeña irguió con rapidez la cabeza y le miró, levantando su naricilla manchada.

—No soy ninguna guardiana de la puerta.

—Ya sabía que sería terriblemente presuntuoso por mi parte llamaros de ese modo. Pero me estaba refiriendo, noble damisela, a una vieja historia que quizá algún día tengáis la fortuna de oír.

La pequeña María se dejó caer sobre una pila de sacos poniendo las manos sobre su regazo. Jenny Fleming y un grupo de niñas se encontraban tras ella, esperando.

—Contádmela —dijo la pequeña Reina.

—Complaced a Su Alteza —dijo O'LiamRoe, solemne—. Pero os advierto que se trata de una historia terriblemente larga. Y sí, os puedo asegurar que es el mejor

malabarista del mundo. Es incluso mejor que Aengus Corazón Ligerito, que se sacaba ranas vivas de las orejas.

Lady Fleming se había acercado al grupo acompañada de su hijo y del Delfín. Enclenque y cetrino, más bajo y débil que su pelirroja prometida, Francisco de Francia se aproximó para preguntarle algo. La pequeña le contestó en su original francés de musicalidad escocesa y, prescindiendo de cualquier cortesía, le sentó de golpe a su lado. Jenny retrocedió y se colocó junto a la niñera mientras Robin Stewart, imitándola, se apoyaba contra los barrotes de la verja de la casa de fieras. Si algo salía mal, no sería culpa suya.

—¡Haced un malabarismo! —ordenó María.

En pocos minutos, Thady Boy obtuvo lo que había solicitado: unas cuantas naranjas de la jaula de los monos; la funda de la espadita del Delfín y un abanico. La pequeña Reina llevaba sobre su pelirroja cabellera un sombrerito muy coqueto adornado con una rizada pluma en un lado. También acabó en las manos del bardo. Con todos estos artilugios comenzó su pequeña exhibición. Las naranjas revolotearon cerca de los rostros de los pequeños al tiempo que el sombrerito iba a parar sobre la corona de María para ser recogido al instante por las milagrosas manos. El abanico y la funda describían graciosas esferas, como brillantes pececillos saltarines.

María gritaba, con el rostro encendido de emoción. El Delfín, aunque menos expresivo, también parecía complacido y Jenny, riendo tras ellos, aplaudía encantada. O'LiamRoe, sentado de piernas cruzadas sobre el barro, observaba la escena con una sonrisa en sus labios.

Cuando la campana tocó a vísperas, ya habían conseguido descubrir cómo hacer que el abanico descendiera en posición abierta. Los niños, con la mirada hipnotizada, no quitaban ojo de las manos de Thady Boy mientras este casi rozaba el rizado cabello de María. En cuanto oyó el tañido de la campana, Thady Boy lanzó certeramente sus malabares: cada naranja aterrizó sobre la cabeza de un niño, el abanico golpeó a Jenny Fleming y el sombrerito cayó, perfectamente colocado, sobre la cabeza de la pequeña Reina. La niña, emocionada, se agarró a los brazos del bardo ignorando el ademán protector de su niñera.

—Maese Thady, maese Thady ¡Contadme un acertijo!

Robin Stewart pensó, divertido, que era la primera vez que veía cohibido a Thady Boy. Una cosa era encandilar a un niño durante un momento y otra, muy distinta, entretenerlo toda una tarde.

Thady Boy miró a la pequeña agarrada a sus brazos y la columpió.

—Es hora de marcharse. Pedidle a vuestra señora tía que os cuente la historia de los tres mil monos de Catusaye que acudían a cenar cuando sonaba la campana. ¿Deseáis oír algún acertijo en especial?

Estaban saliendo del parque. María fue hasta Francisco, le puso de pie y regresó

con él de la mano.

—Me da igual. Uno que no conozca.

Jenny Fleming llegó hasta ellos. Puso una mano sobre el hombro de María con una expresión traviesa en su rostro.

—No abruméis a maese Thady, niña. Os sabéis de memoria todos los acertijos habidos y por haber.

—Mi querida señora —dijo Thady Boy Ballagh—, creedme que no existe dama de tan alto conocimiento que pueda conocer todos los acertijos y sus respuestas. ¿Conocéis acaso el de los monjes y las peras? La respuesta tendréis que sacarla sin mi ayuda.

Stewart tampoco la conocía.

Trois moines passoient

Trois poires pendoient

Chascun en prist une

Et s'en demeura deux^[16]

Robin Stewart se sentía superado. Intentó sonsacarle la respuesta al bardo, aunque sin éxito. Se percató con irritación de que también habría de sumar los reales Infantes a la lista de sus rivales. De no haber estado con ellos O'LiamRoe, hubiera seguido porfiando para obtener la respuesta del acertijo.

Pero Thady Boy se mostraba tremendamente paciente. Y O'LiamRoe, que se mantuvo en silencio durante todo el camino de vuelta al castillo, se sentía por primera vez en su vida abrumado por la tremenda inocencia de la niñez.

Al día siguiente continuaron el viaje y Thady, junto con el resto del grupo, se dedicó de nuevo a tareas más propias de adultos, echando carreras y tirando al blanco. En Fontainebleau, prendieron fuego a una pequeña arboleda de abedules y la cruzaron a galope tendido. En Corbeil, pagaron al barquero para que intercambiara con ellos su ropa y, ataviados con gorras azules y amplias calzas, remolcaron la carroza que contenía la indumentaria de las damas hasta una orilla del río y pidieron un rescate por devolvérsela.

A aquellas alturas, el juego había alcanzado su punto álgido entre los cortesanos. Entre Melun y Gien, Thady se jugó y perdió a Piedad Dooly en una apuesta y tuvo que comprometerse a permanecer sobrio durante diez días y a alimentarse solamente a base de gachas y pan negro para recuperarlo. Ninguno de los demás estaba ni remotamente tan sobrio, a excepción de O'LiamRoe. A la vez sorprendido e interesado, acostumbrado por su propia idiosincrasia a mantenerse al margen, entendió por fin que aquel desmadre era a lo que Lymond se refería cuando hablaba de estar de vacaciones. Poco antes de llegar a Gien, tras una de las escapadas

nocturnas en las que se dedicaban a beber sin tregua, cuando el último joven cayó desmayado de la borrachera, O'LiamRoe se hizo con un borrico, metió a su bardo en el cuévano y pagó dos monedas de plata a un muchacho para que lo depositara sobre una gabarra. Lymond, que no estaba en absoluto borracho, se acurrucó sobre la cubierta y se durmió plácidamente por fin.

II Blois: Huellas rojas en el bosque

El perro que rastrea a una mujer y que tiene buen olfato, y el perro que sigue en el bosque la huella roja de sangre de un hombre totalmente desnudo; el perro de caza de ley, el podenco de ley y el avezado perro rastreador; todos ellos son perros totalmente de ley.

La reina María llegó a su vez a Blois sana y salva junto con sus monos y un nuevo vendaje en su regia manita. El personal de la Casa Real, O'LiamRoe y algunos cortesanos habían llegado antes que ella. La Reina regente y sus escoceses arribaron en la misma flota de gabarras. El duque de Guisa y madame de Valentinois acudieron más tarde. Ya sólo faltaban por llegar el séquito real y el condestable.

Cuna y hogar de reyes, el castillo de Blois era un edificio suntuoso. Nada comparable podría hallarse en Escocia. Robin Stewart había admirado desde Gien y a lo largo del río sus tejados azules y sus blancas torres, que se alzaban imponentes tras cada meandro del Loira, así como los estandartes que flameaban en cada torre: las espadas llameantes de Carlos, el puercoespín de Luis, los armiños con barras de Ana de Bretaña, la salamandra de Francisco y las dos medias lunas de Enrique. Al llegar a tierra subió, con todos los demás, hasta el patio del castillo: ante él se elevaba el ya familiar château pintado en blanco y rojo, las altas almenas como malvarrosas y al fondo bajo el imponente arco de entrada, que todos salvo el Rey habrían de cruzar a pie, el interior del castillo.

Rodeando el patio interior de planta cuadrada, Carlos de Orleáns, Luis y Francisco se habían construido, en su día, un ala cada uno, a cual más fastuosa. Por doquier seducían al admirado observador grifos y molduras, puttis y hornacinas, la escalera de abigarrado remate y la piedra tallada con esmero, como si de brocado se tratara.

Para la mayoría de los escoceses que allí se hallaban, resultaba terreno demasiado conocido como para comentarlo. Entraron y, tras el inevitable caos inicial, se instalaron en sus aposentos habituales. La reina regente de Escocia se quedaba en la estancia reservada, algo aparte, para los de Guisa, situada en el ala Luis XII, con vistas al patio interior. Los hermanos de la Reina, aunque pasaban la mayor parte del día en el castillo, pernoctaban en la Rue Chemonton y los nobles de su séquito habían sido instalados en casas particulares en la ciudad, con variada aceptación por parte de los forzosos anfitriones. En el ala opuesta, la del viejo Carlos de Orleáns, se alojaban los irlandeses.

Era fácil dar con ellos. Unos días más tarde, Jenny Fleming, que quería encontrarlos, siguió simplemente el rumor de la música a través del patio interior.

Con su rebelde cabello bien cubierto con la capucha, cruzó el patio empedrado y subió por la escalera hacia el ala sudoeste. A partir de allí, su excelente oído la guio sin problemas.

Abrió la gruesa puerta de madera bellamente tallada y policromada y entró en una confortable estancia. El ujier de palacio se había mostrado generoso con O'LiamRoe y su pequeño séquito. La habitación tenía el suelo embaldosado, las blancas paredes cubiertas de tapices y una cama con dosel con hermosos adornos de carey y marfil en la que Jenny imaginó, encantada, a Thady Boy y a O'LiamRoe durmiendo uno junto al otro sobre los almohadones de plumas. Estaba amueblada, además, con algunos baúles y un secreter, dos bancos y una butaca, varios taburetes y un reclinatorio. Algo apartado, junto al balcón, un pequeño cabinet estaba destinado a alojar a Piedad Dooly.

También había una espineta con el monograma de Diana de Poitiers. Jenny divisó a Thady Boy, vuelto de espaldas, con un aspecto bastante fuera de lugar en aquella sofisticada estancia. Tocaba la espineta de manera correcta pero impersonal, como si estuviera pensando en otra cosa. Ante el chasquido del pestillo dijo, sin volverse:

—Marchaos.

Jenny Fleming cerró sin inmutarse, encantada con la situación.

—No sabéis quién soy.

Él continuó inmutable, sin hacer ademán de darse la vuelta.

—Sí lo sé. Marchaos lady Fleming.

Ella sonrió y, balanceando su bolsito, le dio con él en el hombro.

—¿Sabéis que estáis solo? Solo como una pobre tortuga sin caparazón. —Siguió sonriendo y, rodeando a Thady Boy, fue a situarse ante él, colocando sus manos sobre la espineta—. Mi dulce ollave, habéis vuelto a perder a O'LiamRoe.

—Por mí puede irse al infierno. Estoy harto —dijo Lymond— de jugar al escondite con O'LiamRoe.

Sentada en un taburete, Jenny estudió su rostro: la barba incipiente, las ojeras producto de las turbulentas jornadas. Su cabello teñido y despeinado cayendo sobre su frente disminuían la habitual distinción de aquella hermosa cara.

—Parecéis ligeramente falto de sueño —dijo.

—Podría quedarme dormido de pie.

—Se supone que debíais estar pegado a O'LiamRoe. Cosido al forro de sus calzas, siguiéndole a donde quiera que fuera.

Un largo dedo golpeó rítmicamente la espineta.

—Pero eso os privaría del placer de decirme vos dónde se halla.

—Está en las perreras.

—Rebosando información absolutamente inútil, como una clepsidra. El poder de los bardos es limitado, desgraciadamente. Desaparece en menos que canta un gallo y

reaparece en el lugar más insospechado. Pero eso sí, cuando no quiero encontrármelo, se halla indefectiblemente a mi lado.

—¿Está nervioso acaso?

—No, que yo sepa.

—Pues debería estarlo, querido, aunque sólo fuera por... ¿Habíais pensado que era d'Enghien el que entraba, verdad?

—Pues no. Suele llevar un perfume algo diferente. Creo que deberíais marcharos.

Siempre tenía que morderse la lengua con lady Fleming. Era demasiado experta en sacarle de quicio. En lugar de irse, sacó un espejo de su bolsito y se lo puso delante para mostrarle su desaliñado aspecto. Hecho esto, lo metió de nuevo dentro.

—No es menester que os pongáis nervioso.

Lymond esperó a que la dama saliera para reírse con ganas ante tanto descaro.

Aquella misma tarde, O'LiamRoe, tumbado en el césped, jugueteando, trataba de zafarse de un lebrél irlandés de nombre Luadhas, de pelaje desaliñado y rizado.

El día era agradable, lucía un sol rojizo y el aire era vivificante. Una llovizna temprana había rociado el césped, con lo que el Príncipe tenía empapados los calzones y sucios de tierra los hombros de su jubón. Se encontraba solo. Los demás perros estaban fuera, corriendo y ladrando, revolcándose en el parque, cayendo y brincando. Spaniels prestos a señalar y a traer las presas. Galgos altos y enjutos. Mastines de orejas caídas, dispuestos a perseguir jabalís; fieros perros de presa, de cráneo achatado, y los veloces cachorros de Souillard, los famosos perros de caza blancos de Su Majestad, que jamás ladraban sin verdadera causa. Con ellos solían ir los lebreles irlandeses, Luadhas y su hermano macho, cada uno de casi un metro de altura. Eran estos últimos unos perros robustos, de gran osamenta, de unos sesenta kilos de peso cada uno; tenían el pelaje a manchas, el morro fino, el lomo arqueado y la noble cabeza algo chata a la altura de la frente; su enorme fuerza los hacía muy útiles en la caza del lobo.

Enfrascados en su juego, O'LiamRoe y su lebrél no oyeron las pisadas hasta que el recién llegado estuvo cerca. Las dos cabezas irlandesas, una rubia y otra greñuda y rizada, se volvieron al unísono cuando Thady Boy llegó hasta ellos. El irlandés pronunció un juramento en voz baja. O'LiamRoe acababa de comprar el lebrél para regalárselo a Oonagh O'Dwyer y la llegada de Thady le resultaba bastante inoportuna.

Cuando su secretario estuvo lo bastante cerca para oírlo, el Príncipe, brillantes sus azules ojos, dijo en tono suave:

—A fe mía que sois un muchacho inquieto; esta vez os habrá costado bastante dar conmigo. Aunque me mataran y metieran en un armario como a Callimachus, vos acabaríais encontrándome.

—Lo cierto es que agradecería que cooperarais un poco —dijo Thady Boy mientras se ponía en cuclillas y levantaba la pata de Luadhas observando su gran tamaño y sus uñas largas y curvadas. Después siguió hablando sin acalorarse. Se había auto impuesto la tarea de no perder de vista a O'LiamRoe, pero este era, ciertamente, libre de arriesgar su vida todo lo que quisiera.

—Lo que siento —dijo afable O'LiamRoe— es que padezcáis semejantes quebraderos de cabeza, con la delicada situación en la que os halláis, en medio de tan complicados intereses. Tomároslo con calma, mi inquieto muchacho. Francia es un ama peligrosa. ¿Dónde está vuestra risa? ¿Dónde vuestra alegría? No nos olvidemos de vuestras recientes quemaduras...

—Sus demandas y argumentos resultan algo más ardientes que los vuestros, eso es todo —dijo Lymond sonriendo, tumbado, él también, sobre la hierba.

Dejándose llevar como siempre por su tendencia a filosofar, O'LiamRoe siguió con el tema.

—Cierto. Como también hay que reconocer que hay algo que vosotros los escoceses y estos incendiarios galorromanos tenéis, que los furiosos y mal pertrechados muchachos de mi patria chica no tendrían, en el caso de que se decidieran a enfrentarse a Inglaterra. Me refiero a ser guiados por la Realeza: la inspiración divina de los reyes no yerra nunca. La voluntad de vuestros divinos Soberanos es acatada por el pueblo entero. En Irlanda, lo que dispone Sean O'Grady de Cork se seguirá como mucho en Cork.

Thady Boy, haciendo caso omiso de la empapada hierba, escuchaba relajadamente.

—¿Y qué opináis sobre el culto a su divina persona? ¿Cómo encontráis la vida en este círculo privilegiado?

—¿Os referís a gastarse cuarenta millones de libras en vestidos italianos y cosas del estilo? Amigo mío, eso es tan viejo como el mundo —dijo O'LiamRoe—. Así ha sido desde los reyes celtas en adelante. Poder y lujo. Pintura, escultura y música. Poderosas campañas, arduo deporte, magníficas veladas y agradable conversación. Unos cuantos nobles consiguen realmente estar a la altura, pero los demás sólo lo aparentan, hasta que uno se toma la molestia de observarlos detenidamente durante el tiempo suficiente para verlos realmente cómo son. Y también los artistas se dan de puñaladas entre ellos. La mayoría —dijo tranquilamente O'LiamRoe— haría mejor en sanear su propia hacienda en vez de sumarse al lujo y al boato que rodea al Rey.

—Stewart opina que es la perfección suma —dijo Thady Boy distraídamente—, la felicidad incomparable, la comodidad sin límites, el placer incontestable, la alegría suprema. Pero no consigue acceder al círculo privilegiado; esa es la única pega que le encuentra.

—Por mí le cedo encantado mi habitación... —El anterior dueño de Luadhas

apareció con la prometida correa para el perro—. Estoy detrás de comprarme este lebrel —añadió rápidamente O'LiamRoe.

—En el nombre de Dios —dijo Lymond—. ¿Se puede saber para qué queréis un perro? —Pero tras mirar la ruborizada cara de O'LiamRoe, se contestó inmediatamente a sí mismo—. Por supuesto —continuó—, para cortejar a una damisela de rancio abolengo... Excelente táctica, querido mío. Aunque apostaría a que las perreras de O'Dwyer deben de estar ya a estas alturas repletas de lebreles irlandeses... O más bien franceses. Pero haced como queráis. ¿Habéis comprobado ya que el animal esté en buenas condiciones? Decidle mañana a Piedad Dooly que se dé una vuelta con ella para probarla.

El lebrel irlandés llamado Luadhas se irguió en toda su estatura levantando su alargada y bizantina testa. Se estiró cuán largo era y después se sacudió con fruición agitando su revuelta pelambreira. O'LiamRoe estornudó y Thady Boy soltó una risilla. El inmenso perrazo, mirando ansioso al príncipe de Barrow, le lamió la mano. O'LiamRoe contempló al can, complacido y a la par que conmovido. Ahora que Lymond ya estaba enterado, lo cierto es que para nada se sentía avergonzado de su adquisición.

A Robin Stewart, que asistía con cierto regodeo personal el incombustible galanteo de O'LiamRoe, también le tocó su parte de diversión a cuenta de la canina adquisición. Fue él quién, yendo a Neuvy, tuvo el placer de comunicar a la señora Boyle que el irlandés y su proyecto de regalo estarían a su disposición en la cacería del día siguiente. La joven se mostró incommovible y hasta impaciente, pero no así Theresa Boyle quien con malicioso entusiasmo comenzó inmediatamente a hacer planes para asistir junto con Oonagh O'Dwyer a la captura de la melancólica liebre, considerada la reina de todas las cacerías, que tendría lugar al día siguiente en Blois.

La cacería comenzaba en un bosquecillo que a aquella temprana hora se hallaba cubierto de blanca escarcha; partirían a través de una hilera de robles y carpes que se alzaban junto a un par de vetustos castaños de grueso tronco.

La noche había sido fría, pero el sol, que comenzaba a asomarse tímidamente por entre las ramas de los árboles, empezaba a disipar las sombras y descubría, poco a poco, a los madrugadores participantes.

Ataviados en terciopelo gris, reían, desmontados, tratando de calentarse junto a unos pocos braseros que, diseminados aquí y allá, resplandecían como salamandras rojas en medio de la blanca escarcha. Mozos, pajes, perreros, muleros, se atareaban entre la abigarrada multitud. Se habían dispuesto bajo los árboles unas mesas bajas con cestos bien provistos de avituallamientos de los que comenzaron a salir vinos y manjares diversos para alimentar a los cazadores; los perros, salivando con la lengua fuera, acechaban la comida pegados a los blancos manteles y tenían que ser

constantemente espantados por los atareados mozos.

Margaret Erskine llegó tarde, al igual que el reducido séquito de la pequeña Reina. María había estado enferma y pasando en vela buena parte de la noche. Margaret Erskine y Jenny Fleming la habían acompañado hasta que, por fin, a altas horas de la noche, el sueño había rendido a la pequeña. A las cinco de la madrugada, Margaret había tenido que ocuparse de despertar a James y a Agnes, calmar a María, vestir y preparar a la adormilada niña y sacarlos a todos al patio del castillo para, finalmente, reunir a los hermanos de Tom junto con sus mozos y los pajes y caballerizos de su propio séquito. La tarea, en definitiva, había resultado extenuante, y no había ayudado nada precisamente que Jenny le hubiera comunicado, envuelta en su espléndida bata con adornos de piel de lince y rodeada de una nube de perfume de almizcle, que ella se retiraba a dormir y planeaba despertarse tarde y prescindir de la cacería. La fascinación que su madre pudiera sentir por Lymond pasaba claramente a un segundo plano a las cinco de la mañana.

François, duque de Guisa, un joven espléndido de cuidada barbita, agraciada sonrisa e importante nariz, iba a ejercer aquel día de montero mayor. Cortés y diplomático hasta el exceso, el duque, en ausencia del Soberano, hubiera debido dirigirse a la querida oficial del Monarca para pedir su aprobación y consejo sobre el programa de la cacería. Aquel día sin embargo, de mutuo acuerdo, ambos, Diana y el propio duque, habían decidido dirigirse a la pequeña María para solicitar su oficial y cortés *placet*. Su tío, arrodillado ante la niña con expresión seria, discutió con ella el lugar donde pensaban encontrar más piezas, el número de liebres a cazar y el sitio idóneo para montar un puesto donde pudiera aguardar una jauría de refresco, necesaria en el caso de que las presas no fueran en la dirección prevista. Cuando las consultas acabaron, Margaret vio cómo la pequeña montaba en su caballo, el rostro radiante, sin rastro alguno del cansancio de la agitada noche.

También ella se dirigió entonces hacia su jaca bretona. Montó a lo amazona y aguardó mientras recolocaba los pliegues de su falda gris.

Involuntariamente buscó con la mirada a los irlandeses. Divisó a Thady Boy a lomos de un rollizo jamelgo. Junto a él, sobre un inmenso semental de un color pardo ratonil, se hallaba O'LiamRoe. El arquero Stewart se separó de ellos para cabalgar al lado de un grupo de compañeros. Poco a poco, los perros de caza fueron desapareciendo para ser colocados en sus puestos. El desayuno fue retirado y las mesas recogidas. Margaret vio a O'LiamRoe dirigirse a Dooly, quien llevaba bien sujetos dos inmensos lebreles que gemían y protestaban. Tras un crujido en la maleza y un rechinar metálico de carruaje, fueron anunciadas las mujeres irlandesas, que llegaban desde Neuvy.

La señora Boyle, enfundada en una gruesa capa que le daba el aspecto de un puercoespín, sus grises cabellos saliendo bajo su bonete, presentó sus excusas al de

Guisa hablándole con desparpajo, su expresiva boca surtida de dientes apiñados moviéndose sin cesar en el curtido rostro. Después, llevándose a Oonagh consigo, apartaron sus monturas hacia un lado.

Ambas mujeres llegaron hasta O'LiamRoe y se detuvieron a su lado bajo la atenta y expectante mirada de toda la partida de cazadores. Theresa Boyle dirigió su mirada al Príncipe, cuyo estrafalario atuendo destacaba tanto como el de ella, y luego al enorme perrazo a su lado.

—¡Santísimo Cielo! No podía creerlo, y eso que ha sido la comidilla de la corte estos últimos días. Se comentaba que el espléndido y noble príncipe O'LiamRoe había adquirido el lebel más hermoso que verse pudiera. Más espectacular que el propio sol en su carro de fuego. ¿Decidme, qué pretendéis hacer con semejante hermosura de bicho, mi querido Príncipe?

Dos pares de ojos, de hombre y can, estudiaron a la señora Boyle y a la joven junto a ella. Los caballos, impacientes, pifaron rompiendo brevemente el silencio. A lo lejos podían oírse a los perreros murmurando palabras tranquilizadoras a los galgos mientras caminaban a su lado. Un nutrido grupo de perros de caza, entrenados para guardar silencio, se rascaban sentados sobre sus cuartos traseros.

Margaret Erskine, que conocía a O'LiamRoe de su encuentro en la ribera de Ruán y por los hilarantes y sofisticados comentarios de su madre, se sintió presa de una enardecida indignación. Inclinandose hacia la Reina, le murmuró algo mientras le daba ostentosamente la espalda a Thady Boy, con el semblante imperturbable este.

La voz de O'LiamRoe sonó serena en medio del imperante silencio.

—En efecto, tengo entendido que es una perra veloz y noble. Su nombre es Luadhas y tanto ella como yo confiamos en que vos y vuestra señora sobrina la aceptéis como presente —dijo el Príncipe ligeramente ruborizado.

Oonagh O'Dwyer se erguía inmóvil sobre su montura, cual pétrea diosa marina; su negro cabello ondulante sobre su larga capa parecía lo único vivo en aquella bella estampa. La señora Boyle, soltando un grito se volvió hacia su sobrina y la agarró con fuerza de la manga.

—¿No es acaso el más gentil de los caballeros perreros? Y tímido, además, mirad lo ruborizado que está. Dadle las gracias Oonagh. *Ná buail do choin gan chinaid*, se dice.

Las últimas palabras posiblemente no alcanzaron a Oonagh O'Dwyer quien, mientras su tía hablaba se había quitado un guante e inclinandose hacia la perra, había hecho chasquear sus largos y masculinos dedos. El lebel irlandés, sujeto por un huraño Dooly, movió hacia la joven su chata cabeza y tras dar unos pasos en su dirección, trotó hasta ponerse a su lado. Con su largo brazo, blanco y liso, Oonagh acarició brevemente al animal. Después, enderezándose, Oonagh volvió a ponerse el guante y sujetó las riendas con firmeza.

—Habéis hecho una buena adquisición, príncipe de Barrow. Es un hermoso animal —dijo la joven con voz cantarina, el rostro serio y la espalda bien tiesa—. Ahora veamos si también sabe correr.

Tras pronunciar aquellas palabras, como si de una señal se tratara, la partida de cazadores dejó de prestarles atención y se puso en movimiento. El duque de Guisa, con un trote perfecto y silencioso, pasó junto a ellos y se puso al frente de la partida. A su lado iban la duquesa y la Reina, seguidas de su séquito. El duque hizo un alto, se volvió y le vieron alzar el brazo. A continuación sonó el cuerno de caza.

Tensos, alegres, nerviosos, cabalgando con maestría, exquisitamente ataviados, altivos en la flor de su juventud, los caballeros de Francia salieron del claro y se adentraron en la espesura. Durante aquella soleada mañana, recorrieron los relucientes bosques esparciendo con ellos un caleidoscopio de colores y brillos diamantinos, de grises y verdes que se fundían con el color de ramas y praderas, como extraídos de una antigua fantasía poblada de siluetas que se materializaban entre la fronda de ramas, helechos y rizoma. Telarañas, crines, melenas y barbas, un mismo entramado de filamentos color humo. Brillaba la escarcha, relucían las joyas, rojas y gruesas, como una rosaleda de anillos. La tierra y los animales lucían espléndidos atavíos. Enjaezados de brotes, los robles igualaban el esplendor de las perlas y el musgo bajo los cascos de las bestias extendía un hermoso manto que en nada desmerecía la belleza de los ropajes de los jinetes. El rostro de O'LiamRoe estaba teñido de entusiasmo. El de Diana se veía alerta, bañado en sudor y cremas, y el de Margaret y la niña mostraban un lindo y brillante arrebol. Por último, el duque de Guisa, como el astro rey, dirigía la montería con majestad y esplendor.

Había multitud de liebres. Aquellas criaturas, símbolo de amantes y hermafroditas, podían recorrer hasta siete kilómetros a gran velocidad y dejar atrás a una jauría de treinta galgos. Rápidas y astutas, desaparecían en un abrir y cerrar de ojos en cuanto aparecían los perros, saltando sobre sus ágiles y alargados miembros, con sus blancas colitas tiesas, tratando de esquivar a una nueva jauría que se les echaba encima.

La montería no tenía lugar en un coto cerrado sino en terreno abierto; entre una espesura poblada de nogales dispersos y matorrales, de álamos y fresnos, de brezo, saúco y alisos, de tojo y endrino y de los rastrojos de una cosecha de cereal. En la zona de los trigales, las liebres adultas, acostumbradas a hacer su agosto, pilladas fuera de sus guaridas, se dispersaron en una carrera despavorida. Entonces, los perros más veloces tomaron la delantera a los rastreadores, con el líder a la cabeza. Resonó el *Laissez courrer*. La persecución prosiguió colina arriba y más perros adelantaron a los que se habían puesto en cabeza mientras los cuernos de caza atronaban y los perreros dirigían a sus canes.

O'LiamRoe, príncipe de Barrow, el dorado cabello al viento cayéndole sobre su

lanuda capa frisada, con aquel extraño e innato instinto que le caracterizaba, había elegido bien. Luadhas corría en el tercer relevo junto con los canes más veloces y preciados, sus largos miembros y arqueado lomo galopando como si nadara, la achatada frente y el románico morro levantados delicadamente. O'LiamRoe, con el alma en vilo, lo observaba fascinado, sin percatarse siquiera de que Oonagh O'Dwyer no le quitaba ojo a él.

Robin Stewart estaba pendiente de la situación y no se le escapaba nada. Cabalgando cerca, sin prestar demasiada atención a la cacería, se encontró con la mirada de Thady Boy y le hizo un guiño con evidente intención. Pero Thady Boy, que tenía sus propias y acuciantes preocupaciones, aprovechó la primera oportunidad y desapareció de la vista sobre su jaca pía.

Apareció una liebre, veloz, de unos cuatro kilos, de color gris, astuta y rechoncha, agotada por la persecución de los perros, buscando refugio y corriendo en círculos. La habían guiado hacia el lugar donde aguardaba la última jauría. O'LiamRoe, no era el único que, estimulado por el sol y el frío viento, la silla de montar caliente y el rumor de las voces y el cuerno de caza, esperaba ansioso la llegada de su adorado lebrél Luadhas. La perra estaba allí, tensa, aguardando, con el pelo del lomo erizado. A su lado, con una gruesa correa alrededor de su muñeca, esperaba también uno de los mozos de Rey. Pero entre los polvorientos restos amarillo grisáceos de los rastros del pasado año, una figura agazapada, de moteada piel, acechaba también, echada sobre sus gruesas patas, inmóvil sobre la blanda hierba, con una cabeza pequeña con una máscara sobre los ojos. Sus orejas, separadas y peludas, la redonda nariz y la marca en forma de lira alrededor del morro, parecían encerrar todos los antiguos secretos de la naturaleza: uno de los guepardos del Rey había venido de caza.

No era difícil imaginar quien había tenido la idea de traerlo. Había sido Robin Stewart, malicioso y celoso, quien había forzado a O'LiamRoe a presentar, tímida y prematuramente, su regalo a la joven irlandesa. De eso Thady Boy estaba seguro. Ahora, la buena impresión causada por Luadhas había quedado anulada de un plumazo por la exótica presencia del felino y Robin Stewart, que había planificado bien la jugada como demostraba su regocijada expresión, buscó de nuevo con la mirada a Thady Boy mientras todos permanecían pasmados e inmóviles, los agotados perros bien sujetos y los caballos en silencio. Ante ellos, en la vacía llanura, tan sólo la liebre se movía.

El duque de Guisa levantó una mano. El mozo le quitó la máscara al guepardo. El felino se estiró arqueando el moteado lomo y después comenzó a moverse sigilosamente en dirección a la liebre. En un segundo, el animal saltó como un relámpago sobre su presa y la liebre, lanzando un débil grito, fue muerta.

Oonagh O'Dwyer, su claros ojos brillando como ascuas, se arrodilló junto al

mozo mientras el felino consumía su recompensa. Después, tras ponerle de nuevo la máscara y el collar, el animal fue enganchado al arnés de su traílla. Encantados con su nuevo juguete, los cazadores se pusieron en marcha. El sol en su cénit iluminaba a los jinetes galopando, proyectando sobre ellos su blanca luz y coloreando sus siluetas con tonos dorados y bermellones, como si de un libro de horas se tratara, mientras hombres y animales evolucionaban a través de la ondulante vegetación. El guepardo, tenso y silencioso, enmascarado como un ejecutor, iba sentado en un cojín sobre el caballo más audaz. Junto a él cabalgaba Oonagh O'Dwyer, su negro cabello suelto flotando al viento, sus ojos de sirena iluminados por un fuego de tintes verdosos, tan intensos como los del felino. Los perros, sujetos con correas, seguían acompañándolos, aunque ya no serían empleados en la caza. El reinado de Luadhas había sido breve.

El incidente ocurriría con la última liebre del día. La cacería, con la sinuosa violencia del guepardo, con su forma mecánica de matar, se había impregnado de tremenda excitación, pero había quedado desprovista del rigor habitual. Ya hacía un buen rato que O'LiamRoe, sin hacer ningún comentario, se había retirado a la retaguardia. Simultáneamente, el pío jamelgo del bardo había ralentizado su paso hasta colocarse a su altura.

La liebre se había refugiado en su madriguera aguardando a que el terreno estuviera despejado. Después, como una tromba, había saltado a campo abierto y corrido durante dos kilómetros hasta detenerse. Luego había sorteado todos los obstáculos: una valla, un pequeño murete, unos tocones. Había seguido un camino trotando en zigzag durante un rato para luego cambiar de dirección. Al poco continuó en línea recta y los cazadores se dieron cuenta de que la habían perdido. Su olor, debilitado inicialmente, volvió a ser detectable entre la maleza, fresco e intenso, y los perros rastreadores se apresuraron a seguirlo, excitados y jadeantes. Pero la liebre había retrocedido sobre sus propias huellas, dejado un nuevo rastro y luego desaparecido. Los jinetes hicieron un alto y el cuerno resonó llamando a reunión.

La partida de cazadores agradeció la parada. Se reunieron en grupos de dos y de tres en el lindero de un nuevo bosquecillo. El sudor de animales y jinetes ascendía en nubéculas que se evaporaban al calor del sol. Ante ellos se extendía una amplia pradera parcheada de tojo y maleza, bañada a lo lejos por un helado torrente de aguas grisáceas que se perdía tras la alfombra de hierba y aulaga en un distante y singular bosquecillo de matorrales.

Mientras aguardaban, se dedicaron a charlar entre ellos. Margaret Erskine se acercó brevemente a O'LiamRoe y alabó amablemente su lebrél. Sin embargo el Príncipe prefirió hablar de la Reina, quien montaba francamente bien para su corta edad. St. André, de pie junto a la pequeña María, le ajustaba uno de los estribos. Las monturas se revolvían algo inquietas a medida que se iban enfriando. O'LiamRoe,

con expresión pensativa, observó al bardo montado a su lado.

—Thady Boy, entre la pérdida de esta última liebre y que no han atentado contra mi vida, seguramente os sentiréis de lo más decepcionado.

—Callad, hombre. El día no ha acabado todavía. Aún queda lo peor por llegar —dijo Thady, sin que su voz o su oscuro rostro acusaran el inesperado comentado—. Fijaos en Piedar, tiene las piernas hechas mantequilla.

En aquel momento el cuerno anunció que habían hallado la liebre. Con el pulso acelerado, los cazadores se pusieron de nuevo en marcha.

Una liebre agotada y lejos de su guarida no suele moverse en círculos. Una liebre agotada, más bien suele correr monte arriba: si la liebre en cuestión es astuta y adulta y se encuentra cerca de otra liebre más joven, suele provocar a esta para que se exponga primero y con su olor confunda a los perros menos experimentados o débiles, que irán tras el nuevo animal.

Así ocurrió en aquella ocasión. La liebre adulta se lanzó hacia la pradera con la mitad de la partida, dividida, tras ella, mientras los perros rastreadores en el bosque seguían a la nueva presa. El duque, Diana, la pequeña Reina y las damas de Neuvy fueron en pos de la liebre adulta y el resto, en el bosque, con la jauría ladrando a todo meter, quedó persiguiendo a la más joven.

Fue una mala caza y una persecución poco rigurosa, pero la jornada tocaba a su fin y las normas y etiqueta se estaban relajando. Los dos grupos de cazadores fueron cada uno tras sus respectivas liebres, sin saber, ni a decir verdad importarles realmente, cuál de los dos animales era el que habían perseguido originalmente. Entonces, en medio de la extensa pradera, la partida del de Guisa cazó a su presa.

Las irónicas y jubilosas exclamaciones y el bramido del cuerno llegó a los oídos de la partida menos afortunada del bosque. La segunda liebre, evidentemente más fresca que su compañera, había conseguido alejarse de los cazadores y estos y sus monturas se hallaban demasiado cansados para seguirla. Pero St. André, irritado por el griterío, continuó tras la presa con O'LiamRoe cabalgando a su lado codo con codo. Tras ellos, junto con un pequeño grupo de jinetes, perreros y canes, silencioso y tenso sobre su cojín, el guepardo, con la negra máscara puesta, cabalgaba también.

El cuerno de caza no sonaría esta vez para darles tregua. Galoparon a la izquierda del torrente, a lo largo del frondoso lindero de la pradera hasta que el terreno dio paso a una zona de rastros y más allá comenzó a evidenciarse la turba calcárea que subyacía debajo. Habían llegado a una zona plagada de pequeños cráteres y canteras abandonadas; estaban ya bastante cerca de las márgenes del Loira. Robin Stewart, cabalgando en la mitad del grupo, pudo oír a O'LiamRoe proferir un juramento. En aquel terreno abrupto y quebrado, podían dar la liebre por perdida.

Pero repentinamente la suerte les sonrió. Un hombre de mediana edad, salido de la nada, se materializó ante ellos algo alejado, vestido con ropa de trabajo y comenzó

a dar brincos y a agitar su gorra. Posiblemente, en alguna ocasión anterior, su ayuda le habría reportado alguna corona; esta vez, sin duda, obtendría incluso más. La liebre, espantada por el hombre, dudó por un momento y, acto seguido, optó por dirigirse hacia la pradera, en campo abierto.

Ante ellos, el amplio campo de tupida hierba se extendía cuesta arriba en dirección al torrente y al lugar donde el resto de la partida esperaba, sus siluetas destacándose oscuras contra el helado azul del cielo. Si la perseguían, caería directamente en las manos del duque y los suyos.

St, André levantó el brazo. Los jinetes se detuvieron sudorosos y agitados tras él. Los más rezagados continuaron sorteando los baches y huecos del cárstico terreno. Siguiendo su indicación, el mozo se adelantó con el guepardo. El mariscal habló. A una orden suya, con mano rápida y diligente, el collar y la máscara fueron retirados; los ojos castaños del felino, de mirada vidriosa, se dirigieron directamente hacia su presa. Las manos enguantadas del mozo levantaron del cojín al animal sujetándolo por los costados y lo depositaron en el suelo. El guepardo se agazapó, su moteado lomo pegado a la tierra, las orejas hacia atrás, preparándose para saltar. Como un latigazo, la columna vertebral del animal se expandió y propulsó en el aire; en un abrir y cerrar de ojos, el felino galopaba por la pradera en pos de la liebre.

A pesar de su silenciosa carrera, la liebre le oyó venir. El animalito respondió lanzándose hacia delante a grandes saltos, sus oscuras orejas sobresaliendo de la alta hierba. Volvió a saltar. En aquel momento, durante unos instantes, a la altura de su cuello, un destello verde deslumbró a los observadores e inmediatamente volvió a perderse entre las sombras.

St, André se quedó petrificado. Sobre el caballo pío, Thady Boy entrecerró los ojos. Pero Robin Stewart, el más familiarizado con la Casa Real de todos ellos, supo al instante de qué se trataba. El guepardo, implacable como un torrente de lava, corría al máximo de su potencia y Robin Stewart, impulsando a su caballo hacia delante, se lanzó tras él. Sus palabras resonaron en el aire helado y cristalino:

—¡Maldita sea! ¡Es el lebrato! ¡Estáis dando caza a la liebre de la Reina!

Fue oído a ambos lados de la pradera. Durante unos segundos nadie más se movió. En los ruborizados rostros podía detectarse bien palpables, el pánico, el desconcierto y la rabia. La muerte de una mascota real no era, ciertamente, la mejor manera de ganarse ningún favor. De entre todos los jinetes que acompañaban a St. André, tan sólo la expresión de O'LiamRoe mostraba algo de pena. Thady Boy permanecía tan silencioso como hasta hacía poco lo había estado el guepardo en su cojín. El pequeño lebrato no tenía escapatoria. Había conseguido atravesar el riachuelo y se encontraba a mitad de la empinada pradera, pero el felino acertaba distancia a gran velocidad, su flexible lomo de moteado pelaje, amarillo y fugaz como el humo. Robin Stewart, cabalgando sobre su extenuada montura no tenía

ninguna posibilidad. A aquellas alturas, era para todos evidente que ninguno de los caballos en ninguno de los extremos de la pradera podría alcanzar a la liebre de la pequeña reina María antes de que lo hiciera el guepardo.

La liebre empezaba a mostrar signos de agotamiento. El animalito, cual ofrenda a los jóvenes amantes consagrada a Venus, criado con tomillo silvestre entre el dulce sonido de las flautas, aquella pequeña criatura con su collar de esmeraldas no había tenido ni en la peor de sus pesadillas que vérselas huyendo en aquella especie de bosque de bambú a la orilla de un Ganges donde la muerte siempre acecha. En aquel momento corría con los ojos en blanco y la respiración entrecortada, sumida en un paroxismo de terror al sentir las silenciosas pisadas de las poderosas zarpas del felino aproximarse inexorablemente. Siguió su desesperada carrera hasta que, a través de la ondulada hierba, alzándose sobre los distantes ladridos, sobre el resoplido de las cansadas monturas y el rumor de los comentarios proferidos en voz baja y tono inquieto, sobre el tintineo de bocados y jaeces, resonó una voz familiar. Una pequeña yegua blanca como la porcelana comenzó a avanzar en su dirección y un ser de olor y aspecto familiar gritó:

—¡Suzanne!

Con toda la fuerza que le permitieron sus pequeñas y ensangrentadas patas, el lebrato trocó el vacío horizonte en el que le aguardaba su inexorable destino por un nuevo objetivo: la pequeña reina María.

Tras ella, el guepardo cambió también el rumbo, observando con su desapasionada y mesmeriana mirada el infatigable rabito blanco y el pequeño palafrén con su pelirrojo jinete.

El duque de Guisa, clavando espuelas con cruel insistencia, se abalanzó hacia su sobrina. El resto, jinetes y personal de a pie, impotentes, también avanzaron, presas del pánico. Pero adelantándose a todos ellos, desde el otro extremo del campo, una mano de acero aferró la muñeca de O'LiamRoe y la clara voz de Thady Boy pronunció un nombre:

—Luadhas.

Durante unos segundos un doloroso silencio se instaló entre ambos hombres. Acto seguido O'LiamRoe hizo un movimiento y pronunció unas palabras. Incrédulo, Dooly, se inclinó sobre el perro, le soltó la correa y, a una orden del Príncipe, lanzó al lebrél Luadhas tras el guepardo.

La perra era un animal leal, con un corazón noble y honesto, obediente a la voz de su amo. Era capaz de enfrentarse y vencer a un lobo; pero la extraña, hermosa y perversa criatura que parecía deslizarse por la pradera ante ella, era un ser que le resultaba totalmente desconocido. El lebrél corrió pradera arriba, el revuelto y áspero pelo de su lomo flotando por efecto de la velocidad, sus largas patas galopando al máximo de su potencia. La distancia entre el guepardo y la liebre se acortaba con

rapidez, pero pronto pudo verse que entre el lebrél y el felino se reducía aún más de prisa. La fusta de avellano en la mano derecha de O'LiamRoe se partió en dos.

La liebre estaba en las últimas. Con el corazón disparado, sofocada, exhausta y ciega de terror, se guiaba ya solamente por el sonido de los gritos de su ama, su valiosísimo collar reluciendo al despiadado sol.

La yegua color porcelana, cargada con la más ligera y joven de los jinetes, galopaba pradera abajo, por delante de los que la perseguían. A pocos metros ya del animalito, María bajó de un salto de su montura, pero casi simultáneamente llegó también el corcel de su tío. La niña se abalanzó hacia delante. El pequeño palafreñ huyó. El duque, desde su montura, con una mano, acertó a sujetar a María por la capa.

María se tropezó. Lloraba a mares, su revuelto cabello pegado al rostro, mojado por el sudor y las lágrimas que le corrían por mejillas y barbilla. El lebrato atinó a dar un último salto y se quedó quieto y rígido, fuera de su alcance. La niña consiguió liberarse de su tío y se lanzó hacia delante. A poca distancia, la alta hierba se agitó y se abrió.

El duque de Guisa, en un acto de valentía acorde con su joven y temerario carácter, saltó de su caballo, agarró a la pequeña y, cogiendo a la liebre con la otra mano, se la lanzó al jinete más próximo. Robin Stewart recibió a la inerte, cálida y exhausta criatura en sus brazos al tiempo que el Duque colocaba con rapidez a María sobre su montura, subiéndose él mismo a continuación.

Provenientes de ambos extremos de la pradera, los demás jinetes se iban acercando. Pero el guepardo llegó antes que ninguno. Apareció en medio de la hierba, reluciente en su hermosa cara la negra marca en forma de lira, sus fuertes extremidades en tensión, su sedoso pelaje, blanco, dorado y negro. Avanzó hacia el caballo del Duque y la niña, instintivamente, se aferró a la silla de montar. Los ojos color topacio se dirigieron a su pelirroja cabeza y, sin detenerse siquiera, se agazapó y saltó hacia la que, hasta hacía pocos segundos, había tenido en sus manos a su presa. El Duque, protegiendo con sus brazos a la Reina, intentó apartar de la trayectoria a su aterrorizado caballo. Las garras, con las terroríficas uñas desplegadas, nunca llegaron a su regio objetivo. Una esbelta silueta de revuelto pelaje apareció como una exhalación. Se detuvo un instante para, a continuación, lanzarse con toda su potencia hacia el felino. Luadhas, el lebrél irlandés, hacía honor a su bravo linaje.

Aquella lucha sería recordada durante muchos años por los espantados jinetes que la presenciaron. El guepardo y el lebrél estaban enzarzados de tal forma que no existía arma u hombre capaz de separarlos a aquellas alturas. La pequeña Reina fue apartada y puesta a salvo mientras, fascinados por el terrible espectáculo, el resto de la partida asistía enmudecida a la pelea de las dos fieras.

En ningún momento existió la duda sobre cuál de ellas saldría vencedora. Tanto

O'LiamRoe como Lymond lo habían sabido desde el principio. El perro no tenía ninguna oportunidad. Lebrel y guepardo rodaron por el suelo una y otra vez, la sedosa y triangular cabeza junto a aquella otra, alargada y bizantina. Luadhas consiguió clavar sus temibles caninos sobre el sinuoso lomo, que se movía enroscándose y desenroscándose como una sierpe. En respuesta, una garra poderosa se hundió en la cabeza del lebrel, y el revuelto pelo se tino de la oscura y roja sangre del can, que manaba arrebatándole la vida.

La perra tenía coraje. Siguió mordiendo mientras la sangre manaba de su herida, hincando los dientes una y otra vez en el sucio y tupido pelaje blanco amarillento del felino. Agitó la cabeza y el guepardo, magullado y sucio de sangre, consiguió liberarse y retrocedió unos pasos ejecutando una especie de danza salvaje y siniestra. Se produjo una pausa. Después, el guepardo, recurriendo a toda la potencia de su fuerte musculatura, se propulsó en silencio, su silueta arqueada y letal recortándose contra el cielo del ocaso. El flexible cuerpo aterrizó clavando sus afiladas garras sobre el espinazo y la yugular de Luadhas. La perra rugió. Intentó zafarse del mortal abrazo que la envolvía como un manto de piel, las terribles zarpas firmemente clavadas en el dorso. Luadhas se revolvió e intentó liberarse durante largo rato, jadeando y gimiendo suavemente, pero el guepardo no cedió un ápice, resistiendo sus sacudidas. Finalmente el forcejeo acabó. El alargado morro de la perra se abrió, rindiéndose, y el guepardo por fin relajó sus garras, soltando a su presa.

El cuidador del felino, pálido, presintiendo la condena que quizás le aguardara, se acercó con prudencia al animal, cadena en mano. Los ojos castaños, relucientes como ascuas en aquella cabeza triangular marcada con la negra lira, se volvieron hacia él. El guepardo pareció regresar de algún remoto paraíso de sangrienta y heladora lujuria. Pasó cuidadosamente por encima de la desgarrada víctima que yacía a sus pies en sanguinolento amasijo y dirigió su mirada de topacio en derredor, descubriendo el círculo de rostros y caballos que lo observaban petrificados. Uno de los caballos se encontraba algo más cerca que los demás y sobre él, temporalmente olvidada, se hallaba su presa original. Sin previo aviso, el felino, como impulsado por un espíritu diabólico, saltó hacia Robin Stewart, que sujetaba en sus agarrotadas manos al lebrato.

La vieja yegua del arquero decidió que ya había tenido bastante. Al sentir el cálido roce de la piel del guepardo cabeceó espantada, retrocedió y, tras deshacerse de su jinete con una cabriola, se alejó pradera abajo galopando desbocada. Sobre el removido suelo, sobre la hierba destrozada, el felino se agazapó, observando malignamente al caído Stewart con el lebrato aún sujeto firmemente entre sus brazos, perdido ya todo rastro del antiguo regocijo, del indiferente desdén.

Una voz ordenó, apremiante y serena:

—¡Deshaceos de la liebre!

Presa de una especie de obnubilado estupor producto del terror, Stewart intuyó que hacer tal cosa le supondría el fin de su flamante carrera profesional. Permaneció inmóvil mientras observaba petrificado cómo el guepardo se preparaba para saltar de nuevo. Un segundo más tarde el animal surcaba el aire. Sumido en aquella especie de trance, el arquero vio el blanco vientre de la fiera sobre él, el brillo del sol reflejándose sobre sus desplegadas garras, y olió su sangre. Despertando de aquella pesadilla, enfermo de febril esperanza, vio también cómo algo golpeaba y envolvía el herido y arqueado cuerpo del animal, ocultando su orgullosa cabeza, aquella mirada turbia, enredándose entre sus fuertes patas.

Thady Boy le había lanzado el sudadero de su silla de montar. Mientras el guepardo intentaba deshacerse de la manta, las fuertes manos del bardo agarraron con firmeza a Stewart, poniéndolo en pie y, sujetándolo bajo el codo, se lo llevó a toda carrera.

Los jinetes que los rodeaban intentaron con piedras y fustas separar al felino de sus víctimas. Pero no fueron suficientemente rápidos. El guepardo, enloquecido por la ansiada presa, empapado de sudor y con las heridas abiertas, se abrió paso entre ellos y se lanzó en pos de los huidos.

Consiguió darles alcance cuando los hombres, trotando y saltando, habían llegado al irregular terreno en el extremo de la pradera en el que el suelo de turba daba paso a la zona de tupido matorral junto a los quebrados bancales del Loira. Un hilillo de humo, como exhalado por un moribundo oráculo, se elevó durante unos instantes empañando el aire cristalino y desapareció. Stewart se dio la vuelta, sosteniendo todavía en sus huesudas manos el cuerpecillo inerte de Suzanne. El guepardo se irguió ante él como un relámpago de moteada piel.

Stewart se sintió definitivamente superado, sin fuerzas para dar un solo paso más. Era imposible defenderse de un felino enfurecido con las manos vacías. Ni siquiera Thady Boy sería capaz de tal hazaña. Comenzó a retroceder de forma instintiva, la mente yerma, incapaz siquiera de anticipar el dolor que le aguardaba. De pronto sintió que alguien le agarraba del cuello. En el preciso instante en que el guepardo se abalanzaba sobre él, Thady Boy, empujando con todas sus fuerzas al arquero, le tiró al suelo esquivando la embestida del animal.

El suelo cedió. En medio de una especie de traumático y aterrorizado sopor, Stewart cayó y fue succionado por un túnel sobre cuya rugosa superficie, a medida que se deslizaba hacia abajo, sentía chocar caderas, codos y rodillas. Se quedó sin aliento, no sólo del golpe, y ya no pudo ver nada más. Resbalando en estado de total estupefacción, Robin Stewart fue tragado cabeza abajo por la oscuridad.

Se produjo una devastadora sacudida, apareció una ráfaga de luz, un haz de humo asfixiante y sonó un alarido. El arquero abrió los ojos. Se encontraba, el cuello medio dislocado por el impacto, sobre una chimenea de piedra en la que ardía un pequeño

fuego. Este último descubrimiento lo realizó rápida y dolorosamente cuando Thady Boy, siguiendo el mismo camino que él, aterrizó en su regazo de un golpe. Habían ido a caer, en medio de aquel terreno cárstico horadado en innumerables cuevas desde la Antigüedad, sobre el troglodítico hogar del campesino de la gorra. En aquel momento recordó las palabras, proferidas en tono suave, que había oído justo antes de caer y de quemarse el trasero:

«Os merecéis caer vos primero, querido. A cuenta de O'LiamRoe».

Antes de salir al exterior, el arquero cogió del brazo a Thady Boy.

—Me habéis salvado la vida —dijo—. No teníais por qué hacerlo.

Stewart lanzó una postrera mirada hacia el lebrato. Yacía con los ojillos abiertos y las suaves orejas caídas hacia atrás, pero su piel de color miel estaba fría.

—Murió al poco de caer en vuestros brazos —dijo Thady Boy Ballagh—. Por eso os dije que os deshicierais de ella.

Una concurrencia distinta de aquella les habría felicitado por su reaparición, sanos y salvos, de la cueva. La corte de Francia, sin embargo, felicitó y jaleó al guepardo y riendo, se dedicó a sus propios asuntos. Un mozo solícito le trajo su montura a Thady Boy. Stewart, sentado sobre su silla con el trasero dolorido y escaldado, siguió a la comitiva montando bien tieso. El guepardo, vendado, con la máscara puesta y encadenado, estaba de nuevo sentado a la grupa de la montura que guiaba su cuidador, silencioso e inerte como una roca. Los cuernos de caza anunciaron el fin de la jornada y la partida inició el camino de vuelta. El pequeño séquito de la Reina había partido hacía rato. Los hombres más jóvenes trotaban detrás de Thady y el propio St. André se dedicaba a darle conversación, su mano colocada en amistoso gesto sobre la rodilla del otro. El lebrato colgaba inerte de su silla, las verdes esmeraldas brillando a la luz del atardecer.

Atrás, sobre la pradera, un caballo aguardaba aún a su jinete. La señora Boyle se dio cuenta y miró en su dirección. Riendo con ligereza, le guiño el ojo a sus compañeros.

—Mirad, Oonagh, allí está el estupendo regalo que nuestro noble amigo os había ofrecido. ¿Creéis que lo habrá pagado ya o que tendrá que acudir a nosotros para que le hagamos un préstamo?

Le respondió un coro de risas. El eco de las carcajadas flotó sobre los tronchados matorrales, sobre la removida hierba y los deshechos de las antiguas cosechas hasta la húmeda tierra sobre la que O'LiamRoe, su rubio cabello al viento, estaba de rodillas junto a los temblorosos despojos de su perra Luadhas. Con mano estremecida, clavó su puñal sobre el esbelto cuello, acabando por fin con su agonía.

III Aubigny: La audacia de desmentir

Cuatro cosas sustentan el crimen: tentación, consentimiento, incitación y la audacia de desmentirlo.

Aquel otoño Margaret Erskine le escribió a su marido: «Vuestra incombustible lumbrera parece poseída por el demonio».

Y allá en Augsburgo, mientras aguardaba junto al debilitado Emperador entre viñedos y nogales, entre arenosas y pedregosas terrazas, el embajador se preguntaba, conociendo a Lymond, en qué bárbaros asuntos andaría metido o habría embarcado a los suyos aquella vez.

Había transcurrido poco más de una semana desde la cacería del guepardo cuando el resto de la corte llegó a Blois. Ascendieron desde la orilla del río, derramándose e inundando el amplio patio del castillo. La cota de malla del Rey capturó un rayo de sol mientras pasaba bajo el imponente y oscuro arco de piedra. El dorado reflejo se deslizó sobre las ondulantes salamandras del estandarte de su padre y centelleó sobre los peldaños de la labrada escalera a medida que la corte, vestida de blanco y plata y profusamente enjoyada, seguía la estela de su Soberano. O'LiamRoe observaba la escena cual cangrejo entre gaviotas.

Con el Rey, la Reina y el condestable, llegaron también los Infantes. María estuvo encantada de verlos de nuevo. Hasta hacía poco se había sentido a gusto compartiendo su dormitorio con las hermanitas del Delfín, Elizabeth y Claude, pero ahora dormía en la misma habitación que su tía lady Fleming y estaba deseando contárselo a las niñas.

El disgusto por la muerte del lebrato le había durado dos largos días. Su tío la había consolado con ternura hasta calmarla y más tarde, pálida todavía de tanto llorar, había sido llevada a ver a O'LiamRoe para agradecerle su comportamiento.

Pero María sólo tenía siete años. La pequeña enmudeció a mitad del discurso de agradecimiento respirando agitadamente, con lágrimas en los ojos y mordiéndose los labios. El príncipe de Barrow, que padecía un estado de ánimo embarazosamente similar, se arrodilló rápidamente a su lado tropezando ligeramente y le preguntó:

—¿Por qué lloráis, Princesa? Pensad en Luadhas, corriendo veloz en el Paraíso de Shamantide junto al dorado Cormac, acompañado por los antiguos dioses y todos los demás nobles campeones, ileso y feliz. Imaginadlo a los pies del Rey, junto a Bran y a Conbec, descansando pacíficamente. Podéis estar segura de que a estas horas el lebrél y vuestro lebrato habrán compartido un mismo cuenco de leche fresca y que cuando pasen los años y nosotros nos hagamos viejos, ellos seguirán todavía correteando por los azules cielos de Curragh, con sus lindas lenguas bien rosadas y

todos sus dientes bien blancos y afilados. Thady Boy, aquí, os lo puede decir.

Pero Lymond permaneció en silencio. Había acabado de intercambiar las últimas noticias con Margaret Erskine, quien había traído a la pequeña a ver al Príncipe. Ella tampoco tenía ganas de oírle decir ni una palabra más. La ira desatada de la Reina madre tras los sucesos de la cacería le había resultado más fácil de soportar que las agoreras palabras de Lymond, que afirmaba que aquello había sido otro intento deliberado de dañar a la pequeña Reina y a sus amigos. La fuga del lebrato de la casa de fieras se podía explicar en parte por el mal estado de la jaula dañada por el largo viaje. La presencia en el bosque del animalito debía obedecer a una mera coincidencia. Pero Lymond, que había peinado los bosques por su cuenta tras el episodio, había encontrado una pequeña y anónima jaula para presas abandonada cerca del lugar donde la partida de caza había hecho la última pausa tras perder a aquella liebre adulta y astuta. La jaula tenía la cerradura forzada. Posiblemente habían intentado abrirla apresuradamente y al no conseguirlo se habían decantado por desgarrarla burdamente. Después la habían dejado allí tirada. Así pues, parecía que el lebrato había acompañado a la partida durante toda o al menos parte de la cacería, oculta seguramente con alguna capa o paño. La habían soltado justo allí, deliberadamente, para provocar el mayor daño posible. De no haber sido por la perra cuya valentía había sorprendido a todos, la trama podría haber resultado fatal.

A partir de entonces, por expresa orden de Lymond, el cerco protector en torno a la pequeña Reina se había estrechado al máximo. No había momento alguno, de día o de noche, en el que la niña no estuviera acompañada por uno de los Erskine o de los Fleming. Tan sólo Jenny estaba dispensada de vigilarla asiduamente dada su creciente popularidad y su natural resistencia a toda directriz. Mientras tanto, el temor a un próximo intento homicida acechaba en la sombra.

Durante esos días O'LiamRoe no había hecho referencia alguna sobre Luadhas y sintiendo quizás la necesidad de estar solo, se mantenía deliberadamente al margen de los asuntos de su bardo y secretario. Como fuera que la señora Boyle, a su modo excéntrico y positivo, parecía haber olvidado completamente el triste episodio, el Príncipe volvió a frecuentar a la dama y a su sobrina, compartiendo con ellas eventualmente su amplio círculo de amistades. Oonagh, de vez en cuando, parecía incluso mostrarle un asomo de cortesía.

Nuevos amigotes nocturnos, provenientes del círculo franco irlandés e incluso ingleses y algún que otro escocés, se turnaban ahora para visitarle. La gran estancia compartida por bardo y Príncipe rara vez se encontraba ya vacía. Las conversaciones y disputas se sucedían en ardiente francés, gaélico, inglés y latín. La sardónica voz de Thady Boy se dejaba oír ocasionalmente y el rostro de O'LiamRoe parecía mostrar entonces un cierto orgullo paternal. Thady Boy sabía hablar, ciertamente. Y también sabía escuchar.

Enclaustrado debido a la reciente llegada del Soberano, O'LiamRoe no estaba al tanto del importante papel que Thady Boy estaba desempeñando en la corte. El bardo había ido convirtiéndose poco a poco en una presencia cada vez más indispensable. En el *lever du Roi* y en las recepciones, en los bailes y tras el deporte, durante las comidas y tras las festejadas cenas, la presencia de Thady Boy se daba por descontado. Su estilo interpretativo se había puesto de moda. Tocaba para todos ellos, tanto en público como en privado. A aquellas alturas, al Rey, a la Reina, a Diana, al condestable, a Condé, a d'Enghien, a los de Guisa, a Margarita y a todos los demás, el aspecto del bardo no les importaba ya lo más mínimo. De hecho, lo habían olvidado por completo. Lymond había alcanzado por fin su objetivo introduciéndose en su dulce y fría intimidad. Ahora, aquellos largos y finos dedos podrían comenzar a tensar los cables.

Por aquel entonces O'LiamRoe comenzó a encontrarse de vez en cuando la puerta cerrada al regresar a su habitación. Al llamar, una voz de mujer en tono bajo e irreconocible solía contestar dulcemente: «*Non si puo. Il signor é accompagnato*». En otra ocasión oyó una voz de hombre que enmudeció en cuanto O'LiamRoe llamó a la puerta.

Tan sólo Robin Stewart se atrevía a censurar la conducta de Thady Boy o a hacerle recomendaciones.

El Príncipe y el bardo, acompañados por el arquero, habían sido formalmente invitados a pasar dos días en la mansión de lord d'Aubigny.

Desde su llegada a Francia Lymond se había acostumbrado a estar, en cierta manera, pendiente de los problemas y vicisitudes de Robin Stewart. Habitado tras años de lucha a velar por los más débiles, en el caso de Stewart lo hacía de forma automática. Además, aunque no resultara evidente para los demás, Thady Boy, sin proponérselo, era un maestro nato.

Por parte de Stewart, la desconfianza inicial que sintiera hacia el secretario del Príncipe se había ido trocando en una reticente admiración. Ya antes del episodio del guepardo, el arquero había tomado la costumbre de frecuentar cada vez más a Thady. Después de la cacería, su relación con el bardo había empezado a transformarse en algo parecido a una obsesión. Thady Boy, por pura conveniencia, no hacía nada para evitarlo.

Aquel día, mientras buscaba su jubón para ponérselo, escuchaba pacientemente al arquero, que estaba enfrascado en una de sus habituales diatribas. Stewart terminó de hablar y se pasó la huesuda mano por cabello y rostro, revolviéndose el ya despeinado pelo.

—Ballagh —dijo de pronto—, ¿por qué seguís con O'LiamRoe? Cualquiera de los innumerables condes y duques de aquí estaría encantado de teneros a su servicio,

si es dinero lo que buscáis.

Thady Boy cerró las ventanas.

—Creía que os habíais sacado a O'LiamRoe de la mollera de una vez por todas. ¿Qué pasa ahora con él?

—No lo sé —respondió el arquero con brusquedad. El hombre se agachó y recogió su capa. Cuando levantó la cara, estaba ruborizado—. Casi no merece la pena comentarlo, pero... ¡Que el diablo se los lleve a todos ellos! Se pasan la vida vestidos de punta en blanco, ellos y ellas, llevando en el regazo a sus ridículas mascotas, los dedos llenos de sortijas... A menos de que os llaméis Michael Scott o Michaelangelo, o Duns Scotus o Bayard, o seáis un monstruo de siete cabezas y toquéis el arpa, no existís para ellos, os ignoran por completo.

Thady Boy ya se había puesto el jubón y la capa y le miraba de pie, con las piernas algo separadas y las manos entrelazadas a la espalda.

—¿Y puede saberse cual de los despampanantes éxitos de nuestro Príncipe os produce tanta irritación? —preguntó Thady—. ¿Que le expulsaran de aquella cancha de pelota o que vuestro guepardo matara a su lebrella zarpazos? Esto último fue bastante doloroso, por cierto.

—Pues me alegro de que así fuera —dijo Stewart con malevolencia—. Vos no os dais cuenta. Es un mediocre y lo peor es que encima no le importa. Además ni siquiera lo intenta con... —se cortó en seco.

—¿Con qué? ¿Con las mujeres? Eso está por ver. Vos pensabais que os habíais ganado la simpatía de las Boyle, querido mío, pero yo tengo mis dudas al respecto. Y decís que es mediocre. Pero ¿lo es realmente? —preguntó Thady Boy—. Su actual felicidad choca con vuestra forma de pensar. Pero yo le encuentro irritante por otras razones completamente distintas.

—Entonces, ¿por qué seguís a su lado? —Stewart volvió a la carga—. ¿Le debéis acaso fidelidad? ¿Le debemos fidelidad acaso a alguno de esos desgraciados? Si cometierais el menor desliz, podéis estar bien seguro de que se tirarían a vuestra yugular.

La voz del arquero estaba teñida de rencor. La de Thady le respondió en tono relajado y sereno:

—Sois vos, mi querido muchacho, quien debería abandonar este estupendo país. ¿Por qué no os volvéis a Escocia?

Robin Stewart soltó un largo suspiro. El calor proveniente de la chimenea les empezaba a resultar agobiante a ambos, abrigados como estaban para el viaje a la ciudad donde vivía Su Excelencia d'Aubigny. Stewart tenía la áspera piel del rostro perlada de sudor, con las cejas formando una línea recta enmarcando la parte de su cuerpo que sufría la machacona presión de su mente y espíritu.

—Sé que voy a arrepentirme por decir esto —dijo repentinamente el arquero—.

Pero me habría ido ya. Habría partido hace más de una semana, de no ser por vos.

El oscuro rostro frente a él no demostró sentimiento alguno; ni sorpresa, ni placer. Recurriendo a su infinita paciencia Lymond evitó mostrar lo que realmente pensaba al respecto. El bardo se dirigió a la puerta y colocó dos dedos sobre el picaporte.

—Nos esperan —dijo—. Espero que no tengáis que arrepentiros de nada de lo que hagáis de ahora en adelante. Y por lo que a mi respecta... Por lo que a mí respecta, mi galante amigo, pienso que deberíais ir de Francia.

Durante un momento se miraron en silencio, frente a frente. Después, sin esperar la respuesta del otro, Ballagh abrió la puerta y bajó las escaleras raudo y ligero en dirección a las caballerizas.

Al sur de Orleáns, a orillas de un pequeño río que serpentea al este de las verdes, onduladas y pantanosas planicies de La Sologne, se alza rodeada de un foso la ciudad de Aubigny-sur-Nère, cedida ciento veinticinco años antes a John Stewart, oficial de alto rango del ejército escocés destinado en Francia, en pago por sus servicios. La villa había sido bellamente reconstruida tras sufrir dos incendios a manos de los ingleses y un tercero de manera accidental. Actualmente era una ciudad próspera llena de comercios, establos, jardines, mansiones, fraguas, fuentes y talleres, con su estatua de san Martín y su elegante castillo. Allí, bajo los estandartes de leones y salamandras del anterior Stewart, el actual propietario, heredero de aquel otro de idéntico nombre, recibió engalanado a O'LiamRoe, Thady, Dooly y a su guía Robin Stewart. En el castillo de lord d'Aubigny se alojaban también en aquella ocasión sus dos parientes escoceses, sir George Douglas y sir James.

Así pues, aquella inofensiva visita de cortesía se materializó finalmente.

Los muchos y variados intereses de O'LiamRoe ya habían sorprendido a John Stewart d'Aubigny con anterioridad. Aquel día, mientras enseñaba los valiosos tesoros de su hogar al mucho más discreto y bien educado ollave, no pudo evitar sentir una vez más una cierta afinidad teñida de simpatía hacia el excéntrico jefe del bardo, a cuyos labios acudían con familiaridad los nombres de Limousin y Duret, de Rosso y de del Sarto, de Cellini y de Da Vinci, de Primaticcio y de Grolier. Seguido de un amargado Robin Stewart y de un discreto Thady, el Príncipe recorrió alegremente el castillo de Aubigny; acariciaba encantado brocados y orfebrería de plata, admiraba pinturas, libros lujosamente iluminados y tapices, azulejos importados y camas milanesas, taracea florentina, frescos y suntuosos mármoles italianos. Al día siguiente visitaron también otra hermosa mansión que el lord tenía a orillas del Nère. Los dos edificios, de grandes dimensiones, estaban atendidos por numeroso personal de servicio: mozos, caballerizos, damas de honor de la esposa,

pajes y tutores de los niños, doncellas, camareras, camareros, mayordomo, médico, sacerdote, cocinero, portero, panadero, zapatero e innumerables guardas y vigilantes.

D'Aubigny acariciaba con mano fuerte y segura bellos esmaltes y se extendía hablando con erudición sobre los artísticos Pénicauts con aquel acento suyo franco escocés. En aquellos momentos resultaba difícil imaginarlo en el campo de batalla seguido por su compañía de arcabuceros, el olor a caballo ocultando el de las perfumadas cremas. Pero sin embargo había luchado; y había estado en prisión aunque fuera por razones políticas y también había estado al mando de una compañía. A pesar de haber sido tan injustamente juzgado y condenado, la larga privación de los placeres estéticos, entre otros, a la que había estado sometido, no habían transformado sus gustos que seguían siendo fáciles y hasta podía decirse que algo descuidados.

En La Verrerie les mostró un salero obra de Cellini que había recibido como regalo del Rey.

—Fue hace algunos años —dijo d'Aubigny—. Actualmente sus finanzas no van tan bien. Ya no le resulta tan fácil mostrarse tan generoso como a él le gustaría. Con alguna salvedad, claro. Como la de Chenonceaux. ¿Habéis visitado ya Chenonceaux? Es más hermoso aún que Anet desde mi punto de vista. Pero ella no va por allí casi nunca. Ha sembrado trece mil berenjenas en el jardín. Y el Rey le envió el año pasado nueve mil matas de fresas. Ojalá que no lo estropeen. Lo cierto es que continúan invirtiendo dinero en la finca. ¿Habéis visitado Ecuen y Chantilly? Es una pena cuando las cosas no se hacen con buen gusto. Se habla mucho de la Reina, que si se trae perlas de Florencia, que si los muebles que tiene en Blois son así o asá. Florencia se ha puesto de moda últimamente. No hay que olvidar que la Reina se casó a los trece años, una cuna entre dos ataúdes se decía, aunque vos probablemente no habréis oído la frase. Todo lo que sabe de la corte lo aprendió bajo el reinado de Francisco el Narizotas. Y ya sabemos lo que eso significa...

Mientras visitaban y paseaban, los Douglas deambulaban tras ellos. En una ocasión en la que Thady Boy se apoyaba relajado sobre una mesa, una mano de acero le agarró de la muñeca sujetándosela sobre la noble madera, dejando expuestos sus largos y elegantes dedos.

—¿No os parece una lástima a veces que algo como esto no se pueda comprar, John? —preguntó George Douglas a lord d'Aubigny—. O quizás si que se pueda, después de todo.

Tras un primer instante de resistencia la mano derecha de Thady Boy permaneció relajada bajo la presión del otro. Los demás se volvieron a mirar. O'LiamRoe sonrió pero Stewart, mirando la esbelta mano, sintió que le invadía una profunda e inexplicable irritación.

—¿No son tan bonitas por el otro lado, verdad? —apuntó malévolo, el arquero—.

Parece que maese Ballagh debió recoger algunos cuchillos de punta cuando estaba empezando a aprender sus juegos malabares... ¿No es esa la galería de la que hablaba su señoría?

Lord d'Aubigny se aclaró la garganta; sir George, sonriendo, soltó la mano del bardo y el grupito, sin prestar más atención a la escena, continuó su periplo.

Más tarde, en otro momento de la jornada, lord d'Aubigny hizo una ingeniosa referencia al reciente episodio de la cacería y sir George sonrió.

—La vida en la corte entraña extraños peligros. Espero, Stewart, que vos y vuestro salvador aquí presente hayáis leído a Pynson. ¿Conocéis, espero, *The Art and Craft to Know Well to Dye*^[17]?

La mayoría de su pequeña audiencia le miró con ignorante benevolencia. O'LiamRoe cogió una pieza de cristal de roca y emitió un silbido. El libro mencionado por Douglas, creía recordar tras rebuscar en su ecléctica y atiborrada mente, trataba sobre el teñido y no sobre la muerte. Una expresión de auténtica diversión asomó al ovalado rostro del Príncipe. Devolvió a su sitio la pieza de cristal y se dirigió a su bardo:

—Vos, chico listo, seguro que lo habéis leído.

—Ah —dijo Thady Boy—, los Douglas son expertos en títulos. Yo nunca me atrevería a contradecirles.

Aquella misma tarde Thady Boy, abrumado por la cortés insistencia de sir George, se dejó conducir a las habitaciones de este. La puerta se cerró tras él con un chasquido.

—Ahora —dijo el más inteligente de los Douglas, quitándose su magnífica capa y doblándola cuidadosamente mientras observaba a la oronda criatura con pelo de estopa que tenía delante—, ahora, Francis Crawford de Lymond, vos y yo tendremos una pequeña charla.

Thady Boy le devolvió la mirada, imperturbable. Su cuerpo, desde la punta del negro cabello hasta las suelas de los desgastados zapatos, transmitía una total tranquilidad. Sus pupilas reflejaron por un momento las llamas que crepitaban en el vecino hogar.

—¿Os dirigís acaso a algún espíritu invisible? —preguntó.

Douglas se dejó caer con elegancia sobre un sillón tapizado de alto respaldo.

—Mi querido Crawford, parecéis olvidar que conozco vuestro rostro. Lo conozco mucho mejor que ninguno de mis colegas de ahí fuera. Recuerdo haber tenido el placer de ocasionaros algún que otro problema. Y no os guardo rencor por haberme utilizado vos también a mí en alguna ocasión. Incluso, si la memoria no me falla, creo que llegamos hasta a ayudarnos mutuamente. Respecto del futuro... ¿Quién sabe? — Sus ojos se posaron pensativos sobre el tranquilo rostro de Thady Boy—. Pensaba que la Reina os habría querido a su lado en la reunión que hoy tenía lugar. ¿Ya no se

fía de vos? ¿O es al revés, quizás?

La estancia estaba exquisitamente amueblada. Thady Boy, tras separarse de la puerta sobre la que destacaba, vestido en su ajado atuendo de satén, descolgó de la pared una máscara azteca toda recubierta de joyas, la nariz y las orejas de reluciente oro batido. Se la puso sobre el rostro. A través del dorado metal y de la extraña sonrisa de dientes de marfil su voz sonó hueca.

—Quetzalcoatl, el dios tolteca.

Sir George esperó, pero la máscara se mantuvo en silencio.

—¿Queréis más detalles? —inquirió—. La reina regente de Escocia y sus hermanos, celebraron esta mañana una reunión con el rey Enrique. Llegaron a un acuerdo por el cual nuestro amigo escocés el conde de Arran será amablemente convencido de renunciar al gobierno de Escocia, a cambio de la promesa de ser nombrado rey en el caso de que la pequeña María fallezca sin descendencia. Hasta la mayoría de edad de la pequeña Reina, el puesto de nuevo canciller de Escocia, en el lugar de Arran, será ocupado, por supuesto, por una dama francesa bien conocida por todos nosotros... la reina regente María de Guisa. Interesante, ¿no os parece?

—Mucho. —La máscara descendió.

—Por lo tanto habrá que mantener con vida a la pequeña María a toda costa para que la Regente pueda gobernar Escocia como desea. Y para que en su momento la pequeña despose al Delfín. Y para que este pueda, llegado el día, llegar a ser rey de Francia, de Escocia y de Irlanda, con la familia de Guisa en pleno a su lado, por supuesto. El futuro que se augura no es, digamos, del todo popular en el reino de Francia.

—Si vos lo decís...

—No lo digo yo sólo. Corre el rumor de que Diana está un poco celosa de los de Guisa. Y si llegara a sus oídos, por ejemplo, lo que sospechan algunas de las damas que frecuento, se pondría, además, bastante furiosa.

—Las damas de este país se enfadan con sorprendente facilidad, me parece a mí.

—Por otro lado, se comenta también que el condestable desearía disminuir el poder que ostentan tanto los de Guisa como Diana, y que estaría a favor de casar a la niña con un duque de bajo rango en lugar de con el Delfín.

—Parece que la tendencia a la conspiración entre los grandes y poderosos de este país es impresionante —dijo Thady Boy humildemente.

—Para rematar, por lo que sabemos, la reina Catalina no está especialmente feliz de compartir a su marido con Diana, con los de Guisa y con su antiguo amiguete el condestable, aunque en última instancia estaría seguramente dispuesta a aliarse con este último. Catalina aborrece intensamente a Inglaterra; la odia hasta el punto de impedir, por ejemplo, que nuestro amigo d'Aubigny pueda medrar, jerárquicamente hablando. En el caso de d'Aubigny, el problema proviene de la posición que su

hermano Lennox, mi adorado pariente que tanto os detesta, mi apreciado Lymond, ostenta en la corte inglesa. No olvidemos que Lennox es uno de los mayores favoritos tanto al trono inglés como al escocés, ya que no sólo desciende de los reyes de Escocia sino que su esposa, mi sobrina, es también sobrina del anterior rey de Inglaterra. Pero el rey de Francia protege a sus leales súbditos. El condestable sacó de prisión a d'Aubigny por orden directa de Su Majestad. Enrique amaba a d'Aubigny. El afecto puede que haya disminuido, pero le sigue respetando. Ni Catalina ni el condestable pueden perjudicar a d'Aubigny, pero sí pueden intentar que el Rey no le preste atención y se olvide de él. Además de los de Guisa el Rey tiene también otros favoritos. Vos ya los conocéis: St. André, Condé y d'Enghien. Y el ausente Vendôme. Todos y cada uno de ellos odian a cualquier rival, varón o hembra, que pueda disputarles el regio afecto. Y todos sin excepción aborrecen a los de Guisa. Así que si alguno de ellos intentara deshacerse de la pequeña María, su madre la Reina regente se encontraría en una posición más que delicada. Un asesino extranjero es fácil de detectar, pero si el atentado proviene del interior de la corte el problema es infinitamente más complicado. Como sería el caso si los atentados fueran instigados por la propia Catalina. ¿No os parece?

Con un suave crujido, Thady Boy se sentó sobre un taburete, apoyando su oronda panza sobre las rodillas y dirigiendo su mirada hacia el artesonado.

*A la pequeña Delfina
No le falta nada de nada
Tiene todo lo que tiene que tener
Y a mí me gustaría poderla ver^[18]*

—También tengo uno sobre Diana —continuó Thady Boy—. *Esa vieja arrugada, esa vieja desdentada...*

—No lo pongo en duda —dijo sir George con voz ligeramente áspera—. ¿Necesitáis que sea más explícito? La Reina regente tiene que proteger a su hija. Pero debe hacerlo de forma encubierta, sin el conocimiento del Rey ni de la corte. Y el hombre que ha elegido para ello, a espaldas del Rey, está sentado aquí mismo, diciendo bobadas. ¿Me estáis escuchando?

El bardo desvió su vacía y desenfocada mirada del techo.

—¿Acaso no estoy aquí, más sobrio, célibe y tapado que un ciervo en pleno mes de marzo? ¿Qué más se supone que debo hacer?

—Bailar —dijo sir George escuetamente.

Una sonrisa radiante se abrió paso en el desaliñado y oscuro rostro. Thady inclinó la cabeza levantando ambas manos en un gesto inconfundible por lo elocuente.

—La respuesta es un dulce no, querido mío —replicó.

Pero sir George no aceptaba una negativa por respuesta, por dulce que fuera. Se

puso en pie.

—¿Entendéis al menos lo que os estoy diciendo?

—Que el diablo me lleve si no lo entiendo —dijo alegremente Thady Boy—. Pero tres meses en este bello país me han enseñado algunas cosas, ciertamente. Cinco palabras, para ser exactos: un dulce nones, querido mío.

Douglas se quedó en silencio durante unos instantes, pero poseía un carácter inasequible al desaliento.

—Encontraréis que es de gran ayuda contar con la amistad del nuevo embajador de Escocia en Francia —dijo amablemente.

La sonrisa permaneció en el rostro del bardo acompañando su tono de despreocupada alegría.

—¿La Reina madre sabe ya el nombre del futuro embajador?

—Lo sabrá en cuanto vos se lo digáis —dijo George Douglas—. Mi nombre es fácil de pronunciar.

—¿De lo contrario...?

—De lo contrario, Enrique de Valois, segundo del mismo nombre, será informado de la razón por la que la reina madre de Escocia se ha traído un espía de su país y quién es.

—Todo esto me suena terriblemente desafortunado —dijo Thady Boy en tono apenado—. ¿No creéis que sería mucho mejor exponerle vos mismo el asunto a la Reina? ¿Os teméis, quizás, que no preste oídos a vuestra historia e ignore vuestra petición? Mucho me temo que os encontréis en terreno estéril, héroe mío.

—Estoy convencido de que mi historia le interesaría muchísimo al rey Enrique, sin embargo —dijo Douglas tranquilamente—. Seguramente sois consciente de que la Reina madre renegaría inmediatamente de vos.

Thady Boy afirmó con la cabeza.

—Lógico, lógico. Pero en ese caso, ¿por qué razón habría de aceptar la Reina vuestra petición?

—Es doloroso para mí reconocerlo, pero existe una razón de peso, sin duda —dijo George Douglas—. Sé que yo no le gusto; pero también sé que el afecto que siente por Lymond es aún mayor que los sentimientos que yo pueda inspirarle.

Se produjo un silencio apenas interrumpido por el crepitar de las llamas en el hogar. Thady Boy atizó el fuego. Después se levantó y cogiendo la máscara azteca se la colocó al revés, simbolizando a Jano. Contempló a sir George, que también se había puesto en pie con ademán inseguro.

—Habéis planeado una bonita jugarreta. Pero creo que sobreestimáis a nuestro amigo Quetzalcoatl aquí, e infravaloráis a la Reina madre. Si su poder fuera tan grande como parecéis suponer, yo habría estado presente, ciertamente, en la reunión que decís que hoy ha tenido lugar. Por otro lado, presionar a la Reina y aún así recibir

una negativa, sería algo intolerable para vos. Así pues, tenéis suerte de que en lugar de un Quetzalcoatl, quien está frente a vos no sea más que un Druimcli maestro de los siete grados con una simple negativa en sus labios.

El bardo se alejó de Douglas, dejó la máscara en su sitio y se dirigió hacia la puerta. Sir George Douglas le siguió. Ambos hombres se entendían a la perfección. Lymond sabía que sir George intentaba sacar partido de la situación pero sin arriesgar demasiado ni ponerse en peligro. Y sir George sabía que Lymond le había ganado alegremente la partida. El asunto, en todo caso, todavía traería cola. Los dos eran conscientes de ello.

—El maestro de los siete grados de la seguridad en sí mismo, por lo que veo —dijo Douglas con suavidad—. Mereceríais que os pusieran en una situación incómoda, mi querido amigo.

—*Dhia*, mira que sois aguafiestas —dijo Thady Boy distraídamente, mientras agarraba el picaporte—. No obstante voy a daros un buen consejo. El pueblo es más fuerte que el señor, noble Douglas. La fuerza de un pueblo es mayor que la de sus nobles, e igual que la de su música y sus canciones. ¿Cantáis vos?

Sir George no cantó nada. Cuando la puerta se cerró, se volvió hacia Quetzalcoatl y, mirando sus ojos huecos, le hizo una mueca.

George Douglas decidió vengarse al día siguiente sacando a colación algunos cotilleos sobre Escocia y centrándose después sobre una de sus eminentes familias: los Culter. Más concretamente, sobre el tercer barón de Culter y su esposa irlandesa y sobre el hermano del barón y heredero suyo, Francis Crawford de Lymond, señor de Culter.

La verdadera identidad de Lymond, según creía sir George, era conocida únicamente por él mismo y por O'LiamRoe. Para su sorpresa, encontró en O'LiamRoe un aliado dispuesto a secundarle en sus preguntas sobre el personaje en cuestión. Drumlanrig^[19] se mantuvo silencioso y sombrío pues no le agradaban los Culter y el arquero Stewart escuchaba con aspecto aburrido e irritado. Pero Douglas estaba seguro de que lord d'Aubigny tenía que saber que Lymond era uno de los mayores enemigos de su hermano Lennox, en la actualidad en Londres, y que incluso se le había relacionado con Margaret, su esposa.

Pero, lejos de despotricar contra los Culter, d'Aubigny escuchaba la conversación sin hacer apenas comentarios. Sólo en una ocasión mordió el anzuelo sin darse cuenta e intervino para mostrar su desacuerdo con Douglas.

—Os equivocáis. Ese hombre es rubio, estoy seguro. Igual que mi hermano. Lo recuerdo porque mi querido Matthew se enfureció aún más al enterarse de que Margaret... —se cortó en seco al recordar, quizás, que Margaret era la sobrina de

Douglas.

Era justo la ocasión que Douglas había estado esperando.

—El pelo rubio se puede teñir, John. Dicen que ese hombre está ahora en algún lugar de Francia.

Se hizo un pesado silencio. Para irritación suya, el comentario cayó en saco roto.

—Mi querido George —dijo d'Aubigny algo desconcertado—, no pretenderéis que nos pasemos todo el día hablando de las andanzas de un aventurero provinciano que fue incluso, si mal no recuerdo, prisionero y esclavo de galeras, ¿verdad? El señor Ouschart va a venir y yo tenía la esperanza de que maese Ballagh, aquí presente, tocara algo de música.

—Ah, *Dhia*. A Thady Boy podéis escucharle cualquier día de la semana. Pero no hay nada como una buena historia sobre granujas para animar el día. —O'LiamRoe no estaba dispuesto a dejar escapar la oportunidad de divertirse a costa de Lymond.

Tumbado en un canapé bajo la ventana con su instrumento sobre el abultado estómago, Thady Boy se mantuvo al margen de la conversación. Más tarde, tras la brillante actuación en la cuerda floja ofrecida por Thomas Ouschart, el funambulista al que apodaban Tosh, Thady Boy le dio una soberana paliza al backgammon a O'LiamRoe, ofreció un breve aunque magnífico recital en honor a su anfitrión y después, acompañado por Robin Stewart, Piedad Dooly y O'LiamRoe, partió hacia Blois. La visita había llegado a su fin.

De camino harían un alto en Neuvy. Sir George Douglas, que también regresaba a Blois aunque vía Chambord, acompañado de sir James y de lord d'Aubigny, que se incorporaba a su puesto, dejó partir al bardo sin hacer comentario alguno.

Durante el viaje, Robin Stewart le dijo a Thady en un aparte:

—Vuestro Príncipe estaba de lo más interesado en el tipo ese llamado Lymond.

El bardo se mostró paciente.

—Y vuestro señor d'Aubigny está sumamente interesado en la plata italiana. Es algo parecido. La única diferencia es que a nuestro amigo O'LiamRoe le encanta coleccionar información inútil —dijo Thady mirando el tenso y huesudo rostro de Stewart—. ¿No creéis?

—¡Plata italiana! *Una fruslería de Primaticcio* —exclamó Stewart imitando con sorna a d'Aubigny. A ninguno se le había escapado la latente animadversión que teñía la relación entre el arquero y el lord—. ¿Qué creéis que haría si se encontrara con un guepardo en medio del campo? A lo mejor le tiraba una de sus magníficas cadenas de plata, ¿no?

Poco después llegaron a Neuvy. El bonito y modesto château de la señora Boyle en el que pernoctarían aquella noche estaba lleno hasta la bandera de parientes y amigos que llevaban comentando los dos últimos días que el gran Cormac O'Connor

en persona iba a venir a visitarlos. Francófilos y anglófobos hasta la médula, tanto los Boyle como los O'Dwyer adoraban a los rebeldes. O'LiamRoe, su bardo y el paje Dooly se sumaron al festivo ambiente y fueron recibidos con besos y muestras de alegría. Pasaron allí una noche sin pegar ojo enfrascados en ardientes conversaciones sobre el tema. Thady Boy, en su línea, estuvo brillante. O'LiamRoe no tanto. Oonagh no estaba en el château. Había sido requerida en la corte y se había marchado a Blois dos días antes, donde se hallaba alojada con una prima segunda.

La mañana siguiente, Thady Boy escuchaba divertido mientras se vestía la sarta de objeciones y quejas que planteaba O'LiamRoe.

Finalmente el príncipe de Barrow, tras calzarse sus achaparradas botas, se puso en pie cuidadosamente y se dirigió a su bardo en tono pausado:

—Nos ahorraríais a todos bastantes quebraderos de cabeza si os dedicarais un poco más a vuestros propios asuntos en lugar de interferir en los míos.

Thady Boy le miró asombrado.

—Podéis estar seguro de que regreso a Blois para ocuparme de mis propios asuntos. —Tras un momento, añadió en tono irónico—: Pero gracias por preocuparos de los problemas de los demás. Sois un verdadero amigo, príncipe de Barrow.

—Me alegro de que opinéis así —dijo secamente O'LiamRoe. Tras él, su bardo puso los ojos en blanco.

IV Blois: Las artes menores

Son músicos y deportistas en general, es decir: jinetes y aurigas, tahúres y actores, lisiados y malabaristas y bufones y aquellos que caminan sobre sus manos. Todos los que practican las artes menores. Su categoría depende de con quien están, de quien les pague. No hay nobleza alguna en ellos.

Al llegar a Blois se encontraron la corte atestada de mujeres. El Rey, acompañado de lord d'Aubigny y de sus oficiales, se había ido de caza a Chambord. Las damas del castillo acogieron alborozadas la llegada de Thady Boy, famoso ya por su ácida e inagotable inventiva.

Cansadas de pasear por los glaciales y laberínticos corredores y de lanzarse dardos envenenados al calor de las perfumadas brasas de madera de enebro y romero, aburridas de los malabaristas y hasta de las actuaciones de Tosh, que se paseaba por la cuerda floja con su burrito y su arnés de madera de capitel en capitel, las damas de la corte se arremolinaron en torno a Thady Boy como nubéculas de pachulí y le dejaron el cerebro más pelado que una nuez. O'LiamRoe encontró a Oonagh en la casa de su amiga dedicada a pasear a caballo, a hacer volar halcones y a jugar al ajedrez con sus admiradores. El Príncipe se sumó, resignado y jovial, a sus pretendientes. Le había comprado un nuevo lebel. Era un buen perro sí, pero no era Luadhas.

Una tarde, justo antes de que el Rey volviera al castillo, la reina Catalina invitó a O'LiamRoe a una de sus celebraciones vespertinas. La desgraciada ofensa de la cancha de pelota parecía haber sido prácticamente olvidada gracias a su bardo. Seguramente no faltaría mucho para que la última regia prohibición que aún pendía sobre su persona fuera también anulada. Acudió a la cita sonriente, verboso y sonrosado. Encontraba aquel despliegue de lujos de lo más entretenido. Aquellas damas le recordaron una bandada de exóticos pajarillos: llevaban hermosos vestidos con delicados encajes de Hainault, medias de rejilla y zapatillas bordadas con preciosas gemas. Pelucas y peinados almidonados sembrados de lentejuelas o envueltos en redecillas, acanalados o llenos de pequeños tirabuzones. Piel de lince, jineta y marta calabresa, apestosas en el húmedo ambiente, sobre los vestidos y en los bonetes. Las cejas depiladas y el maquillaje semitransparente aplicado sobre narices y barbilla al que se aludía vulgarmente en el argot de moda como *coffins à roupies*^[20], como le explicaría más tarde Thady Boy, ausente en aquella ocasión.

Más tarde el Príncipe fue presentado también a la Regente escocesa. El encuentro tuvo lugar en las habitaciones de la propia Reina madre. La acompañaban solamente

lady Fleming y su hija Margaret. O'LiamRoe se había negado tozudamente a cambiar su azafranado atuendo por uno de los que las amables amigas de Thady Boy habían insistido en prestarle. No obstante, ante la indiferente tranquilidad de la Reina se dio cuenta de que ella ni se había fijado en su excéntrica y frisada capa. La entrevista se desarrolló en un tono formal y agradable. Al final de la misma, con una brusquedad que le produjo un sobresalto, la Reina le agradeció en su inglés medido y conciso su apoyo y ayuda en la creación del *alter ego* de Crawford de Lymond.

Habitualmente al príncipe de Barrow le encantaba burlarse de los que ostentaban el poder. En aquel caso había preferido ignorar el hecho de que si Lymond estaba en Francia a las órdenes de la Reina madre también lo estaba él, hasta cierto punto. María de Guisa pareció adivinar sus pensamientos.

—Lamento que nuestro común amigo haya tenido algún comportamiento ligeramente... poco ortodoxo.

—Pero Majestad, cuando un hombre exprime hasta la última gota de su sangre y hasta el tuétano de sus huesos para realizar una obra de arte, no debe tomarse en cuenta ni su atuendo zarrapastroso ni sus modales excéntricos ni su manera de comportarse a la mesa. Son precisamente la libertad de pensamiento, la ausencia de cualquier convencionalismo y la deliciosa tendencia a los excesos lo que permite al alma expandirse y llegar a lo más alto.

—Ciertamente parece que conocéis a la perfección la fórmula de Thady Boy —repuso lady Fleming con aspereza—. El alma de Thady debe estar expandida al máximo y planeando por lo más alto del firmamento a tenor de su execrable comportamiento.

O'LiamRoe sonrió, pero la sonrisa se fue desvaneciendo de sus labios. Una muñeca de trapo abandonada sobre un armario había captado su atención: tenía el pelo estropeado, estaba rota y flácida. Algo en su interior se removió. Se le revolvió el estómago y el corazón comenzó a latirle aceleradamente ante lo que le pareció una funesta premonición.

El Rey regresó al día siguiente. Archimboldo Abernaci abandonó los jardines del château y se retiró al alojamiento que compartía en la ciudad con sus asistentes, algunos osos y Tosh el saltimbanqui. El burro, anticipando las duras jornadas que le aguardaban, había estado rebuznando insoportablemente en el patio del castillo. Oonagh O'Dwyer, en su segundo y último día en Blois, recibió la segunda y última visita de O'LiamRoe. En cuanto llegaron al castillo, los dos hermanos Borbón junto con unos cuantos jóvenes caballeros corrieron escaleras arriba al encuentro de Thady Boy como cachorros en busca de su madre.

A aquellas alturas esperaban de él mucho más que simple música. El bardo les contó alegremente una idea que se le había ocurrido mientras hacía noche en Neuvy y

el grupito, encantado, se puso inmediatamente a hacer planes al respecto.

La idea consistía en hacer una carrera por parejas desde la colina de la catedral hasta el castillo siguiendo una ruta marcada por pistas previamente colocadas por la guardia del Rey. La ocurrencia se propagó con inusitada rapidez. Por la tarde, tras la cena, mientras la corte se disponía a presenciar el espectáculo de lucha libre que se celebraba aquel día, la guardia en pleno se puso manos a la obra con febril entusiasmo. Lord d'Aubigny era uno de los pocos hombres aun en servicio que tenía experiencia en ese tipo de juegos. El ambiente de animación que se había generado con el asunto no le hacía ninguna gracia. Uno de los arqueros tuvo que ser devuelto al castillo con una pierna rota, lo cual aumentó el jolgorio general. El Rey no había sido informado sobre el tema, precaución natural por otro lado en este tipo de juegos. Fue idea de Thady Boy que la carrera tuviera lugar al anochecer. Y sobre los tejados de Blois.

La tarde llegó a su fin. Los luchadores terminaron. La Reina se levantó. El Rey se retiró. Entonces, buena parte de la corte de Francia, acompañada de sirvientes portando antorchas, de arqueros, hombres de armas y de unas cuantas damas discretamente cubiertas con capas, abandonaron el recinto del castillo y se dirigieron colina arriba hacia la zona más alta de Blois. En cabeza, trotando al lado del mariscal de St. André, de los Coligny, de los Borbones, de los jóvenes de Guisa y de los músicos, Thady Boy explicaba a sus entusiastas y cortesés acompañantes su intención de hacer una pausa durante el camino para dar una serenata.

El Hôtel Moûtier estaba situado en la Rue des Papegaults en una de las zonas más alejadas de Blois, sobre una de las laderas escarpadas que descendían de la catedral. Se alzaba imponente con sus elevadas torretas y buhardillas. A la luz del ocaso podía distinguirse un patio pavimentado con mosaico veneciano, adornado con una fuente y hermosos naranjos al que daban unas pequeñas ventanas con vidrios de colores y alféizar de mármol. Siguiendo hacia arriba por la corredera de St-Michel, se sucedían las mansiones de altos muros, tan pegadas las unas a las otras que a veces se hacía difícil distinguir a cual pertenecían los desgastados peldaños de la entrada o el pavimento adoquinado de los rellanos. El perfumado humo de enebro que salía de sus chimeneas se colaba indistintamente por las buhardillas de los vecinos edificios. En alguna de las casas se veían galerías acristaladas que asomaban a la calle, construidas por su acaudalado propietario. Tras las ondulantes sombras de los árboles se adivinaban gárgolas, grifos y querubines pintados decorando los patios y jardines. Era el barrio de los mercaderes adinerados, de los funcionarios de la ciudad y de los oficiales de alto rango y sus familias que pertenecían a la corte actual y a la anterior. La casa del propio Condé se encontraba en esta zona. Los de Guisa vivían algo más abajo, al pie de la meseta del castillo.

La Rue des Papegaults era tranquila a pesar de estar profusamente construida. De noche no solían recorrerla los jinetes. El ruido de cascos de un solo caballo habría retumbado en muros y pavimento como una pequeña marejada. Un grupo de jinetes habría sonado como una tormenta desatada. Los habitantes de aquella zona tampoco solían aventurarse afuera cuando caía la noche y, de hacerlo, iban provistos de antorchas y espadas. Por eso, si un grupo de personas con intención de hacer una carrera o de cantar una serenata pretendía pasar desapercibido, estaba obligado a circular a pie.

Hélie y Anne Moûtier se marcharían al día siguiente de Blois para pasar el invierno en el sur, como cada año. Por lo tanto, Oonagh O'Dwyer haría lo propio regresando a Neuvy con su tía. Todos los pretendientes de la irlandesa que no eran requeridos en aquel momento en la corte habían acudido al Hôtel Moûtier para acompañarla en aquella su última tarde en Blois. Con ellos habían venido también unos cuantos amigos de sus anfitriones. O'LiamRoe se contaba entre los visitantes, haciendo gala de una moral y obstinación incuestionables.

A media noche, el baile y el vino se habían terminado y los invitados se habían despedido. Todos menos O'LiamRoe. Sentado ante el crepitante fuego, Hélie dormitaba con la boca entreabierto junto a su joven esposa, las manos enganchadas en su jubón abierto. El Príncipe estiró las piernas manchadas de barro que rozaron el mantel de encaje de la mesa y, mirando a Oonagh O'Dwyer, enarcó una ceja. La joven estaba sentada en un sillón con expresión soñadora; el cabello se le había soltado mientras bailaba. El fuego hacía relucir los cubiertos de plata en el mantel, junto a su codo. El fulgor de las llamas arrancaba destellos a los paneles de madera de doradas molduras enceradas a prueba del calor y el humo y dibujaba sombras en la esculpida chimenea. Incluso a medio vestir, Hélie Moûtier parecía lo que era: un próspero mercader. Las mangas del vestido de su esposa Anne, definitivamente dormida a su lado, estaban cuajadas de perlas.

O'LiamRoe volvió a mirar a Oonagh, que yacía con la cabeza apoyada sobre el mullido terciopelo. También ella iba ricamente ataviada, pero lo hacía con la indiferencia y la naturalidad de una sirena. El resplandor de las llamas dibujaba dos sombras bajo los ojos en aquel rostro inmaculado. Desde su visita en La Croix d'Or era la primera vez que O'LiamRoe la tenía sólo para él. Habló en voz baja, para no despertar a sus primos:

—Resulta extraño que hayáis venido a Francia a encontrar marido, ¿no os parece? ¿Qué pasa con todos los espléndidos sajones y con los susceptibles celtas y las interminables mezclas de unos y de otros que podríais encontrar en Irlanda?

La tenue luz de la chimenea permitió vislumbrar un movimiento casi imperceptible en el rostro de la joven, pero su voz sonó absolutamente impersonal, ni irritada, ni animada. Tampoco su cuerpo expresó sentimiento alguno.

—A mí me parece mejor perspectiva que quedarse metida en una choza de adobe con un cuenco de sopa de col, arenques salados y ajo sobre las rodillas. Si no, ¿por qué estáis aquí vos?

—Por mi desconfianza hacia los cambios, me temo —dijo O'LiamRoe—. Desde que Su Majestad Enrique VIII, rey de Inglaterra y de Irlanda, decidió ir por libre, en todos los rincones del país lleva fraguándose una misma idea, apoyada y dirigida por emisarios secretos venidos de Francia, de Escocia y del Papa, todos ellos ansiosos por conducir a nuestro viejo y oscuro país por el luminoso camino de la gloriosa independencia.

—¿Vos no estáis involucrado con los independentistas? —dijo Oonagh girándose rauda hacia él.

—¿Yo? —respondió asombrado O'LiamRoe—. No, no. La política es para los políticos. Los hijos de Liam nos contentamos con nuestro castillo, nuestros brezales y con pasar alguna que otra velada en animada charla alrededor de un buen bacalao seco en Slieve Bloom y hacer alguna que otra visita ocasional a las parameras colindantes para socializar un poco.

La joven dirigió la mirada hacia el fuego frunciendo sus negras cejas con expresión pensativa. Se quedó meditando unos instantes las palabras del Príncipe, sus ojos verdigrises fijos en las llamas.

—Así que os sentís a gusto bajo el dominio solapado y arbitrario de los virreyes ingleses. No os preocupa la posibilidad de ser enviado a Londres para ser encarcelado o incluso ejecutado sin que medie juicio alguno. Los escoceses tienen ocupado el Ulster desde el Arrecife de Los Gigantes hasta Belfast y el propio James MacDonnell ha establecido su gobierno en las Cañadas de Antrim además de en los territorios de las Hébridas. Pero a vos os da lo mismo. No os molestan las guarniciones que se han asentado en el país, ni la permanente devaluación de la moneda, ni el hecho de que llevemos siete años sin tener un Parlamento en Irlanda...

Se hizo un silencio, roto al poco por la suave voz de O'LiamRoe.

—La última vez que tuvimos un rey supremo en Irlanda, *mo chridhe*, fue hace trescientos cincuenta años. No soy un *ríghdomna*.

La sangre uñó de rojo la blanca tez del rostro de la joven, cubriéndola de rubor hasta las orejas. Hélie, hundido cada vez más en su butaca había empezado a roncar. La respuesta de Oonagh, desde el otro lado de la mesa, llegó en voz baja:

—¿Acaso no os importa vuestro país ni un poco? Me cuesta creerlo.

—¿Qué sentido tendría involucrarme, añadir mi voz a la de todos esos intelectuales y lores eruditos tan preparados, dedicados a discurrir y planificar? —dijo O'LiamRoe en tono de amable reproche—. Puedo entender y apruebo la *caritas generi humani*. Y ya que insistís os diré que, en efecto, les presto mi apoyo; pasivo, claro. Pero pensad por un momento dónde acabaría el equilibrio, dónde acabarían la

objetividad y el sentido de la proporción si no hubiera nadie que, de vez en cuando, se subiera a la barrera para mirar desde fuera y asomándose, chasqueara la lengua ante el panorama —su tono se había vuelto severo—. No tiene sentido que intentéis provocarme, querida mía. Como dijo el Papa a Hipólito: «Está loco el diablo. Está loco. No quiere hacerse sacerdote».

Había hablado con absoluta sinceridad. Tras un profundo silencio, ella dijo en tono acusador:

—Pero entonces, ¿por qué quedaros en Francia? Sin duda os resulta obvio que...

—Es evidente, en efecto —la interrumpió él—. Pero deseo proponeros algo. Tengo la intención de regalaros, para que los disfrutéis desde ahora hasta que os caséis y si es que consigo por fin entregároslos con vida, una reala de siete perros de caza encadenados con eslabones de plata y manzanas de oro. Así, cuando cabalguéis por los bosques persiguiendo al venado y los perros os ayuden a cazarlo, os acordaréis de O'LiamRoe.

Las palabras, aunque irónicas, tenían un tono ligeramente divertido. Ella se volvió hacia él buscando su mirada, súbitamente enternecida, la blanca frente surcada de finas arruguitas que no habían aparecido hasta entonces.

—Ya tengo perros suficientes, O'LiamRoe. Y amantes también.

—Pero no tenéis un solo amigo —dijo él—. Ni perro, ni hombre. He pensado que yo podría ser un poco de ambos.

—Lo que le ocurrió a Luadhas —dijo Oonagh— es lo que le ocurre a mis amigos. Vuestro lugar, lo habéis dicho vos mismo, está afuera, sobre la barrera. Aún en el caso de que me gustarais o de que os amara, mi respuesta sería la misma.

—¿Y me amáis quizás? ¿Os gusto acaso un poco tan sólo? —El tono de las palabras era ligero, pero O'LiamRoe tenía el rostro rígido.

Aquel fue el momento que Lymond escogió para comenzar el redoble de tambores. Un ruido ensordecedor arrasó las calles. Las luces se encendieron en los altos edificios. En el Hôtel Moûtier, Hélie se puso en pie de un salto, jadeando, despertando también a su mujer. Oonagh O'Dwyer se quedó petrificada en su sillón; el momento, la emoción, la respuesta, perdidas para siempre.

O'LiamRoe fue el primero en abalanzarse hacia el balcón. También fue el primero en divisar entre las sombras de los arbolillos que se mecían en la negra noche, la calzada iluminada a la amarilla luz de las antorchas y atiborrada como un semillero de jóvenes, relucientes sus diamantes, su desdeñoso aburrimiento y su escandalosa animación bajo las abiertas ventanas de los edificios vecinos. Los dos tambores situados hacia la mitad de la multitud redoblaron como cañonazos y después enmudecieron. Se sucedió una pausa acompañada de un suspiro colectivo. Entonces, los trompetistas del séquito del mariscal de St. André desgarraron el aire de la noche con una fanfarria digna del órgano del mismísimo obispo de Winchester,

desgranando un himno que era en sí mismo un prodigio de alabanzas.

—¿Qué es eso? —La pregunta de Anne Moûtier fue apenas audible, pero la respuesta de O'LiamRoe fue rotunda y pronunciada en un tono de voz que no era ni suave ni divertido.

—Unas cuantas trompetas, un pífano, una viola, dos tambores, un trío de flautas y ese joven y estrambótico espécimen llamado maese Thady Boy Ballagh.

La implacable serenata en honor de Oonagh O'Dwyer estaba en pleno apogeo ante la incisiva mirada de media corte.

El intento del Príncipe de templar los ánimos no dio resultado. La joven se acercó a la ventana para ver con sus propios ojos a Thady Boy, que dirigía el estruendoso concierto apostado en la misma puerta del jardín. Su furiosa reacción fue contenida a tiempo por el brazo y las sabias palabras de Hélie Moûtier.

—Quieta, pequeña. Si no tienen intención de agradaros, entonces es que tienen intención de probar vuestro temple. En ambos casos, lo mejor será que os mostréis tranquila. Quedaos en la ventana y sonreíd.

—¡Sonreír! —Se quedó mirándolo con expresión ultrajada—. ¿A ese hatajo de castrados ineptos?

—No será necesario. Voy a hacer que se callen —dijo O'LiamRoe.

—¿Para qué? ¿Para convertirnos en el blanco de los cotilleos y bromas de la corte? —El tono de su voz lo dejó petrificado—. Si necesitara un paladín, estúpido, no escogería nunca al gato gordo de frente blanca del Breasal Breac. —O'LiamRoe retrocedió y la música siguió sonando.

Tocaron piezas de Brumel, de Certon, de Goudimel y de Lassus, de Willaert y de Le Jeune, cada cual peor interpretada que la anterior. La guardia nocturna acudió pero desapareció casi de inmediato tras recibir unas monedas. Las protestas de los enfurecidos durmientes fueron rápidamente acalladas tras unas pocas palabras o una mirada significativa de d'Aumale, de St. André o d'Enghien. O'LiamRoe, desde las sombras, observaba la espalda rígida de Oonagh mientras miraba desde el balcón escuchando la serenata. Poco después se volvió hacia él y, sin disculparse por sus anteriores palabras, le pidió que le hiciera un favor. Sin meditarlo siquiera, el Príncipe accedió, presa de un impulso similar al que en su momento tuvo su perra Luadhas. Mientras tanto en la calzada, Thady Boy, abrazado al poste de la verja, desgranaba canciones en gaélico.

De entre aquellas mujeres que llegaron

De Escocia y de Irlanda

Ella es la del cabello de cabra

Ella es la que trepa por las rocas...

Los ojos de la joven relampaguearon al escucharlo. O'LiamRoe, que la observaba en silencio, se sintió inundado de nuevo de una blanda y extraña ira.

Al poco rato ella se retiró del balcón y las puertas del Hôtel Moûtier se abrieron para dejar entrar en el patio a los músicos e invitarlos a vino y sopa como gesto de buena voluntad. Irrumpieron acompañados de algunos sirvientes sedientos, de unos pocos hombres de armas y de otros tantos esperanzados transeúntes. Los caballeros de la corte, perdido ya todo interés, habían seguido su camino. Ante la atenta mirada de toda la multitud agolpada en la calle, Oonagh cruzó el patio repartiendo ella misma la humeante sopa a la luz de la luna. Así se topó con Thady Boy, envuelta en la espiral del vapor del caliente caldo.

El bardo la observaba sonriente. Su rostro, resplandeciente a la luz de las antorchas, parecía de nuevo la máscara maliciosa de Quetzalcoatl. Ella le puso un cuenco en las manos.

—Gracias, maese Ballagh. No sabía ya qué hacer para llamar la atención de los Grandes de Francia —dijo con voz contenida.

Thady Boy metió un largo dedo en la sopa y lo levantó.

—Cantan como ruiseñores, ¿verdad? Ah, esta noche ha resultado un triunfo para Irlanda. Fijaos que contábamos con hasta tres flautas y la flauta no suele ser un instrumento muy dispuesto a salir de la cama y a sonar pasadas las nueve de la noche, creedme... ¿Eran acaso los bigotes de O'LiamRoe los que me parecieron atisbar junto a vos hace un rato?

—Pues sí.

—Mi dueño y señor en persona. ¿No va a bajar?

—Pues no. Y creedme, os conviene que no baje. ¿Creéis que está complacido con vuestra actuación? —dijo Oonagh.

Thady Boy la miró simulando una expresión cariacontecida.

—¿No lo está?

—No, no lo está. —La voz de O'LiamRoe sonó como un latigazo junto a él. El príncipe de Barrow, ignorando ostentosamente a su bardo, continuó hablando con Oonagh—. Vuestros primos han insistido amablemente, pero finalmente he decidido no quedarme. Hay unas cuantas cosas que debo solucionar y creo que el castillo es un lugar más indicado.

Oonagh dio un paso en su dirección y después se quedó quieta. Thady Boy no estaba ya con ellos. Al girarse en su dirección le vio, rodeado de un grupo de trompetistas borrachos entonando una canción mientras dos de los hombres de St. André provenientes de la calle le insistían para que se apresurara a seguirlos. La carrera estaba a punto de comenzar.

Oonagh se enteró de la carrera a través del instrumentista de viola, que guardaba su instrumento en la funda con expresión malhumorada. El hombre tenía frío, estaba

cansado y harto y no tenía intención alguna de esperar a que aquellos jóvenes terminaran su aventura por los tejados, desde la colina de la catedral hasta el castillo en plena noche.

—Están locos —dijo—. Y borrachos —añadió—. Van a partirse el cráneo.

—Eso —dijo Oonagh O'Dwyer secamente— sería una excelente noticia.

Más arriba de la Rue des Papegaults la vieja plaza, iluminada por la luna, estaba repleta de gente que iba y venía como atraída por un imán invisible, envueltos en el humo de las antorchas que resplandecían con brillo cobrizo alumbrando la silueta de la catedral a medio terminar. La población de más edad de Blois se había retirado por fin a dormir, taponándose los oídos entre murmuradas protestas. Pero la plaza seguía atiborrada por una ecléctica multitud proveniente del estrato trabajador, de los siervos, los juerguistas y todos los seguidores de los participantes en la competición, ansiosos por asistir a la carrera cuyo comienzo estaba previsto sobre los azules tejados de pizarra de la hostería de St. Louis.

Ignorante de la situación Robin Stewart, que regresaba de hacer un recado para lord d'Aubigny, no pudo evitar ser arrastrado por la corriente de gente que subía hacia la colina de la catedral. La bulliciosa multitud le empujó inesperadamente contra la mullida envergadura de maese Ballagh. De pronto sintió que alguien le agarraba del brazo.

—¡En nombre de Moisés! ¿Quién os ha mandado llamar? ¿Qué criatura de Dios os ha hecho dejar vuestro puesto a estas horas? —Era evidente que Thady Boy había pasado un buen rato bebiendo en la hostería—. Pensaba que estabais de guardia.

—Y lo estoy. Iba camino de vuelta. ¿De qué va toda esa tontería que ha llegado a mis oídos? ¿No pretenderéis tomar parte en la carrera de obstáculos en vuestro presente estado, verdad?

El moreno y sudoroso rostro le miró con expresión de reproche.

—¿Qué estado?

—Y encima de noche. Os mataréis. Dios mío, ¿acaso no sabéis que Su Majestad adora a St. André? Si le pasara algo y el Rey se enterara de que ha sido por culpa vuestra...

—Si le passha... le pasa —dijo Thady soltándole—. Además hay una dama cada cinco pasos que aguarda para recogerle si se cae.

—Pero vos no tenéis por qué romperos la crisma. Vos os venís conmigo —dijo Robin Stewart agarrando al bardo firmemente por el brazo.

Tras un forcejeo, el arquero se encontró sujetando un vacío jubón en sus manos. Thady Boy soltó una carcajada desde los muros de la hostería cubiertos de hiedra y comenzó a trepar por ellos hasta que finalmente su cabeza sin sombrero y despeinada se recortó sobre el oscuro y límpido cielo cuajado de estrellas. Desde allí arriba llamó

a Stewart.

—¡Subid! ¡Necesito a mi pareja aquí arriba!

—¡No seáis idiota! ¡Bajad!

—¿Tenéis miedo?

El arquero se mordió los labios.

—Bajad, estúpido. Dejad que los otros se maten si quieren. Este no es vuestro maldito país.

—Ni el vuestro. Demostradles cómo se hacen las cosas en vuestro país. Subid aquí conmigo.

Un maullido desgarró el momentáneo silencio. El arquero miró hacia arriba poniendo los ojos en blanco.

—Hace falta mucho más coraje para negarse a hacer una locura que para dejarse arrastrar por un hatajo de... —empezó a decir Stewart.

Lymond se deshizo de sus zapatos de una patada, resuelto y con una desenvoltura diabólica. El calzado cayó desde los tejados de Blois describiendo en el aire dos arcos brillantes y estrellándose con un golpe seco sobre la calzada. Después, arrodillándose, extendió su mano hacia el arquero.

—Amigo Robin... venid a correr conmigo.

Y allá que fue.

Robin Stewart recordaría aquella noche el resto de su vida. También lo haría el príncipe de Barrow, que en aquel momento se dirigía hacia el castillo a grandes zancadas con Piedad Dooly pegado a sus talones. Caminaba haciendo caso omiso de las siluetas que se cruzaban semiocultas a su alrededor, tratando de digerir un sentimiento nuevo para él que le provocaba una auténtica y quizás desafortunada revolución de mente y cuerpo. También sería una noche memorable para Jenny Fleming que yacía acompañada en el lecho de su bonita habitación del castillo. Y sería, por último, también inolvidable para Oonagh O'Dwyer, sentada a solas ante un fuego moribundo en el Hôtel Moûtier, donde permanecería el resto de aquella larga noche.

V Blois: La maldad será la norma

Exento de culpa está el Rey si se produce un accidente por la zanja que se abre en su césped. Si la zanja pudiera haber sido rellenada o nivelada por precaución y no lo fue, en ese caso, la maldad será la norma.

Pocos fueron los que acabaron aquella carrera, pero empezarla lo hicieron diez parejas. Encaramados sobre el tejado de la hostería de St. Louis, semejaban sombras incorpóreas proyectadas por la luna vestidos con sus blancas camisas, sus largas calzas y sus elegantes botas. Las estrechas callejuelas a sus pies se hallaban alfombradas por las prendas de terciopelo y los zapatos que los corredores habían decidido quitarse en el último momento. Por fin St. André se asomó hacia la calle y gritó pidiendo antorchas.

El aire se cuajó de luciérnagas que desprendían chispas y briznas de fuego cayendo en derredor. Los jóvenes en el tejado las cogieron al vuelo entre risas y maldiciones. Después se alinearon de dos en dos, sosteniendo una antorcha en alto cada pareja.

Thady Boy cogió la última. A pesar de la sucia vestimenta, del cuerpo orondo y fofo, los ojos de Thady brillaban con una intensidad que Robin Stewart reconoció por haberla visto ya antes. La valentía, la fuerza de aquel hombre, habían impresionado al arquero en Ruán, en St. Germain y en Blois; su apariencia externa ya no le llamaba a engaño. Decidió hacer una última intentona. Él era el único sobrio de entre aquellos veinte corredores. Agarró a Thady por el brazo. El bardo leyó en su rostro sus intenciones y, haciendo caso omiso de sus palabras, le arrancó el sombrero de un manotazo prendiéndole fuego acto seguido.

—No vais a necesitarlo. *¡Gare au chapeau*^[21]! —tras sostener un momento el sombrero en llamas, lo lanzó hacia la calle.

Esta vez fue la mano de d'Enghien la que se posó sobre el hombro de Thady con firmeza.

—Prended fuego al resto de su persona y tiradlo a la calle también. —Los blancos dientes de Thady Boy brillaron en una deslumbrante sonrisa; en sus ojos había una mirada borracha y divertida.

—Robin es mi pareja, señor mío.

Los dedos repletos de sortijas que asían su camisa agarraron la tela con más fuerza todavía.

—Vos corréis conmigo. —Los ojos de Jean de Borbón brillaron negros en su rostro sonriente y falto de sueño—. Estáis muy borracho querido mío. Confiadme a

mí vuestras preciosas manos. No vamos a arriesgarnos a una caída.

Lymond le devolvió la mirada sin moverse un ápice.

—Buscaos otro *lámdhia*. Mis manos se quedan con el único de todos nosotros que no ha probado ni gota desde la cena.

Cruel y malicioso como todos ellos, Jean de Borbón, el señor d'Enghien, podía ser además bastante bruto. Replicó a Thady Boy dándole un empujón a Robin Stewart que lo lanzó trastabillando tejado abajo. El pobre hombre tropezó con el canalón y se cayó de espaldas. Cuando resbalaba hacia el borde Thady Boy, lanzándose hacia él con medio cuerpo sobre el vacío, le agarró con fuerza evitando que cayera. Stewart consiguió izarse apoyándose sobre una gárgola para, finalmente, volver a trepar al tejado. Thady Boy le dio una palmada amistosa y se sentó frotándose las magulladas manos. El bardo miró con expresión sardónica a d'Enghien, que los observaba en silencio respirando agriadamente.

El único de los presentes lo suficientemente sobrio para percatarse de lo ocurrido había sido St. André. Agarrando al joven por su elegante camisa de satén, le hizo un breve comentario en voz baja. D'Enghien le replicó con aspereza. Después, dirigiéndose a Robin Stewart le presentó sus excusas en tres escuetas palabras, dio media vuelta y se marchó. St. André captó la mirada de Thady Boy. El mariscal le sonrió encogiéndose de hombros. En aquel momento un redoble de tambores anunció la llegada de las primeras pistas. Se hizo un repentino silencio. St. André recogió al vuelo el paquete con envoltorio blanco que las contenía. Las reglas de la carrera habían sido previamente establecidas y todos las conocían ya. El que pisara el suelo quedaría automáticamente descalificado. Cada pista les indicaría una casa diferente a la que tendrían que llegar. En cada una de esas casas les esperaría a su vez la pista siguiente junto con una palabra que habrían de memorizar. La primera pareja que, saltando de tejado en tejado, alcanzara el castillo con el mensaje completo sería la ganadora.

La rojiza luz de las antorchas caldeaba el ambiente. Bajo la bóveda azul oscura del frío cielo, los tejados de las casas de Blois se extendían, escalonados cual dentada pesadilla, colina abajo hasta la meseta en la que el imponente castillo alzaba su rotunda silueta. A la izquierda, más allá de las apretadas chimeneas, el Loira se extendía zigzagueando como una serpiente de estaño ribeteada de oscuros árboles. En las alturas la fría noche estaba poblada de silencio, interrumpido apenas por el chispear de las llamas de las antorchas. El cielo invernal parecía desplegado como un manto protector sobre las jóvenes criaturas que a aquellas horas deberían estar descansando. Con un bramido que retumbó en los cristales de las casas, la carrera dio comienzo.

El elevado número de corredores constituía el primer peligro que tendrían que afrontar. Corrían hombro con hombro, empujándose, bromeando y compitiendo por

alcanzar la mejor posición sobre aquel tejado liso y descendente, regateando puestos tras doblar la caliente chimenea, resbalando sobre las azules tejas de pizarra. La siguiente casa, más baja, se encontraba separada de la hostería por un vacío de un metro más o menos. Stewart dudó por un momento. A su lado, sin detenerse, Thady Boy salvó la distancia de un salto aterrizando sobre el compacto techo de paja. Stewart saltó tras él y siguió corriendo.

Los tejados de las tres primeras casas, aunque a distintos niveles, se encontraban a una distancia accesible unos de otros. Pero en la cuarta se toparon con una muralla lisa de piedra y ladrillo que se alzaba tres pisos por encima de sus cabezas. Los compactos ladrillos permitían un difícil acceso, sobresaliendo apenas lo suficiente para poder apoyar la punta de los pies. Thady Boy observó cómo empezaban a escalar los que iban en cabeza. Luego dirigió su mirada hacia el cielo y se volvió hacia su compañero. Retrocedió un poco y dejó a un lado la antorcha. Tomó carrerilla y se precipitó al vacío que se abría a su izquierda, en dirección a la calle. Desde el canalón, Stewart lo vio aterrizar sobre el borde del tejado vecino salvando el hueco que había entre las dos casas. La distancia no era excesiva. El tejado además era bastante plano. Robin Stewart se lanzó tras él agitando los brazos para darse impulso. Cuando el arquero se puso en pie, Thady Boy corría ya raudo tejado abajo. Stewart le siguió apretando los dientes y con el corazón en vilo como en la mejor de las travesuras de sus tiempos de colegial. Al poco, las luces de las antorchas del resto del grupo les indicaron que los habían adelantado en dos casas con la maniobra. Se encontraban sobre la corredera de St.-Michel, junto al empinado tejado de la mansión de Diana de Poitiers.

La dama no se encontraba en casa. Durante la estancia del Rey en Blois se alojaba en el castillo. Las pistas siguientes se hallaban en el ático de la casa. Tenían que deslizarse por las sinuosas columnas de la buhardilla hasta un alféizar de piedra bellamente tallado. Thady Boy se introdujo en el ático con la facilidad de un chimpancé mientras Stewart aguardaba fuera, sobre el tejado, mirando ansioso las antorchas cada vez más próximas. Los siguientes corredores llegaron justo cuando el bardo salía de la buhardilla. Thady Boy se deshizo de De Genstan de una hábil patada que lanzó al joven y vociferante franco escocés dentro de la habitación. Acto seguido trepó al tejado sonriendo para reunirse con Stewart. A la luz de la luna leyeron juntos la pista conseguida. Thady permaneció pensando durante unos instantes, demasiados, para el gusto de Stewart.

—Está bien. Vamos... —dijo por fin y tiró a la calle el arrugado papel.

Stewart le siguió ciegamente. En francés o en hebreo, los acrósticos a él le sonaban todos a chino.

La Rue des Juifs desembocaba en una plaza. La casa que buscaban se encontraba en el extremo más alejado. Los demás corredores habían acertado distancias. Tenían

a tres parejas pisándoles los talones: d'Enghien con su hermano Condé como compañero; Arthur, el hermano de Tom Erskine, con Claude de Guisa, duque de Amal; y por último St. André, que corría con Laurens de Genstan. Algo más lejos corrían otros dos participantes y finalmente los cuatro últimos que, o bien habían sido incapaces de entrar en el ático, o bien no habían conseguido interpretar la pista correctamente. Este grupito de cuatro eran los únicos que seguían portando antorchas. Los otros, al igual que había hecho Thady Boy, habían preferido seguir la carrera en la oscuridad. En todo caso, al no haber encontrado la palabra en clave que el resto había memorizado, esos cuatro rezagados habían perdido la oportunidad de ganar la competición, aunque puede que quisieran continuar por pura deportividad.

Abajo, sobre la calzada, la audiencia seguía a los corredores portando lámparas y antorchas que se balanceaban entre el gentío que animaba e insultaba por turnos a los participantes. Concentrado en no caerse, deslizándose, saltando, Stewart apenas los veía. En una ocasión, un gato le salió al paso bufándole y el arquero se detuvo con un jadeo; en otra, se rompió una teja al pisarla y al perder pie tuvo que agarrarse al canalón. La teja rodó hasta caer al vacío.

—¡Buen Dios! ¡No hay tiempo ni para soltar un escupitajo! —exclamó Thady poniéndose a su altura.

Tras ponerse en pie, Stewart sonrió y siguió corriendo tras el bardo.

Entonces, con pocos minutos de ventaja sobre sus rivales, se encaramaron sobre la chimenea de una casa, posiblemente de algún mercader. Se encontraban separados de su siguiente objetivo por un hueco de unos dos metros. Era una casa con tejado a dos aguas que se alzaba a bastante altura sobre sus cabezas, rematado por una cresta de chimeneas algo deterioradas. Se veían varios canalones inaccesibles y una sola ventana en la extensa pared que quedaba frente a ellos. La ventana era grande y se abría a un pequeño balconcillo con una barandilla de barrotes acabados en punta. A ambos lados de Thady y Stewart las tejas de pizarra del tejado sobre el que se hallaban brillaban azules a la luz de la luna y se extendían en pendiente hasta el borde que volaba sobre la calle atestada de gente. La alternativa de salvar los dos metros de distancia entre ambas casas de un salto estaba descartada por la verticalidad del muro al que tendrían que asirse.

Stewart se apoyó, jadeante, sobre la chimenea y miró a Thady Boy. Descubrió que este había continuado sin dudar ni medio segundo. Frenándose con las manos se deslizaba ya por las resbaladizas tejas. Al llegar al borde del tejado se descolgó por él con infinito cuidado y sujetándose al canalón comenzó a moverse sobre la fachada de madera del edificio.

Stewart le siguió. Se dejó caer, encontró un saliente de apoyo y vio entonces lo que Thady seguramente había distinguido desde arriba: otra ventana con balcón se hallaba a mitad de camino en el espacio que tenían que salvar. Para alcanzarla

tendrían que desasirse del canalón, de tal suerte que, durante unos pocos metros, su único agarre sería la fachada de madera de la casa en la que estaban. Stewart, con el corazón en un puño miró a Thady y vio su morena cabeza vuelta hacia él. Algo brilló en las manos del bardo. Seguidamente Thady Boy, presionando el cuerpo contra la fachada de madera, encontró un apoyo para su pie descalzo. El arquero volvió a ver otro destello de metal, sonó un golpe seco y por fin vio que Thady había conseguido encaramarse al balcón. La luz de la luna iluminó el mango de un cuchillo firmemente clavado en la pared de madera: Thady Boy lo había clavado para que le sirviera de asidero a su compañero.

El arquero estaba en relativa buena forma. Tantos años de torneos y tiro con arco, de excursiones de verano haciendo de acompañante y de cacerías interminables habían compensado su natural falta de agilidad y su carácter excesivamente prudente. Arrinconando en el fondo de su mente todo pensamiento negativo, Stewart se concentró en llegar hasta el balcón imitando a Thady paso a paso. En el último momento, superándose a sí mismo, aterrizó de un salto sobre el balcón; llevaba en su mano el puñal de Thady que había conseguido desclavar de la madera. Nunca, ni en el más optimista de sus sueños, se habría imaginado capaz de semejante proeza. Estaba sudando de emoción.

Las puertas del balcón estaban abiertas. En el interior, muy cerca de él, una voz de mujer sonó dejándole medio sordo:

¡Ahí! ¡Ahí! ¡Assassin! ¡Voleur!

—Oh, silencio buena mujer —la voz de Thady Boy sonó alegremente ebria—. Como sigáis gritando tendréis aquí en menos que canta un gallo a dieciocho de nosotros y acabaréis con los dientes clavados en la mesa, la cabellera en el poste de la cama y el sentido perdido para los restos... que Dios bendiga esta casa y a todos sus habitantes y pertenencias.

Ante la horrorizada mirada de Stewart, la morena cabeza de Thady Boy asomó bajo un pelucón de rizos cobrizos que se había puesto. Llevaba bajo el brazo, enrollado, un precioso tapiz.

La multitud que se agolpaba en la calle había llegado a la altura del balcón donde estaban. Podían distinguir las antorchas balanceándose entre el gentío, que miraba hacia lo alto. Con un golpe seco, el tapiz, lanzado con energía, cayó sobre los afilados barrotes del balcón de la casa de enfrente y se quedó allí clavado. Mientras Thady lo sostenía con firmeza, el arquero medio se deslizó, medio se revolcó por el improvisado puente. En aquel momento varias figuras se recortaron en el oscuro cielo sobre el tejado que acababan de abandonar.

D'Enghien empezó a descender en su dirección. El arquero, agarrando el tapiz con fuerza, hizo una señal con la cabeza a Thady Boy. Tras una fugaz mirada hacia el Borbón, Thady, asiendo el tejido con ambas manos, se lanzó al vacío. El tapiz se

desplegó cual olvidada bandera llevando en su extremo la preciada carga. Rebotó contra la pared del edificio y se quedó colgando paralelo a ella. La tela se desgarró con un chirrido a la altura de uno de los pinchos del balcón. Por suerte el desgarrón no fue a más. Palmo a palmo, Thady Boy comenzó a trepar agarrando la tela con brazos y piernas, ganando altura poco a poco. Al llegar arriba Stewart lo izó hasta el balcón. D'Enghien y el príncipe de Condé se quedaron mirando impotentes al bardo que, haciendo un ovillo con la tela, la lanzó a la calle. Segundos más tarde el balcón estaba vacío salvo por una peluca de rizos cobrizos clavada en un puntiagudo barrote.

Encontraron la pista fácilmente. Tras leerla, Thady Boy sonrió y comenzó a subir por las escaleras.

—Nos vamos a Pierre-de-Blois. ¿Qué han hecho Condé y su hermano?

—Han conseguido una cuerda de su casa, que está por aquí cerca y la han lanzado sobre los barrotes del balcón.

—¿No creéis —preguntó Thady Boy con una expresión turbia en su mirada— que habría discordia en el Cielo si dos pecadores como esos se vieran favorecidos por los dioses mucho más tiempo? ¿Verdad que estáis de acuerdo conmigo, Robin?

El Príncipe y su hermano, a pesar de la abundante ingesta de bebida, eran ágiles y estaban en excelente forma, por lo que eran bien capaces de ayudarse de la cuerda para franquear la separación entre las casas. Ambos nobles tenían la intención, cada uno movido por sus propios motivos, de ganar como fuera la carrera. Y con el menor esfuerzo posible.

La Rue Pierre-de-Blois discurría junto a un revoltijo de casas. Torrecillas, tejados lisos o a dos aguas, balcones y galerías, se mezclaban en una confusión de ángulos y niveles a veces fáciles de trepar o de saltar, pasando de alerón en alerón, de chimenea en chimenea. Pero en ocasiones, el acceso sólo era posible ayudándose de cuerdas.

Mientras la mayoría de los corredores, entre los que se encontraban Thady y Stewart, se veían obligados a dar constantes rodeos buscando puentes que cruzaran la calle, bajando o subiendo a distintos niveles que les permitieran un acceso posible para avanzar, Condé y su hermano, ayudados de la cuerda, se dirigían directos a su objetivo, enganchándola en rejillas, ganchos, pináculos o salientes.

Aquella vez fueron los primeros en recoger la nueva pista. La encontraron fácilmente, escondida en una ventana interior. Mientras la leían a la tenue luz de la luna, no se percataron de unos pasos sigilosos en el piso de arriba. Pero cuando lanzaron su cuerda por la ventana para bajar por ella, se quedaron con cara de pismo al ver que el extremo que debía colgar se elevaba ante sus narices, enganchado por el mango de un largo matacandelas. El brillo metálico de un puñal relumbró en la noche sobre sus cabezas. El cabo deshilachado de su magnífica cuerda cayó a sus pies. El resto estaba en manos de Thady Boy en la ventana de arriba.

Para la tercera pista quedaban catorce participantes. Las dos parejas líderes tenían

una cuerda cada una. Tres parejas habían abandonado ya. St. André junto con Laurens de Genstan lideraban a las cinco restantes seguidos de cerca por Arthur Erskine y Claude de Guisa. Thady Boy, agarrado del brazo de Stewart, le dijo algo al oído mientras corrían camino de la plaza de St.-Louis.

—Me temo que vamos a tener dificultades muy pronto, amigo mío. Estamos demasiado igualados, así que no me extrañaría que a partir de ahora, más de uno intente alguna treta. Moveos todo lo silenciosamente que podáis. Si detienen a uno de nosotros, el otro debe continuar. Con cada pista hemos visto una de las palabras que hay que memorizar. Vos estáis sobrio, así que no las olvidéis: *honor*, *esperanza* y *nobleza* son las que tenemos hasta ahora. La siguiente, si de mí dependiera, sería *regurgitación*.

Casi. La siguiente fue *reputación* y la encontraron junto con la correspondiente pista en un hueco del frontón tallado que adornaba la casa de un mercader de cortinas de la plaza. En la Rue du Palais encontraron la quinta, acompañada de la palabra *justicia*. Stewart comprobó entonces lo premonitorio de la observación de Thady Boy. El bardo tampoco se había equivocado respecto de las payasadas que había previsto que hicieran los demás corredores. Todos, las parejas descalificadas incluidas, se hallaban juntos de nuevo, borrachos y comportándose como auténticos brutos. Los jóvenes se dedicaron a cortar las cuerdas, patear los canalones y romper tejas sin el menor reparo. Se movían a codazo limpio, a patadas y a rodillazos. En un momento dado, Stewart fue sorprendido a traición y alguien desde las sombras le pegó un empujón. Rodó por lo menos tres metros, pero afortunadamente aterrizó sobre un tejado de paja. Poco después fue vengado, sin embargo. De Genstan, que había sido el autor, recibió en pleno rostro, junto con una bendición irlandesa, el contenido de un orinal mientras corría por una galería.

El propio Stewart lo presencié con los ojos orillándole como ascuas. Había perdido el miedo por fin y estaba fuera de sí. Incluso no había sentido temor alguno mientras rodaba tejado abajo, levantándose después impasible e ileso.

Era una suerte que conservara la presencia de ánimo porque las cosas se estaban poniendo cada vez más complicadas. Las palabras que acompañaban a las pistas se estaban convirtiendo cada vez más en un acertijo. Había que tener el cerebro despejado. La complicación de los acrósticos les hizo detenerse brevemente en más de una ocasión. Pero la verdadera dificultad, como pronto pudieron comprobar, dependía de la agilidad, el ingenio y la resistencia.

A aquellas alturas los sobrinos del condestable, los Coligny y los de Guisa, muertos de risa, dedicados a ponerse la zancadilla unos a otros, deslizándose tejas abajo sobre bandejas de peltre y tirándose huevos, habían empezado a perder el sentido de la deportividad. Seguían en buena forma Jaques d'Albon, mariscal de St. André, y Laurens de Genstan, su compañero. Experto cortesano, diplomático y

hombre de armas, odiado por el padre del Rey y adorado por el hijo de aquel, St. André se encontraba en una forma inmejorable, músculo y cerebro en perfecta sincronía. A medida que las luces se iban iluminando al paso de los corredores, a medida que el público los aclamaba calle tras calle, el mariscal comenzó a ganar posiciones.

Muchos de los lugares por los que pasaban solían permanecer vacíos durante la jornada diurna. En plena noche la cosa era bien distinta. Seis de los jóvenes participantes se colaron por la ventana de una residencia de monjas en el dormitorio donde diez jovencitas, excitadas y riendo, se taparon o escondieron bajo las sábanas ante la llegada de los jóvenes galanes. Ellos disculparon su intrusión con la excusa de buscar una pista en la chimenea de su dormitorio. La madre superiora llegó corriendo a tiempo de ver una última pierna musculosa salir por la ventana. Abrumada por la histeria colectiva, no fue hasta la mañana siguiente que descubrió la combinación de una de sus pupilas ondeando descaradamente en el balcón.

Fue justo por aquel entonces cuando St. André y de Genstan sobrepasaron a Thady y al arquero. El bardo, que lo había previsto varias calles antes y estaba preparado, vació sobre el mariscal una vasija llena de una crema de rosas para el cutis. La multitud lo celebró a grito pelado. El agredido blasfemó, tosiendo ahogado por ríos de pomada perfumada mientras Robin Stewart lloraba lágrimas de risa.

Estaban en la undécima pista. Debían buscarla en la plaza del mercado, cerca del muelle. Las negras aguas del Loira discurrían bajo las arcadas del puente. Sobre ellos, en la lejanía, brillaban las luces de la ciudad alta. Se aproximaba el final de la carrera.

El Hôtel-Dieu, situado en la plaza de Luis XII, tenía un huerto en la parte trasera. Saltando de árbol en árbol como monos, los corredores se arrojaron manzanas unos a otros hasta que, tras alcanzar los establos, consiguieron ascender de nuevo a los tejados, pasando sobre el almacén y la buhardilla. Allí, la pareja más joven hizo un agradable descubrimiento y otros dos, entre carcajadas y vapores alcohólicos, se arrodillaron junto a ellos y animaron descaradamente a los ocupantes de una habitación cuya luz, se apagó rápidamente. Oculto entre las sombras Thady aterrizó de un silencioso salto sobre un tejado a dos aguas. Stewart llegó a su lado acto seguido.

—¿A dónde vamos ahora? D'Enghien va por delante de nosotros. Y St. André también.

—No tenemos la menor prisa —dijo Thady—. Tomaos un respiro. Os apuesto mi vida a que dentro de un rato irán por delante de nosotros o bien d'Enghien, o bien St. André; pero no los dos, *a mhic*, no los dos.

Eran las cuatro de la madrugada de un día de entre semana. El asador de la ciudad, como era habitual, estaba ya abierto a tan temprana hora. Medio dormido, con el delantal cubierto de grasa y el cuello empapado de sudor, el dueño del local hacía

girar un espetón a la rojiza luz de las brasas envuelto en el sabroso aroma de la carne asada. Mientras tanto, un chaval descalzo y vestido con una camisola de algodón bajo la que asomaban sus delgadas piernas, le daba al pedal. La antepenúltima pista se encontraba dentro del asador.

El hombre, absorto en su trabajo, hacía oídos sordos al ruido que inundaba las calles, a la multitud que pasaba ante su puerta acompañando desde la calzada a las oscuras figuras que saltaban y trepaban por los tejados. Las apuestas entre los propios participantes eran cosa de poca monta en comparación con el dinero que, desde el comienzo de la carrera, había pasado de mano en mano entre los espectadores. Por lo menos la mitad de la guardia escocesa que no estaba de servicio se hallaba a aquellas horas, como Stewart bien sabía, entre la agitada y belicosa multitud que jaleaba a los corredores.

Oculto entre las sombras junto a Thady Boy, Robin Stewart rezaba para obtener la última pista y llegar al castillo antes que Laurens de Genstan. Si lo consiguiera se sentiría el hombre más feliz del mundo.

El señor d'Enghien, Jean de Borbón, fue el primero en entrar a través de un tragaluz del tejado en el humeante asador. La pared del local estaba recorrida por una estantería colocada a bastante altura en la que solían colgarse las piezas de vacuno, de oveja o de pollería destinadas a asarse durante el día. Bajo la estantería había una larga mesa que permitiría a d'Enghien y a su hermano Condé bajar sin pisar el suelo, con lo que no infringirían las normas. D'Enghien tenía a aquellas alturas un aspecto francamente desastrado. Su cabello formaba una rizada y pringosa aureola alrededor de su sucio rostro, tenía el chaleco de seda rasgado y las calzas desgarradas y manchadas con una mezcla de negros, verdes y blancos provenientes de cal, musgo y hollín respectivamente. Mientras se dejaba caer sobre la mesa, el señor d'Enghien era consciente de que St. André y de Genstan estaban a punto de echárseles encima.

El hombre del asador dejó a un lado el espetón y, cogiendo un gran cazo, se volvió para echar la grasa derretida sobre la carne. El joven aprovechó el momento para saltar de la mesa a un taburete, de este a un aparador y de allí a la vecina chimenea. El hogar era de piedra. Mellado y rozado por años de afilar cuchillos sobre su pétreo superficie, servía además para guardar sobre él la sal que se empleaba en los asados. Sobre él sólo había eso precisamente: bloques y pedruscos de sal.

El hombre del asador se volvió hacia d'Enghien con los gruesos brazos en jarras, mirándole sin la menor simpatía desde su redondo y grasiento rostro.

—¿Buscáis unos papeles, señoría?

El tragaluz se oscureció en las alturas y apareció la cabeza de St. André.

—En efecto, estúpido —dijo d'Enghien—. Se supone que deberían estar aquí. ¿Dónde están?

El hombre volvió la cabeza hacia el chaval, que había dejado de darle al pedal y

los observaba boquiabierto. Tras una señal de su jefe continuó con su trabajo. El hombre se volvió de nuevo hacia el joven.

—Se quemaron en la chimenea. Una lástima. Fue un accidente.

—¡Un accidente! —Se oyó un pequeño estrépito a sus espaldas.

El príncipe de Condé, con un aspecto igual de harapiento que el de su hermano, había cerrado de golpe el tragaluz en las narices de los dos corredores que aguardaban sobre el tejado. D'Enghien se dirigió al hombre con expresión apremiante:

—¿Recordáis lo que ponía en el papel? ¿Era una pista?

El hombre le miró con una expresión vacía en su congestionado rostro.

—Tengo mala memoria.

D'Enghien rebuscó en su bolsillo febrilmente. Sacó una moneda de oro.

—¿Cuál era la palabra que venía sola? Al menos recordaréis eso.

El hombre atrapó la moneda al vuelo y la mordió. Una sonrisa iluminó su adusto rostro.

—La palabra era *obediencia*, señor.

—¿Y la frase? —El rostro del hombre volvió a vaciarse de expresión. D'Enghien, que no tenía más dinero, rechinó los dientes. Aquel estúpido allí plantado en medio del grasiento suelo podía desafiarle indefinidamente.

—¡Louis! —vociferó.

El príncipe de Condé, dándose la vuelta, le respondió con un gruñido:

—¡No tengo dinero, idiota!

Aquella respuesta les costó el puesto. Los dos del tejado consiguieron abrir el tragaluz y St. André se dejó caer sobre la estantería, junto su rival.

—Pero yo sí. ¿Dónde está el irlandés?

—Aquí no.

El mariscal se había quedado más cerca de la puerta del tragaluz, que de Genstan mantenía abierta mientras escudriñaba en el interior del asador. Era evidente que si el hombre les contaba el resto del mensaje de la pista, si es que alguna vez llegaba a recordarlo, se pondrían a la cabeza de la carrera.

Impotente, d'Enghien observó como el mariscal se desataba una bolsa y la lanzaba a las rojas manazas del hombre. Este sonrió tras abrirla y mirar su contenido.

—Como ya os dije, la palabra que ponía era *obediencia*. Luego había escritas tan sólo cinco líneas. Creo que decían algo así... —su voz ronca se alzó por encima del crepitar del fuego y de la grasa derritiéndose.

María llama

María no me da nada

Más que un cordón y un tirón

En Blois sólo había una campana llamada María: la campana tenor de la iglesia de St. Lomer.

Nada más oír aquellas palabras Condé se preparó para salir corriendo, pero el mariscal no estaba dispuesto a consentirlo. De un empujón lanzó a Condé hacia delante.

En aquel momento el hombre del asador, con expresión pensativa, se dirigió hacia las grandes puertas de su local y comenzó a desbloquear sus pesados cierres.

St. André no tenía intención de partirle la crisma a su contrincante. Antes de que el Príncipe rodara estantería abajo, el mariscal le sujetó por los sobacos y le enrolló bajo los brazos su propia cuerda. Después, alzándolo en vilo con sus fuertes brazos, lo colgó sin contemplaciones de uno de los ganchos destinados a las piezas de carne para asar. El Príncipe se debatió y pateó como una vaquilla salvaje y d'Enghien, maldiciendo, corrió en su ayuda.

La estantería no estaba construida para soportar el peso de una criatura viva y retorciéndose, sino para el peso muerto y mucho más ligero de las carcasas y piezas de carne para asar. En el momento en que d'Enghien se colgó de ella para sacar de allí a Condé, la madera se partió en dos con un estruendoso crujido. La inquieta muchedumbre que aguardaba impaciente fuera del local entró en tropel en el asador al abrir estas sus puertas y se encontró con un sorprendente panorama: El príncipe de Condé y su hermano d'Enghien yacían magullados en el suelo en un revoltijo de maderas, pedazos de carne y carcasas. Magullados y descalificados.

St. André ya no estaba. Con la ayuda de De Genstan había subido de nuevo al tejado a través del tragaluz. Una vez allí, miró alrededor intentando descubrir la presencia de posibles rivales. La luz de las antorchas diseminadas por la calle alumbraron una silueta. Estupefacto, descubrió la figura del arquero, vestido con una desastrada camisa que en su día fue blanca, trepando tejados cual murciélago en dirección a las puntiagudas agujas de la abadía de St. Lomer.

—¡No es posible! —aulló de Genstan.

St. André se irguió de un salto. La boca de ladrillo de la chimenea del asador se alzaba ante ellos humeante. Jaques d'Albon, mariscal de St. André aporreó con la mano al pasar la mole de ladrillo rojo en un intento algo masoquista de descargar su furia.

—¡Claro que es posible! Sobre todo si han estado apostados escuchando por esta chimenea.

Los dos hombres permanecieron unos instantes en silencio calibrando la distancia que tendrían que salvar entre los próximos tejados. Después se dejaron deslizar sobre el tejado de un hospicio.

—Después del campanario de la abadía hay que cruzar hasta el castillo —dijo de nuevo St. André—. El primero que escale los muros del castillo será el que gane la carrera.

Ambos hombres imaginaron la escena simultáneamente. La iglesia de St. Lomer con su alto campanario se encontraba a medio camino entre la colina del castillo y el Loira, y la aguja más alta de la abadía daba justo a la zona más baja de la muralla del castillo. El espacio entre la aguja y el castillo era aproximadamente el triple de la longitud de las cuerdas que llevaban unos y otros, aunque en realidad daba lo mismo. El vacío entre abadía y castillo estaba unido por el sólido cable que había empleado el saltimbanqui Tosh la semana pasada para su espectáculo: el acróbata se había desplazado por él portando antorchas encendidas para deleite de la asombrada multitud. La luna acababa de ocultarse bajo la oscura mole de St. Lomer. La luz era ahora muy tenue pero permitía distinguir el fino cable por el que los vencedores se verían obligados a avanzar. Salvar aquel obstáculo constituiría la victoria. Pero antes había que llegar a la abadía en cuyo campanario aguardaba la última pista. Después, los primeros que cruzaran el cable sólo tendrían que cortarlo y la victoria sería suya.

Hacía ya tiempo que los espectadores que seguían de cerca la carrera se habían encariñado con Thady Boy. Puede que la corriente de simpatía se hubiera generado de manera espontánea o que la hubiera provocado el mismo Thady. En cualquier caso, la excitación generalizada había alcanzado un auténtico frenesí durante las últimas etapas de la carrera. En todos los rincones de la ciudad de Blois brillaban luces iluminando su forzosa vigilia. Los gatos maullaban, se oían gritos, la gente se burlaba, animaba e insultaba a los corredores alternativamente. Pero las actuaciones de Thady Boy eran celebradas constantemente con un coro de risas.

Tanto Thady como Stewart se encontraban por aquel entonces en un estado cercano al agotamiento. Stewart se sentía como si hubiera escalado la más inaccesible de las cumbres. Le dolían los músculos de las piernas y de los hombros, y sentía el corazón a punto de estallarle. El estado de Thady Boy no era mucho mejor, pero su inagotable sentido del absurdo seguía acompañándole. Alguno de los seguidores de entre el gentío tocó una canción a la guitarra y el bardo la coreó marcando el ritmo sobre una chimenea. Tres relojes de sendas torres quedaron torcidos, descuadrados y fuera de hora a su paso. Las contraventanas le servían de columpio y casi ningún macetero quedaba libre de su traviesa intervención: las plantas solían caer de las terrazas y áticos sobre la desprevenida multitud cual ofrenda floral. En una ocasión, tras expresar airadas protestas desde su ventana, un caballero tuvo que salir corriendo de su casa envuelto en la humareda proveniente de un pequeño fuego que se había desatado misteriosamente en su dormitorio pocos minutos después.

A medida que la pareja de corredores pasaba por un barrio, las ventanas se iban abriendo, una a una, y los insomnes habitantes de la ciudad se asomaban a mirar y

saludaban a las oscuras figuras que se movían a toda velocidad sobre los tejados de sus casas. Abajo en las calles, la multitud vociferante intentaba no perderlos de vista. En un momento dado alguien ofreció una salchicha ensartada en un palo a la pareja de corredores y poco después un trío de doncellas descalzas y despeinadas les hicieron señas desde la ventana de un ático y les pasaron una botella de vino que habían conseguido robar de las cocinas. Recibieron en pago tres besos de Thady y después otros tres de un entusiasta y risueño Stewart, para sorpresa de Thady y del propio arquero.

Thady y su compañero se bebieron la botella mientras seguían trepando. St. André y de Genstan les iban pisando los talones a dos casas de distancia. Finalmente llegaron a los tejados del convento de los Benedictinos situado frente al robusto edificio de la abadía de St. Lomer.

La escalada tendría que ser por el exterior pues en la pared que se alzaba ante ellos, vertical desde la base hasta el campanario, no había ventana alguna que les permitiera colarse para subir por dentro. Sería lo más difícil que habían intentado hasta el momento. Sobrio por una vez, Thady insistió en que ambos debían encordarse juntos.

—Pegaos a la pared, agarraos al muro y poned el pie donde lo haya puesto yo. Dejad que abra yo la ruta. Si os sentís inseguro, amarraos con la cuerda y dadme un grito. Olvidaos de la gente que nos estará observando. La mayoría no sería capaz ni de subir a un pajar por una escalera. —Una amistosa sonrisa, despreocupada y espontánea, iluminó su rostro. Después dio media vuelta y con la morena cabeza bien erguida comenzó la ascensión.

Stewart recordaría aquella escalada como una pesadilla. La desgastada superficie de la torre, de trescientos años de edad, presentaba bastantes grietas y hendiduras. Pero por la misma razón, la fiabilidad de cornisas, sillares o canalones era muy relativa. Cualquier apoyo aparentemente seguro podía desplomarse o hundirse repentinamente. Para el conjunto de los espectadores que observaban desde la calle, los escaladores progresaban con infinita lentitud. Para St. André, a pocos tejados de distancia, se movían a una velocidad increíble. Observaba el avance de sus rivales sudando y en tensión. Cuando él y de Genstan escalaran el campanario tendrían que hacerlo mucho más rápido. Los otros dos todavía tenían que encontrar la pista y memorizar la palabra. Si consiguieran llegar antes de que cortaran el cable del funambulista podrían tener una oportunidad. Ni el arquero escocés ni el irlandés, por muy borracho que estuviera, se atreverían a cortar el cable mientras St. André estuviera agarrado a él. Ninguno de ellos se atrevería a poner en peligro la vida de uno de los favoritos del Rey.

El mariscal y Laurens de Genstan treparon codo con codo por el revoltijo de tejados que se apiñaban al sur de la iglesia y por fin pudieron contemplar ante ellos a

la multitud que se agolpaba al pie de la fachada junto a la majestuosa puerta de tres hojas bajo las imponentes arcadas, las torres gemelas y el hermoso rosetón. Rápidamente los dos hombres alcanzaron el inclinado tejado de St. Lomer y, llegados a su base, emprendieron a su vez la ascensión del campanario.

La cuerda que unía a Thady Boy y a Robin Stewart seguía floja de momento. El grueso bardo abría camino lentamente, comprobando cuidadosamente cada apoyo y cada agarre, sus manos semiocultas en la penumbra. El arquero le seguía concentrado, agarrado a la cuerda mientras el frío aire de la noche le acariciaba la piel. De vez en cuando le llegaban desde arriba instrucciones precisas. En una ocasión, tras encontrar un saliente seguro, Thady Boy izó a Stewart tirando de la cuerda hasta que el arquero estuvo a su lado. A Stewart le costaba respirar y tenía las manos agarrotadas de calambres, pero al mirar hacia abajo se olvidó de todo por unos instantes. La iglesia de St. Lomer se alzaba como un faro sobre una amalgama de rostros que miraban en su dirección saludando y gesticulando entre destellos de antorchas y candiles. Al comienzo de su ascensión, sus propias sombras los habían precedido proyectándose de forma grotesca sobre la pared del campanario, pero ahora estaban envueltos en la oscuridad sobre el negro ecuador de la noche. La colina de la catedral con su imponente mole y las sinuosas callejuelas que habían dejado atrás podían verse al otro lado del vacío que se abría a sus pies. Más allá de las chimeneas, las luces de los puestos de vigía sobre el puente temblaban reflejadas sobre la oscura e inquieta superficie del Loira.

Distraído por el impresionante panorama, Stewart se había olvidado momentáneamente de su compañero y guía, dejando de escrutar la progresión de Thady. Lo primero que oyó fue un crujido escalofriante a la altura de su oreja. Después un trozo de muro se desprendió y cayó al vacío. El arquero reprimió un gemido y oyó al bardo resoplar. La cuerda que los unía se agitó convulsa.

Miró hacia arriba. Thady Boy, enfrentado a la desnuda pared, había hecho lo único posible: asegurar la cuerda a un saliente sólido cerca del campanario y, ayudándose de esta, trepar lentamente por el muro. El saliente había aguantado su peso. Había sido la cuerda la que había cedido provocando que el bardo se escurriera hacia abajo hasta el punto de partida. El pedazo de muro se había desprendido a causa del impacto de Thady al caer sobre él.

Stewart miró horrorizado. Thady se había librado, por el momento, de caer al vacío gracias a que se había impulsado hacia el muro, pero sus manos y pies se apoyaban escuetamente sobre grietas poco fiables. Prácticamente no tenía agarre ni cuerda que le asegurara a excepción del trozo de cabo en buen estado que se enroscaba alrededor de su cintura y que le unía a la de Stewart. Pero Stewart, pegado al muro como una polilla, con las uñas clavadas en la piedra, no podría soportar el peso de otro hombre si cayera.

Lymond era consciente de ello. Con cuidado, economizando las pocas fuerzas que le quedaban e intentando no perder su precario equilibrio y el escaso tiempo que sabía que podría aguantar, cortó la cuerda que le unía al arquero.

En aquel momento decisivo, Robin Stewart tuvo una inspiración divina. Como por arte de magia, en su mente apareció con claridad un plan y medio minuto antes de que su grueso compañero cayera al vacío, supo exactamente lo que debía hacer.

A su izquierda, justo fuera del alcance de su brazo, se encontraba una ventana con una reja. Los dos hombres se habían apoyado sobre su alféizar por turnos y habían mirado con añoranza hacia la inaccesible escalera que se veía tras los barrotes. Stewart no tenía tiempo para comprobar si el alféizar se encontraba en buen estado o si la reja aguantaría su peso. Para alcanzarla tendría que saltar abandonando apoyo y agarre. Sería un salto a vida o muerte sobre las chimeneas, las azules tejas de pizarra y los ladrillos que aguardaban abajo en la calzada.

Le dio la espalda a Thady Boy y saltó al vacío. Se agarró con fuerza a los fríos barrotes con sus huesudas manos. Los pies, perdido todo apoyo, colgaban en el vacío. Consiguió subir una rodilla hasta el alféizar izándose a pulso y, finalmente, consiguió colocar su cuerpo sobre aquel estrecho saliente, pegándose a la reja salvadora como una planta trepadora. Tras amarrarse con rapidez a los barrotes, Stewart lanzó a la oscuridad, en dirección a Thady, el resto de la cuerda que había ido enrollando en sus manos.

Al igual que poco antes Stewart, Lymond sabía que sólo tendría aquella oportunidad. Tras observar la cuerda que volaba en su dirección se soltó de su resbaladizo y precario agarre y saltó hacia la soga providencial.

Stewart, atado a la reja, frenó su caída. Como comprobaría más tarde, los barrotes de hierro le provocaron hematomas por la presión y la cuerda le desolló las manos al sujetarla con todas sus fuerzas. Aunque lo esperaba, el tirón de la cuerda contra su cintura fue tremendo cuando el cuerpo del bardo cayó y se balanceó metros abajo. El dolor que le produjo le cortó la respiración. Se agarró a los barrotes con toda su energía y convirtió su cuerpo en un ancla. Por suerte para ambos, la reja aguantó.

La soga dejó de agitarse. Poco después, un rugido colectivo proveniente de la calle asaltó sus oídos y le hizo consciente del silencio que se había adueñado de aquellos breves minutos. La presión sobre su espalda y pelvis pareció ceder un poco. Thady Boy había encontrado un asidero y trepaba en su dirección haciendo el mínimo uso posible de la cuerda.

Por fin una morena y despeinada cabeza apareció a sus pies. Tras un breve forcejeo, la oronda y ágil figura de Thady Boy estuvo sentada junto a él. El bardo respiraba con dificultad.

—Dios bendito, ¿qué hacéis aquí parado? En todo este tiempo podría haber subido y bajado la torre dos veces —dijo con aire burlón—. Le dije a d’Enghien que

vos valíais diez veces más que él —continuó con una sonrisa resplandeciente.

Tras aquello continuaron el ascenso. Mientras observaba al irlandés tantear y escalar la pared con cuidado pero sin pausa, un sentimiento desconocido se apoderó de Robin Stewart: una sorprendente gratitud por lo que Thady Boy había intentado hacer; un orgullo feroz por su propia actuación. Por una vez Robin Stewart se sentía fuerte, confiado y libre. No envidiaba a persona alguna. El arquero, encantado, siguió con energía a su guía hasta la cima del campanario.

St. André se enteró de que algo había ocurrido por la reacción de la multitud. La ruta que él y de Genstan habían escogido para subir no les permitía una visión demasiado clara de lo que hacían los otros. Mientras buscaba los necesarios asideros para la difícil escalada se percató, no obstante, de que a pesar del contratiempo que habían sufrido, sus rivales debían estar ya dentro del campanario.

Ajeno al dolor o a las molestias que le producían sus manos ensangrentadas, magulladas y arañadas de trepar por la pared de piedra, el mariscal sólo pensaba en la necesidad de llegar cuanto antes al campanario o, en el peor de los casos, antes de que los otros hubieran cruzado el cable tendido entre la iglesia y el castillo. Miró hacia arriba, impaciente por descubrir el movimiento de la pareja franco escocesa.

De pronto divisó, pendiente sobre su cabeza, el extremo de una cuerda abandonada. Aquello era un regalo divino. El otro extremo de la cuerda parecía que se encontraba muy por encima de su posición. Aunque no podía verlo, presentía que debía provenir de cerca del campanario mismo. En dos pasos estuvo junto a ella y la probó tirando con firmeza primero con una mano y luego con las dos. Acto seguido empezó a trepar por ella, lenta y cuidadosamente.

Aparentemente la cuerda aguantaba su peso sin problemas. Tras meditarlo unos instantes, calculando el riesgo como si estuviera en el campo de batalla, el mariscal se decidió, enganchó también las piernas en la cuerda y continuó trepando con mayor decisión.

Abajo en la calle, la multitud observaba. El extremo de la cuerda que el mariscal iba dejando atrás se movía ondulante junto a las irregulares piedras de la torre del campanario. De pronto, sobre su cabeza, un sonido poderoso y reverberante desgarró el aire de la noche produciendo un efecto como de vendaval y robándole el aliento. Volvió a repetirse casi inmediatamente. El aire tembló agitado por el sonido atroz proveniente de aquella lengua inhumana.

Laurens de Genstan, con el rostro lívido, miró hacia arriba y el propio St. André se detuvo, apoyando un pie sobre el muro para mantenerse inmóvil. La cuerda se movió sola, ascendiendo, y la poderosa campana barítono de St. Lomer derramó su canto sobre el adormilado valle del Loira. La cuerda siguió moviéndose presa de su propia inercia y la campana volvió a repicar. St. André, ensordecido, miró frenético a su compañero. A continuación profirió una sarta de maldiciones difícilmente

superables en mar o en tierra pero acordes con la situación del momento, colgado como estaba de una cuerda atada al cable manual de la campana de una iglesia. No tenía mucha elección. O perdía la carrera, o trepaba por la cuerda despertando a todo Blois.

El mariscal de St. André no dudó lo más mínimo. Se lanzó cuerda arriba con de Genstan tras él. El repicar de la campana acabó por despertar a los pocos vecinos de la ciudad que aún dormían y, una a una, las luces de la villa se fueron encendiendo hasta que las dos colinas, con el palacio en un extremo y la ciudad en el otro, brillaron en la negra noche. La guardia de Blois acudió a la llamada de alarma haciendo sonar las picas. Acompañando a la guardia, la ciudadanía en pleno, ataviada con camisón y gorro de dormir o cubierta precariamente con sábanas, se dirigió hacia la abadía de St. Lomer. El castillo resplandecía iluminado en su totalidad.

En el campanario sólo quedaban la silenciosa campana tenor apodada *Marte* y la imponente campana barítono que, poco a poco, ralentizaba su atronadora llamada. La penúltima pista yacía en el suelo junto con la palabra de rigor. Para ganar habrían de llegar hasta el castillo y encontrar al arquero que hacía guardia ante la puerta del dormitorio del Rey.

El campanario había sido recientemente ampliado hacia el exterior con una pequeña plataforma de madera rodeada por una cuerda a modo de barandilla. Junto a ella, el cable desplegado entre el campanario y el castillo había sido fijado a un poste metálico clavado en la roca de la torre. A la luz del amanecer el metal brillaba ante sus ojos como un estandarte que anunciara el barranco que se abría entre la iglesia de St. Lomer y el promontorio del castillo. Dos tercios de la longitud del cable habían sido ya recorridos por una figura que avanzaba balanceándose suspendida sobre el vacío. Algo más allá, otra figura había cruzado ya el cable y en aquel momento trepaba con decisión por la zona más alejada del muro atestado de gente. A Stewart le debían quedar tres o cuatro metros de cable para reunirse con el bardo.

St. André se lanzó hacia la plataforma, pasó debajo de la cuerda que hacía de barandilla y, de un salto, se lanzó al vacío agarrando el cable desplegado con sus dos manos. Casi simultáneamente, Stewart alcanzaba sano y salvo el extremo del cable que daba al castillo.

El cable, con el mariscal asido a él, ya no podría ser cortado sin causarle una muerte segura. Existía por tanto una posibilidad, remota pero real, de adelantarse a los dos corredores al llegar al muro donde los espectadores aún no se habían apartado para dejar pasar a Thady Boy y al arquero. St. André habría recorrido unos tres palmos de cable y de Genstan acababa de asirlo, cuando llegó a sus oídos una estruendosa aclamación. Una doble aclamación para ser exactos. El mariscal, colgado sobre el negro vacío, miró a su derecha.

Un bulto extraño y amorfo había aparecido sobre el muro del castillo. Sujetas a

sus flancos mediante un arnés, chisporroteaban sendas antorchas. Las patas de la incongruente figura parecían estar atadas a una plataforma de madera y entre sus enormes orejas, negras en la humeante oscuridad, dos ojillos redondos miraban desafiantes. De pronto, el animal abrió la boca dejando ver unos grandes dientes y de su garganta salió un rebuzno estremecedor que fue celebrado por la multitud con vítores y risas que competían en potencia con el reciente tañido de la gran campana. La burra de Tosh, ataviada para su actuación, se disponía a ejecutar su aclamado «solo» sobre el cable de la iglesia de St. Lomer. St. André comenzó a retroceder a toda velocidad para ponerse a resguardo en el campanario de la iglesia.

Aquel era el momento estelar de la burra de Tosh. Con una coz abandonó el muro del castillo y se dispuso a cruzar el abismo que le separaba del campanario de la iglesia con el rabo tieso, las orejas echadas para atrás y rebuznando con una potencia capaz de hacer retirarse a las aguas del Loira.

Las enfurecidas palabras de St. André no alcanzaron a la multitud pero los rebuznos del asno rebotaron de pared en pared y de pináculo en pináculo por todos los edificios de Blois. Robin Stewart, harapiento, exhausto y triunfante, rio hasta las lágrimas mientras observaba la escena sentado sobre el muro del castillo hasta que fue levantado de un brusco tirón y se encontró corriendo al lado de su amigo entre los cortesanos, colegas, animadores y corredores descalificados que atestaban el patio del castillo.

John Stewart, señor d'Aubigny, que estaba de guardia en el gabinete del Rey, salió afuera al oír el tumulto. Se encontraba ya bastante irritado por la tardanza del arquero Stewart. No obstante su mal humor, el ambiente que se respiraba en el cuarto de guardia era tan festivo y tenía tal aire de victoria que Su Señoría se contuvo. Su arquero y el favorito de la corte, maese Ballagh, con un aspecto indescriptiblemente repugnante, lideraban a una enfervorecida y vociferante multitud que se afanaba en clavar sobre la hermosa pared de madera de la habitación un papel en el que Robin Stewart acababa de anotar una serie de palabras que le había dictado el bardo.

Honor

Esperanza

Nobleza

Reputación

Justicia

Diligencia

Equidad

Verdad

Amor

Liberalidad

Obediencia

Inteligencia Sabiduría

Su Excelencia d'Aubigny se adelantó sonriente a felicitarlos.

Mucho más tarde, cuando el vino comenzaba a escasear y las canciones se fueron apagando, Robin Stewart, algo más aseado y vistiendo ropas prestadas, se incorporó a su puesto, aún jadeante, afónico y con el cuerpo bastante dolorido.

Por lo demás, se sentía feliz. Había intentado analizar los eventos de la noche con Thady Boy poco antes, pero este le había cortado drásticamente.

—Esta noche os habéis comportado estupendamente en un par de ocasiones Robin Stewart —había dicho el bardo—. Seguid así y dentro de poco tendréis a toda la corte comiendo de vuestra mano... hasta el punto de que os quedaréis sin dedos.

El arquero se había sentido algo avergonzado.

—Espero que el Rey nunca llegue a enterarse de esta carrera. Según d'Aubigny, ha estado fuera de sus aposentos toda la noche. Parece que ha vuelto casi a la vez que nosotros y por lo visto no traía muy buena cara. Venía con él el condestable, con un aspecto no menos compungido, pobre hombre. No le ha debido ir muy bien con la dama de turno, me temo.

—Pues claro que se enterará —dijo Thady en la puerta del cuarto de guardia poniéndose su recuperado jubón.

Stewart intentó detenerlo.

—Ballagh, escuchadme...

El bardo se volvió hacia él pacientemente.

—Llevo horas dirigiéndome a vos por vuestro nombre de pila Robin, así que haced el favor de llamarme Thady Boy.

Embriagado por el éxito y la bebida y con una confianza en sí mismo recién estrenada, el arquero le dijo con vehemencia:

—Abandonad a O'LiamRoe. Dejadle. La serenata fue ciertamente divertida y además se la merecía, pero no es suficiente. Dejadle. Su compañía sólo puede perjudicaros. Os echarán a perder entre todos, lo sé, conozco bien a los de su clase. Yo mismo he estado desesperado por que me aceptaran entre ellos, sé muy bien de qué estoy hablando. Acabarán por destruirnos, mental y físicamente. Buscaos un señor honesto a quien servir y desempeñad vuestro trabajo con honestidad. Luego, si el éxito llama a vuestra puerta, podréis sentirnos orgullosos de merecerlo.

Finalmente a su amigo Thady Boy le fue permitido hacer una pequeña intervención entre toda aquella inoportuna y abrumadora solicitud.

—O'LiamRoe y yo tenemos intención de volver a Irlanda en un plazo relativamente breve —dijo Thady cuando el otro terminó—. Ya os lo dije en otra

ocasión. Si tanto os disgusta esta corte, ¿por qué no os marcháis?

Stewart, que tenía poca experiencia con personajes como Lymond, se dejó llevar por el entusiasmo.

—¿Para volver a Irlanda con vos?

Se hizo una pausa. Después Stewart escuchó la respuesta que deseaba oír y se quedó, por fin, tranquilo.

—Si así lo deseáis —dijo Thady Boy despacio, aceptando resignado el placer que su respuesta provocaba en el arquero, tras lo cual consiguió ganar la puerta y salir de la habitación.

Habiendo dejado atrás al último de sus acompañantes, Thady pudo por fin dirigirse hacia los bonitos aposentos de Jenny Fleming.

La dama no estaba acostada y no pareció en absoluto sorprendida de verle, a pesar de lo temprano de la hora (estaba casi amaneciendo). Le miró desde detrás de la mullida cama con el rostro húmedo y el maquillaje corrido y cuarteado.

—¿Francis...? Parece que habéis tocado a rebato y arruinado el descanso de todo bicho viviente en Blois. Margaret debe de estar dándose de cabezazos contra la pared.

El joven se mantuvo inmóvil, mirándola desde la puerta con el desastrado jubón colgando sobre el hombro.

—Por favor decidme lady Fleming... ¿Por qué no hay guardia alguna de servicio ante la puerta de las dependencias de la pequeña Reina?

Jenny Fleming no rechazaba nunca una posible discusión. De hecho disfrutaba con ellas. Se acercó lentamente, subió los peldaños alfombrados de terciopelo del inmenso lecho y se sentó en el borde.

—¿Necesitáis que os lo diga?

—En realidad no —dijo Lymond con voz sombría y mirada lúgubre—. El Rey ha estado aquí. Y el condestable seguramente también. Pero decidme, ¿se queda la niña sin vigilancia cada vez que el Rey acude a visitaros?

Las habitaciones de María estaban conectadas con las de Jenny. Lymond había hecho la pregunta con voz controlada. La sonrisa de Jenny, pese a lo intempestivo de la hora, no podía ser más deliciosa.

—¿Queréis que tenga ahí fuera haciendo guardia a Janet, a James y a Agnes? Las puertas de la Reina que conectan con mi cuarto y con el pasillo están cerradas con llave. Además, el ayuda de cámara del Rey y el condestable suelen esperar en la antesala que da a mis dependencias.

—Sí, pero no siempre. ¿Qué ha sucedido esta noche?

—¿Que qué ha sucedido? —Sus pálidas pestañas se agitaron como mariposas mientras arqueaba las cejas simulando sorpresa.

Ante la impasibilidad de Lymond, la dama se rio.

—La duquesa de Valentinois sorprendió al Rey saliendo de mi habitación. Le ha acusado de infidelidad y el Rey se ha mostrado dolido por su falta de confianza. Su Majestad le ha reprochado: «*Madame, no ha ocurrido nada por lo que debáis preocuparos. Sólo hemos estado charlando*^[23]».

La risa de Jenny Fleming sonó algo forzada.

—Pensaréis sin duda que el Rey la puso en su sitio, conociéndola como la conoce desde hace quince años, ¿verdad? —dijo lady Fleming—. Pues os equivocáis. Su Majestad se disculpó.

—¿Y Diana que hizo?

—Acusó al condestable de proxeneta. Se produjo una escena tremenda con un lenguaje francamente subido de tono y al final la duquesa y el condestable rompieron relaciones y ya no se dirigen la palabra. El Rey prometió no volver a verme. También prometió —se rio Jenny— no contárselo al duque ni al cardenal de Lorraine.

—Y vos —preguntó Lymond—, ¿dónde estabais mientras tanto?

—Aquí —respondió Jenny con sencillez—. Escuchando con la oreja pegada a la cerradura.

Jenny Fleming se levantó con ligereza y bajó los peldaños de la cama con un frufrú de satén. Después se acercó al joven y le agarró por las muñecas. Chasqueó la lengua.

—No estáis muy presentable para ir de visita, ¿no os parece? En fin, ha sido un episodio bastante estúpido y muy entretenido. Margaret se va a reír cuando se entere. Bueno, a lo mejor no se ríe. Da lo mismo. Lo cierto es que la amante titular llegó un poco tarde. Le guste o no al Rey, no va a tener más remedio que admitir que hemos hecho algo más que cuchichear.

Jenny Fleming cogió las manos de Lymond y las colocó una sobre otra sobre su corazón.

—Sentid cómo palpita, querido. Toca a rebato como vuestra campana. Está celebrando la llegada de un hijo o una hija de Francia.

Lymond se desasíó con una violencia que la dejó perpleja. El efecto del vino y su cuerpo dolorido quedaron rápidamente olvidados. El joven caminó hasta la ventana y se quedó allí, de espaldas a la mujer, hasta que pudo dominar su ira y su disgusto.

—«Un espíritu infantil debe estar siempre rodeado de niños», como se dijo en una famosa ocasión —dijo Lymond cuando por fin pudo hablar—. Así que estáis embarazada del rey de Francia. ¿Cuándo nacerá la criatura?

—En mayo —respondió Jenny con la espalda bien tiesa.

—¿Pensáis quizás, después de lo sucedido esta noche, que el Rey va a colocaros en el puesto de Diana?

El rojo cabello se derramó sobre su bata de seda como una cascada y sus ojos castaños refulgieron como ascuas.

—Lo que pienso —dijo Jenny Fleming— es que os estáis olvidando de quien soy. Gordo, magullado y sucio, un aventurero, un mercenario, un intruso en su habitación, Lymond no tuvo ni un ápice de la compasión que había mostrado poco antes con el arquero escocés.

—Sois una bastarda —dijo Francis Crawford—. Y vuestro hijo será un bastardo. Y ¿quién es la duquesa? Es una prima de la Reina. Y la mujer más rica de Francia. La mejor cazadora de Europa. El ideal de todos los oficiales de alto rango de la corte. La que ha estado detrás de todas y cada una de las acciones del Rey durante los últimos quince años. La soberana virtual de Francia durante los últimos tres. En sus aposentos se dirimen los asuntos de Estado del país; su boudoir es el eje político del reino. El cardenal cena en su mesa cada noche. Los infantes de Francia son suyos en cuanto a educación y maneras, ya que no en lo biológico. Su posición es conocida y está reconocida, asegurada y aceptada públicamente desde hace mucho tiempo, hasta por la Reina. No está sujeta a escándalo, es estable y forma parte de la rutina diaria del Rey. No existe mujer sobre la tierra, aunque fuera la mismísima Ginebra, que pueda quitarle el puesto.

De pie junto al poste de la gran cama, Jenny Fleming le observaba con ojos centelleantes mientras acariciaba el ébano del lecho con una mano nacarada surcada de venitas azules.

—¿Qué os apostáis? —dijo Jenny.

—Seréis enviada de vuelta a Escocia con una pensión, señora mía. —La voz de Lymond sonó desprovista de emoción—. Esa es la suerte que os aguarda. Pero antes habrá un escándalo. Nada puede evitarlo ya. Y todo lo que la burguesía de este país diga de vos, caerá, crecido y aumentado, sobre la figura de la pequeña Reina.

—Tonterías —dijo Jenny con voz aguda—. Aquí no se trata de la opinión de cuatro campesinos, de unas cuantas fulanas o de unos pocos simples, querido mío. Las cosas no suceden así en la corte.

—¿Acaso creéis —dijo Lymond en un tono que podía sugerir infinidad de cosas—, acaso pensáis que no sé exactamente cómo suceden las cosas aquí en la corte?

Se hizo un largo silencio. Jenny fue la primera en bajar la vista.

—¿Con qué frecuencia los pajes y las damas de honor de la Reina abandonan su custodia? —preguntó Lymond.

—Una o dos veces por semana. Pero es imposible que haya corrido peligro. —Hizo una pausa y después añadió con voz malhumorada—: No volverá a suceder en todo caso. El Rey no va a volver por aquí.

—Iréis vos a verle a él. Si os da la gana, por supuesto. De todas formas, difícilmente podríais empeorar la situación. En cuanto a las puertas sin vigilancia, ¿podrían haber sido forzadas?

Ella estaba cada vez más exasperada.

—Os he dicho que las puertas están cerradas con llave y además el condestable...

—Ya os he oído. No hay un cerrajero en el reino que no sepa hacer una copia de una llave. ¿Guardáis algún tipo de drogas aquí?

—No.

—¿Y bebidas?

—No.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó Lymond y, separándose de la ventana se acercó a ella y la agarró de los hombros—. ¡Pensad! Si alguien quiere que María muera y sabe que tiene acceso a su dormitorio y a sus demás aposentos. ¿Cómo podría hacerle daño?

Los ojos de Jenny le fulminaron con la mirada.

—De ninguna forma. La niña está perfectamente segura, como lo ha estado siempre. ¿Pensáis acaso que no oiríamos si...?

—¡No! —exclamó Lymond con violencia—. No lo creo. Pensad, os digo. ¿Cómo podría alguien usar arsénico?

Jenny se liberó de sus manos y se dejó caer hasta sentarse sobre la cama. A pesar de los sucesos de la noche se mantenía entera, la espalda tesa como un huso, el rojo cabello cubriendo sus hombros. Nunca había parecido tanto la hija del rey que era.

—Imagino que... quizás... puede que en los dulces; los *cotignacs* —dijo finalmente.

A la pequeña María, de ocho años de edad, la duquesa de Valentinois le había prohibido comer dulces. Janet había descatado la prohibición. Ella misma había preparado los *cotignacs*, cuando bien entrada estaba la noche, junto con la Reina, las pequeñas damas de honor y James, en un ambiente alegre y al amor del fuego que crepitaba en la chimenea. Habían conseguido la canela y el azúcar de Chastain, el boticario, comprándole cuatro libras de cada, a diez soles la libra. Todo había resultado muy sencillo. Jacques Alexander les había proporcionado las cajas para conservarlos y un cómplice cocinero la fruta. Después de pelarlos, cortarlos y sacarles el hueso, habían hervido y escurrido los membrillos y los niños, por turno, habían machacado la pulpa en un mortero de piedra con azúcar y especias. Luego la habían metido en los moldes y al cabo de un rato la habían cortado en tiras.

Lo habían hecho hacía bastante tiempo. Las cajas repletas de los dulces en tiras espolvoreados de azúcar blanquilla habían sido apiladas y guardadas en el armario de Jenny y habían ido desapareciendo poco a poco hasta que quedaron poco más de media docena.

Con Jenny colocada silenciosamente a su lado, Lymond fue sacando del armario las cajas y abriéndolas una a una sobre el suelo. Todas tenían el mismo aspecto inocente. Finalmente sacó algunos de los dulces de la última caja, marcó la tapa y volvió a cerrarla. Después salió de la habitación y Jenny le oyó hablar dos puertas

más allá con uno de los mozos leales a la Reina, Geoffrey de Saint. El hijo de Jenny, James, a quién había mandado a la cama unas horas antes, apareció de pronto ante su puerta con cara somnolienta y ella le mandó de vuelta a su habitación. Poco después regresó Lymond.

—Guardad las cajas de los dulces. Metedlas en vuestro cofre y cerradlo con llave. Mañana revisad la habitación y decidme si habéis notado algo raro, si alguien ha rebuscado entre vuestras cosas. Pronto sabremos si los cotignac han sido manipulados.

—¿Cómo? —preguntó Jenny. Tenía el hermoso rostro lívido, pero su expresión era concentrada y decidida.

—Le hemos dado unos cuantos al viejo perro faldero. No lo sintáis por él. —La suave voz tenía un matiz hostil y sin contemplaciones—. El animal merece que se le ponga fin a sus miserables días. —Hizo una pausa—. Imagino que sois consciente de que la vida de la Reina está en peligro. Sabemos que ha desaparecido veneno. Todos los alimentos que la niña ha comido de un tiempo a esta parte han sido probados antes salvo vuestros cotignac. ¿Deseáis que vuestra querida niña herede el trono?

—Si vamos a hacer las cosas en serio no hace falta que os pongáis tan estúpido —dijo Jenny con aspereza—. Si pensáis que algo malo ha sucedido haced lo posible por enmendarlo. Yo os ayudaré en todo lo que pueda. Pero francamente, creo que todo este asunto es un poco exagerado. No tenéis la menor prueba de que los cotignac ni ninguna otra cosa hayan sido manipulados... —su voz se suavizó—. ¿Os cuesta renunciar al protagonismo al que estáis acostumbrado, verdad Francis?

Lymond no le prestó la menor atención. Parado junto a la puerta, se volvió por última vez a echar un vistazo a la habitación: la mesa, la cama, las estanterías, el reclinatorio, las sillas. Sus ojos denotaban el cansancio provocado por la falta de sueño.

—¿Francis? —repitió Jenny—. Voy a necesitar ayuda. No deseo pelearme con vos.

—¿Nos estamos peleando?

—Hemos estado discutiendo como si fuéramos hermanos.

—Hizo una pausa. —Ahora tengo que acostarme, querido mío. ¿Me perdonáis?

Había apoyado su mano, joven aún y encantadora, sobre su firme brazo. Después la alzó hacia su rostro y, empujándolo suavemente, cuerpo contra cuerpo, estampó los labios contra la boca de Lymond.

Bajo sus labios, los del joven Lymond permanecieron duros e inexpresivos. Pero el beso de la mujer era cálido y cariñoso y ella lo prolongó durante algunos instantes más, haciéndole sentir su fresco aliento mezclado con su caro perfume y el sabor de su vulnerabilidad.

La falta de respuesta de Francis debía provenir, pensó ella, de lo agotado que

estaba. Empero, cuando este la apartó sin brusquedad de su lado, su semblante denotaba un aburrimiento teñido de un cortés y paciente hastío.

—Hace mucho que dejé de juzgar a las personas. Buenas noches, lady Fleming —dijo Lymond fríamente.

Ella percibió el énfasis con que pronunció su nombre y su título. Jenny Fleming entendió finalmente que siempre existiría un abismo entre ellos. Cerró la puerta tras él.

Lymond salió al exterior y cruzó el patio del castillo. El cielo nocturno comenzaba a teñirse con los rubores del alba. Las luces del puesto de vigilancia brillaban encendidas junto a la negra espiral de la escalera y se oían voces masculinas provenientes de la capilla de enfrente. Los guardias apostados ante cada una de las puertas no le prestaron la menor atención. Los hábitos nocturnos de Thady Boy eran de todos conocidos. Además, en la corte siempre era mejor ignorar ciertas cosas.

Lymond comenzó a subir como un autómeta las escaleras que conectaban con el ala donde se hallaba su dormitorio. Caminaba preocupado, sin reparar en que el camino estaba muy escasamente iluminado. Tropezó al cruzar uno de los pasillos. Robin Stewart se había regocijado mucho al recordar la serenata brindada a Oonagh O'Dwyer. Jenny Fleming todavía no sabía nada de aquello. Pero a Lymond, el recuerdo del escándalo que había montado ante la ventana de Oonagh O'Dwyer no le había abandonado en toda la tarde y lo que nevaba de noche. En aquellos momentos, sabía que en su dormitorio no le aguardaba ni la paz ni el añorado descanso, sino el príncipe de Barrow.

Se detuvo unos instantes ante la puerta de su habitación con la mano sobre el picaporte. Por un momento dejó de ser el joven violento, romántico o indiferente que fuera poco antes. Finalmente se decidió y abrió la puerta.

Dentro aguardaba la tempestad. Pero en esta ocasión el artífice no sería O'LiamRoe. Las velas estaban encendidas y el fuego ardía en la chimenea pero en el dormitorio sólo estaba Piedad Dooly. El irlandés le miró con unos ojos cargados de rencor. Su correoso rostro, cubierto por una incipiente e hirsuta barba, estaba congestionado de rabia. Thady Boy cerró la puerta tras él y la estancia quedó invadida por el olor a vino y sudor rancio que despedían sus ropas.

—¿Dónde está Su Alteza?

La indiferencia que mostraba O'LiamRoe hacia la doble identidad de su bardo no había sido nunca compartida por su pequeño criado irlandés. El marcado acento de Wicklow de Dooly resonó en la habitación:

—¿No tenéis ya suficientes problemas como para preocuparos, además, por O'LiamRoe? He oído que vos y vuestros encumbrados amigos habéis estado recorriendo el mundo bajo las estrellas y que habéis regresado triunfante —añadió hoscamente. Se quedó en silencio.

Thady se acercó despacio y se quedó plantado ante él.

—¿Dónde está?

Piedar Dooly, con los ojos entrecerrados, le lanzó una mirada de odio.

—Recordaréis que la corte estuvo plagada de luchadores la pasada tarde. Y bien fornidos que eran, ¿o no? Pues parece que también eran amantes de las bromas pesadas, creo... Le saltaron encima a O'LiamRoe cuando volvía de la casa de la señora O'Dwyer.

—¿Y vos estabais allí?

—Justo detrás. Le habían ofrecido amablemente quedarse en la casa, señor escocés. Pero decidió marcharse para discutir cierto asunto con vos. —De nuevo se quedó en silencio.

Thady Boy agarró con fuerza el respaldo de una silla y dijo con calma:

—Vos no parecéis herido por lo que veo, así que puedo imaginar que O'LiamRoe tampoco debe estarlo en exceso. ¿Por qué no probáis a contarme lo que pasó?

—Había en el callejón de al lado un grupo de hombres que nos oyeron gritar y acudieron en nuestra ayuda —dijo el irlandés con expresión congestionada—. Dos de los atacantes murieron y otro huyó; creo que era el hombre de Cornualles, pero no podría jurarlo. El propio O'LiamRoe recibió un navajazo en el brazo y sangraba de forma alarmante, así que regresó a la casa de la señora O'Dwyer. —Hizo una pausa—. Le dejé allí. Ella le había pedido que la acompañara mañana a Neuvy. Os comunico de su parte que estará de vuelta en breve.

—Sería mejor —dijo Thady Boy— que se quedara en Blois.

El rostro del irlandés adoptó la impasibilidad de un pedrusco.

—Ya imaginó que diríais eso. Os contesto de su parte que después de sopesar los pros y los contras, sigue prefiriendo marcharse mañana a Neuvy. Y la dama me mandó deciros lo mismo.

—¿En que términos se expresó la dama exactamente? —preguntó Thady con voz suave.

—¿La señora O'Dwyer? Dijo que si vais a Neuvy tendríais el recibimiento que vos esperáis. Pero que en caso de que prefirierais quedaros junto a las Reinas, ella se encargaría de cuidar al Príncipe. Eso es lo que dijo.

Tras terminar, Dooly se sintió de nuevo presa del familiar y desalentador escrutinio de aquellos ojos azules.

—¿Ella le tiene cariño? ¿Verdadero cariño? —le preguntó Ballagh.

La expresión de ironía que mostraba el congestionado rostro del irlandés se transformó en una de desprecio.

—¿Quién soy yo para decir si existe una relación de cariño entre una dama y un caballero? A vos desde luego no os tiene el menor aprecio. Eso os lo puedo asegurar. Pero eso no creo que sorprenda a Vuestra Merced. Pero ¡voto a Dios! ¡Esta noche no

paráis! Están llamando a la puerta...

Lymond ya lo había oído. Se dirigió a abrir, dispuesto a echar al inoportuno visitante, cuando el joven lord Fleming entró y cerró la puerta tras él. Arqueó las cejas solicitando con mudo ademán permiso para transmitirle su mensaje.

—Está bien —dijo Lymond—. Adelante. —Caminó hasta la chimenea y se acodó sobre el pretil de piedra dejando que sus magulladas y rozadas manos colgaran inertes—. Contadlo sin omitir nada. Piedad Dooly está acostumbrado a la ineficacia de mis disposiciones.

—El perro ha muerto, señor —dijo el hijo de Jenny tieso y con cara de palo.

—Ya veo. —Lymond no se inmutó—. Así que la pequeña Reina se habría tomado los cien gramos de arsénico antes de marcharse de Blois. ¿Quién pensáis que lo ha puesto ahí, James?

Lord Fleming evitó mirar a Dooly.

—Ha podido ser cualquiera. Los guardas no estaban. —Dudó un momento y prosiguió tenazmente—: Me encargó que os dijera que está verdaderamente consternada. Y lo está, os lo puedo asegurar. También me pidió que os preguntara qué debía hacer ella.

La actitud de Lymond se suavizó ligeramente y, tras erguirse, dejó caer los brazos en un gesto de impotencia.

—Ya sé que está disgustada. Decidle que queme las cajas con el cotignac, eso es todo. Yo me ocuparé del resto.

—¿Qué vais a hacer, señor? —preguntó con los ojos brillantes.

Francis Crawford volvió la cabeza y posó la mirada en el saturnino rostro irlandés que tenía al otro lado.

—Decidle a O'LiamRoe de mi parte, amigo Piedad, que le deseo buena suerte en Neuvy, si le sirve de algo...

Dooly se levantó para irse. Fleming permaneció aún un momento aguardando una respuesta. Lymond se frotó los agotados ojos con el dorso de su sucia mano y contó mentalmente los pasos que le separaban de la cama.

—Por mi parte estoy harto de tanto chivo expiatorio y tanta treta. A partir de ahora, que Dios me ayude, pienso ponerme yo de cebo.

Los dos hombres se marcharon. La luz de la alborada comenzó a iluminar las techumbres rotas, pisoteadas y sin tejas de la ciudad de Blois, deslumbrando a sus cansados habitantes tras la forzosa vigilia. Por fin, Francis Crawford de Lymond pudo meterse en la cama.

VI Blois: Un festín fallido

Hay tres tipos de banquetes: banquetes celestiales, banquetes humanos y banquetes diabólicos, como por ejemplo los banquetes en honor a los hijos de la muerte y a los hombres perversos. O los dedicados a personas lascivas, sátiros, bufones, saltimbanquis, forajidos, paganos, ramerías y gente de mal vivir en general. Son banquetes que no se dan por compromisos terrenales ni en espera de compensación celestial. Este tipo de festín es un festín fallido, dedicado al demonio.

El brazo de O'LiamRoe se curó en Neuvy. El Príncipe permaneció allí más de lo que había previsto inicialmente. Se dedicó a cabalgar, a ir de caza, a discutir y a jugar al ajedrez con la señora Boyle, con Oonagh y con sus amigos. No volvió a ser importunado. No se sintió en absoluto decepcionado cuando finalmente Cormac O'Connor no apareció como todos esperaban, pero fue lo suficientemente avisado como para no demostrar sus sentimientos ante tan lamentada ausencia. Mandó recado de que regresaría a Blois a lo largo de aquella semana con uno de los invitados.

El encargado de llevar el mensaje a Blois fue George Paris, un irlandés alto y flaco dotado de considerables aptitudes para la intriga que casualmente estaba de camino hacia Irlanda. Antes de partir para su patria tuvo una entrevista con el condestable y otra con el Rey. El monarca le recibió, estando presente el duque de Guisa, y le confió una serie de embajadas de corte diplomático prometiéndole como escolta a Robin Stewart.

Stewart no se enteraría de aquello hasta más adelante. No había cumplido sus amenazas de abandonar la corte y él mismo sabía que probablemente no lo haría mientras Thady Boy siguiera allí. No obstante, el arquero había empezado a inquietarse seriamente por la excéntrica decadencia que parecía haber invadido el ambiente de la corte desde que se celebrara la carrera de obstáculos. Por su parte Margaret Erskine estaba francamente preocupada. No había contado nada del asunto a su marido, quien acababa de volver triunfante de su misión diplomática por los Países Bajos, de donde traía bajo el brazo un tratado de paz que ponía fin a una guerra que había durado seis largos años. A su jovial comentario:

—Os he traído las hierbas para vuestro malvado paciente tal y como me pedisteis.

Ella había respondido en un tono inusualmente lúgubre:

—¿Habéis traído suficiente cantidad para toda la corte de Francia?

En la corte todo estaba paralizado por la proximidad de las Navidades. Por apremiante que fuera el estado de las finanzas, la propia amenaza de penurias y el avanzado estado de la estación hacían imposible pensar en meterse en una guerra. Habría que conquistar el honor en otros campos: en los combates de lucha libre, en

las competiciones de salto, en las justas y en los torneos de tiro al blanco, en la cetrería, en los partidos de pelota, en las peleas de osos y en los bailes de disfraces que congregaban a falsos gitanos, griegos y sarracenos.

La corte en pleno estaba dedicada a jugar, a cantar y a hacer el amor con encomiable entusiasmo y dedicación, como era de esperar en damas y caballeros expertos en tales lides. Los hombres que rodeaban al Rey eran elegidos precisamente por su gracia y dominio tanto en el arte del deporte y la caballería como en el de la diplomacia y la guerra. El Rey los solía utilizar como piedras de toque, comparando su propia destreza y múltiples habilidades con las de ellos.

Normalmente Enrique de Francia era un hombre moderado. Empero, durante aquellas fiestas salvo faltarle el respeto al Trono, todo lo demás estaba permitido o casi. A aquellas alturas Thady Boy disfrutaba de la divertida benevolencia de la familia real y de los jóvenes de la corte, que le copiaban, animaban y mimaban hasta la exageración. El propio Rey velaba por él y había dado orden de que alguien se ocupara de recogerlo y llevarlo a la cama tras sus excesos. Era generalmente Stewart quien solía estar a mano hacia la medianoche o al amanecer o cuando quiera que el incontrolable bardo acabara el día, para rescatarle de las cocinas, del suelo de la pista de baile o de cualquier otro lugar y llevarle sano y salvo hasta su habitación. Todos estaban pendientes de él de una forma u otra y le cuidaban con solicitud. Él aceptaba todas aquellas atenciones a su manera: absolutamente encantador, absolutamente borracho y absolutamente irresponsable.

La corte escocesa observaba su comportamiento. Los Erskine y Jenny, algo deprimida, lo hacían en silencio. La Reina madre, terminadas sus reuniones de Estado, estaba dedicada a repartir regias sonrisas entre sus anfitriones en un denodado esfuerzo por ignorar los tejemanejes que su propio séquito urdía a sus espaldas. Los ambiciosos lores escoceses, muchos de ellos sobornados en mayor o menor medida, andaban a la gresca entre ellos como gallitos en un gallinero. Sir Douglas, en su línea conspiradora habitual, se tomó la molestia de escribir una carta anónima a la Reina de Francia sugiriéndole que invitara a un tal lord Culter, de nombre Richard, a la corte. Catalina de Médicis recibió la misiva al día siguiente.

Aquel día había amanecido frío. Una llovizna de aguanieve caía sobre la ciudad. Oscureció temprano. La corte reunida en la Grand Salle dedicaba su energía a bailar la pavana montada a caballo. Los jinetes progresaban entre las brillantes columnas del gran salón iluminados por las hogueras que ardían sobre las desgastadas baldosas del pavimento. Los cascos de los caballos repicaban al son de la música ahogando la melodía. Thady Boy, ligeramente apartado, se dedicaba a arrancar una a una las velas de los candeleros y lanzárselas con malabar destreza a sus compañeros chamuscándoles los dedos entre risas, juramentos y caídas, hasta que la histeria colectiva y la oscuridad se impusieron al jueguito.

El Rey leyó la carta que su esposa había recibido apoyado sobre la desgastada balaustrada desde donde observaba la fiesta. A su lado, los inmensos ojos de la Médicis miraban con fijeza la escena que se desarrollaba debajo.

—¿No os molesta todo este desenfreno?

Él levantó la vista de la carta y siguió la dirección de su mirada.

—El arte arraiga en terrenos pútridos. Imagino que esa es la única explicación posible.

—Desde luego no cabe duda de que posee un talento natural y bastante original, incluso cuando está fuera de sí —dijo la Reina—. Aunque últimamente me estaba pareciendo que la flor se estaba empezando a marchitar un poco. ¿Qué opináis de la carta?

Enrique volvió a concentrarse en la carta anónima.

—El nombre es conocido, desde luego. Pero ¿quién es exactamente Richard Crawford de Culter?

Las pestañas de Catalina se posaron durante unos instantes sobre su tosca y empolvada mejilla.

—Le he preguntado a madame la Reina regente. Es un barón. El tercero del mismo nombre. Poderoso y de considerable fortuna en Escocia, su país, y fiel partidario de la joven Reina. Corre el rumor de que decidió quedarse allí hasta que su esposa trajera al mundo a su heredero... A estas alturas su hijo debe de haber nacido ya. Ahora que está libre podríamos sugerirle a madame la Reina regente que estaríamos encantados de recibir su visita.

Tenía razón. Francia había prometido hacer todo lo posible para instalar a María de Guisa como regente del reino de Escocia hasta la mayoría de edad de su hija. Podía tener sentido seguir el anónimo consejo e investigar qué personal había dejado atrás alguien como ella, estadista y mujer política por excelencia.

Los jinetes seguían pasando bajo la balaustrada, oscilantes sus mangas y sus flequillos.

El Rey se inclinó hacia la barandilla y chasqueó los dedos. Thady Boy levantó la vista hacia él y con un rápido movimiento de muñeca le lanzó una antorcha. Enrique la cazó al vuelo y la levantó ligeramente en señal de saludo. Acto seguido, acercó la llama con aire pensativo hacia una de las esquinas de la carta de George Douglas.

Tres semanas más tarde, Stewart se enteró de que debía viajar de nuevo a Irlanda acompañado de un agente y encontrar a Cormac O'Connor para traerlo a Francia. Aquello originó una de las mayores crisis de su vida: por primera vez se enfrentó a John Stewart de Aubigny. Su Excelencia había encargado a Robin Stewart la misión de ayudarle con la visita de O'LiamRoe. El arquero había confiado en recibir en algún momento algún tipo de compensación por todos los servicios extras que llevaba

prestando, no sólo con los irlandeses, desde hacía bastante tiempo ya: quizás un puesto de bajo rango en la Guardia Real con posibilidad de ascenso, o incluso una capitanía algo más adelante... un puesto apropiado que le acercara por fin a la añorada esfera de poder e influencia.

Estaba en manos de d'Aubigny el concedérselo, pero hasta el momento lo único que le había dado era unas pocas sumas de dinero de Pascuas a Ramos. Y ahora aquel necio le estaba diciendo —no podía creerlo— que sus servicios ya no eran requeridos y que le destinaba al extranjero para una misión rutinaria y desprovista de interés.

Stewart, apuntándole con su afilado mentón, le plantó cara.

—Ya he estado en Irlanda, señoría. Tenía entendido que mi cometido era asistirlos en la visita de los irlandeses hasta el final de su estancia en el país. Pensaba que mi actuación os había satisfecho hasta ahora.

D'Aubigny observó irritado que el arquero llevaba desatado uno de los cordones de su jubón de cuero y que necesitaba un buen corte de pelo.

—¿Eso creéis? —dijo d'Aubigny—. Pues he de deciros que según mi opinión la llegada del Príncipe a Dieppe fue una auténtica chapuza. Y lo de Ruán otro tanto. Y durante la cacería soltasteis al lebrél de O'LiamRoe con no sé qué mezquino propósito y, para colmo, acabasteis haciendo el ridículo cayéndoos de vuestra montura cual vulgar pescador para terminar metido en un agujero como si fuerais un conejo. —Bostezó. La noche anterior había sido larga y aburrida—. En el fondo, supongo que es culpa mía. Para este tipo de trabajo se requiere cierta clase de educación, un poco de sutileza. Vos, estoy seguro, os sentiréis más a gusto con otro tipo de tareas, más sencillas. Cuando llegue O'Connor me ocuparé de él yo mismo. Me ayudará uno de mis hombres, puede que Cholet.

No cabía duda, d'Aubigny le estaba despidiendo. Stewart pensó de pronto que sabía cual era la razón de aquello. El rubor tiñó de feos parches rojos su flaco rostro y su cuello, y el arquero sintió como le ardían las orejas.

—Me he dado cuenta de que se os hace difícil comportaros con amabilidad conmigo desde que ganamos la carrera de obstáculos de la otra noche. Pero difícilmente se me puede reprochar a mí que él me escogiera como su pareja... Bien, pues dejadme que os diga algo, señor mío: el nombre de Robín Stewart ahora significa algo para el Rey y sus cortesanos.

El hermoso y curtido rostro frente a él mostraba únicamente desprecio.

—¿Más que el de d'Aubigny, creéis? ¡Otra palabra fuera de lugar, Stewart, y seré el primero en poner a prueba vuestra afirmación! Amenazar a un amigo del Rey en este país se considera algo bastante parecido a la traición, que lo sepáis.

La mano de Su Excelencia, apoyada sobre el tintero de ónice de su mesa, no temblaba por la cólera provocada por la insubordinación de su arquero. Obedecía en mucha mayor medida a la cruda alusión del otro sobre sus celos hacia su supuesta

relación con Thady Boy, a quien se había dedicado a perseguir últimamente. Que Stewart pudiera considerarse a sí mismo rival suyo era algo que nunca le había pasado por la cabeza y sentía sus burdas alusiones como una profanación de su excelso estatus.

Se puso en pie con un ligero escalofrío producto de su malestar.

—No tiene sentido reprocharos vuestras flaquezas, Stewart. Ambos, estoy seguro, somos conscientes de ellas. Vos lo habéis hecho lo mejor posible y os lo agradezco. Pero deberíais sentiros satisfecho con las tareas que os han sido asignadas. Comprobaréis que no soy desagradecido. —Inclinándose sobre su escritorio sacó una bolsa de monedas de un cajón y la colocó entre ambos—. Con esto podréis tomaros unos cuantos aguardientes y pasar algunas francachelas con vuestros amigos en Irlanda.

Tras años de entrenamiento, pobreza y represión, Stewart había perdido la capacidad de enfurecerse espontáneamente. Fue la disciplina tan duramente aprendida la que evitó en aquel momento que el arquero le lanzara al otro a la cara su dinero e hiciera trizas su carrera. Por otro lado, un orgullo recientemente adquirido le impidió a su vez aproximarse a la mesa y aceptar la bolsa.

—Guardadla para vos —dijo secamente—. Y compraos un tintero nuevo. Ese de ahí casi lo partís en dos mientras os dirigíais a mí como si fuerais Dios Todopoderoso. Iré a Irlanda. Iré, ¡maldita sea! Pero —dijo furioso Robin Stewart y lanzó sobre d'Aubigny la única amenaza que sabía podría menoscabar la indiferente complacencia de Su Excelencia— ¡me llevaré conmigo a Ballagh!

Sabía que tenía pocas esperanzas de cumplir sus palabras. Sin embargo, fue a preguntar a Thady Boy al respecto. Este se quedó observándolo con mirada bastante desenfocada y le respondió que él mismo estaba empezando a pensar que la corte de Francia estaba francamente sobrevalorada y que lo consideraría seriamente.

Era evidente que aquella mañana todavía no había desayunado nada salvo un vino bien recio. Tampoco tenía pinta de ir a ingerir almuerzo alguno antes de la jornada de caza matutina. Stewart era amargamente consciente de la diversión que provocaba su empecinada misión redentora respecto del bardo; en medio de una de sus solícitas y furiosas diatribas le vino de pronto a la cabeza la idea de que, viniera Thady Boy con él o no a Irlanda, tan sólo les quedaba a ambos una semana de mutua compañía en Francia.

Ese mismo día Thady Boy participó en la cacería en un estado de casi total embriaguez y regresó con un corte en la mano. Stewart, que no estaba de servicio en aquel momento, fue una vez más el que se ocupó de ir a buscarle un ungüento. Cruzando los jardines del castillo se dirigió la casa de dame Pillonne, situada en el área dedicada a los animales y sus cuidadores.

Abernaci no se encontraba en la casa. En su lugar halló a uno de sus amigos, el cuidador del burro prodigioso. El hombre se hallaba en la estancia situada encima de la jaula de los osos pardos, atestada de recipientes llenos de pócimas y sustancias extrañas. Tras reconocer su acento, respondió al saludo de Stewart con un entusiasmo y cantarín de jeje de Aberdeen. Thomas Ouschart, separado de su asno, era un hombrecillo de maneras agradables, de cuerpo menudo y piel pálida a pesar de llevar media vida viajando. Le aquejaba una tos persistente, recuerdo de su pasado dedicado a la construcción, de lo cual daban también fe unas abultadas pantorrillas que resaltaban bajo las calzas a franjas de colores que vestía. Stewart, aquejado de una nostalgia que le agujoneaba como una plaga de pulgas, le asató con preguntas. Se interesó por su profesión de funámbulo, por la paga que recibía y las previsiones monetarias que tenía con semejante trabajo.

Tosh era un hombre bien dispuesto y de temperamento jovial. Contestó con sencillez a sus preguntas en lo que le pareció oportuno pero evitó adentrarse en temas de cariz más personal o que consideraba que no eran de su incumbencia. Conectaron enseguida. El hombre de Aberdeen había acometido en su vida muchas más tareas que caminar sobre una cuerda floja, así que se puso él mismo manos a la obra. Rebuscó entre las atiborradas estanterías hasta encontrar una vasija vacía y metió dentro un unguento para la mano de Thady.

—Preparad el mejor unguento que sepáis, por el amor de Dios —dijo Stewart, levantándose para ayudarlo—, porque como le quede a Thady Boy una cicatriz en su preciada mano, tendréis que responder ante tres Reinas que adoran sus interpretaciones al laúd.

Stewart encontró una vasija vacía. Despejó con el brazo la atiborrada mesa y, sentándose, la colocó encima. Tosh comenzó a llenarla mientras se reía.

—Por lo que cuenta Abernaci, dudo que le quepa una nueva cicatriz en todo su cuerpo. Seguro que habéis visto sus manos. Y en galeras debieron dejarle la espalda hecha un auténtico poema.

Robin Stewart se quedó repentinamente mudo. Sentado con las manos sobre las rodillas, las piernas algo separadas, se quedó mirando al vacío.

—No tenía ni idea de que había estado en galeras —dijo tras unos instantes.

—Bueno, imagino que no va por ahí contando la experiencia —dijo Tosh en tono irónico—. Pero tiene la marca de las galeras. Uno de los mozos le vio la espalda cuando Abernaci le curaba en Ruán. —Se volvió hacia Robin Stewart, que seguía con expresión ceñuda y sonrió—. Un tipo curioso el tal Thady Boy Ballagh. Aunque, ¿no lo somos todos? Ponedlo a remar en un barco y comprobaréis que lo que digo es cierto. —Tosh terminó de envolver con un lienzo de lino la vasija con el bálsamo y observó el meditabundo rostro del arquero—. De todas formas, seguro que ya lo sabe más de una. No me extrañaría nada que las elegantes brujas de la corte lo encontraran

de lo más excitante.

Stewart no necesitaba meter al bardo en ningún barco de remos. Sus palabras, proferidas en un momento decisivo a bordo de *La Sauvée*, resonaron con nitidez en su cabeza: «Todo va a salir bien» había dicho Thady cuatro meses atrás cuando la situación parecía poco menos que desesperada.

—¿Qué más sabéis de nuestro amigo irlandés? —preguntó con voz tranquila.

Pero Tosh sólo conocía al bardo a través de Abernaci, así que no le pudo contar a Stewart nada nuevo. El arquero rescató un viejo tarugo de madera del suelo lleno de desperdicios y jugueteó un rato con él. Había creído conocer el pasado de Thady Boy; había creído que era su amigo. El bardo no había sido pródigo en confidencias en el estilo de O'LiamRoe, pero tampoco había sido reticente en exceso. Sin embargo, no había tenido la confianza de compartir con él un episodio de su vida tan crucial y violento que sin duda debía de haberle marcado profundamente.

La ilusión de amistad y confianza mutuas del arquero quedó hecha trizas en unos segundos. Con resignación, aguardó la conocida sensación de dolorosa decepción que recorría una vez más su ser. Stewart se levantó mientras Tosh seguía hablando y se despidió abruptamente olvidando llevarse el ungüento que el otro le había preparado.

Cuando más tarde volvió a recogerlo encontró con alivio que el hombrecillo de Aberdeen había salido.

El primer impulso del arquero había sido dirigirse al bardo y decirle claramente lo que pensaba. Pero en lugar de ello, acudió directamente a d'Aubigny y consiguió que le encargara una tarea que le mantuviera fuera de Blois durante los cinco días que faltaban para marchar a Irlanda junto con George Paris. Después mandó un escueto mensaje a Thady Boy informándole del día y la hora de su partida.

El sucio y trastornado rostro del desaliñado bardo mostró brevemente una expresión de desconcierto. Pero al instante apartó la carta y se sumergió en la estrafalaria y absorbente actividad del día.

O'LiamRoe regresaba finalmente a Blois.

El día anterior había salido a cabalgar por última vez con Oonagh por el parque de Neuvy, acompañados por el nuevo lebel. Aquel había sido uno de los pocos momentos a solas desde la famosa y desgraciada noche de la serenata en la que O'LiamRoe había aparecido en el umbral de los Moûtier con el brazo chorreando sangre pidiendo ayuda en medio de una avalancha de disculpas y explicaciones. Pero aquella mañana cabalgaban hombro con hombro, disfrutando en silencio del aire vivificante, de los bosques desnudos de hojas, vestidos de plata por la nieve y el viento, y de la marchita hierba que susurraba al paso de sus cabalgaduras. Al poco salieron a campo abierto y ambos jinetes dieron rienda suelta a sus monturas, que se lanzaron primero a un trote largo y después a galope tendido, las crines rozándose; en

el aire, ondeando juntos, la capa frisada del Príncipe y las pieles y los negros cabellos de la joven.

Salvaron juntos riachuelos y zanjas hasta llegar a los pies de una colina repleta de matojos secos que relucían al dorado sol. Iban dejando tras ellos la blanca estela de su aliento, la sangre latiendo acelerada al compás de su frenético pulso. Finalmente se apiadaron de los sudorosos caballos y pararon al borde de un bosquecillo. O'LiamRoe les quitó las sillas y se ocupó de ellos mientras Oonagh se tumbaba sobre el lecho de ramas rotas y helechos que alfombraban el suelo.

El Príncipe sacó una petaca del arzón y se la ofreció a la joven, que bebió de un tirón, como un muchacho. A continuación bebió él y, después de guardar la petaca en su sitio, volvió junto a ella para sentarse a su lado, sobre una roca. Apenas había hablado en toda aquella mañana, cosa hartamente extraña en él. Fue ella quien rompió el silencio.

—Tengo que daros una noticia O'LiamRoe —dijo observándole con sus intensos ojos verdes—. Vuestro bardo va a dejaros.

—¿Ah, sí? —Esperó a que ella siguiera hablando. Nunca habían comentado nada sobre la serenata o sobre Thady Boy después de aquella aciaga noche.

—Me lo han comentado hoy. Robin Stewart se marcha el viernes a Irlanda y parece ser que ha amenazado con llevarse con él a Ballagh. De todas formas, me da la sensación de que la decisión es más bien unilateral, así que puede que conservéis completo vuestro séquito, después de todo. Por otro lado, puede ser que Thady Boy pretenda convencerlos para que los acompañéis.

—Veo más probable que intente embarcarme a mí mientras él se queda aquí, mimado y consentido por la corte. ¿Se habrá hastiado ya de tanta celebración? El panorama en la corte se quedaría de lo más mustio sin sus canciones.

—Puede que sea porque posee un cierto sentido de la responsabilidad —sugirió la morena irlandesa—. Ah, claro, lo había olvidado. Vos no creéis en tal cosa. Sólo existen idiotas con ansias de poder, mediocres corruptos que sueñan con medrar. No existe líder natural alguno que no merezca que le corten la cabeza directamente.

—Tenéis una memoria excelente —repuso pacíficamente O'LiamRoe—. Pero lo cierto es que todavía no he conocido a ser bípedo que dedique a sus perros o a su mujer una atención remotamente parecida a la que dedica a cuidar sus parcelas de poder, por pequeñas que sean.

Oonagh estuvo a punto de no contestar, pero su temperamento era superior a ella.

—Existen hombres capaces de asumir responsabilidades hasta el punto de jugarse el alma por defenderlas.

O'LiamRoe respondió en tono amable, risueño e incrédulo:

—¿Como quién? ¿Cuándo ha existido alguien así? ¿Conocéis acaso vos algún ejemplo?

El rostro de la joven se había teñido de rubor y sus ojos destacaban como lagunas de agua clara de matiz gris verdoso.

—Le rebanasteis el cuello a Luadhas para proteger a una Reina que no es más que una niña inconsciente y una extranjera para vos. ¿Es que vuestra propia gente os importa menos?

—Ahora que lo mencionáis, lo cierto es que nunca había imaginado a los sheriffs del rey de Inglaterra como guepardos —dijo ladeando la cabeza y repicando con sus dedos gordos y rosados sobre las rodillas con ademán impotente.

La joven se incorporó sobre un brazo y se giró para apoyar la espalda sobre la roca en la que O'LiamRoe estaba sentado. Echó la cabeza para atrás y se quedó observándolo. Su mirada no denotaba hostilidad alguna.

—Vuestro corazón apoya a las personas que podéis ver con vuestros propios ojos, no a una nación cuyo concepto os resulta abstracto.

—Puede que tengáis razón —dijo O'LiamRoe. Esta vez respondió sin pretender ser ingenioso.

Debajo, junto a la roca, la cabeza de la joven estaba demasiado cerca. Si lo movía, su brazo podría rozar aquel reluciente cabello negro azulado, cálido y abundante.

—En efecto —intentó explicarse de nuevo—, me resulta difícil concebir un sentimiento preciso hacia el reino de Francia. Si lo despojáis de la música, la escultura, la pintura y sus palacios como si fuera una alcachofa, lo que queda al final se reduce a una transmisión hereditaria de poderes y de parlamentos, de absolutismo y de Estados Generales enmudecidos; de impuestos obsoletos, prebendas y favoritismo. En Inglaterra se respira un aire menos refinado pero más sano, me parece a mí.

—No os engañéis Phelim O'LiamRoe. Ni pretendáis engañarme a mí. Aunque os amenazaran con la oscuridad eterna y el caos, vos seguiríais atizando el fuego y teorizando hasta que os hirviera la sangre en las venas. ¿Por qué os quedáis aquí si no encontráis ningún placer en ello? Volved a vuestro oscuro brezal en Slieve Bloom, donde los sheriffs de Eduardo os dejan en paz. Y llevaos a Ballagh. Si tenéis un nuevo dueño en vuestro país, alguien os avisará seguramente.

La expresión de O'LiamRoe se tornó impenetrable por una vez.

—No he dicho, creo yo, que me encuentre harto. Ya os dije una vez por qué quería quedarme... Y también os hice una pregunta, pero nos interrumpieron.

—Pues volved a preguntarme —dijo ella.

Se hizo un prolongado silencio. Aunque en apariencia se encontrara perfectamente tranquilo, en un lado del cuello, bajo la delicada piel, el pulso del Príncipe latía desbocado. *¿Y me amáis quiscas? ¿Os gusto acaso un poco tan sólo?* Había preguntado aquella noche en el Hôtel Moûtier.

—Si volviera a tener quince años seguramente lo haría —dijo—. Pero ahora ya

conozco la respuesta.

—¿De veras? Creo que deberíais saber —dijo Oonagh— que comparto vuestra idea de la alcachofa.

Desde lo alto de la roca mirando hacia abajo, distinguía perfectamente sus orgullosas cejas, los ojos pensativos, el cuerpo firme bajo los gruesos pliegues de su vestido.

—Pues eso puede resultaros algo incómodo cuando toméis por esposo a un francés —repuso ingenuamente O’LiamRoe.

Se fijó en las muñecas de la joven. Eran angulosas, casi masculinas. Oonagh tenía una mano descansando en el regazo y la otra colocada tras la cabeza. O’LiamRoe pudo ver cómo su mano se tensaba repentinamente. Su respuesta no le sorprendió:

—Ya he tenido perros suficientes —dijo Oonagh.

Tras un pequeño intervalo la joven añadió, retomando un viejo tema de conversación:

—He llegado a una conclusión algo extraña. Creo que hay algo todavía peor que quedarse metido en una choza de adobe con un cuenco de sopa de col, arenques salados y ajo sobre las rodillas.

Ahora fue el turno de O’LiamRoe de ponerse tenso.

—Siempre lo he dicho. Depende de la compañía —repuso tan sólo.

Ella no apartó la mirada sino que se giró un poco y separó la espalda de la roca, apoyándose sobre ella sólo con un codo y dejando la otra mano distraídamente sobre la hierba. Las hojas muertas se pegaron sobre su abrigo de piel como los restos de un naufragio atrapados por una red. A él le pareció adivinar en su mirada una cierta irritación y hasta una modesta simpatía.

—Me gustáis Phelim O’LiamRoe. Y por mi propio bien debería amaros.

Le miró con detenimiento. Su rostro denotaba pequeños signos de tensión, de ansiedad o autodefensa, quizás.

—Parecéis la viva imagen de la indiferencia —exclamó con inesperada rabia—. ¿No podéis hacer que os ame, ya que sois tan listo?

Se hizo un silencio atroz. El Príncipe se deslizó sobre una rodilla y se puso a su lado, aplastándole el vestido. Cogiéndola por la mano que descansaba sobre la hierba la atrajo hacia sus brazos. Ella se incorporó con ligereza, alzando el rostro en espera del beso.

Fue un extraño abrazo. La joven era, claramente, la que tenía más experiencia de los dos y no hizo esfuerzo alguno por ocultarlo. En el caso de O’LiamRoe, fue su naturaleza sencilla la que acudió en su ayuda en última instancia. En el momento decisivo no se sintió incómodo. Ni tampoco intentó mostrar una sofisticación por encima de sus posibilidades. En lugar de ello, fueron su sinceridad, su mente curiosa y aventurera, su sentido de la decencia más elemental, los que hicieron de su primer

beso algo perfectamente conseguido. Y para Oonagh O'Dwyer algo bastante novedoso.

Tan nuevo, de hecho, que por un momento se sintió confundida. Él sintió que algo no iba bien y se apartó, en su rostro una expresión extraña y desconocida. Se dio cuenta de que la mano de la joven sobre su espalda le apretaba inquietantemente. La joven levantó la otra mano, haciendo que los pesados pliegues de su manga cayeran hacia abajo pesadamente y atrajo su cabeza hacia ella. Durante el beso que siguió, ella le hizo comprender, sin decir palabra alguna, que su deseo podría ser satisfecho, si él quería.

La humildad, la inteligencia, o quizás la inseguridad se abrieron paso hasta la conciencia de él haciéndole aflojar los brazos, mover la cabeza y abrir los ojos. Ella no se dio cuenta. Se había deslizado hasta tumbarse grácilmente sobre la hierba.

—¿Os preocupa acaso no estar a la altura? —preguntó dulcemente con su acento irlandés más cálido y marcado que nunca—. No espero un imposible, querido. Vos partiréis a Irlanda con Stewart y me esperaréis allí. Este es un comienzo, no un final.

El Príncipe se sentó sobre sus talones. Los rasgos de su cara bajo la sedosa cascada de su cabello seguían transfigurados, como si, tras golpearse contra un inútil obstáculo, se hubieran roto y vuelto a juntar deforme y dolorosamente.

—Sois muy amable —dijo. Era imposible adivinar si estaba siendo sarcástico o no—. Pero como todavía no ha empezado no puede ser ni comienzo ni tampoco final.

Se había alejado de su campo de visión, ella no sabía si para su propia tranquilidad o para la de ella. La joven permaneció con la mirada fija en el cielo.

—¿Qué ocurre? —preguntó, tendida inmóvil sobre la hierba—. Será mejor que me digáis qué es lo que pasa.

—Nada —contestó él.

El brazo extendido de la joven tenía la piel muy blanca. Las marcas de su basta capa podían verse todavía allí donde la joven le había agarrado con fuerza. Su vestido en cambio, de fino tejido, no le había dejado a él marca alguna.

—Es la primera vez —dijo él en tono de confianza— que mis principios, tan pobres y negativos como parece que son, me han propiciado una situación tan encantadora. Dudo que pueda sacar partido de ella. Siempre pensé que se merecían un premio menor. O quizás mayor.

Ella se sentó tras aquello. Su rostro estaba pálido. Tras su ceño, la mente de la joven intentaba descifrar lo que atribulaba la de él.

—No tengo nada más que ofreceros. No sé que más podríais desear.

—Desearía un poco de honestidad —dijo O'LiamRoe—. ¿O quizás debería cambiar primero mis convicciones y volverme un agitador? —añadió tras una pausa.

Había acertado. Ella había actuado impulsada por la amabilidad. Pero no había sido un impulso desinteresado y era excesivamente orgullosa para reconocerlo. Su

primera respuesta murió en sus labios.

—Cambiadlas —dijo finalmente—, ¿por qué no? Nadie notaría nunca la diferencia y seguramente sería un ejercicio que os vendría bastante bien.

Oonagh no volvió a pronunciar palabra durante el camino de vuelta. Tampoco O'LiamRoe hizo el menor intento de mejorar la situación. Sin embargo, a pesar de su tranquila apariencia, bajo la gruesa capa frisada, el Príncipe estaba temblando.

Al día siguiente Piedad Dooly y el Príncipe estaban de regreso en su antigua habitación de Blois.

Thady Boy no estaba cuando llegaron. Había partido río arriba, de celebración con la corte. Evidentemente, los ambiciosos planes de Stewart de llevárselo con él no habían tenido el menor éxito.

O'LiamRoe era consciente de que él mismo no había sido de gran ayuda en lo tocante al bardo. Entendía que, por culpa de su conducta, había sacado de quicio a Thady Boy y que la dichosa serenata tal vez fuera una suerte de venganza. Lo que le parecía lamentable, a fin de cuentas, era que con aquella funesta velada el buen nombre de Oonagh hubiera quedado en entredicho y su hospitalidad mancillada. Por lo demás, a O'LiamRoe, encaramado sobre la barrera desde la que observaba al mundo con su imparcial o quizás indiferente mirada, nada solía parecerle verdaderamente imperdonable.

Durante los días que siguieron se quedó en su habitación, vio a poca gente y se dedicó sobre todo a reconciliarse consigo mismo y a recapacitar. La ironía de la llegada de uno de los caballeros del Rey para invitarle formalmente a un banquete programado para el día siguiente, le arrancó por fin una sonrisa. Parecía que por fin le habían aceptado. Ahora que la comedia había dejado de interesarle y que permanecía en Francia básicamente por una cuestión de orgullo, parecía que aquella puerta recóndita que Thady Boy había conseguido forzar tiempo atrás se abría también para él.

Stewart regresó esa misma tarde con un andar fatigado y el rostro más amarillento que nunca. Al encontrarse con que Thady no estaba, se marchó. Al día siguiente partiría junto con Paris hacia Irlanda en diligencia.

Bien avanzada la noche, llegó también la corte, alborozada y divertida. O'LiamRoe se despertó con la llegada de Lymond, que entró en la habitación acompañado de un grupo bastante ebrio. Permanecieron allí hasta la madrugada. Cuando las primeras luces del alba iluminaban la aparatosa salida de los últimos bebedores, O'LiamRoe transmitió a Thady Boy el mensaje de Stewart.

—¡Cielos! Es cierto —dijo Lymond mientras se sacaba las botas—. ¿Han cicatrizado bien vuestras heridas en Neuvy? Casi podía oír cómo ella os rogaba que regresarais conmigo a casa durante estos días. ¿Qué fue lo que os ofreció para que os

marcherais?

No podía estar enterado de lo ocurrido. Pero lo acertado de su pregunta y el regusto amargo del recuerdo hicieron que O'LiamRoe se sintiera repentinamente enfermo. De no haberse tratado de Thady, O'LiamRoe le hubiera respondido con auténtica violencia. Sin embargo, dada la situación, salió abruptamente de la habitación, por lo que no pudo ver la expresión de calma que se apoderó del rostro de Thady Boy.

Aquel día, un viernes dieciséis de enero, amaneció tranquilo. Blois solía despertarse tarde por aquellas fechas puesto que el Rey, que nunca había tenido el privilegio de asistir a los Consejos de su propio padre, prefería convocar cuantas menos sesiones mejor. Durante aquella estación dedicada mayoritariamente a los deportes y a las fiestas, solía dejar aliviado los asuntos de Estado en manos de los de Guisa, del condestable, de los mariscales y de Diana, cuya mirada ubicua no descansaba nunca.

Aquel año, la sensación de resentimiento había arraigado en el Rey con más fuerza que su deseo de divertirse y de cultivar el cariño de sus amistades. La tensión crecía bajo la calma superficial y, aunque no se trataba de algo grave, no dejaba por ello de ser menos molesto. En aquel momento, el rumor concernía inevitablemente al aspecto que mostraba lady Fleming. La dama, que parecía haber abandonado sus habituales aventuras, se mostraba serena y tranquila. Pero la ruptura entre el condestable y la duquesa de Valentinois era cada vez más evidente.

Tampoco era ya ningún secreto que a la reina regente de Escocia le costaba cada día más atar corto a sus rebeldes nobles. Los privilegios, las pensiones y el dinero abundante sólo habían conseguido exacerbar sus ansias de poder. El soborno no había conseguido los resultados previstos y los nobles habían vuelto a dedicarse a sus habituales luchas de poder y a sus desavenencias religiosas, que tomaban un cariz cada vez más beligerante. Tom Erskine seguía también por allí desde su regreso de Augsburgo, dedicado a completar complicadas transacciones relativas a legados papales y a obispados y ocupándose de organizar las guarniciones francesas y ejércitos destinados a Escocia. Hacía todo lo posible por mediar en aquel caos, sintiéndose dividido entre su deseo de volver a Inglaterra para completar el último tratado de paz y el de regresar a Stirling, su hogar, junto con Margaret y su hijo pequeño.

Había transcurrido un mes desde que enviara muy a su pesar la invitación para Richard Crawford. Se le había comunicado a Lymond con extrema prudencia que su hermano había sido invitado formalmente a venir, pero había sido imposible adivinar si se había dado por enterado, pues no parecía haber prestado la menor atención al asunto.

Las celebraciones de aquella tarde de viernes habían sido organizadas por el condestable y por la reina Catalina. No habían tenido en cuenta especialmente la asistencia del invitado irlandés, sino que se habían centrado sobre todo en reducir la tensión y la enfervorizada juerga que se había adueñado del castillo. El festival privado que iba a tener lugar estaba destinado a la propia corte y protagonizado por ella; los únicos invitados, aparte de los dos irlandeses, serían en realidad más bien pensionistas que invitados, pues se trataba de los profesores, estudiosos, científicos y sabios instalados en Blois para acompañar al Rey por los intrincados laberintos del pensamiento y el raciocinio. Llegados de París, de Toulouse, de Angers, no todos habían oído hablar de Thady Boy. La nueva mascota de la corte, incansable e imprevisible, iba a hacer su aparición entre aquellos incautos pedantes.

Quizás fuera por ello que Thady Boy no se puso demasiado en evidencia durante aquel día. O'LiamRoe le había visto sólo en dos ocasiones. La primera había sido mientras el bardo se vestía. El Príncipe, sentado a horcajadas sobre una silla, se había dirigido a él con delicadeza:

—En mis días, creo recordar, solía pedirse permiso antes de abandonar las tareas para las que uno había sido contratado... ¡Dios nos guarde! ¿No tenéis otra ropa que poneros? —había exclamado estremecido mientras Thady Boy se vestía con una camisa, unas calzas y un jubón de lo más rústico. Tras dirigirse al armario ropero, Phelim pudo ver en su interior, amontonados y arrugados entre otras vestimentas, las hermosas ropas bordadas, enjoyadas y repletas de lazos que el Rey de Francia había regalado a Thady Boy. Todas ellas transformadas en harapos.

Lymond ya estaba listo, tenía prisa y no tenía ningún interés en la charla de O'LiamRoe.

—No tenéis por qué creerme todas las historias que le he contado a Robin Stewart. Algunas han sido en su momento la única forma de quitármelo de encima. Me parece estupendo que se marche a Irlanda y se quede allí si quiere. También yo pienso marcharme pronto... y en mejor compañía que la suya.

Aunque Lymond no le había contado el incidente del arsénico, Piedad Dooly sí lo había hecho. Mientras observaba al bardo que se marchaba, laúd en mano, apurado por reunirse con Diana, con d'Enghien, Saint André, Marguerite o alguno de sus otros acólitos, señores o amantes, O'LiamRoe, reparando quizás por vez primera en el asomo de amargura que mostraba su sonrisa, recordó el sabor que su reciente experiencia con Oonagh le había dejado. Entonces se obligó a recordar que las mentes originales como las suyas solían pagar un alto precio por sus creaciones.

Phelim salió a su vez de la habitación. Volvió un rato más tarde para cambiarse de ropa, en previsión del banquete. Reconoció la voz del bardo justo cuando se disponía a entrar. Thady estaba hablando con Robin Stewart. Era evidente que llegaba en mal momento. Para empezar, la conversación parecía bastante espesa. La voz del

arquero había alcanzado su matiz más agresivo y brusco, superado por sus sentimientos. O'LiamRoe se dio perfecta cuenta de ello. Sin embargo, le costó reconocer la voz de Thady. Era pausada, clara y sobria, pero sin perder su acento irlandés. El bardo habló durante un rato. Después Stewart respondió, pero en tono mucho menos agresivo. Poco después Thady hizo un breve comentario y se hizo el silencio. Se estaba haciendo tarde. Sintiendo que ya había hecho lo suficiente por la causa escocesa, O'LiamRoe empujó la puerta y entró.

Thady Boy, sentado en silencio sobre el arca tallada, observaba con tranquila atención el rostro de Robin Stewart. El arquero, que acababa de ponerse en pie, se había acercado a Thady y le agarraba del brazo con el gesto interrogante y cauteloso de un colegial nervioso. Después, sin percatarse de la presencia de O'LiamRoe, se dejó caer de rodillas a su lado.

O'LiamRoe dio un paso al frente haciendo ruido a propósito. El arquero se dio la vuelta. Su cara alargada, demacrada por el duro trabajo y el cansancio del reciente viaje, se tornó de un rojo feroz y luego se puso lívida. Se incorporó de un salto. El príncipe de Barrow, hartó de la tensa atmósfera de emociones mal contenidas, cruzó la habitación hasta el rincón donde estaban sus cosas y comenzó a pelearse con sus botas.

—¡Ah! No os quedéis tan decepcionado Stewart. ¿Cómo podría marcharse con vos? Mañana ha quedado para cenar con el cardenal, pasado se va de caza y al otro juega a los aros con el Rey. Haced sin demora vuestros propios planes con el amigo Paris y partid, que ese juerguista de ahí no se sabe nunca dónde va a acabar. ¡Por Dios! Si tuviera el menor sentido común, yo mismo me marcharía con vos.

Transcurrieron unos peligrosos segundos en los que ninguno dijo nada.

—¡Por Dios que espero que no! —exclamó Stewart en un tono estridente lleno de rabia—. Llevo cinco meses aguantando irlandeses como piojos. Me muero de ganas de librarme de ellos de una vez por todas.

El Príncipe vio a Thady Boy mover la cabeza, no supo si para sí mismo o dirigiéndose al arquero. Todavía tuvo tiempo de experimentar cierto regocijo antes de que la puerta se abriera de golpe y entraran los compañeros de armas de Stewart, impacientes por festejar con él su despedida y obtener su puesto al mismo tiempo.

O'LiamRoe fue invitado a acompañarlos. Ataviado con un fantástico conjunto de su propia creación en seda color pastel, un poco demasiado ajustado quizás, se dedicó a beber ponche sumándose a las risas y añadiendo sus ocurrencias a la festiva y picante conversación. Stewart, que tenía poco que decir en todo caso, no dijo ni media palabra. A su lado, Thady Boy, angustiado quizás por su próxima actuación, bebió con ganas del denso y especiado licor, tuvo un acceso de tos y, tras prorrumpir en juramentos, fue el primero en retirarse cuando los pajes anunciaron la cena.

O'LiamRoe tenía la impresión de haberle tomado el pulso a la gran corte de

Francia tras aquellas discretas tardes que había pasado junto a las damas. Aquella noche, al entrar en el resplandeciente Salón de Honor, la realidad le dejó totalmente anonadado.

A su alrededor, los rostros de los intelectuales más famosos de Francia brillaban iluminados por las rojizas llamas del fuego, que se reflejaban en las minúsculas perlas y cristales que cuajaban cada oreja y se movían al compás de las cabezas que se agitaban enfrascadas en animadas charlas. Esa noche los colores eran todos diferentes y parecían enredarse, amontonarse y flotar unos sobre otros: había terciopelos anaranjados, castaños, verdes, azules, amarillos, cárdenos, blancos, dorados, cobrizos y violetas. La Reina, sentada en su sitial, lucía una hermosa capa de piel blanca adornada con joyas. El Rey, rodeado y asistido por Brusquet, los arqueros y los enanos, vestía ropas doradas.

El Príncipe tuvo que reconocer que el salón se hallaba repleto de todas las cosas hermosas que uno pudiera imaginar. El buen gusto se hallaba evidentemente acrecentado por la riqueza, pero de no haber sido así, hubiera prevalecido en todo caso. El nivel de exquisitez e inteligencia, el ingenio, tan agudo y sarcástico como el suyo, que encontraba por doquier, le hicieron arrepentirse de sus otrora cínicas palabras. Tuvo que reconocer que, en contra de sus teorías, se hallaba en el lugar más extraordinario que hubiera podido imaginar. A pesar de sentirse tocado en su amor propio, O'LiamRoe seguía siendo capaz de sentir una sincera admiración.

Sus vecinos le parecieron agradables y relajados. Aunque aún no habían tenido ocasión de sumergirse en conversaciones profundas o más formales, había conseguido que se rieran con él. Pensó incluso que tampoco le importaría que después se rieran de él a sus espaldas. En todo caso, el centro de atención no lo constituía él. La corte estaba pendiente de Thady Boy.

Habían pedido al bardo que cantara durante la cena, a lo que había accedido gustoso. Llevaba puesto un atuendo poco atractivo pero razonablemente limpio y se encontraba casi sobrio. O'LiamRoe disfrutó de su interpretación de *Palestrina* y de los comentarios de las damas al respecto. Sin embargo, no se esperaba las *Gentraige*, las *Goltraige*, ni las *Suantraige*, que interpretó con magistral pureza. No tenía ni idea de dónde habría podido aprender Thady Boy la magnífica música de los bardos, pero la tocó siguiendo fielmente la austera tradición de los monasterios que, desde Pavía hasta Rofh, transformaron en su día la música de Irlanda. En aquel momento no importaba lo que Lymond fuera. Su arte justificaba por completo su existencia. El sonido de aquella música tan familiar, escogida con acierto, parecía decorar la hermosa estancia como una exquisita pintura y O'LiamRoe, profundamente conmovido, pensó en su patria; su país, independientemente de en lo que pudiera transformarse, había conquistado el mundo. Finalmente la comida terminó y con ella las canciones. Entonces comenzaron el resto de los entretenimientos.

También parecían bastante agradables. De hecho, nada apuntaba hacia un cambio en el curso de la velada hasta que llegó la actuación de los salvajes: una danza realizada por un grupo de brasileños capturado en la última expedición del cuidador jefe de la casa de fieras. Abernaci, tocado con un turbante dorado, se encontraba entre ellos, supervisando a sus hombres mientras estos azuzaban a los confusos cautivos. El ambiente había pasado repentinamente de lo civilizado a lo estrambótico. Quizás fuera por ello que el rostro de la regente de Escocia se había tornado impenetrable. También Catalina se removía inquieta, como presintiendo el aburrimiento que se avecinaba. El Rey, desviando momentáneamente la atención del grupo de sabios, se encontró con la mirada de St. André y cruzó con él una sonrisa de complicidad. O'LiamRoe observó que habría ya unos seis caballeros y una dama que, obviamente, habían bebido demasiado. El resto parecía llevarlo mejor. También aquello lo sorprendió. Había esperado que, al menos aquí, el personal mantuviera una rígida etiqueta. El príncipe de Barrow encontró que aquella danza, violenta y hermosa a su manera, complementaba el esplendor de la estancia de' mismo modo que la música lo había hecho. Todos los bailarines eran varones, tenían el pelo negro y la piel cobriza e iban desnudos. Giraban sobre las lisas baldosas golpeándolas con sus pies desnudos con el cabello negro azulado cayendo como una cortina sobre sus sudorosos y musculosos brazos. El sudor parecía recubrirlos con un manto dorado a la luz de las llamas y se deslizaba por los breves canales de pechos y espaldas, recorriendo el liso bronce de los músculos y dibujando arcos sobre la piel. Sus ojos, redondos y pequeños sobre los altos pómulos, tenían una mirada ardiente e impenetrable.

Al comienzo, el Príncipe y los que estaban a su lado sólo oyeron la música proveniente del alféizar dónde se habían colocado un grupo de pequeños tambores y flautas. Pero poco a poco, entre las risas y exclamaciones que comenzaron a sucederse, O'LiamRoe reconoció una voz familiar. Casi al mismo tiempo, entre los silenciosos bailarines, comenzó a distinguir un trío que parecía destacar sobre los otros, bañando justo delante del Rey. La barba del Soberano pareció abrirse de pronto en una brillante sonrisa. Por entre las agitadas manos y las nudosas pantorrillas de los danzantes pareció emerger un pequeño remolino de plumas que giró y cambió de dirección como un pececillo plateado en un banco de arena.

Un murmullo recorrió a los espectadores. El grupo de bailarines se abrió de pronto y permitió una visión excelente de Thady Boy Ballagh, que ofrecía una eufórica interpretación de la agilidad del Nuevo Mundo flanqueado por un brasileño desnudo a un lado y, al otro, un arquero con el pecho desnudo. Este último, aunque rojo de vergüenza, parecía violentamente determinado a ganar lo que parecía indudablemente una apuesta.

El brasileño, que probablemente aspiraba a ganarse por fin una comida decente, se estaba esforzando al máximo y no parecía, en todo caso, entender las carcajadas de

los arqueros que observaban junto a la pared. Pero Thady Boy no le iba a la zaga. El bardo de O'LiamRoe, con los ojos vidriosos y ligero como una araña, pateaba y saltaba agitándose como la mopa de una fregona. Con cada bote salían volando de sus botas un puñado de plumas, que debían haber sido colocadas allí en algún momento durante aquel día, o el anterior, o quizás el otro, y allí se habían quedado.

O'LiamRoe estaba atónito. Sólo en alguna ocasión, en la intimidad de su habitación, había vislumbrado el Príncipe a aquel indescriptible Silenus, pero nunca, ni en la peor de sus pesadillas, podía haberse imaginado contemplándolo en aquel lugar. Sintió que se le erizaba el vello del cogote y notó el estómago ascender hasta su garganta. Entonces cayó en la cuenta de que el Rey se estaba riendo.

El trío se aproximó. Los demás bailarines se habían retirado en desconcertado desorden. En un torbellino de eufórica improvisación Thady Boy, subido sobre una mesa, vertió sobre el febril arquero una jarra de vino y acometió a continuación una serie de parodias de danzas que provocaron una oleada de carcajadas a medida que los espectadores las fueron reconociendo. Después comenzó a bailar una Volta con el arquero y seguidamente, agarrando a cada rival de un brazo, comenzó a girar cada vez más de prisa para acabar lanzando al uno contra el otro. Escocés y cautivo, desprevenidos, chocaron entre sí y cayeron al suelo aturcidos. Thady Boy, sentado con las piernas estiradas, se quedó mirando al techo con una mirada desenfocada en sus ojos azules. Acto seguido, se subió a uno de los cestos de los perros y se quedó profundamente dormido.

Por lo visto, a los cortesanos aquella actuación no les pareció suficiente. O'LiamRoe observó atónito cómo St. André, acompañado de algún otro, llevaban la cesta hasta la puerta y le despertaban a base de zarandearlo. Tras unos instantes, Thady Boy pareció volver en sí, soltó un resoplido y comenzó a cantar:

*Yo sólo puedo comer pedacitos de carne
Mi estómago no da más de sí;
Lo que sí que puedo es beber
Con ese del sombrero que está ahí...*

El incesante fluir de comentarios de Su Excelencia d'Aubigny que había llegado a oídos de O'LiamRoe parecía teñido de tolerancia, sapiencia y educación. No parecía en absoluto soliviantado por la actuación que acababan de presenciar. Por el contrario, parecía estar disfrutando tremendamente de alguna broma privada. A O'LiamRoe, con los nervios de punta, le pareció francamente inadmisibile. ¿Acaso les parecía a todos que era así como Ballagh debía comportarse? ¿Es que pensaban que el bardo no sabía hacer otra cosa? Se dio cuenta de pronto de que Thady Boy había sido llevado junto al círculo del propio Rey.

El grupo se encontraba tan cerca que podía oírlos. La primera parte de la velada había representado para O'LiamRoe un acontecimiento memorable debido precisamente a aquellos famosos rostros que rodeaban al Monarca. Allí estaban Turnébe y Muret, provenientes de Burdeos y París, el abogado Pasquier y el filósofo Bodin. El irlandés había podido captar retazos de su conversación, que había versado sobre el comportamiento de la sociedad y de la condición humana, sobre la libertad y el propósito de las leyes y sobre las ciencias en general, la astronomía, la medicina y la historia natural. Todos ellos hablaban en latín para poder entenderse pero introducían frecuentes comentarios en hebreo, turco o persa. A la mención de Budé, varios de ellos se tocaron el bonete con expresión deferente.

Durante la actuación musical de Thady Boy, aquellas eminencias habían permanecido en un elogioso silencio y ahora, a su llegada, le obsequiaban con preguntas inteligentes y corteses sobre su arte manifestando un genuino interés. Era evidente que al bardo le incomodaban las preguntas sobre su capacidad musical. Thady, dirigiéndose al más anciano e insistente de los sabios, le contestó educadamente con un dicho popular. Francamente desconcertado, el profesor miró interrogante a sus colegas y después repitió la pregunta. Esta vez, la respuesta de Thady Boy fue más grosera, pero estaba cargada de ingenio; tanto, que el propio Rey sonrió sin darse cuenta y el bardo rompió a reír. Aquello distendió la atmósfera e hizo evidente que no sería necesario salir en defensa del sabio inquisidor. Vinet, que se encontraba sentado junto a St. André, comentó secamente:

—¡Qué lástima! Por lo que veo, parece que tiene los modales afectados por el catgut. Tantos años bajo el dominio inglés es evidente que no sientan nada bien.

El príncipe de Barrow, al haber sido invitado por el Rey, no tenía más remedio que quedarse hasta el final. Asistió pues a aquella pequeña farsa a la que siguió un baile del cojín^[24] en el que Thady Boy se dedicó a introducir nuevas frases e improvisar versos, con lo que acabó marcando el tono de la velada definitivamente. No daba muestras de recordar en momento alguno la presencia de su jefe. Tenía los ojos inyectados en sangre y vidriosos, pero seguía, infatigable, brincando con frenesí tras los breves intervalos en los que se sentaba, desaliñado y aparentemente exhausto, hasta que se deshacía de los bienintencionados cortesanos que acudían solícitos a devolverle a la jarana, incorporándose con renovada vitalidad a la juerga. Y entre tanto, seguía bebiendo a conciencia.

No parecía posible que aquello continuara indefinidamente. Pero tampoco había signos de lo contrario. De pronto, O'LiamRoe tuvo la sensación de haber vivido aquella situación con anterioridad y de que la velada estaba siendo programada por el bardo y su impresionante capacidad de convocatoria. A aquellas alturas, todo el mundo se mostraba inquieto, azuzado por el ambiente neurótico y festivo. Incluso la reina Catalina o Charles de Guisa, de temperamento más sereno, parecían afectados.

Los más jóvenes habían empezado a comportarse de forma bastante salvaje, iniciando una serie de juegos italianos de cariz violento, afanándose en espabilar a Thady Boy, que evidenciaba una querencia creciente por tumbarse y que le dejaran en paz. Siguió bailando y haciendo el payaso con el rostro macilento y un aspecto repugnante, empapado en vino como estaba, hasta que, tras hacer una voltereta, eructó, cayó al suelo y rodó hasta los pies del Príncipe.

Una criatura ligera y entusiasta saltó de los mullidos cojines y agarró con sus blancas manitas los macerados brazos del bardo intentando ponerlo en pie.

—¡Maese Ballagh, actuad para mí! ¡Maese Ballagh, contadme una de vuestras adivinanzas!

María, la pequeña reina de Escocia, arrullada por la música, se había dormido, olvidada, sobre las faldas de creciente talla de Jenny Fleming y se había despertado viendo embelesada a su saltimbanqui favorito caer a sus pies.

Thady Boy consiguió levantarse a duras penas. Dio un paso ignorando a la pequeña. Después dio otro y contrajo el rostro en una mueca de preocupación.

¡*Dhia!* Se me ha roto mi pierna derecha favorita.

La niña se colgó de su brazo como había hecho en St. Germain, olvidándose, adormecida por lo tardío de la hora, de su real condición.

—¡Los frailes y las peras! ¿No os acordáis? Vos dijisteis que cada uno se llevó una y quedaron dos. Ya sé por qué.

Thady Boy iba cruzando renqueante la estancia arrastrando la pierna con la preocupación escrita en el rostro.

—Me he roto la pierna... estoy seguro.

El pequeño y lozano rostro vuelto hacia él con expectación perdió un poco de su inicial alegría. La niña se apartó con una manita un mechón de cabellos rojizos que caía sobre su frente e insistió con un tono ligeramente suplicante en francés:

—Uno de los frailes se llamaba *Chascun*, ¿verdad? Así que sólo él cogió la pera. ¿No^[25]?

El bardo le prestaba la misma atención que a un mosquito. Margaret Erskine se acercó rápidamente y agarrando a la pequeña por los hombros se la llevó de allí.

Thady Boy continuó su agónica marcha. Con rostro de preocupación se acercó cojeando a sus amigos, se cayó, se volvió a levantar, se mareó, le levantaron, le dieron más vino y siguió caminando. Cojeando, tambaleándose y quejándose, chocó contra una antorcha, se derrumbó sobre las regias sillas y aplastó a uno de los perros del Rey. Fernel, el médico de la Casa Real, fue mandado llamar.

O'LiamRoe pensó esperanzado que aquel sería posiblemente el final de la velada. No había duda de que la corte le había adoptado como su *protégé*: alrededor del bardo se arremolinaban un nutrido grupo de damas y no pocos caballeros, deseosos todos de atenderlo. Catalina permaneció en su sitial sonriendo ligeramente pero el Rey,

seriamente preocupado, se acercó al hombre herido con su médico.

Fernel, con el camisón asomando bajo el jubón, se mostró encomiablemente paciente. Examinó la pierna del bardo tras quitarle la bota pero no encontró nada preocupante. Después le palpó la otra pierna y procedió a levantársela. Algo rojo salió de la bota y se deslizó bajo el cuero de las calzas hacia el sucio interior.

Con expresión seria, el médico sacó de golpe la otra bota de Thady Boy. El bardo, poniéndose rígido, comenzó a aullar. El médico procedió a cortar el cuero de las empapadas calzas que ocultaban el miembro herido, dejando a la vista una pierna intacta y en perfecto estado.

Se hizo un desconcertado silencio. Fue d'Enghien, que en aquel momento acariciaba a uno de los mastines, el primero en notar el nerviosismo del animal. Cogió con cuidado la sanguinolenta bota del bardo y miró dentro. Con expresión triunfante, sacó de su interior y sostuvo en el aire una considerable porción de menudillos, aplastados por los pies de Thady Boy. El mastín prorrumpió en ladridos.

Al oír el coro de risas desatadas, O'LiamRoe mandó a la porra la etiqueta y escapó hacia sus aposentos. Allí seguía cuando llegó Thady Boy, ágil como un saltamontes, acompañado de una veintena de jóvenes ebrios y ruidosos a quienes Su Majestad había ordenado sacar del Salón de Honor al bardo y meterlo en la cama. John Stewart, señor d'Aubigny, se quedó junto a los grandes ventanales observando, mientras la comitiva designada para escoltar al bardo bajaba a saltos y trompicones por la escalera del gran Salón y se alejaba cruzando el patio, despojando a su paso a todas las lámparas de sus candiles para usarlos como recipiente para beber vino. Meneando su hermosa cabeza, lord d'Aubigny puso el epitafio a la jornada.

—*Per qual dignitate* —citó Su Excelencia en tono apesadumbrado para quien quisiera escucharlo—, *l'uom si creasse*.

Margaret Erskine estaba entre los que oyeron sus palabras; pero no se sintió capaz de responder.

Cuando Thady Boy llegó a la puerta de su dormitorio, O'LiamRoe había terminado de hacer su equipaje.

Piedar Dooly, que había sido sacado sin contemplaciones de las cocinas, había encontrado abiertas sobre la cama todas las bolsas de viaje y esparcidas en el suelo sus magras posesiones. Cuando oyó los taconazos y el rugido de risas desbordantes de los numerosos adláteres del bardo que precedieron a su entrada, el Príncipe ya había empacado sus cosas. O'LiamRoe despidió a Dooly con un movimiento de su rubia y peinada cabeza y el mozo desapareció llevándose las bolsas y las sillas de montar. Seguidamente se dirigió al grupo de recién llegados:

—Dejadle y marchaos.

Los jóvenes le rodearon como Bacantes, gritando. Uno de ellos se envolvió con

una colcha en una burda imitación de la capa frisada del Príncipe y, a berrido limpio, hizo una declamación en algo que pretendía ser gaélico. Cantaron, se arengaron unos a otros, vomitaron, treparon a los postes de la cama y se encaramaron sobre el reclinatorio. Registraron la habitación en busca de más bebida y cuando la encontraron, se la tiraron encima unos a otros e intentaron echarla también sobre O'LiamRoe. Al cabo de un rato, se lanzaron hacia la puerta del dormitorio y lo abandonaron.

La puerta se cerró de un portazo dejando al príncipe de Barrow en la apestosa y destrozada habitación con Thady Boy, que yacía en el suelo cabeceando, borracho.

—¡Levantaos! —ordenó en un tono que hasta a él mismo le pareció irreconocible.

Tuvo que repetirlo dos veces antes de percibir un atisbo de movimiento en el otro. Por fin, sobreponiéndose a la tremenda repugnancia que le invadía, no tuvo más remedio que tocarlo, que agarrarlo del rezumante y destrozado harapo en que se había convertido su manga. Thady Boy se puso en pie con una sacudida, escupiéndolo, sus ojos como oscuros pozos bajo aquellos indolentes párpados.

Sin darse la vuelta, O'LiamRoe descolgó el arpa irlandesa de la pared y se la arrojó. El instrumento golpeó al bardo y cayó al suelo sin que el otro hiciera ademán de atraparlo. Thady Boy, ofendido y sorprendido, se dejó caer también y sufrió un ataque infame.

—¡Coged el arpa ahora! —exclamó O'LiamRoe—. ¿Por qué no me tocáis el *Prelude to the Salt*? ¡Cantad para mí *Riding of O'Neill*! ¿Acaso las grandes baladas épicas no os parecen adecuadas en una velada como esta?... Madre de Dios, Francis Crawford de Lymond, habéis convertido vuestro arte en una ramera, al igual que vos, ¿os dais cuenta?

Tras las cuerdas del arpa, unos ojos con las pupilas dilatadas observaron nerviosamente a O'LiamRoe cual pajarillo borracho, pero al momento siguiente Thady Boy había perdido todo interés y, tras ponerse en pie, se dirigía hacia otro lugar de la habitación.

En el armario de Piedad Dooly había un barrilete de vino. En dos tranquilas zancadas O'LiamRoe cortó el paso al bardo, que caminaba con paso vacilante en aquella dirección. El Príncipe sujetó a Thady Boy de las muñecas con facilidad.

—Decidme una cosa. ¿Por qué razón vinisteis a Francia? ¿Os acordáis?

Dos manos mojadas se retorcieron entre las suyas.

—Para ver cómo viven los ricos.

El rostro de Thady, bajo el pelo teñido de negro, estaba todo salpicado de manchas rojas y sucio de grasa. O'LiamRoe, que sentía su pulso acelerado, no podía separar la vista de la ruina de aquel rostro antaño inteligente. Las rodillas de Thady Boy comenzaron a aflojarse de nuevo. El alegre frenesí había desaparecido completamente de su expresión y en sus ojos entrecerrados parecía adivinarse ahora

cierta satisfacción indolente. O'LiamRoe le obligó a mantenerse erguido.

—Vos ya sois rico. Al menos eso tengo entendido. ¿Acaso habéis olvidado quién sois? ¿Cuál es vuestro nombre?

El empapado bardo se apoyaba obediente sobre sus brazos.

—No lo sé —dijo Thady Boy.

—Sois el señor de Culter, que Dios se apiade de vos y de los vuestros. ¿Por qué estáis aquí? Se hizo un largo silencio.

—No puedo recordarlo —dijo el joven borracho cortésmente.

O'LiamRoe le soltó.

—¿No recordáis a la niña que corre peligro de ser asesinada?

De nuevo se sucedió un silencio prolongado. Finalmente, Thady Boy y Lymond parecieron fundirse en uno solo y, tras acurrucarse flácida y descuidadamente en un rincón, el joven soltó un prolongado suspiro.

—Richard se ocupará de ella.

—Sois una maldita peste —dijo furioso O'LiamRoe. Después continuó en un tono más mesurado—: Vuestro hermano es un hombre conocido. El no puede hacer nada.

—Entonces yo tampoco. Estoy muy ocupado.

—Desde luego que lo estáis —dijo O'LiamRoe en tono mordaz—. Estáis muy ocupado destruyendo todo a vuestro paso. ¿Qué puede una sociedad laxa, vana e introvertida como la francesa, contra gente de vuestra especie?

Como el agua de un río deslizándose suavemente hacia un lago, Thady Boy comenzó a escurrirse hacia el suelo.

—No puedo tocar y vivir como un niño de coro —dijo.

La mente del Príncipe se perdió momentáneamente en elevadas teorías sobre la universalidad del sagrado arte de la música. Después, en tono monótono, dijo:

—No fuisteis contratado para hacer música. Si vais a abusar del poder que os da, entonces será mejor que no os dedicéis a ella en absoluto.

Lymond empezó a reírse tontamente. Con el rostro pálido y respirando entrecortadamente, O'LiamRoe intentó hacerle entrar en razón, dada la importancia del tema.

—Vuestra tarea es proteger a la joven Reina. No sé si existe un hombre o una mujer capaz de destilar el licor de vuestras venas y devolveros a vuestro puesto al lado de la pequeña. Yo no puedo hacer nada por vos. Me marcho esta misma noche.

Thady Boy, sentado en el suelo, empezó a retorcerse de risa.

—Así que me dejáis para que me ahorque yo solito —dijo cuando por fin pudo hablar.

Había una copa de vino llena a medias al lado de O'LiamRoe. El Príncipe la arrojó a la cabeza del bardo y el rojizo líquido se deslizó sobre el enfermizo rostro

como la lluvia sobre una ventana, los aturridos ojos mirándole fijamente, la piel brillante de aceite y vino.

Entre agua y vino, todavía había una abundante cantidad de líquido en aquella habitación. Jarra tras jarra, O'LiamRoe se la fue arrojando a Lymond a la cara, persiguiéndole por toda la habitación con salvaje determinación mientras el otro, a cuatro patas, tosiendo y jadeando, resbalaba, rodaba y se desternillaba con una risa idiota a medida que las descargas de líquido, ora tibio, ora helado, impactaban sobre su convulso rostro.

De forma tan repentina como había aparecido, la explosión de rabia de O'LiamRoe se desvaneció, dejándolo helado y tembloroso. El Príncipe dejó a un lado la jarra.

A sus pies, Thady Boy seguía riendo empapado como una rata de agua, poseído por un ataque cercano a la histeria, entre jadeos y resoplidos sincopados. Un reguero de agua hizo sisear el fuego de la chimenea. Sobre alfombras, colchas y sábanas parecían confluír cataratas de vino rojizo que extendían oscuras manchas sobre los apelonados tejidos. Sobre los postes de la cama de dosel, la taracea de marfil y de concha de tortuga aparecía rayada y empapada. El secreter rezumaba líquido. El olor a sudor, a alimentos y a vino rancio era insoportable.

Los pensamientos del Príncipe también lo eran. Con piernas que le pesaban como el plomo, O'LiamRoe cruzó el encharcado y resbaladizo suelo y salió huyendo de la habitación. A su espalda la risa pareció extinguirse para ser sustituida por una voz cascada y deprimida.

*Será vertida la aflicción sobre sus cabezas
Que los envolverá hasta enloquecerlos
Para ofrecérsela a los indolentes dioses
¡Ay de mí! Que lástima...*

Se hizo un breve silencio.

—¡Ay de mí! Que lástima... —se oyó repetir a Lymond con voz pensativa. Después se oyó una risa. Y luego nada más.

Margaret Erskine llegó media hora más tarde, pálida y con el rostro desencajado de preocupación. Para entonces el suelo ya había comenzado a secarse en pequeñas zonas cerca de la chimenea. Atravesó la habitación como una exhalación, sin fijarse en los destrozos que la rodeaban por todas partes. La única luz provenía de la chimenea, pues alguien había apagado todas las velas. El fuego proyectaba sombras por toda la estancia. La atmósfera del lugar destilaba oleadas asfixiantes que parecían

moverse al compás de las llamas. Hacía un calor sofocante.

La experiencia adquirida durante la guerra, presente desde sus más tempranos recuerdos, unida a la de los dos matrimonios contraídos en plena juventud que le habían reportado interminables noches de vigilia y angustia, habían enseñado a Margaret a comportarse con resignación.

Pero aquello iba a ser diferente. Thady Boy no había parado desde que O'LiamRoe se marchara, como evidenciaban las sillas amontonadas y puestas del revés junto con la avalancha de sábanas y alfombras que había apilado para ayudarse a mantenerse erguido.

Pero aquella tenaz actividad había cesado ya. Lymond estaba quieto. Demasiado quieto. Ignorando las lágrimas que la atenazaban deseó fervientemente que al menos pudiera reconocerla y que fuera capaz de moverse todavía un poco. Ella sola no tendría fuerzas para levantarlo.

De pronto cayó en la cuenta de que quizás lo que ocurría era que Lymond no la había oído entrar. Estaba de pie, apoyado entre dos sillas al fondo de la habitación, alejado del fuego y medio oculto entre las sombras. Se había despojado de la mayor parte de sus empapadas ropas y tenía la cabeza, aún mojada, apoyada y vuelta hacia la pared. El resplandor del fuego le permitió reconocer los largos dedos de una de sus manos que se aferraban con fuerza a la madera. El sonido entrecortado de su respiración llegó hasta ella.

Debía haber sentido su presencia después de todo. Su estómago, torturado ya al máximo, se revolvió aún más al volverse hacia la joven. En aquel punto, el menor pensamiento, el más leve perfume, podían desencadenarle una auténtica catarsis. Sujetándose la cabeza con ambos brazos, Lymond se dobló en dos; pero antes, la joven tuvo un atisbo de sus dilatadas pupilas y pudo distinguir su expresión de genuino asombro. La joven se dio cuenta de que él había esperado soportar aquello solo.

Margaret apartó las sillas y le sujetó con firmeza, práctica e impersonal como una enfermera. Cuando se le pasaron los espasmos, la joven habló en su característico tono sensato:

—Sabéis que habéis sido envenenado. Tenéis que caminar, querido mío.

Tenía las pupilas tan dilatadas que sus ojos parecían negros en lugar de azules. Probablemente, no habría podido ver nada de haberse encontrado en un lugar más luminoso. Lymond pareció relajarse ligeramente al apoyarse sobre su brazo.

—Ya no necesito andar más —dijo con voz serena.

—Claro que sí —dijo Margaret Erskine tajante mientras le obligaba a moverse tirándole de la manga. Estaba totalmente drogado con belladona. El joven había hecho ya todo lo posible por sacarla de su organismo. Ahora le tocaba a ella ayudarlo a permanecer en pie lo suficiente para acabar de expulsarla.

Durante la primera vuelta que dieron al dormitorio, Margaret lo sostuvo con determinación. Luego, poco a poco, con pasos agotados, comenzó a apoyarse menos en ella y a dar algunos solo. Con la ayuda de la joven, Lymond se mantuvo en movimiento caminando a trompicones de pared en pared. Ella evitaba mirarlo a la cara. Más tarde, al ver las manos de Lymond con las palmas ensangrentadas de clavarse sus propias uñas, se alegraría de no haberlo mirado. El joven había estado más consciente de su propio estado de lo que ella había creído.

Pero en aquel momento, Lymond parecía escalofriantemente distante, desapegado. Después, cuando el efecto de la droga comenzó a remitir, la interminable náusea que le sobrevino le dejó exhausto hasta lo indecible. Finalmente, Lymond pareció sumirse en un estado de semiinconsciencia. Entonces Margaret Erskine, sujetándolo para que no se cayera, pudo contemplar lo que la belladona y su propia extravagancia habían hecho de Francis Crawford. También se dio cuenta de que no podía permitirse las lágrimas que pugnaban por asomar a sus ojos, porque él había llegado al final de su resistencia. Quedara o no en su organismo resto alguno de veneno, ahora debía dejarle descansar.

Margaret improvisó un burdo lecho ante la lumbre y le acomodó allí. Lymond se quedó tumbado, respirando agriadamente, recorrido por espasmos que por suerte iban remitiendo. Tenía los ojos fuertemente cerrados. El dolor había perfilado su rostro marcando sus pómulos y haciendo que los ojos parecieran hundidos en profundas simas. Cuando habló, inmóvil como estaba, el corazón de la joven dio un brinco del susto.

—*Mignone* —dijo Lymond suavemente—. *Je vous donne ma mort pour vos étrennes*^[26].

El comentario, maldito fuera, le dolió a pesar de las circunstancias.

—No quiero vuestra muerte como dote —dijo Margaret—. Dadle las gracias a maese Abernaci. Fue él quien se dio cuenta de que algo andaba mal cuando os vio con los brasileños. Fue él quien acudió a mí.

—Belladona —dijo con un hilo de voz—. Imagino que me la pondrían en el ponche. La usan para curarle el trasero a los elefantes —dijo Lymond y rompió a reír imprudentemente. El dolor le hizo sudar y cubrirse el rostro con las manos.

—Si os disteis cuenta de que os habían envenenado, ¿por qué no pedisteis ayuda? O'LiamRoe...

—O'LiamRoe se ha marchado —dijo lacónico—. Si mañana alguno se siente decepcionado... bueno, mejor que lo achaquen a... la buena suerte del borracho.

Se hizo el silencio. El fuego de la chimenea se había transformado en una enorme pira ardiente y el calor que despedía era abrasador. El suelo se había secado ya. A la luz rojiza de las llamas, las paredes sucias y llenas de marcas de dedos, el mobiliario destrozado y la cama deshecha habían adquirido un aspecto teatral, como dibujados

sobre una vidriera. Nada había podido sublimar el hedor, sin embargo. Habría sido una tumba apropiada, pensó Margaret, para Thady Boy Ballagh. Pero desde luego no lo era para Francis Crawford.

El joven tenía los ojos cerrados. Su rostro, a contraluz, parecía impenetrable. Las llamas remarcaban su perfil, revelando su pureza. La luz dibujaba reflejos sobre sus párpados cerrados, sobre sus altos pómulos y sobre los firmes músculos de su mandíbula. El resto de su cuerpo, deformado por el disfraz, permanecía oculto en las sombras.

Margaret se quedó a su lado sentada en silencio hasta que los primeros sonidos revelaron el comienzo de un nuevo día. Sólo entonces se dio cuenta de que Lymond no estaba dormido. Abrió los ojos. Bajo los pesados párpados ella pudo ver que habían recuperado su color azul.

—Debéis iros —dijo Lymond—. Tras una pausa añadió, sardónico: —Parece que la familia Erskine está empeñada en salvarme de mí mismo.

Margaret tenía los nervios de punta al tiempo que percibía la tensión en Lymond. Embargada por la emoción, pensó en el heroico comportamiento que había mostrado el joven la pasada noche. Cuánto valor no habría necesitado para seguir haciendo el payaso sabiendo que el veneno corría por sus venas, se había arriesgado a beber, a bailar y a Dios sabía que más cosas para conservar, no sólo la vida, sino su aparente ignorancia de la situación. Ella lo había entendido y por eso no había hecho intento alguno de limpiar u ordenar la habitación.

Tenía tantas cosas que decirle... Pero sabía que no era posible expresarlas con palabras sin perder el control o hacérselo perder a él. Finalmente se inclinó hacia el joven y le recolocó la manta bajo la cabeza.

—En una ocasión os dije que mi puesto estaba junto al fuego —dijo Margaret.

La luz de sus ojos pareció tornarse aún más profunda. Nunca había visto a un hombre consciente yacer tan inmóvil.

—Parece que mi papel ha sido más bien apagar fuegos que encenderlos —dijo Lymond—. Sentí lo de la pequeña, pero no era posible hacer otra cosa.

Así que sí que había visto la decepcionada expresión de la pequeña María, después de todo.

—Ya la compensaréis algún día —dijo.

Margaret era consciente de que debía marcharse a pesar del estado en el que Lymond se encontraba. Pensó con infinita tristeza en lo solo que estaba, pero no había nadie a cuyos cuidados pudiera confiarlo... Dios sabía a qué extremos sometería a sus propias fuerzas mañana, la semana próxima, el mes siguiente... y todo el tiempo que durara aquella abominable y mortífera conspiración. Desesperada, sin decidirse a dejarle allí sólo, exclamó:

—¡Si por lo menos Robin Stewart estuviera aquí! Pero ahora, ¿quién cuidará de

vos?

Incluso antes de mirar su rostro, la joven sintió cómo él se sobresaltaba. De sus labios salió un sonido parecido a una carcajada, luego se contuvo y, como en sueños, tras mover su mano lentamente, le cogió la suya con suavidad. Sintió sus dedos fríos y sin fuerzas acariciar su mano con indulgencia.

—Pero querida —dijo Lymond—, si Robin Stewart es el asesino.

FIN DE LA PRIMERA PARTE



DOROTHY DUNNETT (Dunfermline en Fife, Escocia, 1923-2001) es una escritora escocesa, más conocida por la serie de novelas «Crónicas de Lymond».

Estudió en el High James Gillespie's School for Girls, y al terminar, trabajó para la administración en la Scottish Office of Public Relations, durante quince años.

Trabajó como pintora, haciendo retratos a personajes escoceses, y exponiendo en importantes galerías.

Fue miembro de la Junta de Síndicos de la Biblioteca Nacional de Escocia, administradora de la Scottish National War Memorial, directora del Festival del Libro de Edimburgo, y directora de la Televisión Escocesa.

En 1992, fue nombrada Dama de la Orden del Imperio Británico.

Autora conocida principalmente por sus series de novela histórica Crónicas de Lymond (seis libros) The House of Niccolò (ocho libros), también se dedicó a lo largo de los años a la creación de una serie de misterio que quedó inacabada (Johnson Johnson), cuyo personaje principal, un retratista, es en realidad agente del servicio secreto británico. Firmó esta serie con su nombre de soltera para separarla de su obra principal.

Notas

[1] N. del T.: ollave es un término gaélico que designaba según el Grith Gabhlagh (siglo VII) al poeta o bardo que había superado los 7 grados de la sabiduría, es decir, un maestro.<<

[2] N. del T.: el hurley es un antiguo juego irlandés parecido al hockey que se jugaba y juega con dos equipos de 15 jugadores cada uno <<

[3] N. del T.: una de las tres Parcas que, según la mitología clásica, manejaba los hilos de la vida. <<

[4] N. del T.: el mal de ojo <<

[5] N. del T.: socarronería, en francés en el original <<

[6] N. del T.: el collar de todas las bestias <<

[7] N. del T.: en francés del original <<

[8] N. del T.: autor inglés del siglo xv que en su libro «La muerte de Arturo» recopiló y tradujo del francés al inglés una serie de leyendas artúricas. <<

[9] N. del T.: Está vivo, pero no se entera ni de su propia vida. <<

[10] N. del T.: en francés del original. <<

[11] N. del T.: en español del original.<<

[12] N. del T.: ¡Menudo gato de Italia! <<

[13] N. del T.: golpe de estado.<<

[14] N. del T.: los favoritos del rey de Francia.<<

[15] N. del T.: en español del original.<<

[16] N. del T.: tres frailes paseábanse, tres peras del árbol pendían, cada uno se llevó una y dos quedaron.<<

[17] N. del T.: la autora hace un juego de palabras intraducible. El Arte de Teñir (Dye) suena en inglés como El Arte de Morir (Die).<<

[18] N. del T.: en francés en el original.<<

[19] N. del T.: Sir James Douglas de Drumlanrig, personaje que ya aparecía en «Juego de Reyes», publicado en esta misma editorial.<<

[20] N. del T.: algo así como «tapamocos».<<

[21] N. del T.: ¡Cuidado con el sombrero! <<

[22] N. del T.: en francés en el original. <<

[23] N. del T.: en francés en el original.<<

[24] N. del T.: baile típico de la época en el que todas las mujeres acababan siendo besadas por los hombres y viceversa. <<

[25] N. del T.: La autora hace un juego de palabras intraducible. Chascun en francés antiguo significa cada uno.<<

[26] N. del T.: Linda amiga, os ofrendo mi muerte.<<